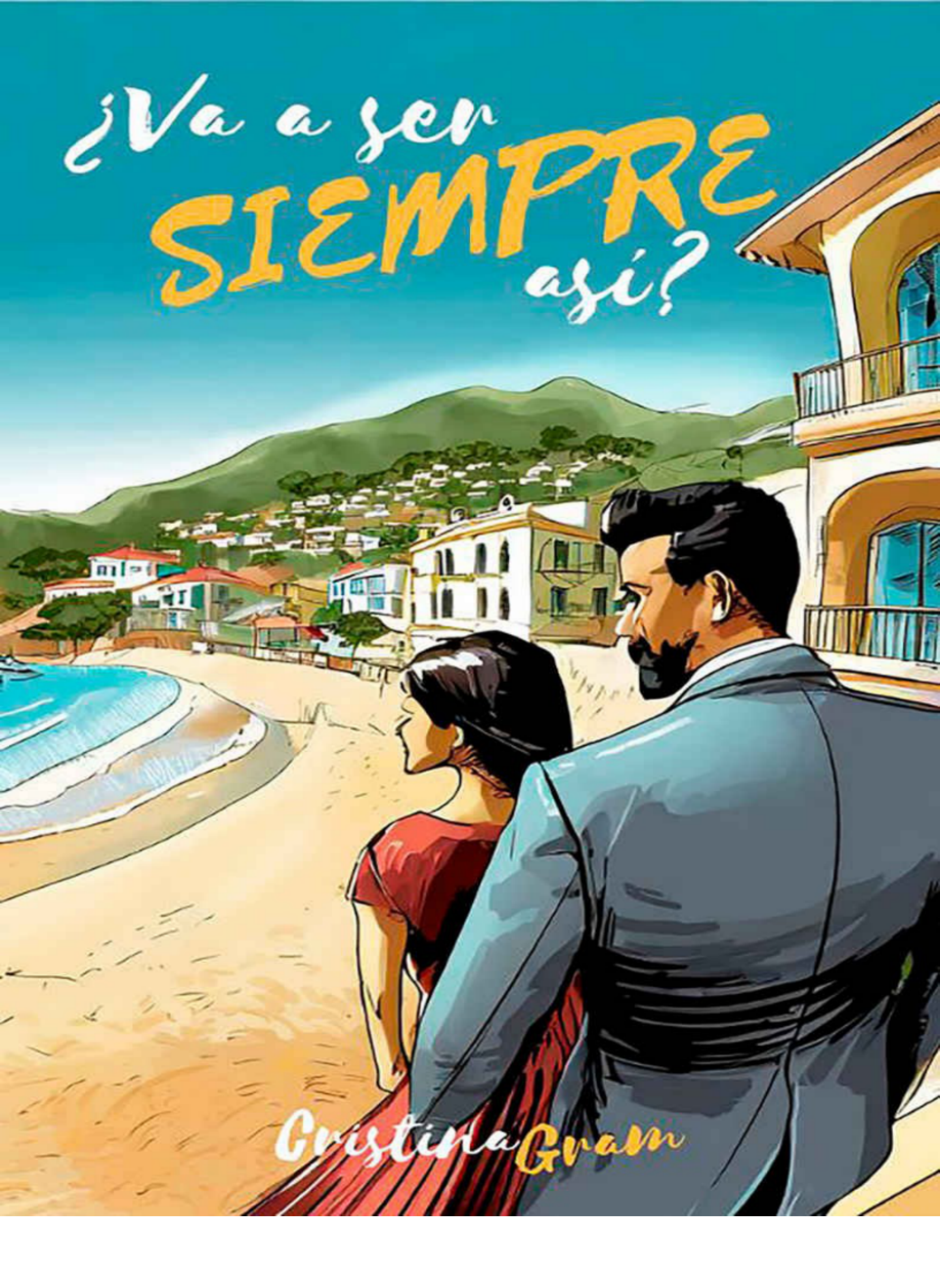

¿Va a ser
SIEMPRE
así?
Cristina Gram

Publicado por Kindle Publishing, Amazon Media.

ISBN: 978-84-09-57758-3

Diseño de la portada Cristina Gracia M.

Para ti, papá.
Que desde dónde estés, nunca dejes de guiar mi camino. Pese a que ya no me lleves de tu mano.

Contenido

¿Va a ser siempre así?

Capítulo 1

7.00. Suena la alarma. Como manda mi ritual aprieto *Posponer* y duermo nueve minutos más. Quinientos cuarenta segundos de sueño que me saben a gloria.

7.09. Ahora sí. Ahora empieza la carrera de cada mañana. Con los ojos pegados y los pelos alborotados me voy a la cocina. Cierro la puerta, no sea que se despierten los niños. Muelo café y pongo a calentar agua en la cafetera.

Me tomo el café con leche sentada en el sofá, mientras veo diez minutos las noticias. Esa es toda mi información del mundo, el resto de los momentos en los que la televisión está encendida es con programación infantil. Ya se sabe eso de que: «*si no sale en Clan, no me entero*».

Ahora toca higiene, chapa y pintura y volver a ser persona. Recién levantada hasta los orcos de *Mordor* se asustarían al verme.

Traje, taconazo y a despertar fieras.

—¡Arriba, peques! —Y como respuesta solo gruñidos—. ¡Vamos, que hay que salir ya!

Y mientras van despertando del letargo de la noche, empieza lo de cada mañana.

—Cinco minutos más, *¡porfa* mami!

La valkiria rubia de mi hija mayor es la primera en quejarse. Álex se revuelve en la cama enmarañando su larga melena. Se rasca sus grandes ojos azules, y me mira con su cara preciosa de muñeca. Es cagada a su padre.

Tiene ocho años y es toda calma. Desde pequeñita ha sido una niña tranquila, responsable y muy madura. Demasiado. A veces, le tengo que recordar que de vez en cuando está bien hacer alguna trastada, que solo se es niño una vez en la vida.

—¡Yo no quiero levantarme! ¡Quiero que llegue el domingo, para poder quedarnos en casa y dormir más!

Él, el pequeño terremoto de la casa. De pelo alborotado castaño y bonitos ojos verdes. Él sí ha salido más a mí.

Lucas, cuatro años de locura y tormento. Porque a diferencia de su hermana, con él no tienes ojos suficientes para vigilarlo y hay que estar siempre pendiente para que no monte ninguna gorda.

—Vamos, que ya es viernes. ¡Arriba dormilones! A ponerse los calcetines y los zapatos.

En unos minutos consigo que se calcen y cojan las mochilas con la ropa del día. Al fin podemos salir de casa.

Y así, en pijama, despeinados y con los ojillos aún pegados,

entramos en el coche para ir a casa de los benditos abuelos.

Si no fuera por mis padres, conciliar se me hubiera hecho imposible. Gracias a ellos puedo compaginar mi vida. Y los quince días al mes que tengo a los niños, son mi mayor ayuda.

Por más que pueda parecer egoísta, están encantados de cuidar a sus nietos y mis hijos son felices. Y yo me alegro de que puedan disfrutar tanto de sus abuelos. Esos que deberían ser eternos, pero desgraciadamente no lo son.

***

—Buenos días, Lucía.

Me encanta llegar al hotel y que me reciba la sonrisa de Sophia detrás del mostrador. Es una chica de veinticuatro años, espectacular. Rubia, de ojos azules, muy alta y tan guapa que parece una modelo. Además, como buena ucraniana, tiene un acento de lo más gracioso que nos encanta a todos los compañeros y clientes, con su *erres* y *eses* tan marcadas

—Buenos días, Sophia. ¿Alguna novedad?

Y cruzo los dedos esperando que no haya incidencias graves.

—*¡Todo perfecto!* —sin embargo, suena *perrrrrrfecto*, en realidad—. Solo una queja de café desayuno.

—Si solo es eso, no hay de qué preocuparse.

Dejo a Sophia a mi espalda y me dirijo a los despachos situados detrás del mostrador de recepción.

Nada más entrar hay un gran despacho diáfano con dos mesas. En la primera está sentado Óscar, mi segundo de a bordo. Ataviado con su corporativo traje negro y su corbata naranja. Me encanta su sonrisa amplia y sincera. Y como se cierran sus achinados ojillos marrones al sonreír. Él es dos años más joven que yo, tiene treinta y siete años. Es la persona menos sutil que he conocido en la vida, te suelta lo que piensa, sin filtro. Y como amigo está bien, pero como trabajador, alguna vez ocasiona pequeños conflictos con los clientes y me toca mediar.

Se pasa la vida dando *matches* en *Tinder,* para luego no quedar con nadie. Desde que lo dejó con su novio no se lanza a iniciar una nueva relación. Así que nos hemos adoptado el uno al otro y somos compañeros de penas, cenas y salidas. Y los instigadores de que todos los demás se unan a nuestros planes.

Justo delante de la mesa de Óscar, está la de Diana. Ella es mi mejor amiga desde el instituto. Cuando mucha gente dejaba el pueblo para irse a vivir a grandes ciudades y tener (supuestamente) mejor vida, nosotras decidimos quedarnos aquí.

Yo, porque me diplomé en Dirección Hotelera, y un pueblo de playa era la zona ideal dónde encontrar trabajo. Y ella, porqué se enamoró de un americano que vino de vacaciones cuando los dos

tenían quince años y aquí siguen, veinticuatro años más tarde y cuatro niños en común. Todos rubios, con ojos azules y aspecto yanqui como su padre, pero con la gracia y desparpajo de su madre.

Diana es pura extroversión. No le da vergüenza nada. No tiene inseguridades de ningún tipo y siempre se lanza a lo que venga con ilusión. Vamos, todo lo opuesto a mí.

Ya desde adolescentes nos complementamos a la perfección y allá donde va una, va la otra. Así que, al empezar a trabajar aquí, no dudé en llamarla para su puesto. Ya que además es la más competente en su trabajo.

—Buenos días, *Bunny*. Vaya nochecita me ha dado Pol. Debe estar creciendo y toda la noche la ha pasado con fiebre y dolor de piernas.

La verdad es que los círculos negros, bajo sus grandes ojos marrones, no se pueden ocultar ni con dos kilos de corrector.

—Sabes que odio que me llames *Bunny* —refunfuño.

Diana me llama así desde la época en la que empezó a salir con Matthew, el americano. El yanqui se refería a mí cómo «*Your friend, the Bunny*», porqué le recordaba a una conejita de *Playboy*. Por aquella época yo llevaba el pelo teñido de rubio platino. Y como mido más de metro setenta, y soy de pecho generoso. A él, a sus quince años, le parecí recién sacada de la mansión de *Hugh Hefner*.

—Te lo digo con amor, ¡tetazas! —guiña un ojo—. Es pura envidia, mírame. He amamantado a cuatro hijos, esto ya son dos uvas pasas. Las tuyas aún están turgentes y bien puestas.

Se acaricia el pecho con cara de pena.

—Pues ella lo niega, pero estoy seguro de que están operadas. Están muy arriba, esas tetas, para ser naturales —Óscar también tiene que dar su opinión.

—¡Qué horror, eso de tetazas! Casi prefiero lo de *Bunny*. Y estas también han amamantado. Que si no fuera por el *push-up*, estarían igual de uvas pasas que las tuyas. Lo has dicho tú, que conste. —digo mientras me sobo un poco el pechamen.

«¡Hombre! A las rodillas no me llegan, pero turgentes… Tampoco», pienso.

—¡Y una mierda! Que te he visto hacer toples y tienen pinta de silicona. —Y mientras lo dice, Óscar hace unos movimientos circulares en la zona pectoral, dando énfasis a la colocación de mis tetas.

—En fin. ¿Aquí se trabaja o qué?

Corto finalmente la charla. A ver si así desvío la atención hacia otra conversación que no trate de mis senos.

—Si no hemos parado desde que hemos llegado. Yo estoy peleándome con la Seguridad Social. Que no hay manera de entrar en la página web hoy. Y tengo que dar unas altas y me estoy volviendo loca. ¡Me tienen hasta el potorro!

Diana. Toda finura ella.

Pican a la puerta. Sophia entra en el despacho

—Óscar, yo necesitar tú. Clientes querer hablar contigo.

—Mi deber me llama.

Óscar se levanta de su silla y nos deja a Diana y a mí solas en la sala.

Me dirijo a mi despacho, que está situado detrás de la mesa de mi amiga. Empezamos con las tareas diarias. A ver cómo se presenta el día. Que en agosto suele ser como una batalla.

***

—*Bunny*. ¿Pausa para el café?

Diana asoma su cabecita, con su abundante melena rojiza rizada, por una rendija de la puerta de mi despacho. Me mira con su sonrisa picarona.

Es bajita, y más a mi lado. Tiene unos kilos de más, pero tan bien repartidos que es un espectáculo de curvas. Y ella, que siempre ha sido muy consciente de su potencial, suele lucir vestidos ajustados con los que evidenciar su sinuoso cuerpo.

Ya en el instituto, ella era la que ligaba. La que llegaba a un sitio y todos la miraban.

Yo, un palmo más alta que ella, me quedaba rezagada en un rincón y esperaba que nadie notara mi presencia.

He contestado mil llamadas, tengo la bandeja de entrada del mail a tope y mil cosas por acabar. Pero necesito esa pausa o me va a estallar la cabeza.

Salimos de los despachos y vamos hacia la cafetería del hotel.

—¡Buenas tardes, señoras! Café con leche caliente para la *secre* y café solo para la jefa, ¿no?

—Eso es. Gracias, Sebas —digo mientras me alejo a contestar una llamada que acaba de entrar a mi móvil.

—No soy la *secre* de nadie. Soy la responsable de administración del hotel. Si no fuera por mí, no cobraríais las nóminas, ¡guapo! Así que más respetito —le increpa Diana. Pero lo hace guiñándole un ojo, al pobre.

Sebas es un señor de cincuenta y ocho años, de esos de la hostelería de toda la vida. De los que no entienden que ahora se sirvan cosas tan raras. O que haya que hacer un curso para ponerle espuma a un café y «dibujarle gilipolleces encima». Palabras textuales.

Óscar se une a la pausa del café justo cuando yo vuelvo de acabar con mi llamada.

—Sebas. Un cortado, por favor. Y señoras —hace un sonido de redoble de tambores—. ¡Admiren a mi último descubrimiento!

Nos muestra la pantalla de su móvil para que veamos su último *match* en *Tinder*.

—Muy guapo. Como todos a los que das *match* y con los que luego nunca quedas —dice Diana mientras le da un sorbo a su café con leche y analiza la foto con cara de hastío.

—Pero con este sí. Con éste quedo seguro. Tiene un *six pack* donde dan ganas de lavar ropa. —Pone cara lasciva mientras hace ver que lame la pantalla.

Observamos la foto. Un primer plano de un atractivo moreno, a pecho descubierto. En todo su esplendor.

—¡Chico! Pues yo qué quieres que te diga. A mí estos tíos tan *fitness*. Tan encantados de conocerse. Con esas fotos luciendo cacha... No me llaman para nada. Que está bueno, pues sí. ¡Mucho! Pero vamos… Que tanto postureo no me atrae —añado mientras miro las fotos que va deslizando Óscar en el móvil.

—¡Claro! Porque tus fotos de *Instagram* no llevan filtros. Siempre sales sin maquillar y te las haces mientras friegas el suelo. ¡No te jode! —Óscar pone morritos imitando mis fotos de *Instagram*.

—¡Pues obviamente, no! —me defiendo—. Siempre pongo algún filtro. Pero de esos de brillo y luz. ¡No de los que te ponen cara de *Kardashian!* —exclamo muy digna.

—¡Ya, ya! ¡Pero vamos! Me dices que a ti se te pone a tiro un tío así, ¿y vas y le dices que no?

«Como si él fuera a decir que sí», pienso.

—¡Totalmente! Sabes de sobra que Lucía es un poco monja de clausura para esas cosas —señala Diana, desde su más absoluto conocimiento de mi persona—. ¡A ver si espabila!

Y así es. Nunca he sido de polvos de una noche. A los veintiún años, empecé a salir con mi exmarido. Y ni antes de eso, ni ahora soltera, jamás me he ido a la cama con un hombre que acabara de conocer.

Alguno intenta ligar conmigo las noches que salimos. Yo sé que llamo la atención. Soy más alta que la media y tengo curvas. Nunca he sido una chica excesivamente delgada. Cuido la alimentación, intento hacer deporte. Así que, objetivamente, supongo que estoy bien. Pero ya sabemos que tendemos a vernos peor de lo que somos, y yo no iba a ser una excepción.

Y, sobre todo, porque no estoy por la labor de aguantar a ningún gilipollas a estas alturas de mi vida.

—Bueno, ya sabéis que estoy en época de metamorfosis. Así que cualquier día me lanzo a esto de echar polvos sin compromiso. ¡Igual hasta me abro un *Tinder!*

Pero lo digo sabiendo que esa opción es claramente imposible.

—Ay, *Bunny*. ¡Tú reventarías *Tinder*, cariño! Pero con lo exigente que eres no te convencería ninguno.

Diana me pasa el brazo por encima y me abraza con cariño.

—Ojalá te vieras como te vemos nosotros —añade Óscar mientras me achucha—. ¡Y ojalá este buenorro sea al fin, quién me mire cómo te mira a ti Matthew! —sonríe y le guiña un ojo a Diana.

—¡Pon un yanqui en tu vida! ¡Que te cabalgue las noches enteras y te haga andar al día siguiente como si hubieras estado de rodeo! —exclama la muy burra.

—¿Eso es experiencia personal o un dato contrastado? Mira que me pongo a buscar americanos en *Tinder* —afirma Óscar con los ojos abiertos como platos, levantando y bajando las cejas.

—Esto no es ciencia empírica, no tengo datos con los que contrastar. Lo único que sé, es que mi Matthew, es mucho *cowboy* para dos principiantes como vosotros.

Diana nos mira por encima del hombro, con falsa arrogancia.

—Vamos. ¡A ver si solo follas tú aquí! —Y no sé muy bien por qué lo he dicho, siendo consciente de que la respuesta está en mi contra.

—¿Has follado mucho estos dos años que llevas divorciada? —me mira alzando las cejas—. ¿O tú desde que lo dejaste con Pablo? —repite con Óscar—. Pues aquí la *Queen of fucking* soy yo, amigos. Que el americano me tiene muy bien servida.

Una amplia sonrisa de satisfacción se dibuja en su cara.

—Vale, reina del folleteo. Ahora mismo tengo imágenes en mi mente que preferiría no haber tenido nunca —simulo una arcada.

—¡Uf! Ahora pensaré en Matthew con un pollón de medio metro, cabalgando como un pura sangre —explota Óscar riendo.

—¡Oye! —grita Diana—. ¡De eso nada! A ver si mi yanqui va a ser ahora vuestra fantasía sexual. Y por ahí no paso, ¡eh! Mi rubio es solo mío.

—Todo tuyo, todo tuyo...

Hago aspavientos con las manos en su dirección llorando de la risa.

—Que va, Dianita. El yanqui, por muy empotrador que sea, no es para nada mi tipo. Puedes estar tranquila —confiesa Óscar.

Y entre risas nos acabamos los cafés y volvemos al trabajo.

Capítulo 2

El sábado por la tarde, como cada día que salgo de trabajar, voy a buscar a los niños a casa de mis padres.

—¡Mami! —grita mi pequeño terremoto mientras salta a mi cintura.

—Lucas, mi amor. ¿Qué tal te has portado? ¿Has vuelto muy loca a la yaya?

Miro a mi madre que levanta las cejas y pone cara de exhausta. Yo sonrío con cara de resignación. Sé mejor que nadie lo agotador que puede llegar a ser mi hijo. Esa hiperactividad suya nos trae de cabeza a todos.

—¡Qué va, mami! ¡Me he portado súper bien! Y casi no me he enfadado hoy con Álex. Solo hemos discutido una vez por unos muñecos y ya está.

Pone cara de angelito, aunque ni con esas se le quita la cara de bicho que tiene.

—Es que el señorito no pide las cosas. Viene y me las quita. Y yo al final me enfado y le pego un sopapo. ¡A ver si me deja tranquila un rato! —La pobre damnificada de mi hija.

A veces me sabe mal, porque al ser la mayor, las broncas suelen recaer en ella. Cuando es más que evidente que la culpa es siempre de Lucas.

—Bueno. Ya sabemos cómo es tu hermano. Ahora recoged, que nos vamos a casa. Hoy es sábado y ya sabéis lo que toca.

—¡Pizza! —grita Lucas.

—¡Y peli con palomitas! —Álex aplaude de emoción—. ¡Además hoy me toca a mí elegir la peli!

—Pues que sepas que si eliges una de esas de princesas, yo no la voy a ver. ¡Yo quiero la de los camiones robot! —lloriquea Lucas.

—¡De eso nada! Hoy toca la que yo quiera. Si no te gusta, te vas a dormir, ¡enano!

—¡Mamá!

Empieza el llanto de Lucas.

Matizo.

Empiezan los gritos de Lucas.

Nos despedimos de mis padres y nos metemos en el coche.

Este último año he ido aprendiendo a llevar esta nueva forma de vida, que me costó bastante asumir. Poco a poco me he ido acostumbrando a la situación. A sobrellevar la diferencia entre los quince días de custodia compartida y los quince días que estoy sin niños.

Pero las primeras semanas (y meses) que mis hijos se iban con su padre y yo me quedaba completamente sola, me las pasaba llorando.

Después de dieciocho años de relación (los últimos ocho ya con hijos) el silencio sepulcral hacía que la casa se me cayera encima.

Yo, que tanto presumo de que me gusta la soledad, cuando me vi sola en casa, tener que afrontar dos semanas con ese panorama, se me hizo aterrador. Una cosa es el ratito de soledad cuando consigues que marido e hijos te dejen un respirito. (Que es de lo mejor para tu salud mental). Y otra muy diferente, es estar sola. Pero sola, sola, dos semanas. Sin un solo ruido. Sin nadie con quien hablar, y más después de llevar casi veinte años viviendo acompañada.

Nunca llevé mal el divorcio. Tras descubrir que Raúl llevaba más de dos años pegándomela con otra, solo sentí rabia y asco.

Además, con todo el follón de la custodia de los niños, por intentar hacerlo todo lo menos traumático para ellos, me dejé todas las energías. Por ello, casi no tuve tiempo a pasar el duelo de la separación. Hasta esos quince días de cada mes, en los que me fustigaba sin pausa.

Pero no estuve mal por la ruptura de la pareja. En realidad, lo que no podía soportar era la ruptura de la familia. Echaba de menos a mis hijos de una forma sobrehumana. Era tal, la punzada de dolor que sentía al pensar que solo podía tenerlos medio mes, que creí que al final iba a caer en una depresión. No saber qué hacían esos días sin mí. Sus avances, sus alegrías, sus penas… Fue horrible todo el proceso de admitir que la vida, tal y como la conocía, había cambiado. Y de asumir que la familia pasaba a ser diferente.

No tuve más remedio que vender la casa familiar, que tanto había querido quedarme, (y por la que Raúl no luchó en absoluto) y mudarme a casa de mis padres. Algo temporal, hasta que mi situación económica me permitiera poder tener una casa para mis hijos y para mí. Un nuevo lugar donde empezar de cero.

Pero suerte que, como dicen, cuando una puerta se cierra, se abre una ventana.

Llevaba años trabajando en el mismo hotel, así que cuando me ofrecieron un puesto de directora en un hotel de nueva inauguración y con unas muy buenas condiciones económicas, no me pude resistir.

Gracias a eso pude irme de casa de mis padres y alquilar un apartamento. De esos que las inmobiliarias anuncian como coquetos, o lo que es lo mismo: un piso pequeñito, pero bien distribuido y por el que cobran más de lo que en realidad cuesta. Y así es, en lo pequeño y bien distribuido. Pero, afortunadamente, el precio no era exorbitado.

Y a pesar de que se me queda pequeño los quince días que tengo a los niños, el resto de mes me sobra medio piso.

Fue verlo y enamorarme. Justo en primera línea de playa, con unas

vistas preciosas sobre el mar. No pude resistirme y firmé el contrato ese mismo día.

Llegamos al garaje. Aparco el coche en nuestra plaza y nos encaminamos al ascensor. El edificio es bastante viejo, así que el dichoso ascensor a veces hace unos ruidos que asustan un poco. Es el típico edificio de apartamentos playeros que se construyó en el boom del turismo de los años sesenta en la costa. Y entrar en él es como retroceder en el tiempo. Aunque al entrar a casa la cosa cambia, ya que el piso está completamente reformado y te devuelve a este siglo.

—Mami, ¿tú vas a tener novio algún día?

Álex me mira interrogante. Miro mi reflejo en el espejo del angosto ascensor. Me cuesta aguantar la risa ante su pregunta.

—No sé, cariño. Pues igual algún día. Y si no, pues no pasa nada.

No quiero que mi hija piense que la única meta en la vida es tener pareja, así que intento desviar la conversación.

—Os tengo a vosotros. Que os quedaréis conmigo hasta que sea muy vieja y me tengáis que limpiar el culo. Como yo he hecho con vosotros —arrugo el ceño simulando ser una ancianita mientras encorvo la espalda.

—¡No! Yo no pienso limpiarte el culo. ¡Qué asco! —Álex llora de la risa.

—¡Uf! Si yo aún ni he aprendido a limpiarme el mío, como para limpiar el tuyo. ¡Qué encima es gordo y blando! —Lucas me mira muy serio mientras me lo dice.

—¡Pues más gordo y blando será cuando sea una vieja y no me aguante ni los pedos!

—¡Mamá!, en serio. ¡No quiero limpiarte nunca el culo! Además, como yo seré astronauta y viviré en Saturno, no podré venir a cuidar de viejas terrícolas.

El ascensor llega al cuarto piso y salimos riendo.

Mientras abro la puerta, Álex me pone cara de gatito de *Shrek,* mirándome a los ojos con su rubia cabecita hacia arriba.

—En serio, mamá. No me gusta que te quedes sola cuando nos vamos con papá.

¡Por favor! Se me encoge el corazón viéndole la carita y oyendo esas palabras de su boca. Yo soy la que tiene que sufrir por ellos, no a la inversa.

—¡Mi amor! —La abrazo tiernamente ya una vez dentro de casa—. A mí también me da mucha pena cuando os vais, pero me encanta estar sola. Me quedo muy tranquila sin oír gritos —le guiño un ojo—. Ya sabéis que tiene que ser así. Unos días con mamá y otros con papá.

—Lo sé, y nos encanta. Pero papá tiene a Eva. Y cuando nosotros volvemos contigo, ellos se quedan juntos.

Eva es la compañera de trabajo con la que me estuvo engañando Raúl. Y yo, ingenua o imbécil, ni me lo olía.

—Y de aquí a poco tiempo se quedarán los tres.

Mi hija me mira fijamente estudiando mi reacción.

—¿Qué tres? —hago ver que no sé por dónde van los tiros—. ¿Van a adoptar a un perro? ¿A un gato? Mejor, ¿a un cerdo? —imito el gruñido de un cerdo—. ¿A un tigre? ¿A un oso? Ya sé, ¿a un velociraptor?

Los empiezo a perseguir por el pasillo de casa mientras encojo los brazos, pegándolos a mis costillas, haciendo el arrullo del temido dinosaurio.

—¡No, mami!

Lucas ríe mientras intenta escapar de mis garras.

Pasados unos minutos de carreras, risas y gritos, al fin los atrapo en el salón y los empujo contra el sofá. Caemos los tres al mullido cojín entre carcajadas.

Dejamos pasar un tiempo para bajar nuestras pulsaciones y nos quedamos tumbados en el asiento mirando al techo.

—Eva va a tener un bebé en unos meses. Nos lo dijo papá cuando nos tocó con él, la última vez. Vamos a tener un medio hermano.

Álex me lo dice casi en un susurro. Como para amortiguar la sacudida que ella piensa que me puede dar con esa nueva información.

—¡Qué buena noticia! —afirmo con total sinceridad—. Pero no digas eso de medio hermano, cariño. Ese bebé va a ser vuestro hermano entero. ¡Hermano, hermano! —enfatizo.

***

Barro los restos de palomitas que hay bajo el sofá. Ya he conseguido que se vayan a la cama. Hemos visto *Brave*, por millonésima vez. Es la película preferida de Álex. Creo que a causa de mi machaque cuando era más pequeña, diciéndole siempre que *Mérida* es la mejor princesa, la más independiente y guerrera. Hasta Lucas la ha estado viendo calladito, y es que le encanta la parte en que los pequeños diablillos de los hermanos de *Mérida* se convierten en osos y hacen mil travesuras. ¿Por qué será?

Es casi medianoche. Ya en la cama veo mis redes sociales en el móvil. Abro *WhatsApp* y busco a Diana. Veo que su última conexión ha sido hace muy poco. Escribo.

Flowercilla, ¿fieras dormidas?

Pasan unos minutos, y no me contesta.

Imagino que Matthew te estará dando lo tuyo. Bueno… Mejor no me lo

imagino. (Emoticono vomitando)

De repente aparece en línea.

¡¡Qué va!! (emoticono llorando), ojalá.
Pero en vez de eso estaba con María.
No puede dormir con los nervios
de mañana.

Normal, ya sabes cómo se ponen
siempre con los cumpleaños.
Es su día, su fiesta.

Ya. Pero la que lleva un mes
organizando su día y su fiesta
soy yo. (emoticono rojo enfadado)

Jajajajaja, es tu deber de madre.
No te quejes. Cuando de mayor salga
por ahí y ya no te necesite para
prepararle las fiestas, te quejarás.

¡De mayor no saldrá de casa! Por
experiencia propia puedo asegurar
que ninguno saldrá de noche hasta
los treinta, por lo menos.

¡Eso no te lo crees ni tú!
(emoticono llorando de risa)

Tengo pavor a ser abuela joven. Imagina
que me preñan a las niñas, o ellos preñan
a alguna chica…

¡Estás fatal de la cabeza!
Pero ya que sacas el tema,
la que está preñada es Eva.

Joder, lo sueltas así. Sin anestesia.

Así me lo ha soltado Álex a mí.

¿Y?

Bien. Me alegro por ellos. De verdad.

Sabes que ya he pasado página.

Mierda, María se ha despertado. Voy a ver si
consigo que duerma otra vez. Espero
no tardar. Ahora seguimos.

Tranquila, no creo que siga
aquí luego. Estoy muerta.

Deja de estar en línea y yo me pongo lo primero que encuentro en *Netflix*. Espero dormirme en unos minutos.

Mañana es el octavo cumpleaños de María y va a ser un día



agotador.

Capítulo 3

Domingo. Once de la mañana. Cuarenta grados de temperatura. Y aquí, en el aparcamiento de un hipermercado, estamos Óscar y yo esperando a que una tal Marta nos entregue la tarta para la fiesta de cumpleaños de María. Diana encargó una tarta de fondant en forma de unicornio, deseo expreso de la niña, y encontró a Marta por *Facebook*. Me ofrecí a venir a buscarla para ahorrarle el viaje, con todo el follón que tiene hoy. Y al final, acabé liando a Óscar para que viniera conmigo y se quedara a la fiesta.

—Me suda el bigote. Me están cayendo gotas por la espalda. ¡Tengo empapados hasta los huevos! No sé cómo me he dejado convencer para esto.

Óscar se abanica con un papel.

—Pues por qué hay barbacoa y bebida gratis —le recuerdo guiñándole el ojo—. ¡Es que no hay ni una sombra!

Me abanico con la mano sin ningún efecto.

—Más le vale al yanqui hacer chuletones de buey, ¡qué esto no está pagado!

Un coche azul pitufo aparece a lo lejos. Debe ser la tal Marta. Para a nuestro lado. Una chica morena, muy pequeñita y delgada, baja con una caja enorme.

«Es nuestra chica y nuestra tarta», pienso aliviada. Por fin podemos irnos de este secarral.

***

Matthew y Diana viven en un adosado esquinero, con su pequeño jardín y piscina. La fiesta es todo un éxito. Unos quince niños chapotean en el agua, gritan y corren por el césped alrededor de la piscina. Todo está perfectamente decorado en tonos rosas, turquesas y blancos. Todo lleno de banderines con unicornios impresos en el centro. Todas las bandejas de aperitivos llevan unos identificadores de unicornios. Todos los vasos son rosas, turquesas y blancos y tienen una etiqueta de unicornio. Todo el jardín está lleno de globos de… Como no. ¡Unicornios! Y un globo gigante rosa con el número ocho preside una mesa llena de comida que, claramente, Diana no ha preparado. Conozco de sobra las nulas cualidades de mi amiga a los fogones.

Hay música infantil de fondo, aunque con los gritos ni se aprecia.

El calor sigue siendo insoportable.

María está encantada. Los nervios de la noche anterior han dado paso a una felicidad máxima. Ha gritado de emoción al ver el jardín decorado, al ver a sus primos y amigos y se le ha escapado alguna

lagrimilla y todo.

Los adultos estamos bajo unos toldos, rosas turquesas y blancos, como no podía ser de otro modo. Óscar y yo estamos más apartados del resto, bebiendo cerveza y riéndonos de Diana, que no deja de sacar bandejas con la comida que ha encargado para la ocasión. Se pasea por el jardín como si fuera la camarera de un catering. Mientras Matthew está con los preparativos de la barbacoa.

—Nunca imaginé que un cumpleaños infantil era casi como una boda. ¡Por Dios! ¡Qué despliegue!

Óscar no está puesto en estos aspectos del mundo infantil.

—Es la lucha del postureo máximo. A ver quién hace la mejor fiesta de toda la clase. Y luego estoy yo. Que los llevo al parque de bolas, que allí te lo hacen todo. Y no pego ni chapa.

Sonrío pensando en las chorradas que tenemos los padres.

—¡Chica lista, amiga! —añade Diana, que llega por detrás, sosteniendo una bandeja con tortilla de patatas—. Yo esto, es el último año que lo hago. ¡Y encima cuatro veces que me toca hacerlo! Y cada niño con su temática y su decoración. —Me roba la cerveza y da un largo trago.

—Eso hace años que lo oigo y cada año el resultado es más exagerado que el anterior, ¡guapa!

Cojo uno de los palillos con un pincho de tortilla.

—Perdona por no contestarte ayer. Pero me quedé dormida en la cama de María.

Diana abre otra cerveza y me la tiende, se ha bebido la mía entera.

—No te preocupes. Yo me dormí nada más contestarte, la verdad.

Tomo la botella que me ofrece y le doy un sorbo.

—Vaya bomba me soltaste, ¡nena! —abre los ojos como platos y ladea la cabeza.

—¿*What*? ¿Qué bomba? —pregunta Óscar, al no saber de qué va la conversación.

—Eva. La Eva de su Raúl. Su Raúl. Su ex. ¡Que está embarazada! —aclara Diana mientras devora una porción de tortilla.

—Ya sé quién son todos —se burla Óscar con retintín achinando sus afilados ojillos—. ¿Y cómo te ha sentado? ¿Te lo ha dicho él?

—No. Me lo dijo Álex ayer por la tarde. Estoy bien. ¡De verdad! Ya hace tiempo que me afectan poco las cosas relacionadas con Raúl.

Doy otro trago a mi botellín de cerveza y continúo.

—Los niños también lo llevan bien y les hace ilusión eso de tener un hermano, así que… ¡Todo perfecto!

Me alejo un poco de mis amigos y enciendo un cigarro, ya que ninguno de ellos fuma. De repente recuerdo la conversación de ayer con mis hijos.

—Ahora parece ser que están preocupados, y quieren que me eche

un novio para no quedarme sola los días que se van con su padre.

Sonrío pensando en las tonterías que tienen mis pequeños.

—¡Qué monos! Pues yo lo veo de lo más normal. Si ven que su padre rehace su vida es lógico que quieran lo mismo para ti —afirma Diana mientras me vuelve a robar la cerveza.

—¿Ves? Hasta tus hijos te están diciendo que necesitas mandanga —Óscar hace movimientos lascivos con la lengua.

—Mis hijos no saben que es la mandanga, ¡burro! Y mi vida está perfectamente hecha. Odio el término rehacer la vida. Como si al separase, uno se quedara desecho y solo se pudiera arreglar estando en pareja.

Justo en ese momento llega María con su hermana pequeña Sara y mi hija Álex.

—Lucía, ¿puede Álex quedarse a dormir? —me preguntan a coro las hermanas.

—No, cariños. Álex tiene que irse a casa de su padre esta tarde. Otro día que estén Lucas y ella conmigo, se quedará a dormir, ¿vale? —Las pequeñas hacen pucheros—. En serio. De aquí a dos semanas lo organizamos mamá y yo. Podríamos hacer una fiesta de pijamas. ¿Qué os parece?

—Mamá, ¿has oído a Lucía? ¡Una fiesta de pijamas! —grita María.

Las tres niñas vuelven a la piscina y saltan al agua en bomba, cogidas de la mano.

—¡Hoy es el mejor día de mi vida! —grita la cumpleañera.

En ese momento llega Matthew haciendo una especie de reverencia.

—¿Queréis americano tostado? Pues aquí me tenéis. Es inaguantable el calor de la barbacoa.

El pobre está rojo como una gamba. Además del calor del fuego, se ha roto la sombrilla que colocan en la barbacoa y lleva un buen rato expuesto al sol.

Lleva más de veinte años en España y no ha perdido esa característica dérmica tan guiri de pasar del blanco lechoso al rojo y después otra vez al blanco. Su piel no conoce el tono bronceado.

—¿Qué os pasa? ¿De qué guarrada estáis hablando ya?

—Te equivocas, Matt. También sabemos hablar de temas serios. Ahora toca discutir sobre Lucía. Que ya es hora de que vuelva al mercado. Que la vida sigue para todos y ella no puede ser menos —sentencia Óscar.

—Consejos vendo…—canturreo con sorna.

—Bueno, *Bunny*. Ya sabemos que eres un poco especial para estas cosas. Tan terca y obcecada con eso de que no necesitas a ningún hombre para estar completa. Que nunca nadie te parece lo suficientemente bueno. Y cuando conoces a alguien, empiezas con tu

manía de darle vueltas a las cosas y analizarlo todo. —Matthew pone los ojos en blanco—. Esta conversación ya la hemos tenido antes y no vamos a sacar nada en claro —añade derrotado—. O aparece Míster Perfecto a lomos de un corcel o…

—¡Por mí como si viene en burro! —Me cruzo de brazos harta de tener esta conversación—. Yo no estoy cerrada a nada, pero tampoco lo busco. Que aparece, ¡bien! Y si no, pues nada. Yo no tengo problemas en no tener pareja.

Me levanto y muy sería, en plan muy intensa, improviso mi discurso:

—No es que yo sea exigente. Es que hemos crecido pensando que el amor es como en las pelis de *Disney* y en las americanadas ñoñas. Así que yo quiero mi peli…

«¿Ni Diana se da cuenta que estoy de coña?», pienso y continuo.

—…Estoy esperando a un amor a primera vista. A que llegue esa persona que, cuando la vea, el mundo vaya a cámara lenta. Que de fondo se oiga «*Just the way you are*» de *Bruno Mars* cuando se crucen nuestras miradas. Que cuando nos rocemos las manos, una descarga nos electrice los dedos…

«¡Ay, Dios! ¡Piensa más tópicos que me quedo sin!».

—…Que al darnos el primer beso se me levante la pierna así para arriba —levanto el tobillo hacia atrás—. Que sea el *Quarterback* del equipo de fútbol y me lleve al baile de graduación, con mi bonito vestido fucsia y mi ramillete a juego. —Ya me está costando aguantar la risa—. Que me intente meter mano en el asiento de atrás del coche de su padre y ...

—¡Ya lo hemos pillado! —grita Óscar—. Pero un buen pollazo tampoco te iba a ir mal.

—Lucía romántica. ¡Eso sería una novedad! Tu mente asquerosamente racional, no te lo suele permitir —señala Matthew.

—Pues yo estoy con Óscar. Necesitas un buen meneo, *Bunny*. —Diana se sienta en las piernas de su marido—. Por primera vez en tu vida, conoce a un tío y déjate llevar. Necesitas a alguien que no vayas a volver a ver, y pasar la noche de sexo más salvaje de tu vida.

—Qué obsesión tenéis con la noche de sexo. ¡Que no! —Doy un trago a mi cerveza—. Que si no tengo todo eso que os he dicho, moriré sola —guiño un ojo y saco la lengua siguiendo con la broma.

***

La fiesta se alarga hasta la cena. Diana ha pedido tanta comida que no ha hecho falta preparar nada y acabamos con las sobras. Ya queda muy poca gente. Los pocos compañeros de clase de María hace rato que se han ido. Es lo que tiene cumplir años en agosto, que del colegio viene poca gente. Quedamos solo la familia, Óscar y yo. Pero no tardamos mucho en irnos.

Llevo a mi amigo a su casa y a los niños a casa de Raúl.

Aparco en la puerta, aprovechando el vado. La casa de Raúl está en una de las muchas urbanizaciones que hay a las afueras del pueblo. Su casa es grande y tiene un enorme terreno con piscina, jacuzzi y hasta columpios. Yo no sé cómo mis hijos no cogen una depresión cada vez que dejan esta fantástica casa para volver a mi piso.

Es ya casi la una de la noche. Llamo a Raúl al móvil y le aviso de que ya hemos llegado. No quiero llamar al timbre por si Eva duerme. Los niños bajan del coche y van cogiendo sus mochilas del maletero. Raúl abre el portón de entrada.

—¡Buenas noches! Hoy caeréis rápido, ¿no? Si hasta estas horas no habéis parado.

Se acerca a mí. Como siempre no sabemos si darnos un beso, dos, la mano… Así que no hacemos nada y cada uno se queda dónde está, a medio metro el uno del otro.

—¡Caerán en cuanto apoyen el culo en la cama! Oye, gracias por esperarnos hasta tan tarde. Pero no había manera de sacarles de la fiesta. Ya sabes…

—Tranquila. Mañana empiezo las vacaciones. No tengo que madrugar.

Raúl se pasa la mano por el pelo una y otra vez. Una costumbre muy suya cuando está nervioso.

—No sabía que ya teníais vacaciones. Los niños no me han comentado nada de que vayáis a ningún sitio este mes.

—No, tranquila. No vamos a hacer nada. Solo yo tengo vacaciones. Eva trabaja todo el verano. Quiere acumular todas las vacaciones y cogerlas más adelante con la ba… —se calla de golpe.

Desvía la mirada hacia abajo, como esquivándome.

—Baja de maternidad. Raúl, lo sé. Me lo ha dicho Álex. —Entonces vuelve a mirarme examinado mi cara—. ¡Enhorabuena a los dos! —sonrío con total sinceridad.

—Gracias, Lucía. —Su cara se relaja—. Es muy importante para mí que tú y yo nos llevemos bien, ¿sabes? Me alegro de que lo hayamos superado y ahora podamos vernos y hablarnos con normalidad. —Hace el signo de comillas al decir normalidad—. Y ahora espero que Álex y Lucas lleven bien todo el tema del bebé, que no se sientan apartados.

Ellos aparecen arrastrando sus mochilas.

—Son muy inteligentes y nobles. Y están muy ilusionados con la llegada de ese bebé. No creo que tengas motivos para preocuparte.

Aprovecho para darles el último abrazo antes de volver a verlos en quince días.

—¡A la cama en cuanto entréis, que ya no podéis más!

Los estrujo fuerte y les doy muchos besos antes de montarme en el

coche para irme a casa. Dentro del vehículo, respiro hondo y exhalo todo el aire de mis pulmones. Intentando fulminar ese pinchacito de dolor que aún siento cada vez que me separo de ellos.

Camino a casa analizo la situación. Realmente me alegro de que Raúl siga con Eva. También de que vayan a ser padres. Ya no les guardo rencor. He superado el pasado y no quiero estar odiando a nadie el resto de mi vida. Mi relación con Raúl es correcta y formal, que es lo que debe ser por el bien de los niños. Y Eva, aunque hemos tratado muy poco mutuamente, es una mujer amable. Mis hijos la adoran. En realidad, es con quien más tiempo pasan los días que les toca estar con su padre. Y ella les trata con mucho amor. No obstante, he de admitir, que hubo una época en la que oírlos hablar maravillas sobre ella, me dolía como si me estuvieran atravesando el corazón con un cuchillo. Con el tiempo, acabé por aceptar que lo mejor que les podía pasar a mis hijos, es que ella los quisiera y los tratara con cariño.

Capítulo 4

—Sí. Soy Lucía Herrera, del *Hotel Suites del Mar*. Con Antonio, por favor…

Teléfono en mano, espero a que me pasen con uno de los directores comerciales de un tour operador con el que trabajamos a menudo. A ver si cerramos unos temas de cara a octubre.

Son las cuatro de la tarde y ya es jueves. Esta semana se me está haciendo eterna.

Aprovechando que no tengo a los niños, estos días hemos hecho varias salidas. La mejor la del martes.

Y es que el motivo fue algo nunca visto anteriormente. Óscar tuvo una cita con el del *six pack* de *Tinder*, y eso había que verlo *in situ*.

Mi amigo tenía miedo de que finalmente su elegido resultara ser un *fake*, de esos que hay en este tipo de aplicaciones. De los que ponen fotos de otros hombres. O que simplemente, no le gustara en persona y deseara salir corriendo de allí. Así que junto con Diana y Shopia, fuimos de apoyo moral a la misión.

Llegamos a la terraza y tomamos asiento a unos metros de la mesa de Óscar.

Estaba guapísimo con su pelo moreno engominado hacia atrás. Unos tejanos oscuros y una camisa azul claro.

Después de esperar más de veinte minutos, ya estaba a punto de levantarme y rogarle que nos fuéramos cuando lo vi llegar. ¡Madre mía! No cabía duda de que era él. Vestía una camisa blanca con varios botones abiertos, que dejaban ver sus pectorales completamente definidos y bajo los cuales reposaban los perfectos abdominales que habíamos visto días antes en foto.

Óscar me buscó con la mirada disimuladamente y lanzó un suspiro. Se levantó cuando el atractivo moreno, de nombre Mario, llegó a su mesa. Se dieron dos besos y empezaron a hablar, bastante nerviosos los dos.

—Aún no me creo que estemos viviendo este momento. Es como presenciar algo histórico —añadió Diana emocionada—. ¿Cómo ha querido quedar finalmente? Si él nunca se atrevía a dar ese paso. Desde lo de Pablo, es la primera vez que tiene una cita.

—Pues porque después de que Mario le diera *match* a él también, empezaron a chatear. Ayer hablaron durante todo el día. Ya sabes: música, libros, cine… Y según Óscar coinciden en todo. A los dos les han dejado hace poco y parece que tienen muchas aficiones en común.

Pero omití el detalle de que, en verdad, Mario le había dicho de salir a correr y Óscar se inventó estar convaleciente de la rodilla y

tener el deporte un poco apartado desde hacía unos meses.

«A correr. ¡Sí hombre! ¡Ni que fuéramos liebres! Se queda en una terracita a tomar algo. ¡Cómo Dios manda!». Me dijo antes de contestarle completamente indignado.

—Eso, y pacto entre ellos dos —matizó Sophia.

—¿Qué pacto? —preguntó Diana confusa.

—Pacto Lucía y Óscar. Él quedar, porque ella antes de acabar verano, noche loca.

—¿De qué va esto, *Bunny*?

Diana me miraba divertida, sin entender nada.

—Una chorrada. Como yo quería que él tuviera esta cita con Mario, le prometí que, si venía esta tarde, yo antes de acabar el verano tendría la noche loca esa que todos estáis deseando que tenga.

—¿Cómo? ¡Esto es muy fuerte! ¿En serio? ¡Bueno, bueno, bueno! —Diana frotaba sus manitas compulsivamente—. Vamos a hacer inspección. ¿A ver qué género tenemos esta noche aquí?

—Allí, mesa fondo. Chico rubio muy guapo. Y mirar mucho a mesa nuestra.

El rubio coqueteaba claramente con Sophia.

—Ese ya ha elegido, ¡cariño! —sentenció Diana dándole un codazo y guiñándole un ojo—. Además, es de tu quinta. Te recuerdo que nosotras somos unos quince años más mayores que tú.

—Bueno. Tampoco tiene que ser hoy. Aún queda un mes hasta que llegue el otoño —corté intentando bajar la emoción a Diana.

—¡Ya, ya! Pero estas dos semanas estás sola. En cuanto vuelvan tus hijos ya no podrán haber noches locas. Ya lo sabes. Tienes solo quince días para encontrar a tu candidato ideal. ¡Mira ese!

Movió la cabeza señalando a un hombre moreno en la barra, bastante mono.

—Es muy bajito —dije sin prestarle mucha atención.

—¡Ya estamos! —resopló Diana—. ¡Hija! Es que para ti todos son bajos. Encima mírate. Llevas diez centímetros de tacón, ni más ni menos. ¿Cuánto es entonces? ¿Más de metro ochenta lo que debes medir ahora? Vamos, que o viene Pau Gasol o te apañas con uno que te llegue a la altura del ombligo.

—Así ser perfecto para comerte almendra —Sophia me levantó una ceja en plan sugerente.

—¡Almeja! ¡Sophia! No sé qué coméis en Rusia, pero aquí se come almeja —la corrigió Diana riendo.

—Yo no rusa, yo ucraniana. Y dar igual que él comer, si él comer bien.

—¡Toma! ¡Claro que sí! ¡Lógica soviética total! —añadí llorando de la risa—. Haya calma, chicas. Como dice *Amaral*… *Aún quedan días de verano*.

—*Amaral* decía que no, ¡torpe! *No quedan días de verano* —me increpó Diana haciendo énfasis en el no, mientras tarareaba el estribillo de la canción.

—Bueno. Lo que sea. ¡Ya se verá! Además, hay que estar a lo que hay que estar. ¡Mirad! Mario se ha levantado.

Aprovechando que el de los abdominales esculpidos se dirigía al baño, tomé el móvil para llamar a Óscar.

—¿Cómo vais? Te vemos bien, ¿no?

Yo sujetaba el móvil mientras Diana gritaba al aparato. No supe para qué lo usamos, seguro que Óscar nos podía oír desde su mesa.

—Muy bien. ¡Es monísimo! —colocó los ojos en blanco—. Con la de gente rara que hay por ahí, he debido encontrar al más normal de *Tinder*.

—Noche loca, Óscar. No importar nada más —añadió Sophia, mientras clavaba su mirada en el rubio de la otra mesa.

—Bueno, bueno… Ya veremos. De momento estamos teniendo la noche tranquila. ¡Ups! ¡Ya viene!

Colgó la llamada guardando el teléfono en su bolsillo disimuladamente.

—Señoras, yo marchar. Rubio seguro querer almendra esta noche.

Sophia cogió su bolso y se dio media vuelta en dirección a la mesa del rubio.

—¿Ves? —exclamó Diana poniendo las manos en alto—. Así se hacen las cosas.

Sophia se acercó a él, y en menos de dos minutos los dos salían del bar.

***

—Gracias, Antonio. Ya te mando un mail y vamos ultimando los detalles de todo el paquete.

La espera ha merecido la pena. Si todo va bien, acabo de asegurar un sesenta por ciento de ocupación para los tres meses de otoño. Gracias a unos paquetes combinados que se van a vender en el mercado belga.

Sentada en mi despacho observo a Óscar, apoyado en su mesa, mirando la negra pantalla de su móvil fijamente. Lleva todo el día pegado al teléfono.

Según él, la cita fue todo un éxito. Más aún, todo lo que la siguió después. Pero la verdad, es que desde que salió de casa de Mario, a la mañana siguiente, no ha vuelto a saber nada más de él. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Ni chats, ni mensajes, ni llamadas. Nada.

Son las cinco. Me apetece ir a la cafetería a por un café bien cargado, pero tengo el estómago muy revuelto y decido no tomarlo. Es lo de cada mes. Días antes de que me baje la regla, empiezo a notar molestias en el estómago. Y hoy, ya he empezado a sentir cólicos. Es

cuestión de días recibir la odiosa visita.

Óscar irrumpe en mi despacho claramente enfadado.

—¡Me ha bloqueado! ¡El muy cabrón me ha bloqueado!

—A ver, ¿por qué? —Canturreo. Pienso que puede existir la posibilidad de que eso no sea lo qué ha pasado.

—¡Mira!

Me coloca su teléfono delante de los ojos, tan cerca que me es imposible ver nada.

—¡Puto cabrón! Le mando mensajes y nada, no se pone nunca el doble *check* azul. Y en *Tinder* ni me aparece su perfil. Eso es porque me ha bloqueado. ¡Seré gilipollas! Y yo pensando que Mario era diferente. Que no era de los que quiere solo un polvo y ya está.

Parece que la teoría de mi amigo es irrefutable y que, verdaderamente, el cachas de Mario le ha bloqueado.

—¡Hostia! ¡Lucía! Que a nuestra edad estas cosas se hablan. Se dejan las cosas claras desde el principio y ya está. —Se sienta abatido en la silla frente a mi mesa—. Es que, si me lo hubiera dicho, pues yo no me hubiera estado haciendo ilusiones.

—Bueno —Intento quitar hierro a la situación—. ¿Cómo es el dicho? Más se perdió en Cuba ¿no? Al menos piensa en lo que te has llevado. La noche del martes pasará a los anales de la historia.

—Pues la verdad, es que sí. Estuvo muy bien —se aguanta una risilla nerviosa—. Tiene su punto, eso de la noche loca. Pero bueno. ¡Tú ya me dirás! Te recuerdo que tienes pendiente la tuya. Y que hoy salimos.

Hace una especie de baile con los hombros.

—¡Uf! No sé yo. Estoy pre-regla y no me apetece nada. Hoy quiero sofá y tele de *tranquis*.

Pongo cara de pena.

—¡De eso nada! Las dos semanas sin niños son para aprovecharlas. Y más en agosto. Que luego llega otoño y esto es como Florida. Solo quedan jubilados.

—Igual un madurito rico es la solución a mis problemas. —Subo y bajo las cejas—. Un buen braguetazo y a vivir.

—¡Qué asco! ¡Por favor! Solo te lo perdonaría si el madurito fuera igual que *Sean Connery*. ¡Dios lo tenga en su gloria! —Junta las manos a modo de plegaría—. Pues yo, ahora que he descubierto las bondades divinas del sexo sin compromiso, no pienso parar. Sabes lo que decía una de las más grandes, ¿no?... «*Yo soy como la Pantoja, polla que veo, polla que se me antoja*».

—¿Venga hombre! No me creo que uno de tus referentes vitales sea Carmen de Mairena. —Lloro de la risa.

—¿Café? —Diana asoma la cabeza por la puerta—. ¿De qué os reís?

—Y la de: «*Yo tengo mucho glamur porque me ambiento el coño con Ambipur*» —me sumo a Óscar en esto de las frases célebres de Carmen.

—¡Calla, calla! «*Pues yo tengo mucho talante, tanto detrás como delante*» —contesta Óscar casi sin poder hablar de la risa.

Diana nos mira sin entender nada. Óscar se acerca a ella y la pasa el brazo por encima del hombro.

—¡Anda! ¡Vamos a tomarnos un café, pelirroja! Y recuérdame que tengo que hablar con Sophia y los de la cafetería, a ver qué organizamos esta noche.

—Ahora iré, pero no me pidáis nada. Que no estoy muy fina.

Aprovecho que me dejan sola para contestar un par de mails que tengo pendientes.

Suena el teléfono fijo del despacho. Me llaman desde la extensión de la cafetería.

—¡Levanta el culo y ven ahora mismo! —susurra Óscar en tono imperativo.

—¿Qué pasa? —digo un poco asustada.

Pienso que debe ser un problema gordo. Algún follón con algún cliente. Por eso me llama desde la línea interna y me habla así de bajito.

—¡Dios del Olimpo! ¡Adonis! ¡Apuesto! ¡Imponente! ¡Hermoso! ¡Es que debería ser delito que salga a la calle! —ahora habla un poco más alto y en su tono habitual.

Diana toma el relevo al teléfono y resopla.

—¡Uf! Impresionante. De verdad… ¡Corre! ¡Corre! ¡Qué esto no te lo puedes perder!

Cuelgan de forma abrupta.

Dejo lo que estoy haciendo y salgo hacia la cafetería, a ver quién es el causante de tanto revuelo.

Entro y veo a Óscar y Diana al final de la barra hablando con Carlos, uno de los camareros. Unos metros más alejados de mis amigos, hay un montón de maletas junto a un grupo de cinco hombres saludándose y hablando entre ellos.

—¡Oh! ¡Un grupo de chicos! ¡Qué novedad! —finjo sorpresa en voz baja poniendo cara de no entender nada—. Estáis un poco salidas las dos, ¡eh!

—Anda, ¡calla! Que desde ahí no puedes ver la obra de arte. ¡Porque debería estar en un museo! —susurra Óscar mientras me coloca entre Carlos y él. Donde parece ser que hay mejor perspectiva.

—No lo veo para tanto —añade Carlos entre soplidos, mientras fija su mirada en Óscar.

—¡Pues chico! ¡Qué gusto más atrofiado tienes entonces! —Óscar no aparta la vista del grupo—. A mí me gustan por lo menos dos.

Los observa achinando aún más sus ojos. Analizando todo lo que ve.

—Bueno. A veces, hay que saber mirar más allá. Fijarse más en lo cotidiano, en lo que se tiene delante cada día. Quizá deberías probar y dejar de buscar por internet a Don *Tinder* —Carlos se cruza de brazos y baja el tono de voz mientras vuelve a fijar su mirada en un Óscar absorto en otros menesteres—. No sabes las oportunidades que uno se pierde por no estar atento a las señales.

Y yo en medio de los dos sin creerme que Carlos le esté tirando la caña a Óscar, que sigue ensimismado mirando al grupo sin enterarse de nada.

Y yo que siempre creí que a Carlos le gustaba Sophia.

«Que mal me funciona el radar», pienso.

Vuelvo a mirar hacia el grupo. Cuatro hombres están de pie. Hablan con un quinto que está sentado en uno de los taburetes de la barra. Todos deben rondar los cuarenta. A los que están de pie los veo sin problemas, pero me tapan al que está sentado. Que, a su vez, me da la espalda. Uno de los cuatro que están levantados dice algo, consiguiendo que el resto se ría del que está sentado. Le dan collejas y suben el tono de voz con burlas hacía él. Este se queja y los aparta a manotazos, al tiempo que los otros cuatro le increpan riendo. Se nota que hay confianza y se están divirtiendo.

Entre los que están de pie hay de todo. Hay un moreno muy mono. Con pelo cortito. Que parece bastante alto y lleva unos vaqueros que le marcan buen culo. A su lado, un hombre con la cabeza completamente afeitada. Vestido en ropa de deporte y con unos brazos como *Chris Hemsworth*, que dan miedo. El tercero es un hombre menos atlético. Rubio de ojos azules y bastante guapo. Me fijo entonces que lleva una corona de reina en la cabeza, de las de disfraz de carnaval de bazar chino. Y el último que puedo ver es un hombre con pelo rapado. El más bajito de todos. Vestido en pantalón corto y camisa de flores. No le veo bien la cara, pero me queda claro, que es el gracioso del grupo.

Este último dice algo que hace que todos estallen en una sonora carcajada.

De repente el quinto hombre, el que estaba sentado, se levanta del taburete. Y a pesar de que lo sigo teniendo de espaldas, entiendo el revuelo de mis amigos.

Pelo castaño claro peinado hacia un lado, con los laterales más cortos. Si el del buen culo me parecía alto, este le saca una cabeza y media. Lleva pantalones de traje gris. Y también se aprecia que le quedan muy bien y lo marcan todo de manera perfecta. Perfectísima. Una camisa blanca bajo la que se deja ver una espalda ancha y fuerte. Lleva las mangas dobladas y me quedo unos segundos mirando sus

antebrazos, torneados y bronceados. Me fijo que tiene la americana y la corbata colgando de otro de los taburetes. Traje completo. Me gusta.

—Mira, mira. ¡Ni habla!

Óscar y Diana cuchichean y se burlan de mí, mientras observan el escaneo que le voy haciendo a aquel hombre.

Pero ni me giro a contestar. La visión que tengo delante es demasiado tentadora como para perderla por mirar a estos dos, que ya los tengo muy vistos.

Sigo a lo mío. Concentrada en el escrutinio a ese cuerpo perfecto. Entonces ladea la cabeza y veo que lleva barba. No muy larga. Muy bien cuidada. Vuelvo a centrar mi atención en su espalda y bajo hasta el culo, disfrutándolo. Por su movimiento de piernas intuyo que se empieza a girar. Oigo a sus amigos reír. Alguno ha debido decirle que le estoy mirando como una obsesa.

Me paralizo. «¡Joder! ¿Y ahora qué?», pienso. Mi mente va a mil por hora. Si ahora giro la cara voy a quedar muy mal. Me han pillado con el carrito del helado, no merece la pena disimular. Mantengo una conversación conmigo misma en mi cabeza.

«Lucía. ¡Míralo! Levanta la vista y míralo. Le estabas mirando el culo, ¿y qué? No serás la primera. Seguro que hoy, le han pegado un buen repaso unas diez mil mujeres antes que tú. No tengo dudas. ¡Vamos! ¡Arriba esa mirada!».

Y lo veo.

Capítulo 5

—*«When I see your face there's not a thing that I would change, 'cause you're amazing just the way you are…».*

«¿Es posible que esté oyendo la canción de *Bruno Mars* de fondo?», pienso. Mi cabeza sigue a mil por hora.

«Idiota. Sobre todo, no pongas cara de idiota. Debes mantener la compostura. Ser la Lucía que parece que siempre lleva un palo metido por el culo. ¡Joder! Me están mirando todos a mí. Odio que me miren y ser el centro de atención. Pues tú, aguanta. Ahora, aguanta. Estás apoyada en la barra así que no te puedes caer ni hacer el ridículo. Para chula tú».

Tiene los ojos más azules que he visto nunca y sus pupilas se clavan en las mías. Creo que empiezo a sudar. Tengo mucho calor. Me cuesta hasta respirar de la presión que ejerce esa mirada sobre mí. Intento grabar en mi mente cada detalle de su cara. Pestañas larguísimas. Nariz recta y estrecha. Orejas pequeñas.

De repente, no hay nada más. Parece que todos se han evaporado y solo estamos él y yo.

Me cuesta seguir con el contacto visual. La intensidad de su mirada me oprime el pecho.

Y sonríe.

—*«…And when you smile the whole world stops and stares for a while, 'cause girl you're amazing just the way you are…».*

«¡Dios! Debe tener un padre dentista. Esa sonrisa es tan perfecta que no es normal. A ti ni se te ocurra sonreír, que tienes los colmillos mal colocados», me recrimino.

Entonces, baja la mirada para coger algo de su americana y yo aprovecho para girarme rápidamente. Dándole la espalda.

Y respiro.

—¡Apaga eso, imbécil!

Le susurro molesta a Óscar, que había puesto la cancioncita de *Bruno Mars* en el hilo musical del hotel desde el *Spotify* de su móvil.

—Joder. ¿Lo has notado? Ha sido como decías. ¡De peli *Disney*!

Diana da palmitas con las manos sin sonido.

—¡Zorra! Yo solo le estaba poniendo la banda sonora a este momentazo —añade Óscar ofendido—. Y ahora me dirás que no. Que no te ha parecido que el mundo giraba a cámara lenta. Te has quedado ahí, hipnotizada completamente. Sí que ha sido de película.

—Sí. ¡Pero de película de terror! —Tengo la cara compungida—. Me lo he quedado mirando, en plan babosa. Seguro que ha pensado que soy gilipollas.

Me siento tan avergonzada que finjo un sollozo.

—Pues ahora es él quien te está pegando un buen repaso —dice Óscar ladeando la cabeza y guiñándome un ojo.

Doy un respingo. «Ostras, ¿me estará mirando el culo?», pienso. Y con mis manos aliso disimuladamente mi vestido negro ajustado, a la altura de mi trasero.

—Se van a alojar en el hotel. Han ido llegando durante la tarde. El rubio más bajito, el de la corona, se casa. Y están de despedida de soltero todo el fin de semana —nos aclara Carlos, quien, como buen camarero, ya está al corriente de todos los clientes que pasan por allí.

—Todo el *finde*. Así que, de hoy jueves al domingo, vamos a tener a este apuesto caballero por aquí. —Diana junta las puntitas de sus dedos en el aire—. Interesante —añade con cara pícara.

En ese momento, alguien habla al otro lado de la barra. Solo dos palabras. «¿Me cobras?».

Es una voz grave y aterciopelada. Una voz súper masculina de esas que te follan al oírla.

«Tiene que ser él», pienso. Y mi mente vuela a otros escenarios no aptos para menores. «Pero ¿qué me pasa?», me ruborizo con mis propios pensamientos.

—Claro, ahora mismo. —Carlos va hacia la caja.

Aprovecho que oigo como el grupo coge las maletas y sale de la cafetería para girarme con aparente tranquilidad. Ahora que doy por hecho que ya no están.

Pero él sigue allí, recogiendo el cambio y guardando la cartera en su americana. Sin lugar a duda era su voz. Siento calor otra vez.

Volvemos a cruzar las miradas. Sin perder contacto visual, ojo con ojo. Traga saliva y eleva ligeramente las comisuras de sus labios. Unos labios no demasiado carnosos, pero que a mí me parecen de lo más apetecibles.

—Ya nos veremos— añade con esa voz grave, tan sensual.

Me dedica una sonrisa seductora antes de girarse para ir al encuentro del resto del grupo.

Y yo acabo de morir de gusto.

Vuelvo a girarme para dejarlo a mi espalda. No muevo un músculo hasta que estoy completamente segura de que los cinco han salido de la cafetería.

Mantengo la compostura tal y como hago de costumbre. Erguida. Simulando ser segura de mí misma. Que nadie piense que me han sacado el palo del culo.

Inhalo aire profundamente, en un intento de relajación.

—¡Joder! —dejo salir el aire—. ¡Gracias por avisarme! Ha sido de lo mejor que he visto en meses. ¡Qué coño en meses! ¡Creo que es el tío más bueno que he visto nunca! En serio.

Me dejo caer en uno de los taburetes de la barra.

—Pues parece que a él también le has causado buena impresión, *Bunny*. —Diana me golpea con el codo—. Se ha ido girando hasta que ha salido para mirarte.

—Bueno. ¡Paren las máquinas! —Pongo las manos en alto—. No sabemos nada de él. Puede ser un hombre felizmente casado. Que solo está aquí celebrando que se casa uno de sus amigos.

—O puede ser soltero, separado… —Canturrea Óscar.

—¿Qué más da? —exclama Diana—. Si te va a tirar la caña, a ti te la debería pelar. ¿No lo ves? —Nos mira extrañada, sin entender que nadie haya caído en su misma conclusión—. ¡Es perfecto!

Óscar y yo la miramos confundidos.

—En serio. ¿Qué más da su estado civil? Es un tío guapo, que ha venido al hotel a pasar unos días. Así que, seguramente sea de fuera. ¿Me pillas?

Diana me observa con los ojos muy abiertos.

—¡Claro! —Parece que Óscar también cae en la evidencia—. ¡Tú noche loca! —me coge del brazo, moviéndolo sin parar—. ¡Es ideal! Un buenorro con el que pasar una noche de sexo salvaje. Y que, de aquí a tres días, se vuelve a su casa. ¡Y chimpún! —Da un pequeño brinco.

—Eso digo yo. ¡Chimpun! —Me levanto de golpe del taburete—. ¡Me voy a currar! Y vosotros deberíais hacer lo mismo.

Salgo en dirección a mi despacho, dejando a mis amigos y a sus divagaciones tras de mí.

Al pasar por delante de la recepción, el grupo está haciendo el registro de entrada. Se están peleando por ver quién duerme con quién, en el reparto de habitaciones.

—¡Este cabrón seguro que quiere una para él sólo! —el gracioso del grupo señala al causante de mi turbación.

—¡Pero para compartir con quien surja! Ya sabéis que David no duerme nunca sólo —matiza el futuro novio guiñándole un ojo.

Y todos estallan en una ruidosa risotada.

Acelero el paso. Sin ni siquiera mirarlos, entro en mi despacho.

«David. El que no duerme nunca solo», pienso.

Así que, de todas las posibilidades, la que finalmente ha resultado ser ganadora, es la de ser un donjuán. Un ligón. Un picaflor.

Recuerdo las palabras de Óscar días atrás: «*Si se te pone a tiro un hombre así, ¿quién es la tonta que se le resiste?*».

«Pues yo», resuena mi vocecita interior. Sé que no estoy preparada para la noche loca.

«Cállate. Déjate llevar y fluye», pienso en un intento de autoconvencimiento.

***

—¡Esta noche hay una… Fiesta! —Óscar entra en mi despacho versionando el clásico de *La Década*—. ¡Y tú vas a venir a!… ¡Ella! —Sigue bailando—. Ya he montado el plan. Vamos a ir a cenar al restaurante nuevo, el del hijo de Tomás. Y luego nos tomaremos algo en el *Sunset*. Hemos quedado ya unos cuantos. Los de cafetería vendrán directamente a las copas.

—¿Vendrá Carlos? —pregunto con cara sonriente.

—Pues, supongo —añade sin ninguna emoción.

—Es mono, ¿no? —inspecciono su cara. Pero me mira sin saber de quién hablo—. ¡Carlos! —Extiendo las palmas de las manos mientras encojo los hombros.

Mi amigo me mira como si estuviera loca.

—¡Hombre! Feo, no es. Pero… Nunca me he fijado en él en esos términos. ¿No le gusta Sophia?

Y me doy cuenta de que a él le funciona el radar peor que a mí todavía.

«Creo que no, *Osquítar*… Creo que no», me digo.

***

Después de llegar a casa y darme una ducha, hablo con mis hijos. Están súper emocionados ya qué Raúl les deja elegir el color de las paredes de la habitación del bebé. Así que se están peleando, a ver qué color pueden elegir. Lo único que tienen claro, es que tiene que haber un mural enorme de *Disney*. Aun cuando para Álex, eso signifique princesas y para Lucas, *Los Vengadores*. Pobre Raúl, para qué pregunta.

Suena una notificación de *WhatsApp* en mi teléfono.

Pásalo bien esta noche Bunny.
Los niños quieren quedarse a
dormir con los primos que han
llegado hoy de Boston (palmas)
Así que Matt y yo nos vamos a aprovechar para
tener una cenita de pareja (cara con corazones)

Pasadlo bien. Y cena fuerte,
que luego toca Rodeo (guiño)

Lo mismo te digo, no sea que te encuentres
al David ese por ahí (berenjena)

Ese encontrará plan,
no te preocupes.

Ya me ha contado Óscar lo que has oído.
Y si es así, ¿qué mejor que un tío como él
para hacerte pasar una noche de lujuria?
Que tonta eres a veces, chica.
Olvida ya tanto remilgo (diablo lila)

Justo ahora me estoy planchando
el hábito para ponérmelo
esta noche (emoticono con aura)

Ja, ja. Porqué te conozco como si te
hubiera parido y sé que te encanta lucir cacha.
Si no, no me sorprendería.

Te dejo, que me voy a taller:
chapa y pintura, hermana (beso)

Amén. Y disfruta (beso)

Tu más (guiño)

Hoy no tengo muchas ganas de arreglarme. Sigo bastante revuelta del estómago. Así que la cosa va rápida. Corrector y un poco de polvos. Aprovechando que estoy morena, no necesito más producto en la piel. Y mi sempiterno maquillaje: *eyeliner*, mucha máscara de pestañas y labial rojo.

Lo de peinarme lo dejo por imposible. Vivir en la playa es un tormento. Me haga lo que me haga, en diez minutos como máximo, mi pelo estará encrespado. Pienso en dejarlo suelto, secado al aire. Ahora que me llega hasta el pecho, se me hacen unas ondas naturales bastante logradas. Pero al final lo recojo en una coleta baja. Hace demasiado calor.

Estoy bastante hinchada, así que hoy no pienso ponerme nada ajustado. Me pongo una minifalda vaquera negra, una camiseta blanca básica *oversize* con un hombro caído y dudo, entre calzarme unas sandalias de tacón o unas *Vans* negras.

Meto cuatro cosas en un bolso de mano y me dispongo a salir de casa. Pero antes un pipí. Si algo me inculcó bien mi madre, es a salir siempre meada de casa.

Y allí, sentada en la taza, me cago en todos los antepasados de todas las mujeres del mundo.

Me ha bajado la regla.

«Pues sí que estoy yo para noches locas», pienso mientras me ato el nudo de las *Vans*.

Capítulo 6

La cena ha estado genial.

El hijo de un antiguo compañero ha abierto el que ya se ha convertido en uno de los mejores restaurantes de la zona.

Ahora estamos tomando algo en el *Sunset*. Un pequeño local con una terraza enorme, que es la más concurrida de la zona. Y donde siempre tenemos mesa. Es lo que tiene ser parroquianos habituales.

Óscar está más animado. Por suerte, lo de Mario no ha pasado a mayores. Y tampoco le ha quitado las ganas de seguir buscando candidatos. Aunque eso sí, no por *Tinder*, asegura.

Sophia está deambulando por el bar en busca de presa. Yo estoy sentada en la mesa tomando un gin-tonic con un incipiente dolor de ovarios. Estoy hablando con Andrea, una compañera del hotel y su amiga Aída, que también suele salir con nosotros.

Andrea es un amor. Es una chica cubana que lleva unos meses trabajando de gobernanta en el hotel. Es súper dulce, con su acento caribeño. Al contrario que Aída, que es odiosa. De profesión *influencer*, ella, con casi medio millón de seguidores, roza el egocentrismo máximo. Es muy guapa, y lo sabe. Y por ello se cree la última *Coca-Cola* del desierto.

Yo no tengo nada en contra de tener la autoestima alta, así debería ser siempre. Pero lo de esta mujer es de otro planeta. De cualquier tema que se hable ella sabe más, ella también ha hecho y ella siempre tiene que sobresalir en cualquier aspecto por encima de los demás. Y sobre todo de mí.

Tiene una especie de fijación conmigo y siempre intenta hacerme quedar mal. A mí me da igual. Hace falta bastante más que un par de salidas de tono para que yo discuta o me enfade. Creo que precisamente mi indiferencia es lo que hace que ella se enerve aún más.

—¡Hola, chicas! —Carlos se une a nosotras—. Pensaba que no íbamos a cerrar esta noche. Había un grupito que no quería irse de ninguna manera.

Se sienta a mi lado mientras inspecciona toda la terraza.

—¿Qué grupo? ¿Los mangones de la despedida? —pregunta Andrea curiosa—. Está medio hotel revolucionado con ellos.

Saco aire por la nariz mientras dibujo una pequeña sonrisa en mi cara pensando en David. La verdad es que no me lo he sacado de la cabeza en toda la noche.

—¡No! —aclara Carlos—. Los de las bodas de oro. Vaya marchan tienen.

Reímos recordando a los abuelitos que llegaron hace unos días al

hotel con toda su familia para la gran celebración.

Carlos sigue con su escrutinio.

—Los de la despedida supongo que vendrán ahora. Me han preguntado dónde tomar algo y les he recomendado este garito. Imagino que no tardarán en llegar.

Entonces sonríe iluminándose su cara. Intuyo que al final ha encontrado lo que llevaba rato buscando.

—¡Por fin los voy a ver! Dicen que hay alguno que está para echar un palo —añade Andrea levantando las cejas—. Nos alegraremos la vista esta noche.

—Eso tú, que estás casada. Igual las solteras podemos alegrarnos algo más —apunta Aída mientras se hace un *selfie* sacando la lengua y haciendo el símbolo de la victoria con los dedos.

Miro hacia donde no quita ojo Carlos y veo a Óscar en la puerta. Está hablando con Sophia y el grupo de la despedida, que acaba de llegar. Me alegro al confirmar que mis sospechas sobre Carlos respecto a Óscar eran ciertas.

Me fijo en David. Lleva unos vaqueros azul claro y una camiseta blanca. No necesita nada más. Algo tan básico le sienta de maravilla. Fantaseo un poco mientras vuelvo a hacerle un escrutinio completo.

—Mira Andrea, esos son. —Carlos mueve la cabeza en dirección al grupo.

—Ahora entiendo lo de la revolución. —Aída se muerde el labio inferior—. El del pantalón negro es monísimo.

Se refiere al chico del pelo corto y culo bonito.

Carlos saluda al grupo con la mano y todos se acercan a nuestra mesa, cabeceados por Óscar.

—A Lucía ya la habéis visto antes. —Óscar me señala—. Ellas son Andrea y Aída.

Mi amigo ejerce de maestro de ceremonias y va haciendo las presentaciones.

—¡Hola! —habla el que yo había bautizado como el gracioso del grupo—. Soy Fer, encantado. Estos son Toni, Sergio y Javi, el damnificado que se casa —añade para hacer la gracia.

David sigue unos metros más atrás, hablando por teléfono.

Fer, es el gracioso. Toni, el del buen culo. Sergio, el brazos de Thor. Y Javi, el futuro novio.

Después de saludos, besos y demás formalismos nos volvemos a sentar.

Un par de minutos después, David llega a la mesa y se presenta.

—David. Encantado chicas.

Da dos besos a Andrea y a Aída respectivamente. Entonces viene hacia mí.

—Lucía—ni nombre en su voz suena a música celestial en mis

oídos. Un leve escalofrío recorre mi piel.

Y tengo la impresión de que toda la gente que está en el bar desaparece. Otra vez esa sensación de que solo estamos él y yo.

Analizo la situación y me sorprende que me haya llamado por mi nombre.

Se me acerca y deja caer otro «*hola*» susurrado cerca de mi oído. Huelo su perfume. Se me eriza el vello del cuerpo. Nos damos dos besos. Pero me parece que perdemos más tiempo del formalmente establecido en este tipo de presentaciones. Vuelve a mirarme, clavando el azul de sus ojos en el verde de los míos. Veo cómo se dilatan sus pupilas y tensa la mandíbula.

Habrán sido no más de veinte segundos, pero a mí me ha parecido una eternidad. Entonces se mueve buscando una silla libre justo enfrente de mí.

—¿Así que tú eres el próximo en pasar por el matadero?

Aída se dirige a Javi emitiendo esa risa histriónica tan suya, pensando que seguramente ha hecho el mejor chiste de la historia.

—Sí. Bueno. —Javi pone cara de circunstancias—. No lo veo así pero…

—¡Uf! Eso es ahora. Luego ya verás. Te lo digo yo. —Por qué ella es la única divorciada del mundo, obvio.

—¡Venga va! Que no todo es tan malo. Yo estoy casado y no me quejo —añade Toni, culo bonito.

Y me doy cuenta como Aída pierde el interés instantáneamente por él. Con Toni fuera de mercado pasa a buscar un nuevo objetivo.

—Ni yo —afirma Sergio, brazos de Thor—. ¡Y que dure! —añade orgulloso—. Estos no. Ellos son las balas perdidas del grupo —gira la cabeza en dirección a Fer y David.

—Ya, ya… Pero tú sabes eso de «*follas menos que un casado*», pues a mí no me pasa —Fer lo dice muy convencido, pero el resto de sus amigos ríe. Parece ser que se está echando un farol.

—Eso que lo diga él, ¡vale! —matiza Sergio señalando a David—. Pero tú… —Y todos ríen nuevamente.

—¡Tú si follas menos que un casado, chaval! —le dice Javi dándole un golpe en la coronilla.

Y todos emiten una sonora carcajada.

Tras esa revelación sobre David, Aída no pierde ocasión y se sienta junto a él, en un asiento que había quedado desocupado. Quedando los dos justo frente a mí.

—¿Así que tú estás soltero? —le acaricia el antebrazo con su dedo.

—Completamente —David clava su mirada en mí.

Otra vez esa presión que no me deja respirar.

—Yo también. Divorciada, en verdad —coloca un mechón de su sedoso pelo rubio por detrás de su oreja, en un claro signo de

coqueteo.

—¡Ajá! —añade él sin mucha emoción. Y por primera vez desvía su cabeza y deja de mirarme para girarse hacia a Aída.

—¿Quieres que vayamos a la barra a pedir algo? —ella esboza media sonrisa mordiéndose el labio. Pero él vuelve a mirar al frente fijando su mirada en mí otra vez.

—Ya estamos —oigo que susurra Fer como un quejido a Javi, que está sentado a mi lado— .Hoy la Aída esta. Ni cinco minutos le cuesta encontrar plan al cabrón. ¿Cómo lo hace?

Pero David sigue sin apartar sus ojos de mí.

Le aguanto la mirada.

«Vamos a jugar», pienso.

Y me regodeo. Me fijo en su pecho. Del cuello de la camiseta sobresale lo que parecen unas letras tatuadas en su pecho. Sus brazos fuertes y bronceados con el vello rubio de haber tomado el sol. Tomo un trago de mi copa volviendo a subir la vista a sus ojos. No aparto la mirada. Ninguno de los dos lo hace.

—¿Vamos? —la voz de Aída suena ligeramente molesta.

Sin dejar de mirarme, David se levanta y los dos se alejan a la barra. Por el camino veo como ella le coge de la cintura.

—¿Veis como tenía que quedarse él la habitación sin compartir? Ya tiene acompañante —indica Fer.

Y todos ríen mientras hacen comentarios subidos de tono acerca de lo que ya presagian que va a pasar esa noche entre ellos.

Unos minutos después, Andrea está hablando animadamente con Sergio sobre La Habana. No veo a Óscar ni a Carlos, así que me levanto. A ver si veo a alguno por la terraza.

Están en la barra pidiendo. Decido no acercarme y dejarles solos, pero entonces Óscar me ve y me hace un gesto con la mano para que vaya hacia ellos.

—¿Qué hace tu David con esa? —me pregunta.

—Que yo sepa no es de mi propiedad —intento decirlo sin parecer disgustada, pero no sé si lo consigo—. Ya te dije que parece ser de los que encuentra compañía fácilmente.

—Ya debe tener buen estómago para liarse con Aída —añade Carlos.

—La verdad es que, a simple vista, es una tía espectacular —confieso con un punto de envidia.

—Puede que esté buena, pero es más tonta que una ameba —añade Óscar—. Y no te llega ni a la suela de los zapatos, nena.

—Bueno. No creo que David sea de los que va buscando candidatas a premio Nobel —digo con pena—. Para lo que él busca, es mucho mejor opción que yo. Lo tengo claro.

—Tengo mis dudas —afirma Carlos—. No te quita ojo.

Y eleva las cejas mirando detrás de mí, donde se han quedado los dos pidiendo en la barra.

—Y ella no sabe qué hacer para llamar su atención —sostiene Óscar.

—Ya encontrará la estrategia. Ya sabemos que Aída es de las que siempre se sale con la suya —indico con una punzada de ¿celos?

—¿Otra copa? —me pregunta Carlos, aprovechando que un camarero los acaba de atender.

—No. Me he tomado dos ibuprofenos. No quiero beber más.

Un grupito nos arrolla buscando un hueco en la barra y yo tengo que moverme quedando de cara a David y Aída, que siguen al otro lado del mostrador.

Aída no para de hablarle mientras aprovecha para tocar todo lo que está a su alcance: brazo, mano, hombro, pecho… El coqueteo es tan descarado que creo que las feromonas me llegan hasta a mí.

Intento disimular mis miradas para no parecer que me interesa lo que hacen. Pero cada vez que miro, me cruzo con la mirada de David, que no deja de observarme. Parece divertido con la situación. Aída, al contrario, me dedica miradas de autosuficiencia.

—Me voy a la mesa, chicos. El dolor de ovarios ya me molesta bastante.

Pero no es el dolor de ovarios precisamente lo que me está fastidiando ahora mismo.

No tengo motivos para estar celosa, lo sé. Pero la parte más insegura de mí no puedo evitarlo.

Vuelvo a mi asiento casi al mismo tiempo que Aída y David, que vuelven con sus copas.

Toni y Andrea están de pie haciendo fotos de grupo.

El resto siguen sentados. Hablando del pueblo, de qué playas visitar o dónde comer buen arroz. Lo típico para hacer en un pueblo de costa.

—Y después de aquí, ¿dónde vais? —me pregunta Sergio.

—Yo, me voy a dormir, que mañana trabajo. Los que no tengan turno de mañana no sé qué planes tienen.

Sophia vuelve en ese momento de su escrutinio habitual por el local.

Yo miro a Carlos. Sé que hasta mañana al mediodía no trabaja, a ver qué plan les puede ofrecer.

—Vamos aquí cerca. Hay unos pubs que abren hasta las seis —expone Carlos—. Óscar tampoco trabaja mañana ¿no? ¿Tienes el día libre? —le pregunta directamente.

—Mañana trabajo —añade Óscar con cara de pena—. Pero pasado, sí. Mi ansiado *finde* libre al mes, al fin —da palmitas con cara de felicidad.

—Os admiro —dice Toni—. Trabajáis justo cuando todos los demás disfrutamos.

—Es lo que nos toca. Soy la que siempre está dispuesta para hacer disfrutar —añado.

Y al decirlo me suena como un perfecto eslogan corporativo. Pero todos empiezan a reír por lo bajo. Parece que mi comentario se malinterpreta de inmediato.

—Jo jefa, parecer anuncio de página web porno. Yo no imaginar tú tan descarada —dice Sophia jocosa.

«¿Y esta no se puede ir por ahí a buscar presa?», pienso riendo.

—¿Trabajas en satisfacción al cliente? —me pregunta David con media sonrisa de chulería.

—Yo soy la que dirige el cotarro, cariño. Así que toda tu satisfacción depende enteramente de mí —le digo con más chulería todavía. Sin saber de dónde me sale.

—Sin duda alguna —sonríe de medio lado y se muerde el labio.

—Ella dirige, pero no actúa —añade rápidamente Aída con toda la inquina que puede reunir—. No hay que confundir. No es lo mismo conocer la teoría que la práctica —me dedica una fría mirada—. Ya sabes eso de que «*La práctica hace al maestro*» —y se auto señala.

—También sé eso de que «*Grande es aquel que, para brillar, no necesita apagar la luz de los demás*» —añado mientras sonrío.

—¡Uh!…

Oigo cuchicheos en el grupo, que nos mira atónitos mientras Óscar aplaude mi respuesta. David me mira como una expresión que no sé definir.

—Yo también sé más. «*Toda persona tiene derecho a ser estúpida, pero algunas abusan de ello*» —dice Aída creyéndose victoriosa.

Se me escapa una sonrisa entre los dientes. Ella continúa.

—«*Un día se va a poner de moda ser imbécil, y algunos no sabrán cómo gestionar la fama*» —Aída hoy no tiene fin, está sacando toda la artillería. De algo le tienen que servir todas esas frasecitas manidas que publica en su *Instagram*.

Me rasco la cabeza y soplo. Sonrió poniendo la lengua en mis dientes superiores.

—Aída, bonita. «*La inteligencia te permite ganar discusiones. Y la sabiduría, no tenerlas*» —me levanto de la silla—. Ya que lo sabes todo, sabrás cuándo hay que callarse. Buenas noches a todos —recojo mi teléfono y mi paquete de tabaco y lo guardo en el bolso dispuesta a marcharme.

—No pagues tu frustración conmigo, cariño. Todos sabemos que desde tu divorcio andas un poco necesitada —sonríe maliciosamente —. No dejes que tu sequía hable por ti, hay que ser más elegante. No a todas nos crían para ser una dama.

La miro abriendo los ojos como platos.

—Es que no folla mucho —esto último lo dice en voz baja, mirando al grupo de la despedida. Como si contara un secreto que no debía ser desvelado.

«¿De qué puto mundo ha salido esta imbécil?», pienso.

—«*Dama es aquella que no le interesa tener muchos hombres a sus pies, sino uno a su altura*» —parafraseando a *Carolina Herrera* cojo el bolso, doy media vuelta y me voy.

No tengo ganas de escenas y menos con Aída. Entrar en su guerra de gatas por el macho alfa no va conmigo. La dejo allí sabiendo que ella gana. Ella se queda y yo abandono la lucha. Tampoco va conmigo lo de pelear por causas perdidas. David es de los que buscan presa y ella es la que ha puesto las cartas sobre la mesa nada más empezar el juego.

Me suena una notificación de *WhatsApp* al salir del bar. Me paro a unos pasos de la puerta. Es Óscar.

Eres grande, tía. (aplausos)

Pero se lo has puesto en bandeja.

Si algo es para ti, no necesitas perseguirlo.

Parece que yo también hago uso de las frasecitas que leo en *Instagram*.

Guardo el móvil en el bolso y salgo a la calle.

Vivo a un par de calles así que no tardaré en llegar.

—Lucía, espera.

Respiro profundo. Esa voz....

Me giro y veo a David parado en la puerta. Saca un paquete de tabaco del bolsillo y enciende un cigarro, me lo ofrece al llegar a mí. Lo cojo y él se enciende otro.

—Enserio. ¿Ya te vas?

—Sí. Es tarde. Mañana tengo un par de reuniones y no quiero ir muerta de sueño —miento.

—Pensaba tomarme algo contigo. Bueno… En realidad, esperaba poder pasar contigo un rato a solas.

—Mira. Te voy a ser completamente sincera, David. No te quiero hacer perder el tiempo. No soy lo que andas buscando —doy una larga calada a mi cigarro—. A la candidata ideal la tienes allí dentro —confieso intentando ocultar una punzada de amargura.

—Eso tendré que decidirlo yo.

Se pega a mí. Vuelvo a oler su perfume. Conozco perfectamente esa fragancia y lleva poniéndome tonta toda la vida.

Doy un par de pasos hacia atrás intentando mantener la distancia.

—Créeme. Me ha bajado la regla hace un rato. Así que no tengas expectativas, porque no va a pasar absolutamente nada entre nosotros. Puedes volver tranquilo.

Doy media vuelta para marcharme.

Pero él me coge de la mano. Me giro y lo miro a los ojos. Sus pupilas se dilatan, veo como se tensan los músculos de su mandíbula y traga saliva.

—No hay nada dentro por lo que volver —me dice muy serio.

Y sin soltarme de la mano empieza a caminar, con determinación. Llevándome dos pasos por detrás.

—Pero ¿dónde vamos? —le pregunto desconcertada.

Se detiene. Mueva la cabeza a derecha e izquierda. Sonríe. Me mira.

—Donde me lleves.

Y sin soltarle la mano empezamos a andar.

Capítulo 7

Estamos en la playa, en uno de mis chiringuitos preferidos. De noche, una vez acabado el tumulto diario de turistas y domingueros playeros, es un sitio súper tranquilo para tomarse algo. Todo está lleno de guirnaldas de lucecitas tenues y la música *chillout* de fondo permite hablar cómodamente. Estamos sentados uno frente al otro. David se recuesta en el asiento de su silla blanca de plástico.

—Me gusta este sitio. Tiene un rollito muy guay.

—Sí —le digo mientras hago movimientos circulares con mi vaso de mojito sobre la mesa—. Es ideal cuando nos apetece un plan más relajado.

—Es agradable. No suelo tener planes así... Relajados.

—Claro. Tú eres de los que pasa directamente a la acción —añado para picarle y guiño un ojo.

—¡Eh! No me hagas sentir un bicho raro —bebe de su copa—. ¿Ahora me dirás que tú nunca te has acostado con un tío cualquiera una noche por ahí?

—No —digo sin expresión ninguna.

—¡Venga va! —ríe como si le estuviera tomando el pelo. Me observa atento, pero mi gesto sigue siendo el mismo—. ¿En serio? —Se apoya en la mesa para mirarme más de cerca—. ¿Nunca? —Empieza a observarme como si el bicho raro fuera yo.

—¡No! —exclamo haciendo énfasis negando con la cabeza.

—Tienes pareja.

Y no es pregunta. Lo afirma. Dando así por hecho, que la única opción de no ir acostándome con hombres en mi tiempo libre es por qué estoy emparejada.

—No —río al verlo tan descolocado.

—¿Lesbiana? —pone cara de pánico.

—No, David. —Esbozo una amplia sonrisa—. Se puede ser heterosexual y soltera y no querer ir echando polvos cada vez que se sale de noche. ¿Acaso tú sí? —Examino su reacción—. ¿Follas cada vez que sales?

Una parte de mí espera que diga que no lo hace.

—Normalmente sí —añade, como si fuera obvio.

—¿Siempre? —mi tono denota estupor.

—Bueno. Sí siempre que salgo. Pero no salgo siempre —hace una pausa—. A ver… —noto que empieza a liarse—. Que no salgo cada fin de semana, más bien salgo poco. Pero cuando salgo, pues me gusta acabar la noche... Acompañado.

—¿Y cómo lo haces? Con las mujeres. Me refiero a que si siempre

les entras igual. Si tienes alguna frase ya manida que siempre te funciona. O eres de los que estudian el terreno y cambias la estrategia según veas.

David me mira divertido. Me apoyo en la mesa y lo miro de forma invasiva.

—No sé —ríe abiertamente—. Tengo algunos trucos. Pero tampoco sé si siempre hago lo mismo. Simplemente surge.

Y sus pupilas vuelven a dilatarse al mirar las mías.

—¿Y nunca le has entrado a la misma mujer dos veces? Sin acordarte que ya te la habías tirado —pregunto curiosa.

—¡Más de una vez! —se sonroja con cara de vergüenza y se tapa el rostro con las dos manos.

—¡No! —digo riendo—. ¡Qué capullo!

—Bueno, es que eso lo hacéis mucho las tías… —Se pone serio intentando justificarse—. …Que os cambiáis el color del pelo, el corte. No sé. Pasa el tiempo y ya no recuerdo las caras. No me juzgues —dice en un lamento.

—No te juzgo —añado sincera—. Cada uno tiene su rol en esta vida. Tú el cabrón y yo la mojigata —digo levantando las palmas de las manos.

—Yo no soy un cabrón —lo dice muy serio. Parece dolido con mis palabras.

—Perdona. Pues yo sí una mojigata —asiento con la cabeza repetidamente para enfatizar y dar credibilidad a mis palabras—. Por eso necesito que me ilustres en los misterios del sexo ocasional —hago como si tomara notas—. A ver, dime. ¿Qué normas tienes? Seguro que tienes un decálogo del follador o algo así. Una lista de puntos que siempre cumples.

Le observo expectante. Él suelta una carcajada golpeándose el pecho de manera natural y sincera.

—¿Decálogo del follador? —Se pasa la mano por los ojos secando unas lágrimas de risa—. ¡No me creo que hayas dicho eso! —niega con la cabeza, alucinado.

—¡Venga, va! —Junto las manos simulando una plegaría.

Él toma un trago de su copa y se enciende un cigarro.

—No es un decálogo. —Me mira otra vez con esa intensidad que se me agarra a las tripas—. Pero sí que tengo cinco normas. Algo básico para que las cosas sean claras y fáciles. Nunca engaño ni prometo. Lo dejo claro desde el principio.

Sigue fumando y desvía la vista a la orilla, sin decir nada. Yo le miro alzando las cejas, impaciente. Cuando gira la cabeza y hacemos contacto visual, vuelve a mostrarme su perfecta sonrisa.

—No te las voy a decir —dice en otra risotada mientras acaba su copa—. Vamos a dejar la clase magistral un rato, pequeño

saltamontes.

Hago un puchero y acabo mi copa. Se sienta a mi lado y nos hace una foto de los dos con el móvil. Lo miro confusa. Se levanta repentinamente.

—Tengo hambre. ¿Vamos a comer algo?

—Pues a estas horas no hay nada abierto. —Consulto el reloj y veo que son las dos de la madrugada—. Esto es un pueblo pequeño, David. No hay locales veinticuatro horas, ni servicio de *delivery*, ni cosas de esas a las que estáis acostumbrados los de ciudad.

—¿Y qué haces cuando tienes hambre de madrugada?

Me toma de la mano para salir por el caminito de madera sobre la arena de la playa.

—Pues me voy a mi casa y me hago un bocadillo. —Le miro abriendo los ojos para enfatizar lo obvio—. O me compro algo en unas máquinas dispensadoras que hay allí abajo.

Señalo unas calles más allá mientras dejamos la playa atrás.

—Pues vamos a tu casa a por un bocadillo. ¿Vives muy lejos? —se sacude la arena de las suelas en la acera.

Me acerco al portal que tenemos justo delante y abro el portón.

—Vivo aquí mismo.

Me apoyo en la puerta entreabierta. Viene hacia mí con una sonrisa seductora dibujada en la cara. Entramos.

«¿Qué ha pasado?», pienso. Me acabo de poner histérica. Hasta que no me he visto reflejada en los espejos de la portería, ni me he planteado que le estaba invitando a subir a mi casa. Ha sido todo así, como tan casual.

«Simplemente surge», recuerdo sus palabras.

«Este tío es bueno», me digo.

—¡Cuánto mármol! Qué antiguo.

Toca una de las columnas de la portería y mira todos los detalles de la entrada.

—Pues espera a ver el ascensor —digo con gesto de pánico.

Entramos en casa. Voy encendiendo luces y veo a David examinándolo todo.

—¡Esto no me lo esperaba! —exclama con total sorpresa. Da vueltas por el salón. Golpea alguna pared, mira detalles en las puertas. Lo observo divertida—. ¡Buen trabajo! —dice para sí mismo mientras sigue la exploración.

—Eres reformista, ¿o qué? —le pregunto riendo.

—No —ríe de forma graciosa—. ¡A ver ese bocadillo!

Se dirige a la cocina. Se mueve por mi casa con total tranquilidad y eso me gusta. Tampoco es difícil. De un solo vistazo ves toda la distribución. No es necesario preguntar dónde está ninguna estancia.

Dejo el bolso en mi habitación y entro en la cocina. Lo veo

cortando pan.

—Tú como si estuvieras en tu casa. No te cortes.

Pongo los brazos en jarras fingiendo que me molesta su actitud.

—Perdona. Es que me muero por comértelo —hace una pausa—. Comérmelo… El bocadillo, digo —me guiña un ojo—. ¿Quieres uno?

Asiento con risa nerviosa.

Le observo detenidamente durante toda la preparación. Abre la nevera, armarios, cajones. Toma todo lo que necesita y prepara dos bocadillos de jamón. Coge dos cervezas de la nevera.

Coloca todo en una bandeja que hay encima de la encimera y la lleva hasta la pequeña mesa de centro del salón. Yo lo sigo curiosa. Se sienta en el sofá y me mira divertido esperando que imite su gesto. Tomo asiento a su lado.

—¿Y esto lo haces siempre? Me refiero a… Cuando acabas… El polvo… —digo arrugando la nariz—. Te metes en cocinas ajenas a hacerte algo de comer. ¿O siempre las llevas a tu casa? Donde tú controlas los espacios.

Doy un bocado al bocadillo.

—Regla número uno: nunca llevo a nadie a mi casa —dice tras beber—. Y número dos: nunca me quedo a dormir. Así que no suelo hacerme bocadillos en cocinas ajenas, si eso resuelve tus dudas.

—¡No! —exclamado fingiendo estar ofendida—. Eres de los que echa el polvo y se va, ¿sin más?

Lo miro con los ojos abiertos como platos, negando con la cabeza.

—Te he dicho que siempre dejo las cosas claras desde el principio. Nunca doy falsas ilusiones. Llegado el momento, los dos hemos decidido libremente lo qué vamos a hacer.

—Muy civilizado todo, me gusta —finjo tomar notas otra vez—. ¿Número tres?

—Tres. Cierto. Son más de las tres de la mañana y creo que es hora de irte a dormir.

Coge la bandeja y se levanta a dejarla otra vez en la cocina. Yo lo sigo y me quedo apoyada en el marco de la puerta.

Me giro para verme en el espejo que hay colgado en la pared del recibidor, mientras me quito la goma del pelo.

—Quedan tres normas. No podré dormir hasta no tener el estudio completo. Soy una obsesa del conocimiento. No me puedes dejar a medias.

Pega su pecho contra mi espalda y me peina el pelo con sus dedos para que pierda la forma de la coleta. Se coloca cerca de mi oreja y me susurra al oído.

—No soy de los que deja nada a medias. Te acompaño a la cama.

Trago saliva. Calor. Mucho calor.

Entra en la habitación y abre la sábana por el lado izquierdo de la

cama. Se sienta apoyando la espalda en el mullido cabecero capitoné y coge el mando de la tele de la mesilla. Otra vez, de esa forma tan natural. Como si estuviera familiarizado con el entorno. Me da el pijama que tengo bajo la almohada y abre el otro lado la de la cama, tirando la sábana hacía atrás.

Y de repente me siento gilipollas, como una niña pequeña a la que su padre viene a acompañarle a la cama, para darle el beso de buenas noches.

Dejo el pijama sobre la mesita y me tumbo a su lado con la ropa puesta, claramente molesta.

—Tú misma —me mira con gesto cómico—. Estarías más cómoda.

Busca algo que ver en la tele.

Estoy descolocada. «¿Qué estamos haciendo?», pienso.

Yo lo tengo claro. No voy a forzar una situación para la que sé que no estoy realmente preparada, y menos esta noche teniendo la regla. Pero ¿y él? Él no es de los que cuando está en casa de otras mujeres se tumbe en la cama a ver la tele, precisamente.

Una punzada de inseguridad y vergüenza me invade. ¿De verdad en algún momento he podido pensar que él tiene algún interés en mí?

«Soy imbécil», me digo.

—¿Te acuerdas?

La voz de David hace que levante la vista hacía la tele, volviendo de mis pensamientos. Es una reposición de *Salvados por la campana*.

—Me encantaba esta serie de pequeño —dice sin quitar ojo de la pantalla—. Estaba súper enamorado de *Kelly Kapowski* —le observo sin saber bien qué pensar—. Me recuerdas un montón a ella —me mira dulcemente.

—¿Yo? Ya me hubiera gustado a mí tener esos ojos.

—Tus ojos no serán azules, pero no tienen nada que envidiarles.

Se tumba colocando su brazo por debajo de mi cabeza. Se mueve hasta que me deja encajada sobre su pecho.

Sigo sin entender nada, pero estoy tan cómoda que sin darme cuenta me quedo dormida.

Capítulo 8

El sonido de la máquina limpia playas me despierta. Miro el reloj.

6.58. Dos minutos antes de que suene la alarma. Odio despertarme antes del toque de diana. Es como si me robaran ese tiempo de sueño.

Voy a moverme, pero me choco con algo. Giro la cabeza y veo a David durmiendo.

«¿Qué hace aquí?», pienso aún medio dormida.

Entonces recuerdo dormirme a su lado. Pero di por hecho que una vez me durmiera él se iría. Regla número dos.

Oigo las primeras vibraciones de la alarma y la apago rápidamente sin que llegue a empezar el sonido.

Me levanto lentamente. Busco ropa en el armario. No quiero hacer ruido y que David se despierte. Me voy a la ducha. Me miro en el espejo del baño. ¡Vaya estampa! Con la ropa de ayer, sin desmaquillar y completamente despeinada. La pura imagen de la belleza.

***

Antes de irme vuelvo a echar un vistazo a mi habitación. David está durmiendo tan profundamente que me da pena despertarle. Escribo una nota y la dejo sobre mi almohada.

Buenos días:

Tienes café preparado y puedes hacerte desayuno, seguro que sabes dónde está todo. Te dejo unas llaves junto a la puerta, las necesitas para salir por el portal. Mis vecinos cierran el portón con llave. Puedes dejárselas a Sophia en la recepción después.

Llego al hotel sobre las ocho. Es pronto, pero ya se intuye el movimiento de gente hacia aquí y allá, tan habitual en estas fechas.

Saludo a Sophia, que está mostrándoles sobre un mapa, lugares de interés a unos clientes. Por su cara sé que ella tampoco ha dormido mucho. Y caigo en la cuenta de que no sé nada de lo qué le pasó ayer al resto de mis amigos.

Me siento en mi mesa. Saco el móvil del bolso y echo un vistazo a varias aplicaciones mientras se enciende mi ordenador.

Busco el perfil de Óscar en *Instagram*. Hay solo una foto con Sophia, Carlos y Andrea. Pincho en Andrea y veo un par de historias con Aída. Después pincho en Sophia, tiene una foto de cuando estábamos los dos grupos sentados en la mesa del *Sunset*, sin etiquetas.

Suena un mensaje.

¿Cómo fue anoche? Os eché un motón de menos.

Aunque no la cambio por nada… (Guiño) ¡Yee haw!
Óscar me ha dicho que te fuiste con David.
(fuegos y berenjenas)
Tell me more, tell me more…

Nada… Bien. O mal… No sé.

¿Ha pasado algo?

Hemos dormido juntos. ¡¡DORMIDO!!
Que te veo venir.

Inmediatamente entra una llamada de Diana:

—¿En serio? ¿Has pasado la noche con él?

—Sí —digo con una punzada de nervios—. Tomamos algo en la playa. Luego fuimos a mi casa a comer algo. Y se quedó a dormir. Allí lo he dejado.

—*Oh, Bunny. Oh, Bunny…* —canturrea con alegría—. Hasta las nueve no entro, pero ahora mismo voy para allá. Esto me lo tienes que contar en persona.

Una hora más tarde ya nos hemos puesto al día.

—Fue raro, ¿sabes? —le explico sentadas en mi despacho—. Igual me daba la sensación de que se sentía atraído por mí, que al momento me trataba como si fuera asexual. Una de cal y otra de arena. Pero estuvo genial, la verdad. Hablar, reír… Yo, un poco. Pero David, dudo que estuviera ni un poquito nervioso. Cero tensión sexual, me temo —añado apenada.

—No sé —dice Diana con cara inexpresiva—. Sabiendo que tiene un polvo seguro con Aída, ¿lo rechaza para pasar la noche contigo? Por algo será. Puede que dijeras algo que le hiciera pensar...

—David es listo —la corto—. Yo no tuve actitudes que se pudieran malinterpretar. Igual que él deja las cosas claras desde el principio, yo también lo hice. Por eso no entiendo que aun sabiendo que no iba a pasar nada, viniera conmigo. Pero —hago una pausa. Me estiro en la silla y giro mi cara hacia la pantalla del ordenador—. Toca seguir. Ha sido una noche diferente. Me lo pasé bien y ya está. No creo que la cosa pase de aquí.

Alguien golpea la puerta.

Aparece David.

Me dedica su sonrisa perfecta.

—Venía a devolverte las llaves. Sophia me ha dicho que entrara a dártelas personalmente.

Diana me mira y finge que grita. Se da la vuelta y se dirige hacia él.

—Soy Diana. Su guardaespaldas —afirma muy seria al tiempo que le estampa dos sonoros besos—. Os dejo.

Se separa ligeramente de David y le hace un gesto, con dos dedos

en sus ojos y en los de él. Una señal de vigilancia.

—Puedes irte tranquila, yo cuido de ella —dice divertido.

—Y os podéis ir los dos a la mierda. Que yo me cuido sola. ¡Gracias! —añado mostrándoles el dedo corazón y sonriéndoles falsamente.

Diana cierra a su espalda y David se sienta en la silla frente a mí.

—Toma —me entrega un sobre—. Pensaba que me despertarías esta mañana.

—Dormías tan a gusto que me dio pena. Se te caía la babilla y todo —añado jocosa.

Ríe poniendo los ojos en blanco.

—Hacía tiempo que no dormía tan bien, habrá sido la compañía —sus pupilas se dilatan al mirarme—. Te dejo trabajar.

Sin más se levanta y se va. Me rasco la cabeza y soplo. «Otra vez una de cal y otra de arena», pienso.

Abro el sobre. De él caen las llaves de mi casa y una tarjeta de visita.

David Palau Fernández
4Concept Studio
Estudio de Arquitectura e Interiores
6475460000

La miro con los ojos bien abiertos. Giro la tarjeta y veo que está escrita por el reverso.

1. No ir nunca a mi casa
2. No quedarse a dormir ***X***
3. No dar números de teléfono ***X***
Ya llevas dos de tres, Lucía.
Sigamos a ver cuántas normas más consigues romper estos días.

Respiro hondo y me paso las manos por la cara. Ahora no sé qué es la cal y qué es la arena. Las dos me parecen maravillosas.

***

El día pasa rápido. Hay bastante ajetreo en el hotel. Siempre es así en estas fechas. Ocupación al cien por cien.

Mañana es quince de agosto. El pueblo estos días está en fiestas y hay mucha más gente por sus calles.

Oigo revuelo así que espío a Diana y Óscar desde mi despacho.

—Nada —dice Diana mirando la pantalla del ordenador—. Súper privado. Y ni la foto de perfil es una foto suya. Es de un buda con frasecita: «*La mente es todo. Te conviertes en lo que crees*». Muy cultivado el chico.

Aparta el ratón de un manotazo.

—Es él, porqué lo tiene etiquetado Toni —añade Óscar.

—Parece ser que no tiene *Instagram* —dice Diana mirando ahora su móvil—. Sí *LinkedIn* —observa el perfil—. Pero solo datos profesionales.

—¿Qué hacéis ahí los dos?

Entro casi de un salto y los sorprendo. Óscar da un respingo en su silla.

—¡Qué susto, coñe! —Se estira la corbata naranja—. Pues buscar a tu arquitecto por internet. Pero por lo que vemos es de los tuyos. Todas las redes privadas.

—¿Le has visto otra vez? —me pregunta Diana con sonrisa pícara.

—No —digo con tranquilidad—. Iba a mandarle un mensaje hace un rato, pero al final se me ha pasado con el follón del aire acondicionado.

—¡Calla, calla! ¡Me he cagado! —dice Óscar soplando de alivio—. Ya me veía sin aire en pleno puente de agosto. Aluvión de reclamaciones. ¡Nos iban a dar hasta para llevar!

Entro a mi despacho y decido mandarle un *WhatsApp* a David. Guardo su número en mis contactos y lo busco en la aplicación. Tiene una bonita foto de perfil. Está tomada de lejos, en una playa. Él está de espaldas, en bañador. Con los brazos abiertos hacia el cielo.

Escribo, borro. Vuelvo a escribir. Borro. Al final un escueto:

Hola, ¿cómo va el día?

No tarda ni dos segundos en conectarse.

Me doy cuenta de que no le he dicho quién soy y él no tiene mi número.

Escribiendo.

Hola, Lucía. (cara de vergüenza)

¿Cómo sabías que soy yo?

Por la foto. Sales muy guapa, por cierto.

El día, bien. Playa, paella, cerveza, playa…

Jajajaja, bien que hacéis.

¿Estás liada ahora?

No, ¿por?

Entra su llamada.

—¿Cenas... Esta... Noche? —oigo su voz entrecortada por el viento de la playa.

—Sí. Suelo cenar todas las noches. Es una manía que tengo —contesto chistosa.

—¡Qué chispa! —se mofa. Puedo imaginar su bonita sonrisa—. Hay mala cobertura —hace una pausa—. A ver ahora... Que salgamos a cenar esta noche. Tú y yo. Hay un sitio que tiene buena pinta. ¿Te

paso a buscar a las ocho a tu casa?

—Nueve, mejor.

—Nos vemos a las nueve, entonces —cuelga.

«¿Una cita?», pienso.

Ayer fue todo muy casual, todo surgió así. Pero lo de hoy ya es una cita de verdad.

Y se me dibuja una sonrisa tonta en la cara.

Salgo de mi despacho y les doy la noticia a mis amigos.

—Hemos quedado para cenar.

Diana da palmas, Óscar baila en la silla.

—Bueno, bueno. ¿Noche loca? —dice Óscar sin parar de bailar.

—No creo —Me señalo el bajo vientre con las dos manos—. El conejo sigue estando en salsa.

Ponen cara de asco los dos y yo río malvada.

***

20.57.

Suena el timbre del interfono. Puntual. Pensaba que quizá no se acordaría del piso e iba a mandarle un mensaje, pero no va a hacer falta. Me miro obsesivamente en el espejo del ascensor mientras bajo. Salgo a la calle bastante nerviosa.

—Estás preciosa.

Me mira de una manera que me hace estremecer. Me coge de la cintura y me acerca a él para darme dos besos. El segundo acaba más cerca de la comisura de mis labios que de la mejilla.

Llevo un sencillo vestido negro con pequeñas flores. El pelo en un medio recogido y mi maquillaje de siempre.

—Tú también —le contesto volviendo en mí—. Te ha dado el sol, ¡eh!

Le doy un toquecito en la nariz. Tiene tanto la nariz como las mejillas rojas. Está especialmente guapo hoy que está más bronceado. Le resalta el azul de los ojos.

Viste unos chinos azules con una camiseta *henley* blanca con los tres botones desabrochados. Espectacular.

Andamos unos quince minutos hasta llegar al restaurante. Conozco bien el sitio porqué es donde solía venir a cenar con Raúl, en las fechas especiales.

Durante el camino nos hemos ido explicando nuestro día. Nos sentamos en una mesa delante del paseo marítimo.

—Oye, ¿lo de tu tarjeta? —pregunto un poco nerviosa—. No tenías por qué… Quiero decir —carraspeo y trago saliva—. Qué bueno… Me ha hecho gracia eso de las normas, pero...

Bajo la mirada tímida.

—Habría que corregirla. Ya has roto tres —me corta, sonriendo. Parece que le divierte verme nerviosa—. La número cuatro: no repetir

—Hace una pausa para encenderse un cigarro—. Y aquí estamos.

—Ya, bueno…

Me paso la mano por el pelo y por fin arranco.

—A eso me refiero. Me dices que rompo tus normas, pero en realidad no ha pasado nada. Esas normas son explícitas para sexo y nosotros… Vamos que… Sin follar, eso no computa, ¿no? —le digo riendo finalmente.

Su sonora carcajada hace que las mesas de al lado se giren a mirarnos.

—¿Lo dices en serio? —su bonita sonrisa se dulcifica y continua—. Tienes razón. No es exactamente la misma situación. Esas normas son para mis noches de sexo. Normas que he ido adquiriendo para no tener que dar explicaciones. Para no tener que implicarme con nadie.

Da un largo trago a su copa de vino.

—¿Nunca has ido más allá con ninguna de ellas? —Tengo verdadera curiosidad—. ¿Nunca has querido repetir?

—No —dice con sonrisa franca.

—Al menos, ¿sabrías sus nombres? —Le miro achinando los ojos como interrogándole—. ¿A alguna la habrás buscado en redes sociales?

—Hace tiempo que nadie despierta mi interés. Así que, alégrate. Porque a ti sí que te he buscado. Pero tampoco he conseguido mucho. Tienes los perfiles privados —me mira fijamente, debo estar blanca. Seguro que si me pinchan no sangro—. Solo era para reafirmar lo que ya sé de ti.

—¿Y qué sabes de mí?

Lo digo con toda la chulería que soy capaz de fingir en esos momentos.

—Lucía Herrera Pérez. Rondas los cuarenta años. Eres de aquí de toda la vida. Estudiaste Dirección Hotelera. Estás divorciada y tienes dos hijos. Tienes buena relación con tus padres. Creo que eres hija única. Eres buena cocinera. Y, por último, pero no menos importante, no eres la mojigata que me hiciste creer ayer.

Estoy alucinada. Sonrío como una imbécil sin entender de dónde ha sacado toda esa información. Me pregunto si habrá interrogado a alguno de mis amigos. Pero dudo que ellos sean su fuente.

—¿Cómo…?

No me deja acabar la frase.

—Vi tu nombre en una carta del banco que tenías en el mueble de la entrada. Y tienes muchas fotos en tu casa, ¿sabes? —Sonríe ante la evidencia—. En una estás soplando las velas de una tarta con un treinta y nueve, así que por eso sé que rozas la cuarentena —se estira orgulloso en su silla—. Tienes varias fotos con tus padres, por lo que imagino que tienes mucha relación con ellos. Además, todas son por la

zona. Deduzco que te has criado aquí. No salís con nadie más, por ello pienso que no tienes hermanos. En otra foto, que estás con ellos, llevas un bonito vestido blanco, debe ser del día de tu boda. De ahí lo de divorciada. Y lo de tus hijos es fácil — lanza una sonrisa cargada de cariño—. Tienes mil fotos de ellos por toda la casa y vi las letras de madera con sus nombres en la puerta de su habitación.

Me mira como si acaba de cuadrar todo a la perfección.

—Álex, la niña. Y Lucas, el pequeño. Lo de estudiar Dirección Hotelera es por la orla en tu despacho.

Intento decir algo, pero no puedo.

Se había fijado en todo. La noche anterior en mi casa, mientras yo pensaba que él iba por allí como pasando de todo, no fue así. En realidad, había estado observando todos los detalles.

—Eres buena cocinera, eso lo supe nada más abrir tu nevera. Solo productos frescos. Y lo de que no eres una mojigata ha sido un poco más divertido averiguarlo —me guiña un ojo con sonrisa pícara.

Lo miro con los ojos como platos. Hago un barrido mental pensando qué ha podido ver para llegar a esa conclusión.

—He visto un aparatito interesante esta mañana —confiesa en voz baja.

—¿Has visto el consolador de mi mesilla? —pregunto ruborizada.

—¿Mesilla? —pone cara sorpresa—. ¡No!

Estalla en una carcajada y hace una pausa

—¿Tienes un consolador en la mesilla? —y me mira divertido—. He visto un *Satisfayer* en el armario de tu baño —dice con tono confundido—. ¿Hay más?

Y rompo a reír.

—No. No hay más —me seco las lágrimas—. Con estos dos ya voy servida —doy un largo trago a mi copa—. Me has sorprendido, David. Está claro que al no pasar nada centraste tu atención en otros aspectos.

—¡Venga, otra vez no! No sigas diciendo que entre tú y yo no ha pasado nada. No hemos follado. Y eso espero remediarlo —tensa la mandíbula—. Pero nada, tampoco —añade clavándome su mirada.

—Entonces deberíamos estar en igualdad de condiciones —apoyo los codos en la mesa—. Pero yo solo sé tu nombre y a qué te dedicas.

En ese momento se nos acerca el típico vendedor ambulante de rosas.

—¡Ni se te ocurra! ¡Odio estas cursiladas! —susurro con cara de pánico antes siquiera de saber si pensaba comprarla.

—No, gracias —le dice al vendedor que no parece convencido y prueba una segunda vez.

—Rosa bonita a chica bonita —insiste.

—Chica preciosa… Pero tiene alergia.

David le hace movimientos con la mano a la altura del cuello en señal de «aborten misión».

El vendedor me pide perdón bajando la cabeza y sale disparado hacia otra mesa.

—Gracias —digo con alivio—. De verdad. Me dan urticaria estas cosas.

—Pues mira que yo te imaginaba una romántica.

—¡Para nada! —digo negando con la cabeza—. No me van las ñoñerías. Además, es de sobras conocido que tengo una mentalidad asquerosamente racional. Soy cero pasional. Me cuesta dejarme llevar la mayoría de las veces —confieso.

—Dejarse llevar es terapéutico, ¿sabes? A mí me funciona.

—Vaya, qué eufemismo más extraño. ¿Así que ir de cama en cama es terapia para ti? ¿Intentas superar alguna especie de trauma?

Observo detenidamente su reacción.

—No exactamente —ríe—. No intento redimirme con el sexo, si es eso lo que piensas. Solo que, la vida ya es bastante jodida como para no tener momentos en los que uno pueda hacer lo que quiere, sin plantearse nada más.

—¿Qué tiene de jodida tu vida? —intento sonsacarle.

—No mucho más que la de cualquiera —baja la mirada—. Ya veo lo que intentas —se levanta—. Pero ahora dejemos la conversación que me apetece dar una vuelta.

—No vaya a ser que me cuentes algo de tu vida —afirmo con ironía mientras salimos del restaurante—. ¿De qué tienes miedo, David?

—Ahora mismo… De ti —se pega a mí. Me coge de la cintura y aproxima su cara a la mía—. Estoy completamente acojonado desde que te vi ayer entrar por la puerta de la cafetería del hotel.

Clavamos nuestras pupilas. Yo bajo mi mirada a sus labios. Él a los míos. Paso la lengua sobre ellos y los muerdo, nerviosa de anticipación. Entonces nos besamos, labio con labio.

Besos lentos, que van abriendo paso a un beso mucho más húmedo, más salvaje, lengua con lengua. Con necesidad.

Sus manos bajan de mi espalda hasta mi culo, presionándome contra él. Puedo notar su erección.

—Vamos a tu casa —gime casi sin voz—. Déjate llevar, por favor.

Capítulo 9

—No sé ni cómo hemos llegado.

Lo digo riendo, mientras cierro la puerta de casa. Seguimos besándonos sin parar contra la pared del recibidor.

—Me ha costado no hacértelo dos portales más atrás.

Pasa su lengua por mi cuello. Suavemente me quita el vestido y me observa. Sus pupilas dilatadas y su sonrisa me dicen que le gusta lo que ve.

—¡Joder! —sopla.

—David, no puedo —digo con la poca cordura que me queda en ese momento.

—Sí, vamos. No pienses —su lengua va bajando por mis clavículas.

—Que no, David. ¡En serio! Que tengo la regla —y hablo casi en un sollozo.

—Lo sé —pero no se detiene y vuelve a subir a mi cuello—. Ven.

Me toma de la mano y me lleva hasta el baño. Abre la mampara y gira el grifo dejando caer el agua de la ducha.

Empieza a desnudarse, despacio. Sin apartar su mirada lobuna de mí.

La imagen frente a mí es poderosa. Su cuerpo desnudo acaba por completo con mi resistencia. Me quita el sujetador y juega con mis pechos, lame un pezón y una ola de placer empieza a recorrer mi cuerpo. Va a bajarme la ropa interior, pero le detengo.

—Mejor lo hago yo.

Entiende a qué me refiero y se gira para entrar en la ducha.

Una vez dentro seguimos largo rato besándonos. Devorando cada espacio de nuestras bocas. Saboreándonos. Llegando con las lenguas a todos los rincones. Quietos bajo el agua.

Entonces eleva mi pierna derecha con una mano y con la otra descuelga el mando de la ducha del soporte superior, dirigiendo el agua hacia mi entrada.

Un gemido nace en mi boca. Juega con el mando con maestría. Acercándolo y alejándolo. Noto la presión del agua golpear mi clítoris y lanzo otro gemido.

—Sí —ruge mordiéndose el labio inferior y apretándome contra él. Puedo notar lo duro que está—. ¿Quieres que coja ese juguetito que tienes en el armario?

Su mirada arde.

—No. Prefiero esto —y bajo la mano acariciando su perfecto abdomen hasta que cojo su pene.

Lo agarro con fuerza. Lo acerco a mi vagina para rozarme también

con él. Y así seguimos un tiempo, entre el contacto del agua y el de su miembro. Acompasando nuestras respiraciones hasta convertirlas en una sola. Besando. Lamiendo. Sin pausa.

Es insoportable. El agua sigue presionando justo en el punto exacto. Lanzo otro gemido y cuando creo que ya no puedo más, acerca el mando lo máximo que puede a mi centro del deseo. Arqueo la espalda. Un orgasmo se apodera de mí. Todo mi cuerpo se estremece y caigo en sus brazos derrotada.

Sonríe y me besa los labios dulcemente.

—Mi turno —le digo cuando logro recomponerme.

Me siento de rodillas frente a él. Vuelvo a coger su pene con firmeza. Lo acaricio, arriba y abajo, lentamente. Noto como su cuerpo se arquea. Sigo con el movimiento hasta que finalmente empiezo a lamerlo. Primero la punta, disfrutándolo. Luego lo introduzco en mi boca, poco a poco.

—¡Joder! —gime exaltado—. No voy a aguantar mucho.

Y acelero el ritmo. Lo tengo en mi boca y me ayudo con la mano. Cada vez más rápido.

El agua cae sobre nosotros, llevándose mi vergüenza por el desagüe.

Sigo lamiendo toda su longitud. Sus gemidos roncos me excitan y subo la intensidad de mis caricias. Sigo unos minutos hasta que noto que va a llegar al orgasmo.

—Me corro, Lucía —susurra con la respiración entrecortada—. No puedo más.

Y explota sobre mi pecho.

***

Salgo del baño en bragas y camiseta. David está en la cama solo en bóxer. Sentado como ayer, apoyando su espalda en el cabecero. Me mira y me dedica una dulce sonrisa. Yo me ruborizo.

—Ven —me dice dando unas palmadas a su lado de la cama.

Me acerco y me coge, sentándome a horcajadas sobre él.

Me cuesta mirarle. Lo que ha pasado en la ducha ha sido estupendo, pero ahora no puedo evitar sentirme cohibida.

—¿Te vas a ir? —le pregunto sin levantar la vista de su pecho.

Con su dedo índice me toma de la barbilla alzando mi cara para unir nuestras miradas.

—No —deja un suave beso en mis labios.

Seguimos así un rato más. Solo besos cortos, dulces. Juntando nuestros labios. Pero queremos más y poco a poco vamos subiendo la intensidad. Empiezo a notar otra vez su erección y entonces se detiene.

—Mejor que no. —Me dedica una mirada llena de intimidad—. Si empezamos otra vez, no podré parar. Y hoy no podemos.

Tiene razón. Me tumbo a su lado y le acaricio el pecho, justo sobre el tatuaje de la frase que le vi la noche anterior sobresaliendo por el cuello de la camiseta. «*Hope is being able to see that there is light despite all of the darkness*».

—¿Qué significa? No la frase, que eso ya lo entiendo. ¿Qué significa para ti?

—Es una frase de *Desmond Tutu*. «*La esperanza es ser capaz de ver la luz a pesar de toda la oscuridad*». Me lo tatué cuando perdí a alguien importante. —Me besa la cabeza—. Es para recordarme que siempre hay que seguir hacia delante, pase lo que pase.

Me aprieto contra él. No habla más ni yo pregunto. Ya he visto que aún no se siente cómodo hablando de su vida.

Y abrazados, caemos rendidos a los pocos minutos.

***

7.00.

Suena la alarma. David se gira.

—Es muy pronto —susurra adormilado—. Y es sábado.

Me abraza por la espalda apretándome contra él.

—Y yo trabajo —lloriqueo—. Pero hoy puedo entrar más tarde. Así que podemos dormir un poco más —apago la alarma y me coloco entre su pecho.

—O podemos aprovechar este ratito —alarga la o final al mismo tiempo que pega su erección contra mi trasero.

—¿Y qué hacemos? ¿Rozarnos como adolescentes?

Hago círculos con mi culo contra él. Mete las manos por dentro de mi camiseta y me acaricia los pechos. Vuelve a apretarse a mí y bambolea sus caderas en mi trasero.

—Me vas a matar —susurra—. ¿No podría estar pasando esto cinco días más tarde?

Pero mientras lo dice ya se ha puesto encima de mí. Empieza a empujar clavándome su erección en la pelvis. Abro las piernas facilitando la maniobra.

—Tenía claro que lo de mojigata era un farol —dice con la respiración agitada.

—Si no hubiera tenido la regla no me hubiera ido contigo el jueves —confieso mientras recibo sus embates.

Seguimos durante varios minutos.

—No pares —me coloco mejor y acompaso mis movimientos, para que los roces den en el punto exacto.

David bufa. Sus embestidas contra mis bragas son cada vez más potentes.

—Joder — gimo—. No creo que vaya a llegar ya, solo con esto — añado muy excitada.

—Ni yo.

Se sienta y me coloca encima de él.

—Mírame, Lucía —susurra.

Y en unos minutos un gemido mutuo nos confirma que los dos hemos llegado al clímax. Me dejo caer sobre él y me abraza.

—No recordaba que esto fuera así —dice sorprendido—. Hace más de veinte años que no lo hacía.

***

Desayunamos de pie en la cocina. David está apoyado en la encimera comiéndose una tostada.

—¿De qué iba eso acerca de no haberte ido conmigo si no hubieras tenido la regla?

—Por qué, llegado el momento, teniendo la regla tenía la excusa perfecta para decirte que no—contesto mientras friego las tazas del desayuno.

—¿Y ayer? No te oí decir que no.

Pega su pecho a mi espalda.

—Ayer ya no eras el tío que acababa de conocer.

Entrecomillo con mis dedos lo de «*el tío que acababa de conocer*».

Ríe confuso.

—A ver. Desarróllame el tema un poco más —me quita el trapo y la taza que estoy secando y lo coloca todo en su sitio—. El jueves no te hubieras acostado conmigo, pero ayer sí. ¿Qué cambiaba de un día a otro?

—¡Pues eso! —contesto como si fuera evidente—. No soy de las que se acuestan con un hombre que le entra sin conocerse de nada. Pero después de tratar un poco —le acaricio el pecho—. Unas conversaciones, una cenita… Pues ya hemos pasado un periodo de reconocimiento y no me parece todo tan frío. Paranoias mías —digo girándome avergonzada, pensando que le debo parecer una niña de quince años.

—Pues me alegro —me pega contra la pared cara a cara—. Si el jueves hubiéramos acabado follando, probablemente no estaría aquí ahora —posa un beso dulce en mis labios.

Una llamada a mí teléfono hace que nos separemos. «Mejor», pienso aliviada. Ya empiezo a notarme acalorada.

—¡Hola! ¿Cómo estáis?… ¡No!… ¿Sí?… A ver Lucas, deja hablar a tu hermana… Sí, en casa. Ahora me voy al hotel… No, no he visto a María, pero me acuerdo de la fiesta de pijamas, tranquila… Lucas no saltes… Como si te estuviera viendo…

Diez minutos más tarde me han puesto al día de todo. La reforma de la habitación del bebé va viento en popa y finalmente han decidido poner dos figuras en la pared. A *Mérida* y a *Spiderman*. Comen mucho y se pasan el día en la piscina.

—Se te ilumina la cara.

David me mira y sonríe con la boca, pero no con la mirada.

—Sí. Son mi vida, ¿sabes? Sin ellos me moriría.

De repente su gesto se torna triste.

—Se te hará tarde. ¿Nos vamos ya?

Y sin más, se dirige a la puerta.

Nos despedimos en el portal. Quiere ir a comprar unos regalos y yo voy en dirección contraria.

—¿Podemos comer juntos? A las cuatro ya empieza toda la despedida organizada y esta noche no nos vamos a poder ver. —Me toma de las manos—. Me gustaría llevarte a un sitio.

—Claro. ¿Quedamos a la una y media? Te esperaré en la recepción.

—Perfecto.

Se despide dejando un suave beso en mi mejilla.

Capítulo 10

Vamos en su coche. Dejamos el pueblo atrás y entramos en una de las urbanizaciones que hay por la zona. Para frente a una casa. Aprieta un botón de su salpicadero y veo como se abre el portón. Entramos en el garaje.

—¿Dónde estamos?

Lo pregunto confusa mientras salimos del vehículo. Pero no recibo respuesta.

Del garaje accedemos directamente a la vivienda. Es preciosa.

Entramos a un amplio recibidor desde el que se ve un gran salón con ventanales de suelo a techo. El sol entra iluminando todos los rincones de la casa. La decoración es en tonos claros, todo con mucho gusto. «Debe ser una casa que él ha construido», pienso convencida.

—¿La has hecho tú? Quiero decir… ¿El diseño?, ¿los planos? —no dejo de mirarlo todo.

—Sí.

—¡Jo! ¡Sería increíble vivir en una casa así! Tiene tanta luz, es tan bonita —digo admirada—. No sé de quién será pero me cambiaba ahora mismo —confieso divertida.

—Es mía.

Me mira estudiando mi reacción.

—Ya, eso ya me lo has dicho.

—No me entiendes —ríe—. Que es mía, de mi propiedad. ¡Qué vivo aquí! —aclara.

—¿Es tu casa, casa? ¿Entonces vives en el pueblo? —me giro sorprendida.

—¡Sorpresa!

—¿Y por qué me has dejado creer que eras de fuera?

—Tú lo has dado por sentado. Además, le daba un punto diferente a todo esto. No te voy a mentir —me guiña un ojo.

—¡Imbécil! —rio—. Pero ¿sí que trabajas en la capital?

—Sí. Pero no me gusta la ciudad para vivir. Prefiero estar cerca del mar. Y desde aquí en coche es poco menos de una hora.

Abre una puerta que accede al exterior.

—¡Guau! —me quedo maravillada viendo un amplio jardín con una preciosa piscina *infinity* que cae sobre la falda de la montaña—. ¿Eres rico o algo así?

Estoy completamente asombrada.

—No. Para nada.

Emite una carcajada mientras se acerca y me toma de la mano, llevándome hacia una estantería. Toma una foto y me la muestra.

—Estos son mis padres. Mi padre murió cuando yo tenía solo seis años, así que mantengo muy pocos recuerdos de él —mira la foto con ternura—. La mayoría, por cosas que me ha contado mi madre.

—Tu madre era guapísima de joven —digo tocando su cara en la foto—. Tienes sus ojos.

—Sí —añade con orgullo—. Y lo ha dado todo por mí. Luchó mucho para que nunca me faltara de nada y es uno de los pilares básicos en mi vida.

—Te entiendo.

Él empieza a deambular por el salón.

—Siempre quise dedicarme a la arquitectura social. Diseñar hospitales, colegios o sobre todo viviendas asequibles es mi pasión y con lo que me gano la vida. Pero diseñé esta casa como proyecto de final de carrera aprovechando un máster sobre arquitectura de interiores que quería hacer después de la carrera —entonces vuelve a mirarme—. Mejor obvio los detalles técnicos, no te quiero aburrir.

Sonríe poniendo los ojos en blanco y continua.

—Cuando mi padre murió, me dejó una pequeña herencia que yo obtendría al cumplir los dieciocho. Gracias a ella y a trabajar como un cabrón durante los cinco años de carrera y algunos más… —ríe ante lo que parece ser un recuerdo—. …Pude conseguir financiación para construirla finalmente. Y gracias, obviamente, a pagar una hipoteca cada mes. Como todo hijo de vecino.

—¿Cuánto hace que vives aquí? Nunca nos hemos encontrado en ningún sitio.

Voy dando vueltas por el salón.

—Diez años. Pero nunca he hecho vida en el pueblo. Acabé la casa cuando cumplí los treinta y uno —coge otra foto—. Esta es mi madre el día que nos mudamos finalmente aquí. Hice una fiesta para la familia y amigos.

—¿Tu madre vive contigo? —pregunto confundida.

—No. Perdona —ríe avergonzado—. Nos mudamos Silvia y yo, mi ex.

Sale al porche y se enciende un cigarro.

—Me separé hace cinco años.

Encuentro una foto que llama mi atención. Un niño rubio, guapísimo, de más o menos la edad de Álex, con una camiseta del último videojuego de moda.

—¿Es tu hijo?

Pregunto con timidez al tiempo que le muestro la foto.

—Sí, es Marc. También tiene ocho años, como Álex.

Se le ilumina la cara al nombrar al pequeño.

—Se parece mucho a ti —añado—. Pero no veo juguetes, está todo tan ordenado. ¿Cómo lo haces?

Y lo pregunto completamente interesada. Ríe, pero al segundo su gesto se torna triste.

—No pasa mucho tiempo aquí, vive en la capital. —Da una larga calada a su cigarrillo—. Yo no puedo tener custodia compartida como tú. Con mis horarios me es imposible conciliar. Silvia trabaja desde casa, así que cualquier juez considera que está mejor con ella. Apaga el cigarro y entra nuevamente al salón.

—Un fin de semana cada dos y una tarde a la semana. Eso es todo lo que tengo desde que el crío tiene tres años.

Me siento en el sofá.

—Vaya putada. ¿Y no puedes…?

Pero no me deja acabar la frase.

—No puedo teletrabajar. No solo estoy en la oficina, las obras son in situ. Es complicado reducirme la jornada. Podría pagar a una canguro, pero ¿qué sentido tendría tener a mi hijo todo el día con una extraña? Para eso, está mejor con su madre.

Se sienta junto a mí.

—¿Os lleváis bien? ¿Silvia y tú?

—A rachas. A veces muy bien, y otras nos matamos —añade levantando una ceja.

—Muy bien, ¿muy bien?

Le imito alzando las cejas con ímpetu para que entienda la intención de mi pregunta.

—Es complicado.

Contesta bastante incómodo. Así que desvío la conversación.

—¿Y tu madre vive lejos? ¿No podría ayudarte con el niño?

Su sonrisa vuelve a transformarse en un gesto melancólico.

—Mi madre murió hace cinco años.

Gira su mirada hacia la foto de la fiesta con añoranza.

—«*La esperanza es ser capaz de ver la luz a pesar de toda la oscuridad*».

Acaricio su tatuaje sobre la camiseta.

—Sí. —Estrecha su mano con la mía manteniendo ambas sobre su pecho—. Me lo tatué cuando perdí a mi madre. Como te dije, para recordarme que siempre hay un motivo para seguir hacia delante. A pesar de que haya momentos en los que ni tú mismo creas que vas a ser capaz de continuar. —Me mira a los ojos de una manera que no sé cómo definir. Me estremezco—. Pero al final, siempre sale el sol —deja un suave beso en mis labios.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Ayer me dijiste que no estábamos en igualdad de condiciones. Solo quería equilibrar la balanza —añade con franqueza.

—Gracias.

Lo digo embargada de emoción y él me mira otra vez de esa forma

que me revuelve por dentro. Tan íntima. Tan sincera. Sus azules ojos recorren todo mi rostro. Lentamente, observándome. Me mira bonito, como diría Diana.

—Acabas de romper la primera y la quinta norma. Nunca llevar a nadie a mi casa, esa es la primera norma, como ya te dije. Y la quinta es: nunca hablar de mi vida personal.

—¿Entonces he conseguido romper todas tus normas en tres días? —le digo en tono suave y le beso dulcemente los labios.

—Falta una —añade dándome un golpecito en la nariz con su dedo índice.

—Me dijiste que eran cinco. ¡Esto es tongo!

Sonrió haciéndome la ofendida.

—Es que no creí que ibas a llegar tan lejos —su cara refleja absoluta sorpresa—. La sexta es la inquebrantable —añade poniendo cara interesante.

—Y por supuesto no me vas a decir cuál es.

—Todo a su debido tiempo. Si la rompes, te lo diré.

—¿Y si no lo hago? Necesito conocer el estudio completo, ¿recuerdas?

—Ya veremos qué pasa…

Y me besa con necesidad. Un beso húmedo, cargado de deseo.

—O se te va la regla o moriré por ebullición —bufa riendo.

Se aleja de mí y se dirige a la cocina.

—¿Te gusta la lasaña? Es lo único que tengo en el congelador — confiesa con vergüenza.

—Me encanta —digo.

«Me encanta», pienso.

***

—No puedo más, en serio. Voy a reventar si no evitáis que siga comiendo como una cerda.

Diana se desabrocha el botón de sus shorts. Estamos en un restaurante de comida rápida, cenando con Matt y sus hijos, que disfrutan en la zona infantil.

—*Honey*, casi me clavas el cuchillo por intentar quitarte una patata frita —añade Matthew divertido.

—¿Tú has visto *Friends*? —le increpa—. Pues yo soy peor que *Joey Tribbiani*.

Pone cara de psicópata.

—Bueno, ¿y tú qué? Ha aparecido ya Míster Perfecto a lomos del corcel, ¿no?

Matthew me mira al tiempo que alza y baja las cejas.

—Tu mujer ve demasiadas pelis románticas, Matt. No dejes que te contagie. Aún es pronto. Me gusta, nos estamos conociendo y hasta ahí puedo leer.

Juego con los restos de mi hamburguesa.

—¿Pero ha habido noche loca?

—No, técnicamente. Se lo montan, pero sin meterla, los cochinos. No pueden esperar unos días a que se le vaya el periodo —susurra al oído de su marido. O eso cree Diana, yo la oigo perfectamente—. Ahí, haciendo *petting* como adolescentes cachondos.

Mueve la pelvis hacia delante y atrás de forma compulsiva.

«Será cabrona», pienso. Abro la boca de par en par para increparla, pero acabo riendo. Me guiña un ojo confidente. Sigue hablando como si yo no estuviera allí con ellos.

—Se va a pillar, ¿sabes? Y dice que no. Pero va a caer y se la va a pegar. Está intentando reconducir a la oveja negra al buen camino.

—¿Perdona? —exclamo sorprendida.

—Pues eso —y entonces parece caer en la cuenta de que estoy presente—. Que muy bonito todo. Que parece que todo es muy guay, pero, ten cuidado. Que la cabra tira al monte, ¡tía! Que no me fío mucho del David este. Y mira que me cuentas ñoñeces de esas que a mí me ponen tonta, pero...

—¡No hay quién os entienda! —la corto tajante—. Erais vosotros los me calentabais la cabeza con que necesito una noche de sexo. Conocer a un tío que me quite las tonterías. Y resulta que cuando lo hago también os parece mal. ¿Acaso yo he hablado de boda? Me lo estoy pasando bien. Nos estamos conociendo. Nada más.

—¡Ya! ¡Nada más! —bufa mi amiga.

—Matt, por favor. ¡Pon un punto de cordura a esto! —le suplico.

—No puedo opinar muy bien. Solo conozco la versión de Diana. Del típico que va de cama en cama. Pero igual contigo no. Igual le gustas de verdad —lo dice sin mucha convicción—. No sé, *Bunny*. A él no le conozco, pero a ti sí. Y tú no eres de las que se acuestan porque sí.

—Bueno, quizá sí. Con el tiempo que lleváis con la monserga, ya me había mentalizado a dar el salto —miento como una bellaca.

—Ni de coña —añade Matthew—. Por mucho que nosotros te empujemos, tú no saltas si no sabes que llevas ocho paracaídas puestos.

—Y el de repuesto, por si acaso —matiza Diana—. Mira, cariño. Te conocemos mucho. Y sé que no has hablado de boda, ni te estás enamorando. Pero que te gusta, está claro. Solo pido que ojalá este chico sea diferente a la imagen que yo veo.

Me pasa un brazo por el hombro dándome un medio abrazo.

—No queremos que te hagan daño.

***

Me voy antes que ellos. Me ha cogido un dolor de cabeza enorme después de nuestra conversación.

Pienso en David. En lo que siento.

Me gusta un poco. Me hace sentir bien, y me divierto con él. La atracción es más que evidente. Y si acaba el fin de semana y no vuelvo a verlo más, pues será un bonito recuerdo que tendré siempre. No hay nada más. ¡Si ni siquiera nos hemos acostado!

O no, ¡joder! ¿A quién intento engañar?

Me gusta mucho. Y si mañana, que acaba el puente, no vuelvo a verlo en la vida, me voy a sentir como una mierda. Usada y tirada. Pero era eso o no haber disfrutado estos días. Es el precio a pagar. Nadie me ha obligado a nada y yo sola he querido dar todos los pasos que he dado con él.

Pienso en este mediodía, en su casa. En sus miradas. Sus besos. En lo de romper todas sus normas. En cómo me hace sentir especial para él. No me parece que esté fingiendo. ¿Por qué debería hacerlo? Si solo hubiera querido echar un polvo, ya lo hubiera podido hacer la primera noche con Aída o cualquier otra.

Me cuesta dormir. Las palabras de mis amigos resuenan en mi cabeza como un eco apabullante. Solo hago que darle vueltas a todo.

La cabra tira al monte. No me fío del David este. Igual le gustas. Pero la cabra tira al monte…

Solo puedo pensar en qué estará haciendo.

La despedida empezaba a las cuatro de la tarde en un catamarán, un *Disco Boat* con barra libre y varias despedidas conjuntas. Más tarde, cena en un restaurante de la zona especializado en este tipo de fiestas.

David me había mandado un audio por la tarde diciéndome que el barco se movía mucho y que Javi estaba malísimo, vomitando desde que zarparon. Por su voz, imaginé que el grado de alcohol en sangre era bastante aceptable. Unas horas después, otro mensaje durante la cena con una foto de los cinco y un grupo de chicas de otra despedida, con un escueto «*Todo bien por aquí*».

A las tres de la mañana me despierta una notificación. Veo que es un vídeo de David. Está junto a Sergio y Fer cantando, o mejor dicho destrozando, «Me *voy*» de *Julieta Venegas*. Los tres más que visiblemente borrachos.

«…Me voy, qué lástima, pero adiós. Me despido de ti y me voy…»

Tras el estribillo se despiden de mí tirándome un beso y diciéndome adiós con la mano.

***

Doy un sorbo a mi café. Son pasadas las seis de la mañana y desde que recibí el mensaje ya no he conseguido dormir. La dichosa cancioncita me ha amargado la noche. Si no tenía bastantes dudas después de hablar ayer con Matt y Diana, solo me faltaba esto.

¿Era una indirecta? ¿Estaban los tres riéndose de mí? Diciéndome adiós en plan: «*venga bonita, hasta aquí. O, ¿qué te creías?*»

Tuve que buscar la letra de la canción en internet por si decía algo que pudiera hablar de nosotros.

¿Nosotros?

Mi cabeza está a punto de explotar.

Si Diana tuviera razón en eso de que la cabra tira al monte, esta noche era la ocasión ideal para que David volviera a las andadas.

«¿Qué estoy haciendo?», me pregunto. Nunca he sido celosa, ni he llegado a estos grados de psicosis. Me enciendo un cigarro por si la nicotina templa mis nervios y me devuelve la cordura. Nada. Mejor me doy una ducha.

Una hora más tarde puedo pensar con mayor claridad. Recibo un *WhatsApp*. Es David.

Finito. A dormir. Tengo más alcohol que sangre.

¿Ha ido bien, entonces? (guiño)

¡¡Bestial!! Ha sido como volver a los veinte años
cuando salíamos todos juntos. (flamenca)

¡Miedo me dais! (risas)
¿Nos veremos antes de iros?

Pero se ha desconectado antes de leer mi mensaje y ya no recibo respuesta.

Capítulo 11

Son casi las once. En poco más de una hora, David y sus amigos, deberán dejar las habitaciones. Reviso, por enésima vez, si las rayitas de mi mensaje ya se han vuelto azules. Pero nada. No ha vuelto a conectarse.

Decido ir al hotel. A nadie le sorprende verme allí mi día libre. Son exigencias del puesto.

—¡Buenos días!

Saludo a Jesús, uno de los recepcionistas, mientras abro la puerta de acceso a los despachos.

Enciendo el ordenador. Abro el programa de gestión para ver la situación de los clientes. Busco su nombre para saber su número de habitación y veo que aún no la ha dejado.

Me voy a la cafetería. Sebas está ocupado tomando comanda a unas mesas. Así que entro tras la barra y yo misma preparo dos cafés con leche. Los pongo en vasos de cartón.

—Te los hubiera hecho yo, jefa —dice Sebas al aproximarse.

—Tranquilo, Sebas. Tienes trabajo.

Me dirijo a los ascensores, haciendo malabares, con los cafés ardiendo en la mano. Opto por coger los de servicio. Mientras subo, voy pensando que dudo que sea muy protocolario dirigirse a una habitación a ver a un cliente.

«Solo voy a darle un café», pienso. «Se puede catalogar como *Room Service*».

Llego a la tercera planta y me encamino por el pasillo. Llego al giro que me lleva a su habitación. En ese momento se abre la puerta. Me detengo dando un brinco y me pego a la pared. No quiero que me vea. Hubiera preferido sorprenderle y que me encontrara al picarle a la puerta.

Espero sin moverme, pero no sale nadie.

Entonces veo como sale y se queda en el quicio. Mirando hacia dentro de la habitación. Con una sonrisa de total satisfacción. Recomponiéndose la ropa. Los zapatos en la mano.

Aída.

Necesito esconderme. Detrás de mí está el office de las limpiadoras, que siempre está abierto a estas horas. Entro. Pero necesito volver a mirar. Abro la puerta lo suficiente como para ver y no ser vista en la oscuridad del pequeño almacén. Por una rendija veo la escena.

Aída sigue en la puerta y veo como unos brazos la abrazan desde dentro de la habitación, pero no veo quién es. ¿Acaso hace falta? Por la postura intuyo que se están besando. Las manos de él bajan de la

espalda al culo de Aída, presionándola contra su cuerpo, que sigue al otro lado de la puerta.

—Ha sido una noche estupenda.

Siento arcadas al oír la chillona voz de Aída.

Unos segundos más tarde pasa por delante de mi puerta. Despidiéndose de él con la mano, en dirección a los ascensores.

Quiero vomitar. Dejo los cafés en el suelo. En todo este rato ni he sentido la quemazón de los vasos en mis dedos.

Me siento estúpida. Al final era verdad eso de que la cabra tira al monte.

Me aguanto las lágrimas hasta llegar a mi despacho. Una vez dentro, empiezan a caer a borbotones.

Rabia. Lágrimas de pura rabia se deslizan por mi cara.

«Idiota. Imbécil. ¿Qué pensabas? ¿Qué eras especial? La culpa es mía por gilipollas. Por no verla venir».

Como siempre, soy implacable conmigo misma. Me flagelo con mis propios pensamientos.

«¿Y él? Él es él», me digo. «Eres tú la que no lo quisiste ver».

Cuando he conseguido que mi cara vuelva a encajarse y no parecer que he llorado, salgo para irme a casa.

—¡Hombre, Lucía! Justo a tiempo.

Me cago en mi estampa. Todos están en la recepción entregando las llaves. Con gran alivio veo que David no está.

«Claro. Él ha estado ocupado y tardará más», pienso.

—Oye. Gracias por todo —Javi se acerca a darme dos besos—. Hemos estado súper bien. Espero volver algún día con Julia. Me he quedado con ganas de probar el hidromasaje de la bañera.

—Porque no has querido, ¡bribón! —le dice Sergio al tiempo que le acaricia una oreja y le lanza un beso.

No puedo evitar reír, pero lo que realmente quiero, es irme antes de que baje David.

Tarde. Justo aparece saliendo del ascensor.

—Oye. Vamos a desayunar algo por ahí, no hemos bajado al Buffet. Ya sabes —Toni hace ver que bebe y le sienta mal —. Vente con nosotros, ¿no?

En ese momento David llega al grupo. Me dedica una de sus sonrisas. Me coge de la cintura y me aprieta contra él. Como si nada.

—A no ser que tengáis otros planes, claro —añade Sergio jocoso.

—Por mí, ¡bien! —dice David mientras se acerca para besarme.

Cobra. Una cobra en toda regla. Le hago la cobra menos disimulada de la historia y me separo de él.

«¿Pero este de qué va?», pienso.

—Yo me voy a… Me voy.

Mi tono de voz es dos octavas más agudo de lo normal. Estoy

histérica.
—Gracias a vosotros. Ha sido un placer y espero volver a veros pronto.
Lo digo rapidito. Ni disimulo en que es la respuesta más manida de mi repertorio laboral y que la repito mil veces al día. Doy media vuelta y me voy.
—Lucía. Espera…
Pero no me detengo. La rabia me consume por dentro. Quiero volver a llorar otra vez así que acelero el paso. David me alcanza en la puerta, cogiéndome la mano. Me giro. Me mira confuso. Mi cara debe ser un poema.
—¿Qué pasa? —susurra.
—Nada —digo casi sin voz.
El nudo que tengo ahora mismo en la garganta no ayuda en estas situaciones.
—Bueno —sonríe levemente, en una mueca dulce—. Ya sabemos que tu concepto de la nada y el mío no coinciden.
Y me mira bonito otra vez. Lo maldigo de pensamiento.
—David. Me voy —añado en tono airado soltándome de su mano con un movimiento brusco—. Ha sido genial. Me lo he pasado muy bien. Y esto es todo.
—Lucía. No estoy entendiendo nada. —Noto como empieza a ponerse nervioso—. ¿Me quieres decir qué pasa?, por favor.
—Nada. ¿Fue bien la noche ayer?
Lo pregunto tensando tanto mi sonrisa que hasta me duele la mandíbula.
—Muy bien, ya te dije por mensaje.
Intenta cogerme las manos y yo me alejo un par de metros. Estamos en la puerta y no quiero escenas aquí.
Veo que viene hacia mí y sigo alejándome. Vuelve a alcanzarme, esta vez un poco molesto.
—¿Vas a parar ya? No pienso andar más. ¡Te aviso!
Yo doy tres pasos atrás con mirada desafiante.
—¿De qué coño va esto? —parece completamente confundido.
—¡Te he visto! —mi rabia empieza a hablar por mí—. Bueno, a ti no. La he visto a ella. Saliendo de tu habitación. ¡A Aída! Se la veía muy contenta.
Ríe como si le estuviera contando un chiste. Eso me enerva aún más.
—¡Encima te ríes! Después de todo lo que me has dicho estos dos días. Te la follas y encima te ríes. ¡Y en mi cara!
Ando en círculos como una demente.
—Lucía...
—¡Basta! —le corto.

Me coloco frente a él y suelto todo lo que me viene a la cabeza.

—Y lo peor es que me lo creí todo, ¿sabes? La chorrada esa de tus normas —y empiezo a canturrear en tono de burla—. Que las iba rompiendo. Que conmigo estabas haciendo cosas que no hacías con otras. Me sentía especial —vuelvo a mi tono enojado—. ¡Puta imbécil, eso he sido! Una imbécil, por creer que un cabrón como tú podía ser diferente. Que no te ibas a tirar a cualquiera en cuanto tuvieras la oportunidad.

David no hace el amago de hablar, siquiera. Está inerte frente a mí, sin mover ni un ápice la expresión de su cara.

Ahora habla mi orgullo. Ese con el que a veces no sé lidiar muy bien y me paso de frenada. El que me dice: «Que no te vean mal. Que nadie te lo note». Aunque por dentro esté rota.

—Pues me la pela, ¿sabes? —Le señalo con un dedo, en actitud amenazante—. ¿Qué pensabas? Yo también sé qué es esto de pasar el rato. Estos dos días no valen nada —cojo aire—. Por mí te puedes ir a la mierda. Tú. Tus normas y toda tu estampa.

Y me alejo de allí lo más rápido que puedo.

Capítulo 12

Llevo toda la mañana mirando el móvil de forma compulsiva. Mientras hacemos la pausa del café, Diana sigue con la matraca.

—No me gusta decir te lo dije. Pero te lo dije.

—Dejemos ya el tema, por favor. No le demos más importancia de la que tiene.

Estoy hastiada. Llevamos desde primera hora analizando lo ocurrido ayer y mi cabeza ya no puede más.

—Os recuerdo que Óscar tuvo una experiencia similar con Mario y no le dimos tantas vueltas. Estas cosas pasan —miro el móvil nuevamente.

—No es lo mismo. A mí, aquí hay algo que no me encaja —añade Óscar.

—Da igual. En serio. Cambiemos de tema. Y tú, ¿qué tal? No has dado señales de vida en todo el fin de semana —miro a Óscar y luego vuelvo la mirada al móvil.

—¡Ay! —suspira—. No os vais a creer con quién lo he pasado.

Se muerde el labio de la emoción.

—Con Carlos —añado con gesto inexpresivo en un bufido—. El viernes a última hora se cambió las fiestas con Manu. Parece ser que, de repente, necesitaba el fin de semana libre. Blanco y en botella… —Y miro el móvil otra vez.

—Leche. ¡Pero de la mala que traes tú hoy, bonita! —me increpa—. Y deja de mirar el móvil, ¡qué me estás poniendo nervioso! No quiero, no quiero. ¡Pero estás deseando que te hable!

—Vale, chicos. Haya paz. A ver, Óscar, ponnos al día de lo tuyo. Y tú mira el móvil cuanto quieras. Estás en periodo de duelo. Es lo que toca —Diana media.

—Pues el jueves, en el *Sunset*, después de que Lucía se fuera con…

Hace una pausa pensando en sí decir o no el nombre.

—David... Se llama David, Óscar —digo en un soplido—. Puedo oír su nombre sin hacerme el *harakiri*.

—Muy maduro por tu parte —levanta el dedo corazón a modo de burla—. Pues cuando Lucía se fue con David, empecé a hablar con Carlos. ¡Y oye!, me empezó a parecer muy majo. Nos tomamos unas copas. Nos fuimos a otro garito. Y mira… Una cosa nos llevó a la otra y acabamos en mi casa. Pero no pasó nada, ¡eh! Solo estuvimos hablando toda la noche.

—Pues mira, ¡cómo tú! —exclama Diana mirándome—. ¡El jueves no os tocaba polvete, amigos!

Los dos la miramos fingiendo odio profundo.

—El viernes, al salir de aquí quedamos para cenar, y ya no hemos salido de mi casa hasta esta mañana. Tengo agujetas como si hubiera hecho un *Ironman* —añade con orgullo.

***

Por suerte, la semana pasa bastante rápido. Ya es jueves y todo ha seguido sin novedad. Yo mirando el móvil a cada rato y David sin dar noticias. Cada tarde, al salir del trabajo, me he encerrado en casa para regodearme en mi pena. Hablar con mis pequeños era el único momento que me sentía mejor. El resto, me lo he pasado viendo pelis moñas y poniéndome música para llorar.

—¿Música para llorar? ¡Qué rara eres, nena! La música se pone para alegrarse. Para generar el efecto contrario —me decía una tarde Óscar.

—¡De eso nada! —añadía Diana—. Yo hasta tengo una lista de reproducción que se llama *Depresión*. Y la imagen de la carpeta es *Pena* de la peli de *Disney*. Tú es que no tienes cambios hormonales, ¡chico! No sabes qué es eso de: pena con pena se quita.

Así que hoy decido que ya es momento de cambiar de actitud. Carlos nos ha invitado a un bar donde suelen hacer monólogos. Hoy actúa uno de sus amigos.

Me estoy arreglando para salir esta noche. No voy a mentir si digo que no me quito a David de la cabeza. No puedo evitarlo. Pero los días van mitigando la amargura. Y el no tener noticias suyas (ni esperarlas) me ha hecho más fácil ir pensando un poco menos en él.

¿Sabes cuando te deja un novio y tú quieres salir y encontrarlo para que vea lo que se está perdiendo? Pues hoy tengo esa actitud. He sacado el vestido más atrevido de mi armario y me he alzado en unos taconazos. Encima me ha salido el *smokey eyes* digno de maquilladora profesional. Solo que sé, que no me voy a encontrar a David.

Llego a la hora indicada al lugar donde hemos quedado.

—¡Joder! —dice Óscar al verme alargando las vocales en demasía —. ¡Bomberos! Aquí, por favor ¡Que hay fuegote! —y balancea la parte superior de su cuerpo.

—¡*Oh my God*! —Matthew le acompaña—. *Stunning*.

—¿Vas a matar? —me pregunta Diana.

—Las penas, amiga... Hoy voy a matar todas mis penas. ¡Ya está bien!

Y nos dirigimos hacia el bar.

Está a reventar, menos mal que teníamos invitación. No sabía que su amigo era tan conocido. Suele salir por la tele en programas cómicos de un canal temático dedicado a los monólogos y el humor.

Pedimos algo y nos sentamos a ver la actuación. Me vibra el móvil. Es un *WhatsApp* de David. Me pongo nerviosa al ver su nombre en la

pantalla. Me sudan las manos y no atino con el código de desbloqueo. Al final lo consigo y leo los mensajes.

Te dejaste un pequeño neceser en mi baño.
Acabo de verlo. Te lo enviaré al hotel.
Te lo aviso, no sea que lo tires cuando
veas que es de mi parte.

—Deja eso ya, ¡coñe! —Óscar me arranca el móvil de las manos y se lo guarda en su bolsillo—. Hoy no. Penas muertas, ¿recuerdas? —Mueve el dedo índice de derecha a izquierda.

El monólogo está muy bien. La verdad es que el chico lo hace genial y todos estamos pasando un buen rato.

Cuando acaba, el público rompe en aplausos que duran varios minutos.

Después de firmar autógrafos y hacerse fotos se acerca a nuestra mesa.

—¡Carlitos! —los dos se funden en un fraternal abrazo—. Tú debes ser Óscar. Ya me han hablado de ti.

Mi amigo se levanta como un pavo real y le da la mano.

—Eres toda una *celebrity* —le dice Carlos divertido. Y él mueve la mano como para restar importancia al comentario.

—Soy Hugo, encantado —nos dice al resto.

El nosotros mismos hacemos las pertinentes presentaciones. Hugo se sienta a mi lado.

—¿Os ha gustado?

—Mucho —añade Diana—. Y el monólogo también —me susurra al oído guiñándome un ojo.

«No tiene remedio», pienso.

Miro a Hugo mientras habla con Matt sobre un cómico americano.

Es guapo. Pelo largo y moreno recogido en un moño alto. Ojos almendrados marrones, barba espesa pero no excesivamente larga. Brazos completamente tatuados. Rollito *hípster*. Más alto que yo yendo en tacones. Comprensible la legión de fans.

—¿Otra ronda? —Hugo se levanta para ir a la barra y todos asentimos—. Pues que alguien me acompañe, que yo solo no puedo venir con todo.

Miro a mi alrededor. Diana y Matthew están hablando acaramelados. Óscar y Carlos están haciendo manitas. Viendo el panorama, me levanto resignada.

—Voy yo.

Nos apoyamos en la barra esperando a que nos atiendan.

—Que jodido es eso de ser el soltero cuando sales con parejas, ¿no?

—¿Y por qué das por hecho que soy soltera? —le digo fingiendo molestia.

—Lo siento. —Pone cara de apuro—. No sé, al estar sola. Ahí. Sin acompañante. Joder, mejor me callo.

—Tranquilo —añado con una sonrisa de tregua—. Estoy soltera.

Una camarera se acerca y pedimos las bebidas. Hugo le guiña un ojo descaradamente y vuelve a mirarme.

—Pues es una pena, eres preciosa.

Pongo los ojos en blanco. Otro donjuán más no.

Las bebidas ya están preparadas. Veo que la camarera le da un papel que asumo que es la cuenta y me ofrezco a pagar a medias.

—No, tranquila. Son gratis.

Me muestra el papel donde también aparecen números, pero de teléfono.

Río soltando el aire por la nariz y mordiéndome el labio inferior a modo de incredulidad.

Volvemos a la mesa y charlamos todos animadamente durante varias horas. Saco un paquete de tabaco del bolso y me levanto a salir a fumar a la calle. Hugo también se levanta.

—Fumadora, ¡qué bien! —dice con sorpresa—. Hoy tengo a alguien con quien fumar.

—Hoy tienes a alguien con quien morir—añade Diana—. Sabéis que eso mata, ¿no?

—Sí, mami — arrugo mi nariz.

Mientras fumamos, varias chicas vienen a pedirle fotos y autógrafos.

—¿A ver si mañana salgo en el *HOLA* por estar aquí contigo?

—No es para tanto. Soy conocido en el mundillo. Pero luego, ni mi abuela sabe a qué me dedico. Se cree que cuento chistes, como Arévalo.

Lanzo una carcajada.

—Yo te veo más como Eugenio. Con ese toque canalla, la barba...

—¡Canalla! —exclama al tiempo que se golpea el pecho en señal de ofensa.

—¡Venga, va! —añado—. La camarera de antes, la chica del vestido rojo de la mesa de al lado, la morena de la barra cuando salíamos y ahora esa chica de la foto. Y eso, que yo haya visto. Has coqueteado con todas. Y todas te han devuelto el gesto. Debes reventar la memoria del móvil cada vez que haces un bolo, con tantos números.

Coge su móvil y hace ver que mira los contactos.

—Estoy haciendo un reto. Necesito veinte contactos por letra. ¡Mira! —dice con sorpresa—. Con la ele aún tengo hueco.

Le sonrío divertida. En ese instante una chica rubia, muy atractiva, se acerca a pedirle un autógrafo.

—Perdona, ¿me puedes firmar?

—Claro, ¿cómo te llamas?

—Laura.

Una sonrisa seductora sale de los labios rojos de la preciosa rubia.

—Ahí tienes el hueco para tu ele —le susurro mientras le dejo allí firmando.

Entro y me dirijo a nuestra mesa, esquivando gente a mi paso. Son casi las tres y el bar aún sigue a tope.

—Toma. Que nosotros nos vamos —Óscar me devuelve mi móvil con prisas—. Ya hablaremos.

Me guiña un ojo. Los dos se levantan y salen del local casi corriendo. Levanto la vista y veo a Diana y Matt dándolo todo en la pista. Mejor me entretengo con el móvil.

En ese momento caigo en la cuenta de que no había contestado a David. Voy pensando qué responder y veo que tengo tres mensajes sin leer. Los tres suyos. El primero sobre las once, el segundo una hora más tarde, y el último casi a las dos. Tiempo prudencial entre uno y otro para que le hubiera contestado.

¿Me puedes dar el teléfono del hotel?,

lo necesito para que te envíen el paquete.

Déjalo. Ya lo he buscado por internet.

Entendido. Adiós Lucía.

Y me voy a buscar una copa. Ya no quiero matar mis penas. Ahora solo quiero ahogarlas.

***

Diana y Matthew siguen bailando. Yo estoy en la barra, sentada en un taburete. Llevo tres gin-tonics en treinta y cinco minutos. Sumados a los dos de antes y a varios chupitos de *Jägermeister,* a los que me han invitado unos chicos.

No me doy cuenta de en qué momento Hugo se sienta a mi lado.

—¿Quieres batir un récord o qué? Es hora de ir a dormir.

Me cuesta mantener los ojos abiertos y mucho menos centrar la mirada.

—Estoy bien —añado. O al menos, eso creo—. No tengo sueño, ¡quiero beber más!

Pero mi cabeza cae entre mis brazos cruzados sobre la barra.

Él me coge y tira de mí hacia la calle.

—Anda, vamos.

***

Un terrible dolor de cabeza me martillea las sienes. Miro el reloj. 6.30. No sé cuándo me dormí, pero no creo que fuera hace mucho. Me sube una arcada.

Intento hacer memoria de qué pasó ayer noche. Varios recuerdos vienen a mi mente como destellos. La agradable sensación de mí misma maquillándome en casa. La diversión durante la actuación de Hugo. La ilusión de ver a Óscar y Carlos mirándose embelesados. El profundo amor viendo a Diana y Matt bailando. El agudo dolor del adiós de David. Y alcohol. Más alcohol. Y un poco más de alcohol. Hasta que los destellos se desvanecen.

Me levanto. No hay zona del cuerpo que no me duela. Voy a la cocina y rebusco en uno de los cajones *random,* a ver si encuentro un paracetamol. Lleno de agua un vaso de *Peppa Pig* y me lo tomo.

—¡Hola!

Doy un bote y el vaso se me escurre de las manos. Creo que el corazón me ha dejado de latir del sobresalto.

—Menos mal que era de plástico —Se agacha a recoger el vaso del suelo.

—Joder, Hugo. ¡Qué susto! —Poco a poco recupero el aliento—. ¡No sabía que estabas aquí!

Enciendo la luz de la cocina, no sé qué hacemos los dos a oscuras.

—En realidad no sé ni cómo llegué a casa —añado completamente avergonzada.

—Ibas un poco pasadita, sí.

Sé que miente. De poco, nada.

—Te acompañé a casa en taxi. Y me pediste que me quedara.

—¡Ay, madre! —Mi cara de terror es un poema—. ¿No habremos? —Muevo las manos de forma agitada.

—No —ríe divertido—. Te metí en la cama y yo he dormido en el sofá. ¡Y mírate! Te puse el pijama, pero te he dejado toda la ropa interior. ¡Qué soy un caballero! No vayas a pensar…

—¡Qué vergüenza! —Me tapo la cara y finjo un sollozo—. Se me fue un poco la mano, la verdad. Me rallé y quise beber un poco de más. Ya sabes… —Mi gesto se torna triste—. Para que dejara de doler. Y me acabé pasando. Como habrás podido comprobar tú mismo.

—¿Es por un tal David?

Lo pregunta en voz baja, como si no quisiera decir su nombre. Le miro desconcertada y asiento con la cabeza.

—¿Quién es? ¿Un ex?

—¡Qué va! No llega ni a eso. Es un chico que conocí hace unos días.

—Es que ayer me hablaste de él y…

Niega suavemente con la cabeza como si no tuviera importancia.

—¿Qué dije? —susurro asustada.

—Bueno. Cuando te estaba quitando la ropa me pediste que no te llevara a la ducha. —Baja la mirada—. Que no querías hacer nada conmigo.

Entonces me doy cuenta de que se está aguantando la risa.

—Y me contaste un poco lo que pasó ahí hace unos días.

Ladea la cabeza en dirección al baño.

Se me desencaja la mandíbula. Me tapo la boca con la mano. «No vuelvo a beber en la vida», pienso.

—¿Te expliqué algo más?

Tengo las dos manos delante de los ojos y lo miro entre los espacios que quedan libres, totalmente abochornada.

—Algo. Pero no entendí mucho la historia. Me dijiste que era un cabrón, eso lo repetiste mucho. —Pone cara de circunstancias—. También que te había hecho creer que le gustabas de verdad. Que te miraba ¿bonito? —arruga la frente mostrando incomprensión—. Y algo de una tal Aída. Pero ahí ya te quedaste dormida.

—Buena sinopsis. Seguro que de todo eso podrías sacar un buen monólogo —río abatida.

—Cuéntamelo. A veces hablar con alguien que no te conoce, que lo ve todo desde fuera, puede darte otra visión —me dedica una sonrisa sincera.

—Pues voy a preparar café.

***

Sentados en la terraza vemos amanecer. Acabo de explicarle a Hugo todo lo sucedido con David.

—Y ahora me tiene que llegar un paquete con un neceser lleno de tampones y compresas que me dejé en su baño. Eso es todo.

—Llámalo.

—¿Yo? —exclamo sorprendida agudizando mi voz.

—Sí. Tú —lo dice convencidísimo—. Mira, yo no lo veo como tú. Que el tío te dijo que le iba eso de ir de cama en cama, ¡bien! ¿Y? Eso no quita que le acabaras gustando. ¿Qué tiene que ver?

Lo miro con los ojos en blanco a la espera de su explicación.

—¡Coño, tía! ¡Si es muy sencillo de entender! A mí me encanta la pizza. Hay semanas que ceno pizza todos los días. Pero si me pones una tortilla de patatas… —Hace una pausa larga—. ¡La tortilla de patatas es otro nivel! ¡Eso no lo cambio ni por la mejor pizza del mundo!

—Vamos a peor y aún entiendo menos. Entonces, ¿soy como una tortilla de patatas? ¿Eso es lo qué quieres decir? ¿O yo soy la pizza? —añado con cara de confusión.

—Lucía. ¡Qué somos tíos! Que nos podemos acostar con mil chicas, pero si llega una y nos hace Pum… —Se golpea el corazón con el puño—. Pues nos hace Pum. No estamos ahí pensando las cosas tanto como vosotras. —Toma su móvil y mueve la cabeza poniendo los ojos en blanco—. ¡Joder! Que te pusiste a mirar por internet a ver qué decía la jodida canción de *Julieta Venegas*.

Escondo la cabeza entre mis manos avergonzada.

—Vale. Y si le hice Pum —me golpeo el pecho imitándole con burla—. ¿Por qué se acostó con Aída?

—Ni idea —niega con la cabeza lentamente—. Eso solo lo sabe él. Igual iba borracho. Igual se dieron solo un par de besos y durmieron juntos. —Se enciende un cigarro—. O igual no pasó nada —cierro un ojo y dejo el otro en blanco en señal de escepticismo—. Él nunca te ha dicho que se la tirara.

Y ladea la cabeza con los labios apretados.

—Ni que no lo hiciera tampoco —añado con amargura. Me levanto y recojo las tazas—. Me tengo que ir a trabajar. Gracias, Hugo. De verdad. Gracias por esta noche.

Le abrazo. Un abrazo cálido que me reconforta.

—¡Ah! ¿Qué no follamos?

Abre los brazos con cara de sorpresa. Ríe y me guiña un ojo chistoso.

—No —río honestamente—. Pero vas a poder llenar más ese hueco que tenías en la ele. ¡Anda, apunta mi número!

Capítulo 13

He pasado una mañana horrorosa. La resaca me está matando. Me explota la cabeza y nada me quita el dolor.

Por si esto fuera poco, no recordé que venían los dueños de mi cadena hotelera y he tenido que hacer esfuerzos titánicos para aparentar que solo estaba un poco revuelta por algo que cené y me sentó mal ayer. Por último, tuvimos que salir a comer fuera con los dueños de un nuevo tour operador. No he sido capaz de probar bocado.

***

—¡Ha salido bien! —les explico a Diana y Sophia a media tarde, poco después de llegar al hotel—. Al final hemos firmado el contrato.

—Yo saber, tu muy crack, jefa.

—Lo mío me ha costado, no te creas. Joder, ¡ni con veinte años iba yo a trabajar así!

Me recuesto en mi silla derrotada.

—¿Qué pasó ayer? O sea, estabas bien y de repente empezaste a beber como un cosaco —pregunta Diana.

—Yo cosaca. Lucía no ser de esa parte de Ucrania. Lucía ni siquiera ser de Ucrania.

Las dos miramos a Sophia alucinadas.

—¡Ah! ¡Qué los cosacos existen! Siempre pensé que era una frase hecha —añade Diana con vergüenza.

Las dos rompemos a reír mientras Sophia nos mira sin entender nada.

—Pues David me mandó un mensaje. Me dejé una cosa en su casa y me la tiene que enviar por mensajero. Pero Óscar me quitó el móvil y no le pude contestar. Me mandó dos mensajes más, y al ver que no le contestaba, me envió un último diciéndome adiós. —Y otra vez esta punzada de dolor en el pecho—. Cuando lo vi ya no supe qué contestar. Y hoy estoy jodida por David y jodida por la resaca. ¡Todo perfecto! —añado irónica.

—¿Y Hugo? Os vi bastante cómodos ayer.

—Es muy majo. Me llevó a casa y esta mañana me ha dado un susto de muerte al encontrarlo en la cocina —río al recordarlo—. Le conté todo lo de David. Me lo pidió él. Para verlo desde otra perspectiva. Y bueno. Hemos tenido una charla bastante interesante.

Diana mueve la mano y levanta las cejas en espera de detalles.

—Pues dice que soy como la tortilla de patatas, creo —sonrió mientras las dos me miran confusas—. Que analizo mucho todo y que debería llamarle.

Una llamada a mi teléfono acaba con la conversación.

***

Hoy sábado decido irme a casa y no salir con Óscar, que tiene un plan de los suyos preparado. Aun habiéndome metido en la cama nada más salir de trabajar ayer, hoy necesito más cura de sueño para metabolizar la resaca.

Cuando estoy preparando algo de cenar me sorprende el sonido del interfono.

—¿Sí?

—Lucía. Abre. Soy Hugo.

«¿Hugo?», pienso sorprendida.

Aprieto el botón y le espero en el quicio de la puerta.

—Tu ascensor me da pavor. —Entra y me da dos besos—. ¿No habrás cenado?

Veo que lleva una bolsa en la mano.

—No —estoy confusa—. ¿Qué haces aquí?

Entra en la cocina y deja la bolsa sobre la encimera. Mira lo que estaba preparándome y pone cara de asco.

—¿Judías verdes? ¿Quién coño cena judías verdes un sábado? —Mueve la cabeza, incrédulo—. Así estás, con cara de estreñida —dice jocoso.

—Pues es precisamente todo lo contrario, ¡guapo!

No voy a entrar en detalles del efecto depurativo de las verduras.

—Pizza, tortilla de patatas, vino, refresco para ti. Imagino que no querrás beber alcohol —me mira en plan paternalista mientras saca lo que lleva en la bolsa—. Y helado.

—¿Hoy no tienes bolo?

—No.

Corta la pizza en varias porciones.

—Y con esa agenda tan repleta que tienes, ¿no había mejor opción con quién pasar la noche del sábado?

—Tenía tres opciones antes que tú. Pero no podían quedar hoy —lo dice fingiendo cara de pena.

—Me encanta saber que soy tu cuarta opción. ¡Qué honor! —Me pongo la mano en el pecho con burla.

—Ahora en serio. Quería ver como estabas —Me dedica una mirada franca.

—Voy a poner la mesa.

***

Hablamos de mil cosas durante la cena. Amigos, relaciones, aficiones, infancia… En unas horas sabemos una gran cantidad de cosas el uno del otro.

—Bueno, y ¿qué? ¿Le has llamado? ¿A David?

—No. No le voy a llamar. ¿Qué sentido tiene ahora? —Una dosis

de tristeza me recorre por dentro—. Ya está todo dicho —añado bajando la mirada.

—¿Te gusta? —Se recoloca en su silla—. ¿Te gusta de verdad?

—No sé —susurro con timidez.

—Vamos, Lucía. Yo no soy Óscar o Diana. La confianza da asco, eso es así. Y a veces, a los que más nos conocen nos da vergüenza revelarles lo que realmente sentimos. Tienen demasiada información con la que juzgarnos.

—¡Es que solo fueron dos días! —exclamo a modo de justificación.

—¿Y? —su tono se vuelve agudo—. Yo me he enamorado en mucho menos tiempo. Con una mirada, con una frase…

—El Pum.

Me golpeo el pecho sonriéndole, recordando sus palabras.

—El Pum —Me copia el gesto—. No te rías. No me creo que nunca lo hayas sentido.

Me observa con los ojos muy abiertos.

—A los quince años, ¡cada día! —Se me escapa una risita—. Pero luego ya… —Le miro desde abajo, con miedo a confesar—. Hasta que vi a David.

Una sensación de nostalgia me recorre el cuerpo al recordar cómo lo miré cuando lo vi por primera vez. Oyendo a *Bruno Mars*. Como si se parara el tiempo y todo avanzara a cámara lenta. Puto Pum.

—Pues nada, ¡qué hoy tampoco follamos!

Se golpea los muslos con las palmas de las manos. Y me sale una carcajada que me hace hasta llorar.

***

Vuelvo en coche de casa de Raúl. Álex y Lucas se han quedado dormidos y hago dos viajes del garaje a casa, cargándolos en brazos para meterlos en la cama sin despertarlos.

Vuelven a empezar dos semanas de carreras. Pero lo agradezco. Demasiada intensidad he tenido estas dos semanas sola. Necesito volver a la rutina de la maternidad. La que no te deja un minuto libre para pensar en nada.

—El bebé va a ser niña —explicaba Álex durante el trayecto a casa —. Y no saben si se va a llamar María o Inés. Pero a mí no me gusta ninguno de los dos.

—¿Y qué nombre te gusta a ti?, cariño.

—*Vaiana*.

—¡Ese nombre es horrible! —gruñe Lucas—. Mejor Abril, como mi novia.

—¡Pero bueno! —río sorprendida—. ¿Desde cuándo tienes tú novia?

—¡Mamá!, ¡si Abril es la tercera ya! El curso pasado empecé con Sara. La dejé por Alicia. Y cuando ella me dejó por Héctor, empecé

con Abril. Bueno… —dice dubitativo—. Igual entre Alicia y Abril estuve un poco con Iris.

«Con lo fácil que era», pienso.

***

Otra vez lunes. Después de llevar a los niños a casa de mis padres empiezo la jornada laboral. Última semana de agosto, así que última semana de ocupación al cien por cien. Septiembre es un buen mes, pero ya no trabajas con la presión de estos días.

A media mañana estoy en mi despacho cuando entra Sophia.

—Esto ser para ti.

Me entrega un pequeño paquete. El neceser olvidado, imagino.

—Gracias, Sophia. Déjalo allí mismo.

Le señalo una mesa auxiliar cerca de la puerta.

Pasan varias horas hasta que vuelvo a reparar en el paquete. Quito el embalaje y abro la pequeña caja. Allí reposa el neceser y lo que parece ser un folio doblado en cuatro partes. Lo despliego.

Hola Lucía.

No pensaba escribirte nada. No después de ver que ni siquiera quieres volver a hablar conmigo. Pero no puedo evitarlo.

No voy a dar explicaciones a quien no quiere oírlas.

Solo quiero que sepas que siento mucho cómo ha acabado todo.

David

Capítulo 14

La mañana está siendo de locos.

Andrea llevaba varios días de vacaciones. Pero por un problema familiar, desgraciadamente, va a tener que prolongarlas. Así que llevo horas haciendo mil cambios para intentar cuadrar los horarios de su departamento.

—La madre de Andrea se está muriendo —explico a Óscar—. Intenta localizar a Paula y le dices que mañana tiene que venir a trabajar. Que estos días se queda Inés en el lugar de Andrea, ella ya tiene los horarios corregidos.

—¡Pobre! Con lo feliz que se fue de vacaciones. Ese día estuvimos tomando algo todos para despedirla.

Intento recordar por qué no fui con ellos ese día.

—Y yo, ¿dónde estaba?

—Fue el domingo que viste a David con Aída. Quedamos por la tarde. Pero tú no diste señales de vida —añade Óscar.

—¿Aída estaba?

—No. Algo dijo Andrea que la había llamado para venir, pero ella tenía otro plan.

Hiervo. Miles de imágenes de los dos retozando vienen a mi cabeza. La imagen de Aída gozando sobre David me golpea la mente. Mi cara debe hablar por mí.

—Perdona. Lo he dicho sin pensar —añade Óscar avergonzado. —Oye. Te está costando, ¿no? Olvidarle.

—Solo un poco —miento y sé que él lo sabe—. Pero es que me lo creí, ¿sabes? De verdad pensé que no estaba fingiendo conmigo. Lo de dormir juntos, la cena, lo de llevarme a su casa. Yo también me hice ilusiones —río con añoranza—. Casi hubiera preferido que me echara el polvo y no verlo más. Quizá así hubiera sido más fácil.

—¡A lo Mario! —ríe y me abraza dándome un beso en la cabeza—. Al final me engañaste como a un tonto. Yo quedé con Mario y tú no has tenido tu noche loca.

—¿Te parece poca locura estas semanas? Además, con David magreo sí que hubo. Algo es algo —digo con orgullo.

—Algo no. ¡Para ti eso es como haber escalado el Everest!

—Bueno. Pero a ti después de Mario te ha venido Carlos.

—Podríamos decir que a ti te ha venido Hugo, ¿no? —me mira pícaro.

—No veo a Hugo de esa forma. Me encanta. Me cae genial y me lo paso muy bien con él. Y la verdad, es que es guapísimo. Pero… —Arrugo el ceño—. Creo que no hay…

«Pum», pienso.

—Doña paranoia y sus pajas mentales. Nada nuevo bajo el sol —añade con sorna—. David es pasado y Hugo presente. Yo solo te digo eso. Tú medítalo.

Sale de mi despacho.

Me quedo un rato dándole vueltas a las palabras de Óscar acerca de Hugo. Sería fácil sentir algo por él. Es un cielo. Podemos hablar de mil cosas. Hemos congeniado y me gusta estar con él. Pero no me atrae. No como David. Una mirada suya, un roce, una sonrisa… Cualquier cosa encendía una llama dentro de mí que Hugo no ha conseguido encender.

***

La semana avanza tranquila. La tarde del jueves Diana y yo aprovechamos para ir con la prole al pequeño centro comercial del pueblo. Hay que hacer acopio de material escolar, ropa y demás enseres para preparar la deseada, sobre todo para nosotras, vuelta al cole.

—¡Mami! Mi mochila de *Anna* ya está un poco rota. Esta de las *LOL* me gusta—me dice Álex, señalando una mochila que le sujeta María.

—¡Pues yo quiero esa del *Capitán América!* —grita Lucas.

—¡Mami! Yo *Patulla* Canina —grita Pol, el pequeño de Diana, mientras sus hermanas María y Sara están con Álex eligiendo estuches a juego con sus adquisiciones.

—¿Y Adri? —pregunto a mi amiga.

Desde que hemos llegado al centro comercial no hemos vuelto a ver al hijo mayor de Diana.

—Ese, con doce años, ya no quiere saber nada de mí en público. Estará por ahí sentado mirando el móvil. ¡Vaya juventud! —Pone los ojos en blanco.

Pagamos las mil cosas nuevas y nos tomamos algo en un local con parque de bolas para que los niños se entretengan.

Me quedo fascinada mirando a una mujer rubia, guapísima, que está sentada unas mesas más a la derecha. Es digna de admiración. Cara perfecta, ojazos, pelazo, cuerpazo y todos los «azos» que puedas imaginar en un solo ser.

—Que injusta es la genética —susurra Diana mirándola de reojo mientras se come un *Donut*.

—Si fuéramos al gimnasio cada día, y no comiéramos estas mierdas, nosotras también podríamos estar así. —Muerdo mi croissant —. Es increíble la tía, ¡eh! Doña Perfección.

Estoy completamente impresionada por aquella mujer.

—Pues prefiero comerme un *Donut*. Eso tiene que ser muy cansado. Mantener ese nivel de perfección debe ser agotador.

—Sarna con gusto no pica. Ella será feliz en una clase de spinning y tú y yo en una pastelería —. Subo los hombros para enfatizar la

obviedad.

—¡Gilipolleces! Nadie es feliz en una clase de spinning. Eso es una tortura.

Se gira y da un silbido. En unos segundos todos nuestros niños acuden a su llamada, yo río asombrada.

—¡Qué nivel! Ni en los concursos de perros pastores he visto tanta eficacia.

—¡Jo, mamá! ¿Justo ahora, que estábamos jugando con un amigo que hemos hecho, nos tenemos que ir? —se queja María—. Vamos a esperarnos hasta que se vaya.

—Ni jos ni jas. ¡A casa, que ya vale! Y si oigo algo más, os juro que cojo todo lo que hemos comprado y lo llevo a donar.

No se oye ni una queja y salimos todos hacia el aparcamiento. Vamos por la cuesta mecánica pendientes de que los niños no se caigan a la bajada.

—¡Lucía!

Hugo va en la cuesta mecánica en dirección opuesta. Empieza a bajar en dirección contraria, esquivando a todos los que se encuentra a su paso.

—¿Os vais? —nos dice cuando nos encontramos todos al pie de la cuesta.

—Sí. Llevamos horas aquí y ya es tarde. Y el servicio hoy libra y no tengo la cena preparada —añado con sarcasmo.

—Seguro que vuestras madres os van a hacer judías verdes o alguna guarrada de esas. Y me juego lo que sea a que vosotros preferís una hamburguesa de las que preparan en la planta de arriba —dice mirando a los niños.

—¡Sí! —gritan todos a coro.

—Pues vosotros os quedáis sin. Como mucho os dejo pedir pizza. Pero nos vamos que tenemos que ir a buscar a papá primero.

Y entre sollozos y algún grito, Diana consigue llevar a sus hijos hasta el coche.

***

—Oye, ¿qué haces el sábado por la noche? —me pregunta Hugo mientras nos comemos las hamburguesas prometidas.

—Nada. Las semanas con niños no suelo tener planes que no sean actividades infantiles —y muevo los hombros a modo de «*planazo total*».

—Pues esta semana, sí. Si puedes dejarlos, claro.

—Sí puedo. Pero ¿cuál es el plan?

—Una boda.

—¿Quieres que te acompañe a una boda? —me atraganto con mi bebida—. No es un poco pronto para eso. ¿Ya me quieres presentar en sociedad? —le guiño el ojo chistosa.

—No —alarga la o cantando—. Es por curro. Tengo un bolo. Los amigos de los novios me han contratado para hacer el discurso, antes de que corten la tarta. Mola, porque al acabar, empalmas con la barra libre y suele ser divertido.

—Nunca lo había visto. A ver, que yo contraté a una maestra de ceremonias que ofició mi boda. No quería la típica boda civil aburrida. Pero lo de hacer el discurso no lo sabía. Normalmente lo hace el amigo gracioso o el cuñado sin gracia.

—Ja, ja —se burla —. Te voy a pedir que me escribas algo con esa chispa que tienes. Pues avisada quedas. Ponte tus mejores galas que el sábado nos vamos de boda.

—¿Nosotros también? —pregunta Álex emocionada. A mi hija le vuelve loca un sarao.

—Vosotros no, por esta vez. Ya pensaré un plan que podamos hacer todos.

—¡Qué bien! —exclama Lucas—. ¿Vamos a hacer algo con tu novio?

Noto como mis mejillas enrojecen como fuego. La espontaneidad de los niños es casi siempre bochornosa. Me río nerviosa y niego con la cabeza.

—Lucas, cariño. Hugo no es mi…

—¿Parque de atracciones o excursión al campo?

No me deja acabar la frase intencionadamente y vuelve a preguntar a los niños. Yo lo miro ligeramente enfadada.

—¡Parque de atracciones! —gritan los dos al unísono aplaudiendo como locos.

—Os mantendré informados. Ahora podéis ir a jugar que os lo habéis comido todo.

Los dos salen disparados a la zona infantil.

—¡Hola, novia! —añade divertido girándose hacia mí.

—Hugo, no quiero confundir a mis hijos, ¿de acuerdo? —Mi tono denota molestia—. Son niños, no entienden de estas cosas. Nos han visto juntos y lo han malinterpretado. Pero no quiero que sigan pensando lo que no es.

—¡Vamos! Es una tontería. No saques las cosas de contexto. Son cosas de niños. Ellos pueden ver siempre más de lo que hay a simple vista.

—¿Y qué hay aquí?, a ver —le pregunto aún enfadada.

—Yo ya lo sé. Ahora estoy esperando a que tú también te des cuenta.

Se levanta y se acerca a mis hijos. Estos le dicen algo y los tres se ponen a jugar a una de las máquinas recreativas del local.

La imagen me encanta. Ver a Hugo jugar con mis hijos es muy agradable. Pero no puedo evitar volver a comparar a Hugo con David.

Me culpo por no sentir por Hugo lo que sentí por David. Y me obligo a empezar a ver las cosas con otra perspectiva, recordando las palabras de Óscar.

«Hugo es el presente» pienso.

Podría estar bien.

Capítulo 15

Hugo y yo entramos a una finca impresionante. Los novios e invitados aún están en el salón de la cena. Hugo y yo entramos por el jardín. Me quedo maravillada contemplando todo lo que hay a mi alrededor.

El jardín está lleno de farolillos y guirnaldas de luces. Unas telas blancas caen a modo de toldos. Los troncos de los árboles están rodeados de cuerdas, con pequeñas luces. Una pista de baile, abarrotada de pequeñas bombillitas, corona el centro del jardín. Los mostradores para la barra libre, la cabina del Disc Jockey, el Candy Bar… Todo perfectamente decorado e iluminado en concordancia con el resto. No falta ningún detalle.

Tengo la boca abierta ante tal belleza. Es una de las decoraciones más bonitas que he visto nunca.

—No sé quién son los *Wedding Planner,* pero son muy buenos —consigo decir al fin.

—Pensaba que no te iban los grandes despliegues en este tipo de cosas.

—Es cierto. Mi boda fue mucho menos espectacular, pero el jardín lo decoré un poco de este estilo. Las lucecitas, las telas… ¡Pero mucho más sencillo! No era una finca así. Yo me casé en una casa de colonias. La alquilé todo el fin de semana y estuvimos dos días de fiesta.

—¿En serio? —me mira sorprendido—. ¿Pasaste tu noche de bodas durmiendo en literas con tu tía Amparito?

Pone cara de estar horrorizado.

—¡No tengo ninguna tía Amparito, capullo! Pero algo así, sí que fue.

Río acordándome de mi tía Loli intentando subir las escalerillas de la litera, después de tomarse dos copitas de más.

— ¿Y qué? ¿De qué va el discurso?

—Bueno. Los amigos y familia me han dado datos sobre los novios y, ya sabes. Un poco de dar cera, pulir cera. —Guiña un ojo.

Entramos al salón. Si el jardín es espectacular el salón no iba a ser menos. Otro despliegue de luces, telas, decoraciones en tonos blancos… Precioso.

Estoy de espaldas al salón viendo el atril del menú.

—¡Hugo! —oigo como le saludan de forma amigable—. Ya casi es la hora. Sobre todo, acuérdate de decir lo de cuando se emborrachó en la boda de su primo y tiró media tarta al suelo.

Me giro al tener la sensación de que esa voz me resulta familiar.

—¡Hostia, Lucía!

Me quedo blanca.

—¡Toni! —añado casi sin voz. La tirantez de mi sonrisa nerviosa es casi insoportable.

No puede ser. No puede ser. Empiezo a hacer conexiones cerebrales a toda velocidad.

«Dime que se casa su hermana, su prima o su tía Amparito, ¡por Dios!», pienso.

Deseo con todas mis fuerzas que, de todas las bodas que hay hoy en el mundo, esta no sea la que me imagino.

Fer, Sergio y David se unen al encuentro de Hugo. Maldigo en arameo, que ahora me parece un idioma de lo más interesante. Pero se me olvida al fijarme en David.

¿Se puede ser perfecto? Sí. David en traje tres piezas, gris oscuro y cuadro galés, camisa blanca y corbata granate, es la viva imagen de la perfección. Otra vez me regodeo en la imagen de ese hombre acercándose hacia mí. Esta vez no necesito que Óscar me ponga la canción de *Bruno Mars* de fondo, me la canto yo sola.

No sé de qué hablan, solo sé que Hugo me coge de la cintura. Entonces vuelvo a la realidad.

—Viene conmigo. —Me aprieta contra él—. Pero no sabía que ya os conocéis. ¡Qué casualidad!

—Mucha —dice David irónico mientras me observa, intentando adivinar que pinto yo allí.

Hugo nos mira a los dos como si estuviera en un partido de tenis.

—¡Vamos! Que en cinco minutos empiezas.

Sergio se lleva a Hugo de mi lado para que vaya preparando el discurso.

Hugo se gira mirándome de soslayo. Mueve su cabeza en un acto de interrogación. Yo asiento disimuladamente. Viendo mi cara al ver a David, no le ha debido resultar difícil llegar a la conclusión correcta.

—Yo me quedo allí —señalo un rincón al fondo, intentando así escapar del grupo.

Ellos también siguen a Hugo y Sergio. Todos menos David.

—Bueno. Aún tenemos unos minutos —David se acerca a la mesa que tenemos más próxima. Toma una botella de vino y llena dos copas vacías—. ¿Un brindis por los novios?

Otra vez esa mirada suya. Ese calor por todo mi cuerpo. Esa presión sobre mí que hace que me fallen las neuronas. «¿Acaso no te acuerdas de que es un cabrón?», pienso.

—¿Qué tal estas semanas? —me pregunta.

Un escueto, «*muy bien*», sale de mi boca. No soy capaz de generar frases más elaboradas ahora mismo.

—Ya veo. ¿Y le conoces hace mucho? A *Dani Rovira*, digo — y hace un gesto con la cabeza en dirección a Hugo.

Eso son ¿celos? Me molesta. No está en condición de estar celoso.

—Poco más de una semana.

Bebo mirándolo por encima de mi copa.

—Ha ido rápida la cosa.

«Será imbécil», pienso.

—¿Y tú qué tal? ¿Mucha terapia estos días? —digo entrecomillando terapia, con aire cínico—. Tienes cara de cansado —me percato que tiene las ojeras marcadas—. Tú tampoco has perdido el tiempo, ¿eh? —añado con burla.

—Lucía tenemos que hablar.

—No, David —le corto—. Actuaste fatal. Y ya no le quiero dar más vueltas.

Tengo calor. Necesito alejarme de él. Empiezo a andar lentamente dejándole unos metros a mi espalda.

—Ahí te doy la razón. Si que tuve que hacer una mala actuación, si no conseguí que te creyeras que contigo nunca estuve fingiendo. Pásalo bien, Lucía —suelta un bufido y me deja allí a la vez que vuelve a su mesa.

Sus palabras resuenan en mi cabeza como un eco. ¿Qué ha querido decir? Viene aquí con el rollito de la copita de vino, solo para intentar averiguar si tengo algo con Hugo. Y luego me deja con la palabra en la boca.

¿No estaba fingiendo? Pero bien que a Aída se la tiró sin importarle todo lo que habíamos compartido los días anteriores. Vuelvo a estar muy cabreada y me prometo que voy a ignorarlo completamente el resto de la noche.

Está claro que me enciende, pero en todos los sentidos.

Se oye el sonido del acople de un micro y un foco ilumina a Hugo que empieza su monólogo. Me siento e intento calmar mi enfado.

—Buenas noches a todos. Hola, sí, hola. Vale. Me llamo Hugo y he venido a hablar un poquito de los novios. Sí, lo siento rubia, no soy el *Stripper* y veo en tu mirada que lo estabas deseando… —Guiña un ojo a una de las abuelas, todos ríen viendo a la mujer ruborizada—. … Bueno. Lo primero daros las gracias a todos por estar hoy aquí compartiendo este día tan importante para Javi y Julia. Y dar las gracias a Patricia… —señala a una de las chicas de la mesa de David — …Que gracias a ella os conocisteis y hoy ya podemos estar aquí. Porque ¡ya está bien! Quince años os ha costado decidiros. Que a este paso se casa antes la abuela Pepita, que lleva veinte años divorciada. O vuestros hijos, que el mayor ya está ahí, ahí, casi pillándoos...

Hugo sigue con el monólogo y todos ríen con sus palabras. Yo, desde el fondo de la sala, no puedo evitar mirar a David, que está recostado en el respaldo de su silla cómodamente.

Aún no me creo que yo haya acabado aquí.

—...Ahora empieza lo bueno, ¡os aviso! La pasión, el deseo, la

lujuria. ¿No sé de qué os reís vosotros?... —Señala a una de las mesas — … ¡Ah! ¡Qué estáis casados! ¡Qué entonces ya sabéis por donde voy!, ¿no?... —Pone cara de circunstancias— …Claro, claro. Es que eso los solteros no lo entienden. Los solteros que vais a saber, si estáis ocupados ahí, hoy con una, mañana con otra. Por cierto, yo soy soltero… —se gira en dirección a una mesa llena de chicas guiñando un ojo.

David se levanta y va en dirección al baño. Intento fijar la vista en Hugo y no mirarlo. Pero no lo consigo y nuestros ojos se cruzan. Le mantengo la mirada. Una ola de calor me sube por la espalda. Entonces giro la cabeza con un gesto airado, aunque no sé si el enfado es con él o conmigo misma. Por ser tan tonta de estar teniendo todas estas sensaciones cada vez que él está cerca.

—...Además ahora empieza la diversión de verdad. Ya sabéis que el matrimonio es el summum de la diversión. Míralos a ellos… —Hugo señala a una pareja mayor— …Cuando se miran el uno al otro piensan, ¡vaya cincuenta años de diversión que llevamos!…

Hugo sigue haciendo bromas sobre anécdotas de los novios. Hasta que cambia de tercio y empieza la parte más emotiva. A Julia se le caen unas lágrimas e intenta que no se le corra el maquillaje, pero al final no puede contenerse y rompe a llorar emocionada. Javi acaba también muy emocionado.

Hugo acaba el discurso y toda la audiencia le corresponde con un gran aplauso. Varias chicas se levantan para ir a conocerle. Él saca toda su magia seductora, como suele hacer en esas ocasiones.

En ese momento veo que David vuelve del baño. Va cogiendo a una chica por la cintura. Una chica muy mona, con un vestido precioso color turquesa.

Vuelvo a sentir celos. Como cuando Aída tonteaba con él, la primera noche en el *Sunset*. Vuelvo a tener la sensación de sentirme usada, como cuando la vi salir de su habitación.

«Ignóralo», me repito a mí misma.

Decido salir al jardín a fumar. A intentar recobrar la calma y tomar aire. Necesito coger fuerzas pensando en la larga noche que me espera.

—¿Te llegó el neceser?

Oigo su voz a mi espalda.

—Sí —le digo sin girarme.

Él se acerca y se coloca detrás de mí.

—Estás muy guapa.

Asiento sin moverme.

Llevo un vestido rojo, largo. Tiene una raja central muy alta y la espalda abierta hasta casi el inicio del culo. Entonces noto como posa su mano en mi nuca y la baja lentamente hasta donde acaba mi

espalda y empieza la tela del vestido.

Me tenso aparentando incomodidad. Pero mi organismo reacciona. Todo el vello de mi cuerpo se eriza solo con ese suave roce. Todas mis terminaciones nerviosas responden a su tacto y mi temperatura se eleva. Me muevo molesta y me giro para mirarle a la cara.

—¡David, para! —le exijo enfadada—. Hemos tenido la mala suerte de coincidir hoy aquí. No lo hagas más incómodo.

—¿Eso también te pasa con él? —Tiene las pupilas dilatadas, la mandíbula tensa—. ¿De una sola caricia hace que te estremezcas?

—¡Eso no creo que sea de tu incumbencia! —Me alejo unos metros donde consigo que me turbe un poco menos su presencia—. Al menos, él no se ha acostado con otras estos días. Con eso me conformo, ¿sabes?

Él vuelve a colocarse detrás de mí.

—Entonces, ¿te estás acostando con él? —me lo susurra rozando su nariz con mi pelo—. Me cuesta creerlo viniendo de ti.

—¡Basta ya, David! Sigamos la noche cada uno por su lado. Te lo pido por favor.

Pero aproxima su boca a mi nuca. Me muerdo el labio ante su cercanía.

—Tenemos que hablar del último día, de lo que viste en el hotel.

Noto su aliento en mi cuello, su respiración acariciándolo como un roce sutil.

—¡David, no! —pero lo digo con un hilo de voz, ausente de credibilidad.

Intento apartarme de él, pero entonces me sujeta apretándose contra mí.

—Tu cuerpo no me dice lo mismo.

Deja un corto y húmedo beso en mi cuello. Cojo aire y un leve gemido sale de mi boca.

«No puedo hacer esto. No quiero», me obligo a pensar.

—Dime que pare —sigue besándome el cuello. Sus manos empiezan a acariciar mis pechos por encima de la tela del vestido. Su respiración es agitada—. Dímelo, estoy esperando.

Pero no puedo. En vez de eso me pego más a él, clavando su erección en mi trasero. Su mano va bajando por mi abdomen y se cuela por la raja del vestido. Vuelvo a pegarme más él. Gime. Empieza a acariciar mi pubis por encima de la ropa interior.

—No voy a parar —me dice completamente excitado.

Con una mano presiono su miembro por encima del traje.

—Seguro que estás muy mojada.

Me muerde la oreja, me lame el cuello.

Ni siquiera pienso en que alguien pueda salir y vernos. Como siempre con David, no hay nadie más que él y yo.

—Estás muy duro —susurro.

—Eres tú —lo dice entre gemidos—. Me vuelves loco.

De repente se oyen las puertas que dan acceso al jardín. Los invitados empiezan a salir. Nos separamos rápidamente. Aún con la respiración temblorosa, el cuerpo ardiente y una dolorosa sensación palpitante en nuestros sexos, por no acabar lo que habíamos empezado.

Me aparto unos metros de David y miro hacia la puerta por si sale Hugo.

Al verle salir al jardín le saludo con la mano. Giro la cabeza para mirar a David.

—Quédate conmigo —lo susurra de forma tierna.

—No puedo. He venido con él. Mejor olvidemos lo que acaba de pasar.

Y camino hacia Hugo.

***

Empieza el baile nupcial. Los novios están en el centro de la pista del jardín. El resto de los invitados hace un círculo a su alrededor y empieza a sonar la música.

Fallen de *Lauren Wood* es la canción elegida para su gran momento. Javi y Julia se mueven nerviosos, pero con esa mirada de amor tan sincera, que tienen todos los recién casados en ese momento.

Yo les observo desde una esquina de la pista. Hugo deja su copa y me coge desde atrás. Rodea mi cintura moviéndonos al ritmo de la música. Río y me dejo mecer.

—*I can't believe it, you're a dream coming true… I can't believe I have fallen for you…*

Canta la canción a mi oído. Intento separarme, pero él aprovecha para girarme y empezamos a bailar cara a cara.

—*How could I know that I was lost without you…* Esta canción es toda una declaración, pequeña.

Me mira con toda la intención del mundo. Sus pupilas dilatadas, mirada lobuna.

Me quedo pensando qué hacer. Si seguir bailando y disimular como si no me enterara de nada o separarme de él y no dar alas a la situación.

«Hugo es el presente», me repito una y otra vez.

Pongo mis brazos sobre sus hombros y seguimos bailando. Mis ojos se cruzan con los de David, que nos observa desde una silla fuera de la pista. Hugo me aprieta más contra él.

«Hugo es el presente», sigo repitiéndomelo, como un mantra en mi cabeza.

Bailamos mientras pienso en dejarme llevar.

«Hugo es el presente. Hugo es el presente. Hugo es el presente…».

Pero David, es David.

Y aún estoy turbada con todo lo qué ha pasado antes.

—Necesito ir al baño—le digo a Hugo a modo de excusa separándome de él —. ¿Me puedes pedir un gin-tonic?, por favor.

—Claro.

Me alejo de él. Entro en el baño y me quedo mirando mi reflejo en el espejo.

¿Qué me pasa? Sin David aquí, seguro que habría disfrutado este momento con Hugo. La canción, sus palabras…

Me maldigo por no ser capaz de quitarme a David de la cabeza y por no poder estar feliz y vivir una bonita noche con Hugo.

Humedezco mi cuello y mis muñecas en un intento de despejar mis ideas con el frescor del agua.

Al salir del baño Hugo me espera en la puerta.

—¿Y mi gin-tonic?

—No he pedido nada. Creo que mejor nos vamos, ¿no? —me tiende su mano.

—Sí, por favor. Vámonos.

***

Estamos frente a una de las vistas más bonitas de la zona. De camino a casa hemos tomado un desvío que hay antes de entrar al pueblo.

La carretera sube una montaña desde la cual se vislumbra, a lo lejos, el núcleo urbano y toda la playa. Además, hoy es una de esas noches en las que la luna se refleja en el mar, tiñendo todo con su destello claro. Sentados en su coche disfrutamos de las vistas.

—Preciosa —dice Hugo con la mirada fija en el horizonte.

Yo le miro y asiento. Él no desvía la mirada.

—Y la luna también —Ríe acariciándome la mano.

Hago un chasquido con la lengua en mis dientes superiores y río negando con la cabeza mientras le sonrío.

—Me ha salido fatal la jugada—confiesa.

Se acomoda en su asiento y se gira levemente para mirarme. Lo observo sin decir nada, arrugando las cejas en señal de incomprensión. Me observa con cara triste.

—¿Qué probabilidades había de que David estuviera en esa boda?

Sale del coche y se apoya sobre el capó. Yo le sigo y me coloco a su lado.

—Lo siento, Hugo. Imagino que no debo haber sido muy buena compañía esta noche.

—Me gustas, Lucía. —Baja la mirada al suelo—. Pero me temo que la sombra de David es demasiado alargada. Y que tú no vas a sentir lo mismo que yo, por más que me empeñe.

—Lo intento, ¿sabes? —me alejo un poco de él—. Me he dicho a mí

misma que no tengo que perder más tiempo pensando en David, teniendo la opción de un hombre maravilloso como tú en mis narices.

—Pero… —añade con amargura.

—No sé, Hugo. Yo quiero sentir cosas por ti. Te lo prometo.

—Si lo tienes que forzar no es tu talla —me corta afligido.

—Ya…

Solo me sale un hilo de voz. Se acerca a mí y me coge de la cintura.

—Solo una prueba.

Se aproxima lentamente hasta posar un suave beso en mis labios.

Un beso bonito, lento. Labio con labio. Repite una vez más. Pero cuando intenta abrirse paso en mi boca con su lengua, yo me separo poco a poco de él.

—Vale —dice soltando el aire por la nariz—. Era la prueba irrefutable. El último cartucho a quemar.

—Hugo, lo siento.

Y lo digo de verdad. Siento no poder corresponderle como él quiere, como él se merece. Y me enfado conmigo misma, porqué yo también me merezco a Hugo. Pero no puedo engañarle a él ni, sobre todo, a mí.

Nos abrazamos. Un largo abrazo sincero, sin segundas intenciones. Un abrazo que, irremediablemente, me sabe a despedida.

—Hugo. Sé que esto va a sonar muy egoísta, pero no quiero dejar de verte.

Lo miro completamente avergonzada, pero es lo que siento en ese momento.

—Y no lo harás, pequeña. Te lo prometo. Pero dame tiempo.

Y vuelve a estrecharme en sus brazos.

Capítulo 16

El lunes por la mañana, en el hotel, les explico a Diana y Óscar lo sucedido la noche del sábado.

—Me dijo que no fingía, chicos. Y otra vez ese calentón solo rozarnos, ¡joder!...

—¿Qué iba a decirte? —Pregunta Óscar—. Dices que te dijo que teníais que hablar del último día.

—No sé, no le dejé hablar —me toco el pelo una y otra vez nerviosa—. No recuerdo bien. Fue cuando empezó a pegarse a mí. Y yo ahí ya no razonaba con claridad.

—*A ella le gusta la gasolina, dame más gasolina*…

Diana empieza a cantar agitando los brazos.

—¡Capulla! —la increpo riendo.

—¿Y qué pasó con Hugo? Tú ahí retozando y él, ¿qué? ¿Miraba? —pregunta Óscar.

—Sí. Al final hicimos un trío.

—De otra me lo esperaría, de ti no. Ya me estás sorprendiendo con estos calentones que tienes últimamente.

—Pues, obviamente, Hugo no estaba en ese momento —aclaro abriendo mucho los ojos—. Se me declaró, ¿sabéis? Y fue súper bonito. Primero la canción de *Fallen* en la boda y luego en el mirador del pueblo.

—¿Te lo has montado con los dos la misma noche? —pregunta Diana sorprendida.

—¡No! Con Hugo no pasó nada, solo me besó. —Hago una pausa, ellos me miran expectantes—. Pero no sentí nada.

—¡Qué pena! —Dice Diana—. Me gusta para ti. Lo veo más sincero que al cerdo de David.

—Pero algo tuvo que pasar ese día, el día de Aída —Óscar sigue con su corazonada. Su mente inquieta da vueltas y tiene los ojos tan achinados que son como dos rayitas en su cara—. Él te quería contar algo el otro día, pero como te pusiste zorrona no le dejaste explicarse. —Me mira con los ojos en blanco—. Yo sigo diciendo que algo no me cuadra.

Llaman a la puerta. Andrea entra al despacho. Hoy ha vuelto de sus amargas vacaciones.

—¿Cómo estás?, cariño —le pregunta Diana.

—Mal, la verdad. Ha sido todo un poco precipitado. Pero ya saben, al final ha sido mejor así. Ya estaba sufriendo. —Los ojos se le humedecen.

—Lo siento mucho, Andrea. Tómate más días si los necesitas, ya

solucionaremos todo aquí. No te preocupes por nada —digo mientras me levanto y le doy un abrazo.

—Gracias, Lucía. No hace falta, mi amor. Mañana empezaré a trabajar tal y como estaba previsto. Necesito mantener la cabeza ocupada en estos momentos.

Sonríe con amargura.

—¿Quieres que nos tomemos un café, o te vas? —le pregunta Óscar.

—Gracias. Pero me voy. He quedado con Aída, que llevo muchos días sin verla y hoy me ha encontrado un hueco. Ahora hay que pedir audiencia para quedar con ella —ríe.

La miramos sin entender el comentario.

—¿Ustedes no saben? —le sale todo su acento caribeño —. ¡Se nos echó novio la Aída!

Óscar y Diana fijan su mirada en mí. Debo haber palidecido hasta perder todo el color del rostro.

—El de la despedida —canturrea Andrea.

Me desencajo. No solo se acostó con ella, es que encima siguen juntos y el cabrón estuvo jugando conmigo en la boda. Me acuerdo de todos sus antepasados y empiezo a cambiar el blanco de mi rostro por un rojo fuego. Óscar coloca su mano en mi antebrazo y me mira asintiendo lentamente con la cabeza, con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Pero ¿quién de todos? —pregunta Óscar sin apartar la vista de mí.

—Con aquel tan gracioso —dice Andrea como si fuera obvio—. El Fer. ¿Quién lo diría? Sabiendo como es Aída, que solo sale con hombres que parecen modelos.

—¡Toma!, ¿ves?

Me susurra Óscar levantando un hombro. Ladea la cabeza como si aquella revelación fuera la que él llevaba sospechando desde hacía semanas.

Yo he vuelto al color blanco otra vez. Mi mente está intentando asimilar esta información. Me siento en mi silla aturdida. No me doy cuenta de que Andrea y Óscar salen del despacho.

—Vaya cagada, ¿no? —Diana se sienta frente a mí—. Y yo la primera. Pensaba que si te lo ponía a parir lo superarías antes. Ya sabes que mis métodos a veces son un poco extremos.

Me apoyo en mis manos, me toco el pelo. Un punto de lucidez me viene en ese momento y varios destellos me golpean la memoria.

Nunca vi con quien estaba Aída realmente. La vi salir de la que se supone que era la habitación de David, pero perfectamente podrían haberse cambiado de habitaciones entre ellos.

La actitud de David cuando salió del ascensor, tan normal. Su

manera de cogerme al verme y el intento de beso aquella mañana.

Su cara de incomprensión cuando le dije que la había visto salir de su habitación, y él riendo porque solo era una confusión.

Mi desprecio hacia él al despedirme.

Y la boda...

«Nunca estuve fingiendo».

«Quédate conmigo».

—He sido una niñata, Diana —tengo ganas de llorar—. Me he comportado como una loca. Nunca le dejé explicarse, lo di todo por hecho.

—¡Llámalo! Venga. Llámalo y dile que quieres quedar con él.

Cojo el móvil con mucha decisión, pero al segundo me entra miedo y lo dejo en la mesa otra vez. Me quedo allí, mirando el teléfono, pensando qué hacer.

—La vida siempre te da un nuevo día para volverlo a intentar —Diana me aprieta la mano y sale del despacho. Se gira cuando llega al quicio de la puerta—. Sé que lo he hecho mal, y no he sido objetiva con todo esto. Me cegué con que David era un cerdo y que iba a hacerte daño y no pensé en otras posibilidades. Pero seguro que aún estamos a tiempo de arreglarlo.

Una vez sola me debato entre llamar, mandar un mensaje o escribirle un mail. Al final decido que ya vale de tonterías. Que lo mejor es llamarle y hablar directamente.

Suena el primer tono y unas ganas irremediables de colgar me asaltan, pero me mantengo. Dos tonos… Tres… Cuatro… Y al quinto cuelgo, por si me salta el contestador.

Dejo unos minutos de cortesía por si él hubiera visto la notificación y decidiera devolver la llamada, pero no hay respuesta.

Vuelvo a llamar. Otra vez los cinco tonos.

Y otra vez nadie llama pasados unos minutos.

Decido no llamar más, tampoco quiero parecer desesperada.

Abro *WhatsApp*.

Buenos días, David,
Necesito hablar contigo.
Llámame y quedamos.

Salgo de la aplicación nada más darle a enviar por si se conecta. No quiero que me vea en línea. Pero a los dos minutos entro para ver si me ha leído. Nada. El doble *check* sigue en blanco. Vuelvo a escribir.

Si puedes, claro…

Vuelvo a desconectarme. Guardo el teléfono en un cajón e intento seguir con mi trabajo, sin distracciones.

***

—¡Qué carita, jefa! ¿Café solo, cargadito?

—Sí. Gracias, Sebas. Llevo un día de lo más movidito.

A todo el estrés de la revelación de Aída y Fer se ha unido una sucesión de problemas, uno detrás de otro, durante todo el día.

Una gotera en una habitación ha provocado dos inundaciones en otras zonas del hotel. La más importante en el restaurante, poco antes de la hora del servicio de almuerzo.

La bomba de la depuradora de la piscina infantil se ha roto, con el consiguiente cierre de la piscina un par de días, hasta que llegue la pieza nueva. Suerte que ya hay pocos niños alojados.

Y la última ha sido una baja repentina de un trabajador de cocina, con todos los movimientos de gente que eso conlleva.

Estoy exhausta.

Intento disfrutar, al menos, de mi café cargado cuando suena mi móvil. Miro la pantalla y una sonrisa de idiota se me dibuja en la cara.

—David, ¡hola!

—¡Hola, Lucía! ¿Pasa algo?

Su tono es seco, pienso que quizá no ha sido buena idea llamarle.

—No. Todo bien —me pongo nerviosa—. Era solo que… Necesito hablar contigo, pero en persona. No quiero hablarlo por teléfono.

—Pues me pillas en Berlín. Acabo de aterrizar y estaré aquí un par de días en un congreso.

—¡Ah! Vale… Bueno… Pues cuando vuelvas me pegas un toque y ya vemos —estoy atacada de los nervios.

—Mira. Estoy un poco liado estos días. Ya hablaremos, ¿vale? No sé cuándo voy a poder tener un hueco.

El tono seco pasa a otro que no distingo si es enfado o indiferencia.

—Vale —añado casi sin voz.

—Ya sale mi maleta. Te dejo, Lucía.

—Sí —añado sin mucha convicción—. Te dejo. Nos vemos entonces.

—Claro, ya te avisaré.

Cuelga.

Mi sonrisa de idiota se ha evaporado. Ahora solo tengo cara de idiota.

«¿Qué te creías? ¿Qué iba a venir corriendo? No te está mal», me digo.

Capítulo 17

Normalmente son mis padres y los de Diana los que vienen a recoger a los niños al colegio. Pero hoy, al ser el primer día, hemos hecho una excepción y nos hemos escapado unos minutos para verlos.

Diana y yo esperamos a que salgan nuestras fieras mientras hablamos con nuestro grupito de amigos de padres. La típica charla sobre cómo nos ha ido el verano, lo que han crecido los niños…

—Pensaba que no iba a llegar este día —dice Ana—. Mi hija ya estaba asilvestrada. Necesitaba cole, ¡pero ya!

Reímos, ya que coincidimos todos en ese pensamiento.

—Bueno, bueno… ¡Material nuevo! —añade Pedro mirando a la derecha —. ¡Impresionante!

El resto nos giramos en la misma dirección y vemos a una mujer rubia, guapísima, que en seguida me suena. Hoy está guapísima. Más aún que el día que la vimos Diana y yo tomando algo en el centro comercial.

—Mira —me dice Diana levantando la cabeza hacia ella—. ¡Doña Perfección!

—¿La conocéis? —pregunta Pedro emocionado.

—No. La vimos hace unos días en el centro comercial. La criticamos un poco, ya sabéis… Envidia insana completamente.

—Pues yo estaría encantado de conocerla —dice Pedro alzando las cejas.

—Pedrito, cariño. Creo que esa mujer juega en Champions y tú debes estar por Segunda Regional —añade Ana riendo.

En ese momento salen nuestros niños.

Lucas llega y sin ni siquiera saludar, tira su mochila a mis pies y sale disparado a jugar al fútbol con sus amigos. Álex sale con María, ella al menos sí se digna en pararse a darme un beso.

—¡Mami! ¡Qué primer día más guay! ¡Hay un niño nuevo, mi tutora es la caña y encima nos ha tocado una clase que da al patio!

Está súper emocionada. Imagino que eso debe ser el summum de la felicidad infantil.

—Lucía. Te acuerdas de la fiesta de pijamas, ¿no? —María me estira suavemente de la mano.

—Pues podemos hacerla el sábado —dice Diana—. Matthew tiene plan de chicos con Adri y Pol. Van al cine a ver algo de superhéroes y luego a cenar alguna guarrada por ahí. Así que podemos aprovechar y hacer la fiesta, y si hace buena noche, podemos montar unas tiendas de campaña en el jardín. ¿Qué os parece? —pregunta a niñas y padres y todos asentimos.

—Aprovechando que el domingo ya se van con su padre, me viene perfecto para acabar la semana por todo lo alto —añado.

—Me apunto. Clara estará encantada —dice Ana.

—Contad conmigo —se suma Pedro—. Pero luego mi pobre Jaime es siempre el único niño.

—¡Pues se lo decimos también al niño nuevo! —exclama María emocionada— ¡Mira!, ¡es ese!

Y señala a Doña Perfección y a un niño con gorra que la abraza de espaldas a nosotras.

—Es el amigo que hicimos aquel día en el parque de bolas —añade mi hija.

Diana nos mira resignada.

—Vale. Pues ya hablaré yo con Doña Perfección, a ver si puede venir el niño el sábado.

***

Reviso el mail. Miro el móvil por enésima vez. Es jueves y desde la llamada del lunes no he sabido nada de David. Si solo eran un par de días, ayer debió volver de Berlín. Yo creía que me llamaría, aunque solo fuera para decirme que ya estaba aquí e intentaría quedar estos días. Pero nada.

Y no quiero llamarle, a pesar de que este sin saber me mate por dentro.

Al volver del colegio Diana se ha emocionado mirando por internet decoraciones, juegos y mil tonterías para la fiesta de pijamas del sábado.

—Solo tengo dos días. No me va a dar tiempo —me dice súper estresada sin apartar la vista de la pantalla—. Por cierto, Doña Perfección me ha dicho que vendrán, ella y el niño. Que son nuevos aquí. Se han mudado justo ahora para empezar el curso y no conocen a nadie. Le ha hecho ilusión que la invitara. Parece maja.

—Mira por dónde al final nos haremos amigas y todo. ¡Podremos ir juntas a spinning! —le contesto con un toque de ironía.

—¡Y una mierda! Antes la convierto a ella en una zampabollos que ir al calvario ese de la bici.

***

Diana y yo estamos en su jardín, intentando montar una tienda de campaña. Nos está siendo misión imposible meter las varillas por la tela.

—Diana, para ya. ¿No ves que eso no va por ahí?

—Recuérdame que me compre una *Quechua* y tire esta mierda a la basura.

Casi se mete la varilla en un ojo.

Llaman al timbre. Decido ir yo misma a abrir y dejar allí a mi amiga con su lucha contra la tienda.

Abro la puerta a Pedro que me enseña varias jarras enormes de bebida amarillenta.

—¡Margaritas para mis niñas! ¡Ala Jaime, cariño, tira por ahí a jugar! —y el niño se va corriendo en busca de los demás pequeños.

—Es una fiesta infantil, Pedrito —le aclaro.

—¡Shhh! —se pone el dedo en la boca—. ¿Ya ha llegado Doña Perfección?

Mira hacia dentro de la casa y yo niego con la cabeza.

—Con esto seguro que subo al menos a Primera B —agita suavemente una de las jarras de bebida.

—¡Messi te vamos a llamar a partir de hoy! —añade Ana por detrás, cargada con varias bandejas y fiambreras.

Entramos y dejamos todo en la cocina. Salimos al jardín donde milagrosamente Diana ya ha montado una de las tiendas.

—¡Venga, que aún nos queda otra! —le digo dando palmas.

—Ahora ya le he pillado el truco. Está irá rápido —añade con orgullo.

Y en menos de diez minutos tenemos la segunda tienda montada. Hemos colocado sacos de dormir, lucecitas y cojines por las dos tiendas. Ha quedado muy bonito, la verdad. Los niños van a disfrutar mucho.

En ese momento suena el timbre otra vez. Diana sale hacia la puerta.

—Seguro que es Doña Perfección —dice Pedro nervioso mientras intenta peinarse los pocos pelos que le quedan en la cabeza—. ¿Es muy pronto para empezar a beber?, porque yo me voy a poner un vasito ya.

Yo asiento mirando el reloj, pero él se sirve un vaso de su jarra igualmente.

—Doña Perfección tiene un nombre, ¿sabéis? —añade Ana—. Se llama…

—¡Mi puta madre! —exclamo.

Me sale de dentro, sin pensar. Ana y Jaime me miran asombrados. Por suerte nadie más me ha oído.

Allí está Doña Perfección y su hijo. Ella, perfecta y guapísima, como siempre. No me he sorprendido por eso.

Es por el niño.

Hasta hoy no le había visto de frente, pero en cuanto le he visto la cara, lo he tenido claro.

Lo recuerdo perfectamente por la foto que vi en el salón de casa de David.

Ese niño es Marc, su hijo.

—Chicos. Estos son Marc y su mamá —Diana muestra sus mejores dotes de anfitriona.

Ana y Jaime se acercan a ella para presentarse. Yo me quedo en shock.

¿Qué hace ella aquí? Se han mudado al pueblo hace días, eso lo sé. Pero ¿dónde vive? ¿Con David?

Y entonces mi cabeza empieza a elucubrar.

David estaba liado, no ha podido llamarme… ¿Eso es que ha vuelto con ella?

«*Es complicado. Cuando nos llevamos bien, nos llevamos muy bien*». Recuerdo sus palabras.

—Hola. Lucía, ¿verdad?

Una dulce voz me hace volver de mis pensamientos.

La tengo delante y me quedo fascinada. Es preciosa. Una puta diosa.

«Yo también estoy en Segunda Regional», pienso.

—Sí, perdona —intento volver en mí—. Soy Lucía. ¿Y tú nombre es?

Un atisbo de esperanza me recorre el cuerpo. Pienso que tal vez me he podido confundir y que ese niño se parece mucho al de la foto. No puede ser la Silvia de David, seguro que se llama…

—Silvia. ¡Encantada!

Pues no, sí lo es. No hay confusión.

Tiene un tono de voz adorable, parece simpática y educada. Va a ser verdad que es maja.

—Discúlpame, Silvia —esbozo una sonrisa de cortesía— Diana, ¿podemos ir a la cocina a acabar aquello?

Me acerco a mi amiga, agarro su brazo y la arrastro hacia el interior de la casa.

—¿Qué hay que acabar? —me susurra confusa.

Entramos en la cocina y cierro la puerta.

—¡No te vas a creer quién es! ¡Qué fuerte! ¡Qué fuerte! ¡Qué fuerte!

Me voy repitiendo, dando vueltas por la cocina.

—Me vas a marear. ¡Quieres parar, por favor! —me coge de los brazos para detenerme.

—¡La ex de David, tía! ¡Y su hijo! —Me siento sobre mis rodillas.

—¡No jodas! —Se sienta a mi lado—. Pues me ha dicho que luego vendrá el padre, que está trabajando. Que le mandaba ubicación.

Y yo palidezco solo de pensar en la imagen de los dos frente a mí.

—¿Estarán juntos? Sí. Claro que están juntos. Si no de qué iba a estar allí aquí en el pueblo.

Me levanto y cojo una cerveza de la nevera.

—¡Señoras! ¡La fiesta está fuera! —Nos interrumpe Pedro entrando de sopetón en la cocina—. Seguro que habéis entrado a hablar de Silvia, ¡arpías! —Achina los ojos mirándonos—. Es increíble, ¿no?

Hasta con mallas y sudadera es perfecta.

Diana y yo nos miramos. También vamos en mallas y sudadera, pero nosotras parecemos dos yonquis vendiendo droga en un polígono.

Pedro sale al jardín. Voy a salir de la cocina, pero Diana me detiene.

—Deja de confabular, ¿vale? David y tú aún tenéis una situación pendiente que aclarar. No te metas ya en la siguiente. —Me abraza—. Yo voy a intentar sonsacarle información a la Doña, a ver que averiguo.

La estrujo fuerte, devolviéndole su abrazo. Salimos al jardín.

Los niños se están bañando en la piscina mientras los adultos estamos sentados tomando Margaritas y comiendo.

—Pues está buenísimo esto, ¡eh! —Dice Silvia alzando su vaso—. ¿Y dices que lo haces tú? —pregunta a Pedro.

—Exacto. Receta traída directamente de México. Los mejores Margarita que probarás en tu vida —añade un poco soberbio.

—Te tengo que reconocer que están muy bien. Y te lo dice una que estuvo de luna de miel en México y se tomó unos cuantos —ríe mostrando su impecable dentadura.

La imagen del perfecto cuerpo de David en bañador, al lado del de Silvia, en una playa en Tulum (en plan portada de revista fitness) me da ganas de vomitar.

«Se me va a hacer la noche eterna», pienso.

—¿Así que estás casada? —Diana aprovecha la ocasión.

—Sí.

—¿De primeras o de segundas? —añade Diana. Silvia la mira confusa—. Nunca se sabe, como hoy es de lo más normal.

—De primeras —aclara Silvia mientras come patatas fritas, que seguro que no le engordan.

Me levanto como un autómata, con todos mis pensamientos golpeándome la cabeza.

Están juntos. Ahora ya no hay duda.

Me voy al salón y me tiro sobre el sofá. Ahora solo me apetece hacerme un ovillo y quedarme así toda la noche.

Suena el timbre.

—*Bunny*, cariño. Abre tú —grita Diana—. Son las pizzas.

Me levanto sin ganas y me dirijo a la puerta. Abro esperando a ver al repartidor de siempre.

Mierda.

Capítulo 18

—¿Lucía?

La cara de David refleja completa sorpresa. Y yo me cago en todo lo cagable al no encontrarme al repartidor de pizzas al otro lado de la puerta.

—¡Hola! —digo con tono hastiado—. Últimamente el destino se ha puesto tocapelotas. Todas estas casualidades...

Veo como mira a los lados y hacia dentro de la casa intentando entender la situación.

—Para resolver tus dudas, esta es la casa de Diana. Tu hijo está fuera en el jardín, ¡y tu mujer también! —Y enfatizo la última frase con fuerza y tono sarcástico.

—Lucía, ¿va a ser siempre así? —Parece enfadado y yo lo miro confusa—. Que veas algo y des por hecho lo que no es.

—Que es tu mujer lo ha dicho ella, ¡no yo! —Me defiendo.

—Mi mujer es. Pero te recuerdo que estoy separado —espeta cortante.

—Está bien... Tenemos una conversación pendiente. Con esto, solo vamos añadiendo puntos a tratar.

Sonrío intentando relajar el ambiente y empezar una tregua. Pero él sigue con tono molesto.

—Ya, bueno… Ya te dije que es complicado vernos ahora mismo.

—Al menos ya sé que el motivo es rubia y guapa. —A la mierda tregua.

—No te he llamado porqué te dije que no podía, Lucía. Es así de sencillo —dice claramente enfadado—. La vida, mi vida, no gira en torno a ti. Te recuerdo que me dejaste en la puerta del hotel sin ni siquiera poder darte una explicación. Luego en la boda volviste a irte, sin poder hablar después de lo que pasó. ¿Qué esperas?

Evaporarme, ahora solo espero poder teletransportarme a otro lugar.

—¿Piensas que puedes llamarme y yo lo dejo todo para ver cuál es tu última paranoia?

Me siento avergonzada. Paso del metro setenta y pico a sentirme pequeñita.

—Yo solo quería…

Entonces llega Silvia, que salta a horcajadas sobre David empujándome hacia un lado.

—…Pedirte perdón…

Pero solo yo puedo oírlo.

Salgo al jardín completamente desencajada. Que me lo encontrara en la boda con Hugo ya era casualidad, pero esto es demasiado.

Me pregunto qué he debido hacer mal para que el karma se esté vengando de mí de esta manera.

—¡La cena!

Silvia llega al jardín con un par de cajas de pizza seguida de David que lleva dos cajas más. Doña Perfección lleva, además, una sonrisa boba en la cara que me provoca náuseas.

—Justo ha llegado el repartidor cuando estábamos en la puerta.

Los niños corren hacia ellos. Marc se abalanza sobre su padre. David lo abraza con la mayor cara de felicidad que le he visto nunca.

Diana me mira fijamente, me estudia. Y entiende. Me conoce como si me hubiera parido.

—¿Vamos a la cocina a acabar aquello? —me dice cogiéndome del brazo.

—Pero ¿qué tenéis en la cocina que nunca lo acabáis? —murmura Pedro chistoso—. Toca segundo asalto, ¿no? Ahora vais a despellejarlo a él. ¡Este no es de Champions, este lleva estrella en el pecho, por lo menos!

Entramos a la cocina y Diana cierra la puerta.

—Te diría que no es lo que parece, pero sí es lo que parece —me dice Diana mirando al suelo—. Nos ha explicado que ha vuelto con su ex, que se están dando una oportunidad.

—Perfecto —digo fingiendo indiferencia—. Me parece perfecto. Así puede estar con su hijo. Me alegro mucho por ellos.

—¡Y una mierda, Lucía! ¿Con quién te crees que estás hablando? Deja esa falsa condescendencia conmigo, ¿quieres? Olvida tu puto orgullo y dime que te jode. Llora si tienes que llorar, grita si tienes que gritar y rompe algo si así lo sientes.

Me acerca una especie de salero. Niego con la cabeza.

—Pues me habrías hecho un favor al romperlo, ¡es horrible!

Río y eso hace que me calme un poco.

—Ya sabes como soy. Hay que aparentar que todo va bien. Luego ya me maltrataré yo misma a solas en casa —confieso—. Quiero llorar. Quiero gritar, y rompería ese jodido salero, o lo que sea eso. Pero no aquí. Y no ahora. Ahora hay que salir y fingir que todo va bien. Que no me importa. Que no me duele.

Diana me da nuevamente un abrazo que me reconforta el alma.

—Pues que siga la fiesta —dice resignada.

Salimos al porche con más bolsas de patatas fritas y snacks insanos varios. Ana y Pedro están repartiendo pizza a los niños mientras Silvia y David hablan en un rincón del jardín.

Parece que están discutiendo. Él la está increpando en actitud molesta y ella mira al suelo asintiendo con la cabeza.

Inevitablemente una punzada de satisfacción me invade en ese momento.

Entonces Silvia empieza a hablar, levantando la vista poco a poco hacia él. Le sonríe y le abraza.

Mi satisfacción da paso a algo similar a una patada en el estómago.

Me siento en la mesa donde ya está Diana, y poco a poco, se van incorporando el resto de los adultos. Los niños cenan en una mesa más apartada.

—¿Y tú a qué te dedicas? —le pregunta Pedro a David en un intento de romper el hielo entre todos.

—Arquitecto. ¿Y vosotros? —Desviando rápidamente así la atención de su persona.

—Yo soy enfermera —dice Ana.

—Yo tengo una empresa de artes gráficas —añade Pedro.

—¡Pues ya me dirás cuál es! —Exclama Silvia—. Yo soy diseñadora gráfica freelance. Podríamos hacer algo juntos alguna vez.

Pedro asiente encantado. Mientras yo estoy en una especie de trance donde cientos de pensamientos no dejan de recorrer mi cabeza.

—Yo soy la encargada de administración de un hotel de la zona. Y ella es la directora.

Diana me señala y yo vuelvo a la conversación.

—Qué chulo, ¿no? —Me dice Silvia—. Ahí todo el día tratando con gente de varios países, ocupándose de que todos estén contentos. Como aquella serie de la tele que daban cuando éramos pequeños, ¿os acordáis? *Hotel*, se llamaba.

—Me encantaba —sonrío con añoranza y me sorprende que alguien recuerde esa serie—. Yo de pequeña quería ser como *Connie Selleca*. *Christine*, era el personaje. Pero en la práctica es bastante menos romántico que en la ficción. Es como trabajar en un crucero, no se parece en nada a *Vacaciones en el Mar* —aclaro con una sonrisa.

David me mira. Veo nuevamente esa mirada. La que me dedicaba los días que nos conocimos. Esa que me hace sentir que solo estamos él y yo. Esa mirada que dice mucho, pero no sé el qué.

—Sí tiene su punto romántico —dice David sin dejar de mirarme fijamente—. ¿Cuánta gente se habrá enamorado en un hotel? ¿Dónde mejor que celebrar el amor? Lunas de miel, aniversarios…

Me muevo incómoda en mi asiento, turbada por el azul de sus ojos.

—Y a darle duro. Sabéis a qué va la gente mayoritariamente a los hoteles, ¿no? —añade Pedro guiñando un ojo.

—O se engañan. Los hoteles son el centro neurálgico de los infieles —comenta Ana.

—O rompen —añade rápidamente Silvia mientras me lanza una mirada de superioridad que no entiendo.

—O se equivocan, hay muchos líos raros en un hotel —expone Diana—. También es un buen sitio para una reconciliación.

—Bueno, bueno… Dejemos el tema —nos corta Silvia en tono

brusco al tiempo que se rehace la coleta.

—¿Y qué? Os habéis mudado hace poco, ¿no? ¿Os gusta el pueblo? —pregunta Ana.

—En realidad ya lo conocía. Viví aquí varios años. Pero al separarme me fui a la capital para estar más cerca de mis padres, para que me ayudaran con Marc. Ahora he vuelto a casa de David otra vez —lo mira fascinada.

—Voy a ver cómo van los niños con la pizza.

Me levanto como un resorte, asqueada.

«Haz ver que no te afecta. Que todo va bien. Que no te importa. Que no te duele», me repito.

Las fieras están bastante tranquilas con sus porciones de pizza, patatas y snacks. Están todos viendo vídeos en un Tablet.

—¿Queréis algo más? —les digo—. ¿Más refresco?

Asienten. Relleno vasos y vuelco más snacks en los cuencos que hay repartidos por la mesa.

David llega colocándose junto a mí y me ayuda a repartir los aperitivos.

Marc se levanta y le da un abrazo a su padre. No puedo evitar emocionarme. Sé lo que significa para él estar cerca de su hijo.

—¡Jo, papá! ¡Me encanta esto de la fiesta de pijamas! Tenías razón. ¡En el nuevo cole me lo voy a pasar mejor que en el otro!

Y vuelve a sentarse con el resto de los niños, que ya se están peleando por ver quién elige el siguiente vídeo.

—No estamos juntos, Lucía. Silvia y yo.

Por primera vez esa noche David me toca. Solo un pequeño roce de su mano con la mía y una bolsa de *Doritos*. Como es habitual puedo notar el calor que se propaga por mi cuerpo.

—Está en mi casa, pero se está buscando algo de alquiler —añade.

Lo miro negando con la cabeza, en un intento de decirle que no necesito explicaciones.

—Pues yo necesito que los sepas. No podía soportar no poder ver a mi hijo más a menudo, y ella ha reconsiderado el venir a vivir aquí. Pero nada más, al menos por mi parte.

—Pues creo que ella no lo tiene tan claro —confieso con tristeza.

Suena mi teléfono, que reposa sobre la mesa de los niños. En la pantalla se ilumina el nombre de Hugo. David lo coge y me lo tiende.

—Veo que tú sí lo tienes claro.

Se aleja a la mesa de los mayores y yo siento una punzada de rabia.

Hugo y yo no habíamos hablado desde la noche de la boda. Me cuenta que está en Madrid, grabando un programa para el canal de televisión en el que aparece normalmente. Una especie de concurso donde se elige al mejor monologuista estatal. Está pletórico, ya que ha llegado a la segunda ronda.

—¡Me alegro mucho por ti, Hugo! —Deambulo por el jardín mientras hablo con él. Con la mirada de David clavada sobre mí todo el tiempo—. ¡Seguro que va genial!

—Pase lo que pase, te invito a cenar para celebrarlo la semana que viene—me dice emocionado.

—¿Ya ha pasado el tiempo que necesitabas? —Añado con duda.

—No estoy seguro. Pero quiero verte, pequeña —sonrío al oír esas palabras con tono dulce—. ¿Y tú? ¿Alguna novedad después del encuentro en la boda? ¿Cómo va el tema?

—Pues ahora mismo estoy a unos metros del tema —añado molesta.

—¡Ah! —Hace una pausa, y puedo notar como se tensa—. Vale, no he pensado que podrías estar con él. Te dejo entonces.

—¡No! No es lo que piensas. Es otra casualidad. Digamos que David y yo estamos dentro de una sucesión de catastróficas desdichas.

—¡Qué exagerada eres! Bueno. Me tengo que ir a grabar. Te llamo la semana que viene, ¿vale?

—Claro. ¡Pero cuéntame antes a ver cómo te va el concurso!

Colgamos la llamada y vuelvo a la mesa.

Hace falta hielo y entro a la cocina a buscarlo.

—¿Cómo es que no ha venido? —la voz de David detrás de mí me sobresalta—. Tu *Dani Rovira* —aclara, por si no sabía a quién se estaba refiriendo.

Me giro enfadada. Estoy cansada con la situación. Estoy harta de todo. Harta de cales y arenas.

—Pues sí. Sí parece que va a ser siempre así, David. —Me coloco frente a él—. Dando por hecho cosas sin saber la verdad. Yo lo hice con Aída y tú lo estás haciendo con Hugo. Así que no me ataques por algo que tú también haces conmigo.

David cierra la puerta de la cocina.

—Me rechazaste el día de la boda para irte con él, ¿qué quieres que piense? —vuelve a acercarse a mí.

—David. Fui a esa boda sin tener ni idea de que tú ibas a estar allí. Yo iba con Hugo, era su acompañante. ¡Es mi amigo, joder! —Digo enfadada—. Es puro sentido de la lealtad.

—¿Y yo no merezco tu lealtad? —añade afligido.

—Aquel día, no —confieso avergonzada—. De eso precisamente quería hablarte, ¿recuerdas? El lunes cuando te llamé, era porque me enteré de que con quién realmente estuvo Aída aquella noche fue con…

—¡Fer, Lucía, Fer! —exclama exasperado—. Pero claro, el día de la boda yo seguía siendo el cabrón de David —dice con una sonrisa cínica—. El cabrón que tú diste por hecho que soy, y no me dejaste ni poder explicártelo aquella mañana en el hotel. —Poco a poco sube el

tono—. No me dejaste ni hablar, ¡joder! Tú soltaste toda tu mierda y no dejaste que ni siquiera te contestara. Después de los días que estuvimos juntos, de llevarte a mi casa… No entendiste nada, Lucía.

—Sí entendí, David. Por eso me dolió—admito.

—Pues a mí me dolió que no me dieras la oportunidad de aclararlo. Que me trataras como a un cerdo que corrió a meter a otra en su cama a la mínima ocasión. Me juzgaste por los prejuicios que tienes sobre mí. Haga lo que haga siempre desconfías. Y me canso de esta situación.

—Entonces, ¿aún sirve de algo decir que lo siento?

Lo digo observando el suelo. Subo la cara poco a poco, con miedo a su respuesta.

No me contesta. Sólo desvía la mirada.

Recuerdo entonces la noche de la boda, cuando en el mirador Hugo se me declaró y un atisbo de atrevimiento se apodera de mí de repente.

—Sólo una prueba —digo acercándome a él—. El último cartucho a quemar.

Me pongo de puntillas dejando un beso en sus labios. Un beso lento y suave que hace que mi cuerpo reaccione. Repito con otro beso más, esperando su respuesta. Pero sigue inerte, sin réplica.

Decido parar y no hacer más violento el momento. Me separo rápidamente, bajando la mirada.

Una ola de bochorno me recorre por dentro.

—Pues ya está todo dicho.

Me giro para salir de la cocina sin ni siquiera mirarle.

—Espera —añade en un susurro—. Estoy haciendo un ejercicio de contención inmenso ahora mismo, Lucía.

Se pega a mi espalda. Puedo notar toda su «contención» en mi trasero.

— Ya daba lo nuestro por perdido. Y ahora es mal momento. No me lo pongas más difícil —añade—. Dame unos días, para que pueda arreglar mi situación y hablaremos de todo. Solo espérame, por favor.

Suena completamente sincero.

Me giro para mirarle. Acaricia mi cara con el dorso de su mano y entonces me devuelve el beso que antes no ha querido darme. Un beso en los labios, pausado, lleno de promesas y esperanza.

—No va a ser siempre así. Nos lo merecemos —me susurra al oído.

Sonrío mientras me estrecha en sus brazos.

Capítulo 19

Son más de las dos. Los niños duermen en las tiendas. Los adultos se han ido a casa excepto yo, que me he quedado con Diana y Matthew para vigilar a los niños.

—Ese «*nos lo merecemos*» ha sido toda una declaración de intenciones, ¿no?

Dice Diana mientras estamos acabando la última jarra de Margaritas en unas hamacas del jardín.

—Lo parece, ¿verdad? —confieso sonrojada—. Primero a ver como acaba todo esto de Silvia.

—La verdad es que, viéndola a ella, nadie diría que no están juntos. Por cómo lo mira, como lo toca. —Hace una pausa— Perdona, ya vuelvo a las andadas.

—¡Mete mierda *number one!* —Exclama jocoso Matthew. Y ella hace el signo de la victoria mientras tuerce la boca—. Yo he llegado tarde, pero por lo poco que he visto, me han parecido bastante tensos.

—Una de las veces parecía que discutían, pero Silvia sacó su sonrisa perfecta y todo se solucionó —añado con bastante envidia.

Se oye movimiento en una de las tiendas. Marc sale rascándose los ojillos.

—Tengo pis —dice con carita de dormido— Y sed.

—Ven, cariño. —Le acompaño hasta la puerta del baño—. Te espero en la cocina.

En unos minutos el pequeño entra a beber.

—¿Por qué tiene mi padre fotos tuyas en el móvil? ¿Sois amigos?

Estoy volcando agua en un vaso y se me derrama del asombro. Cojo una bayeta y voy secando el estropicio.

—Sí. Nos conocemos —le digo sin modificar el tono, como para quitarle importancia a la sorpresa que me ha causado su pregunta.

—Mi madre vio varias fotos donde salías tú, un día que miraba su teléfono.

Cambio el peso de una pierna a otra, inquieta. Me sentaría ahora mismo aquí con él y le interrogaría sobre el tema, pero me parece muy feo usar de esa manera al pobre crío. Así que mejor me quedo con las ganas.

—¡Venga! ¡A dormir!

Le llevo hasta la tienda otra vez.

***

Diana y yo decidimos dormir en unos colchones en el porche.

A las siete de la mañana empiezan a oírse voces y movimientos en las tiendas.

—Mierda, Diana. Ya se mueven —le digo medio dormida.

No caímos en la cuenta de que, por la mañana, los niños se achicharrarían ahí dentro. Sin contar que ya estamos a casi plena luz del día. Con tanta claridad va a ser imposible hacerles dormir otra vez.

Las voces dan paso a carcajadas, así que ya es inevitable el madrugón.

—¡Buenos días!

Se abre una cremallera y las cabezas de María, Marc, Álex y Lucas saludan al unísono y salen corriendo de la tienda.

Jaime y Clara, en la otra tienda se unen al resto.

Sara y Pol siguen plácidamente dormidos. Los cogemos en brazos y los dejamos en el sofá del salón.

—¿Desayuno para los madrugadores? ¿Qué os parecen unas tortitas? —les digo desde la cocina y todos asienten emocionados.

—Cómo te complicas, ¡chica! Yo les hubiera dado galletas y magdalenas. Ponerte a cocinar a estas horas, ¡qué pereza! —Añade Diana.

—Entonces, ¿tú no quieres? —le pregunto fijando mi mirada en ella, aguantándome la risa.

—Yo no he dicho eso. No confundas términos —contesta simulando estar ofendida.

Preparo una fuente enorme de tortitas para que puedan desayunar todos a medida que se vayan despertando.

Cerca de las diez llega Pedro para llevarse a Jaime y a Clara.

Hace un día buenísimo, así que mientras los pequeños que quedan están dándose un baño en la piscina, Diana y yo aprovechamos para tomar el sol en las tumbonas.

—Mami, ¿juegas con nosotros a la pelota en el agua? —me pregunta Lucas.

Asiento y me meto en la piscina con ellos.

Formamos dos equipos y jugamos a una especie de waterpolo con reglas inventadas. Cada uno añade una regla nueva.

Al final deciden que lo más divertido es jugar a hacerme ahogadillas y todos empiezan a perseguirme por la piscina. Yo voy cogiéndolos y lanzándolos de nuevo al agua.

Tengo a Marc en los brazos, que intenta hundirme. Me tiene cogida por detrás. El pequeño está gritando entre carcajadas porqué le estoy haciendo cosquillas.

—Marc. ¡Sal ahora mismo de la piscina! ¡Nos vamos!

La voz de Silvia, claramente molesta, detiene nuestro juego. El niño le pide que espere.

—¡Ya! —Grita lanzándome una mirada cargada de rabia.

—Venga, cariño. Otro día seguimos, ¿vale? —Susurro a su oído

para que su madre no me oiga.

Marc sale de la piscina. Silvia le enrolla en una toalla y sin ni siquiera secarle le manda a que vaya a buscar su mochila. El pequeño recoge sus cosas y se acerca a su madre, que le dice algo al oído.

—Gracias por todo. Me lo he pasado muy bien —dice el crío a Diana tímidamente.

Silvia se para a hablar con Diana. Mi amiga acompaña a madre e hijo, que salen rápidamente hacia el interior de la casa para marcharse.

Un par de minutos después Diana vuelve al jardín y me mira incrédula.

—¿Qué coño le pasa a esta? —Le digo a Diana que se ha sentado en el borde de la piscina.

—Ni idea. Igual ha visto algo más en el móvil de David. No tendría algún vídeo guarro contigo, ¿no? —ríe.

—¡Gilipollas! —y la empujo al agua obviando sus gritos mientras implora.

***

Pasamos el resto del día en casa de Diana.

—¡*Mister Barbecue*, estaba todo buenísimo! —le digo a Matt mientras tomamos café después de comer.

—¡Muchas gracias! *You know*… Un americano que no sabe hacer barbacoas es como un español que no sabe hacer tortilla de patatas.

—Nosotros debemos ser suizos entonces, ¡ahora lo entiendo! —añade Diana, dándole un codazo a Óscar que se ha unido a comer con nosotros.

—Yo tortilla de patatas sé hacer. La negada total en la cocina eres tú —se defiende Óscar.

—¡Eh! Que yo hago unas comidas muy buenas. ¿Tienes alguna queja, cariño?

Diana le guiña el ojo a Matt repetidamente y este se sonroja. Óscar y yo reímos. No tiene remedio.

—¡Chicos! Id recogiendo que tenemos que irnos, ya. Hay que prepararlo todo para ir a casa de papá —les digo a mis hijos.

De repente me suena el móvil. Una llamada entrante de David. Me alejo unos metros para hablar con tranquilidad.

—Hola, Lucía —su tono es bastante tenso.

—Hola.

—¿Está ahí Marc aún?

—No —y suelto aire por la nariz ante la hipotética imagen de Silvia pasando aquí el día, en plan amigas. —Silvia vino a recogerle esta mañana temprano.

—¡Ah! Vale —parece confundido—. Bueno. Te dejo entonces.

—David, ¿va todo bien?

—Sí. No es nada. Es que Silvia y yo discutimos ayer. Y aún no ha vuelto desde que salió esta mañana. No me coge el teléfono y pensé que igual estaría ahí todavía.

—No creo que le hiciera mucha gracia estar aquí. Esta mañana parecía bastante molesta y con prisa por llevarse a Marc —confieso.

—Ya —añade con un hilo de voz—. Te dejo. Ya hablaremos, ¿vale? —ahora su tono es bastante más amable.

—Claro. Ya hablaremos.

Capítulo 20

Diana irrumpe en mi despacho cantando una canción inventada.

—*Agárrate que vienen curvas, agárrate que vas a flipar…*

—Diana. Es lunes y aún me falta un café más para tanta energía —le digo sarcástica.

—Yo ya llevo tres, ¡será eso! —Sigue cantarina—. Hoy, al dejar a los niños en el cole, he visto a Raúl y Eva en la puerta. ¡Vaya bombo tiene ya!

—¡Ya! Es lo que tiene el embarazo —contesto de forma irónica—. ¿De ahí lo de las curvas?

Se sienta frente a mí.

—No. Es porque Doña Perfección estaba hablando con Pedro y Ana. Resulta que el próximo fin de semana quiere hacer una merienda para los niños en su casa.

—En casa de David —la corrijo con una puntada de celos.

—*In quisi di Divid* —repite con burla—. Yo le he dicho que Matt y yo iríamos, y le he preguntado si tus hijos estaban invitados.

La miro poniendo los ojos en blanco.

—Lo dudo mucho. Que a mí no me quiera allí, es evidente. Pero mis hijos no tienen la culpa.

Lo digo apenada, imaginando que mis pequeños no van a estar invitados.

—Como he visto que no me contestaba le he aclarado que estos quince días tus hijos están con su padre. Que tú no vendrías.

—¡No me lo digas! Ha llorado y todo, de la pena que le ha dado

—A mares. ¡No te jode! ¡Pues no! En vez de eso ha ido rauda y veloz a comentárselo a Raúl y a Eva.

Se tapa la boca con la mano.

—¿Y qué han dicho?

—Que sí —pone cara de circunstancias—. Jaime y Ana no pueden ir, los muy traidores. Así que imagina… Raúl y Eva. David y Silvia. Matt y yo. Ahí. Todos juntitos. Un poco raro todo, ¿no crees?

—Igual me acerco con Hugo —le digo guiñando un ojo y sacando la punta de la lengua.

—¡Ja, ja! Estás muy graciosa hoy. Enserio. No quiero ir —lloriquea.

—Tienes que ir. Es tu deber como amiga. Debes informarme de todo lo que veas —la señalo con el dedo en actitud amenazante—. Es broma. Haz lo que quieras.

—No, no —dice digna— Mi deber me llama.

—Eso y el salseo.

—También. El salseo también.

***

El día ha transcurrido tranquilo. Estoy en casa cenando mientras veo la tele sin prestarle atención.

Sigo dándole vueltas a lo del sábado. Tiene razón Diana en que va a ser un bastante curioso. Ella y Raúl casi no se han tratado desde nuestro divorcio. Entiendo que eso le haga sentirse incómoda. A mí me incomoda pensar en Silvia y David en la misma casa, pero eso es otro tema.

Una llamada al timbre me interrumpe. Pienso que será algún vecino ya que no ha sonado el interfono primero.

—Buenas noches.

David en la puerta con su sonrisa perfecta me sorprende.

—Me ha abierto abajo tu vecina.

Mueve la cabeza hacia atrás. Solo veo a la pequeña Luna olisqueando uno de los felpudos del rellano. Pepi, mi octogenaria vecina de al lado, sale del ascensor a paso lento. Ella me mira con los ojillos afilados y yo me fijo en su coleta. En la de Luna, no en Pepi, que ya tiene poco pelo. Pepi me observa con una sonrisa picarona mientras abre su puerta.

—Hola —digo confusa—. Pasa, estaba cenando.

David entra al salón y se sienta junto a la silla que yo estaba ocupando, con esa confianza que demuestra siempre en mi casa. Picotea algo de mi plato.

—¿Quieres que te prepare algo? —le digo fingiendo molestia.

—No —ríe—. Va a ser un momento.

Vuelvo a sentarme en mi silla, pero ya no toco el plato. Se me ha quitado el hambre.

—Oye. Este sábado…

Se calla sin saber cómo continuar.

—Lo sé. Me lo ha dicho Diana. Silvia ha preparado una merienda para los niños. Sé que no tenía intención de invitarme. Le ha ido perfecto que mis hijos estén con su padre estos días. Así que van a ir con mi ex.

—Ella lo sabía, por eso ha decidido hacerlo esta semana.

—O sea, que su animadversión hacia mí no son imaginaciones mías —río fingiendo sorpresa.

—Te dije que discutimos después de la fiesta de pijamas, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Pues tú fuiste la causa —me coge la mano.

No digo nada, solo le miro interrogante.

—Hace unos días Marc tenía mi móvil para jugar a un juego. Ella lo cogió y empezó a ver mis mensajes y mis fotos, aprovechando que lo tenía desbloqueado.

Me acuerdo de lo que me dijo Marc la otra noche.

—Vio varias fotos en las que salíamos juntos, de la despedida.

Voy a decir algo, pero me interrumpe.

—Te reconoció el primer día de colegio. Creo que por eso asistió a la fiesta de pijamas, para conocerte. El que no sabía nada era yo. De ahí mi sorpresa cuando me abriste la puerta. Ella lo haría para ver nuestra reacción, imagino.

—¿Porqué? ¿Quién se piensa que soy? —pregunto confundida.

—Le dije que eras alguien a quien estoy conociendo.

Me sonríe de una forma tan sobrecogedora que empiezo a derretirme.

—Necesito saber algo —le miro fijamente—. Que Silvia sea celosa, ¿es infundado?, ¿la engañaste alguna vez?

—Joder, Lucía, ya estamos…

Lo dice molesto levantándose de la silla.

—Vale… Ya sé, ya sé. ¿Va a ser siempre así? —digo con recochineo, imaginando que él lo está pensando también—. No, en serio. Lo pregunto sin prejuicios, sin culparte de nada. Solo quiero saber.

Se sienta en el sofá.

—No la engañe nunca. —Me mira con sinceridad—. Ni a ella ni a nadie.

Me quedo de pie frente a él.

—Lo que yo haga siendo soltero es cosa mía. Pero nunca he sido infiel a ninguna de mis parejas.

Me coge de la cintura y me empuja levemente. Yo caigo sentándome a horcajadas sobre él. La mirada del David encendido está ahí. Sus pupilas dilatadas y su mirada excitada. De repente me besa. Me besa como si lo necesitara. Como si no pudiera vivir sin el contacto de mi boca. Nuestras lenguas se unen, nos mordemos los labios. Seguimos unos minutos besándonos sin descanso.

—Hoy el ejercicio de contención lo voy a hacer yo —me separo de él sentándome en el sofá.

—No me digas que tienes la regla, ¡por favor!

—¡No! —Río—. Pero estoy a pocos días, ya ha pasado casi un mes.

—Entonces hay que aprovechar hoy —vuelve a besarme.

—No, David. —Me aparto suavemente—. Me dijiste que te diera unos días para que solucionaras lo de Silvia. Y dudo que ya se haya solucionado.

Se separa de mí con un soplido a modo de queja.

—Ya te dije que lo nuestro es complicado —se acomoda en su asiento—. Los tres primeros años de estar separados volvimos y lo dejamos varias veces, por Marc, sobre todo. Pero ahora llevábamos dos años sin vernos más que en los intercambios del niño.

—¿Y en qué condiciones habéis vuelto esta vez?

Él niega con la cabeza.
—Bueno. Volver a esto que tenéis ahora —matizo mi pregunta mientras voy a la cocina en busca de algo de beber.
—Llevo tiempo pidiéndole ver más a Marc. Los padres de Silvia están mayores y hace un tiempo que la ayudan menos que antes. Aproveché la ocasión para decirle que lo mejor era que viniera a vivir aquí y así entre los dos nos combinaríamos. He hecho cálculos, y puedo permitirme no ir alguna tarde a la oficina. Necesito ver a mi hijo, Lucía. Ya no lo soporto más. Pero nunca le he dicho nada de volver como pareja. Yo no la quiero. Solo quiero que esté aquí por Marc.
Lleno unas copas de vino.
—Le dije que se instalara en mi casa mientras encontrara un sitio donde vivir. Pero con los papeleos y preparativos de la vuelta al cole, unas cosas y otras...
—Ni ha buscado —le corto.
Asiente con la cabeza mientras da un trago de su copa.
—Ella no quiere irse, David —le tomo de la mano—. Y entiendo que tú no quieras echarla, por tu hijo.
—Tiene un mes. Después de la discusión del otro día, le dije que en un mes tiene que estar fuera. Pero, entiéndeme. Si la presiono y se marcha de aquí con el niño otra vez —niega con la cabeza—. Cuando el domingo no volvía a casa me puse enfermo. No quiero volver a renunciar a mi hijo.
Me enciendo un cigarro y se lo entrego, repito con otro para mí. Le cojo de la mano y le llevo a la terraza, no me gusta fumar dentro de casa.
—Ven el sábado.
—¿Qué? ¡Ni loca! —exclamo sorprendida —. Además, no estoy invitada.
—Es mi casa, te invito yo.
Se acerca a mí cogiéndome de la cintura. Yo intento separarme, pero no me deja.
—No voy a ir, David.
—Tengo varios días para convencerte —dice riendo.
—No creo que puedas.
—Déjame intentarlo.
Me mira mordiéndose el labio, otra vez esa mirada de excitación.
—No hagamos más ejercicios de contención —me pide en un susurro a mi oído.
—¿Esta es tu manera de convencerme? —le digo con una mirada seductora.
Niega con la cabeza. Me acaricia la clavícula con su dedo. Mi vello se eriza con el solo tacto de su yema en mi piel.

—Esto es mi manera de decirte que te necesito. Que llevas un mes volviéndome loco.

Me separo un par de metros. Con un suave movimiento deslizo los tirantes de mi camisón, haciendo que caiga al suelo. El mar de fondo y yo, solo con mi ropa interior, los dos frente a él.

Me mira fijamente. Me observa con la mandíbula tensa y tragando saliva.

Me acerco a él y le quito la camiseta. Beso su pecho. El tatuaje en la zona del corazón. Me coge suavemente la cara para que alce la cabeza. Nos besamos, otra vez con necesidad. Me sube en volandas y me lleva hasta la habitación.

Me deja suavemente encima de la cama mientras se quita el pantalón.

Se coloca de forma lenta sobre mí apoyándose en sus codos y volvemos a besarnos. Poco a poco va bajando por mi cuello. Se recrea en mis pechos, lamiendo, mordiendo, jugando con mis pezones que están duros. Gimo de placer.

Baja por mi abdomen sin dejar de lamer cada centímetro de piel que encuentra a su paso. Baja mi ropa interior con calma.

Yo me acomodo abriendo las piernas, dando paso a lo que viene. Su lengua en mi entrada, lamiendo mis pliegues. Creo que un orgasmo va a llegar en ese mismo momento. Le pido que no pare. Y sigue lamiendo, magistral. Haciéndome perder la razón. Sin dejar de jugar con mi clítoris mete un dedo en mi interior. Muero de placer.

Unos minutos más de dulces movimientos hacen que finalmente me arquee gracias a un orgasmo.

David sube hasta mi cara y me besa, con mi sabor en su boca.

—¿Tienes condones?

—Ahí. En la mesilla.

—¿Lucía la mojigata tiene condones?

Ríe fingiendo sorpresa. Abre el cajón y saca la caja.

—Me los regaló Diana, poco después de mudarme a este piso, para inaugurar mi nueva vida de divorciada folladora. La caja aún tiene el precinto puesto, ¡con eso te lo digo todo! —sonrío avergonzada.

—¡Me encantas! —añade con una sonrisa sincera.

Le observo mientras se coloca el preservativo. Admiro el tamaño perfecto de su pene y muero de ganas por sentirlo dentro.

Vuelve a colocarse sobre mí. Yo me preparo para recibirle. Entra en mí, poco a poco, muy lento. Sigue unos minutos con esos movimientos suaves hasta que no soporto esa decadencia y le ruego más.

—Más fuerte, David. Por favor, fóllame duro.

Una sonrisa de victoria se dibuja en su cara. Me besa y me lanza una embestida que me hace estremecer.

—¿Así? —ruge.

Gimo de placer.

Una embestida tras otra, nuestras respiraciones nos acompañan hasta que ya no lo puedo resistir. No puedo aguantar más y estoy al límite.

—Me voy a correr.

Gime en mi oído. Y me mira fijamente a los ojos. Yo estoy a una embestida de perder el control. Con ella llegamos ambos al clímax.

Se deja caer sobre mí totalmente exhausto y ríe satisfecho.

Deja un suave beso en mis labios. Le abrazo. Aprieto mis piernas a su cintura y hago que rodemos sobre la cama quedando encima de él.

—¿Esta Lucía quién era? Me ha encantado conocerla.

—Ja, ja. Tengo muchas virtudes, por si no te habías dado cuenta —le digo bromeando.

—Me he dado cuenta.

Me besa dulcemente.

Nos quedamos un largo rato abrazados.

Estoy adormilada, con esa sensación de felicidad plena por estar allí con él en ese momento.

—Lucía, me tengo que ir.

Me despierta de mi duermevela besándome los ojos con suavidad. Refunfuño y me abrazo más fuerte a su pecho.

—Vamos, conejita —ríe—. Nada me gustaría más que dormir aquí contigo, te lo prometo. Pero no puedo quedarme. Con Marc en casa, no.

—¿Conejita? Odio lo de conejita. Ya tengo bastante con Matt y Diana —me quejo. —En fin… Ya sé cómo funciona el juego. Regla número dos, nunca quedarse a dormir

Pero río mientras lo digo sin lograr parecer molesta.

David me susurra suavemente.

—Ya no hay juego. El juego acaba cuando uno de los dos gana la partida.

—¿Y aquí quién ha ganado? —pregunto completamente confusa.

Sus ojos azules se mueven en busca de mis ojos. Nos quedamos mirándonos frente a frente. Otra vez dedicándome esa mirada delicada, dulce.

—¡Yo!

Capítulo 21

El miércoles, empiezo el día con la reunión mensual de jefes de departamento. Una charla donde exponer quejas y posibles soluciones a los problemas a los que se enfrentan cada día, a fin de ofrecer un mejor servicio.

Diez personas sentadas, como podemos, en el diminuto comedor de personal de la planta baja.

Después de casi tres horas de asamblea salgo de allí con las ideas claras sobre qué exponer a mis superiores. Pero con la cabeza bien espesa de tanto tiempo de encierro. Voy hacia mi despacho. Al pasar por recepción veo a Hugo que me está esperando en uno de los sillones del hall.

—Buenos días, pequeña.

Sonrío y corro a darle un abrazo. Él me levanta en el aire.

—Buenos días, ¡mejor monologuista de España!

Me baja al suelo y aprovecho para darle dos besos.

—Vamos a tomar un café antes de que me explote la cabeza y me lo cuentas todo —añado entre risas.

Nos sentamos en la barra y Manu nos prepara las bebidas.

—Bueno. Cuéntame más —le digo ansiosa—. ¿Y ahora qué?

—Pues… Tendré una sección fija en un programa semanal del canal. Dos actuaciones en el teatro cada mes, más las que puedan salir en otras ciudades. Una colaboración en un programa de radio… La verdad, es que es una pasada la de puertas que se me están abriendo gracias a esto.

Pero no parece lo contento que se supone que debería estar, a tenor de las buenas noticias que me está explicando.

—¿Y cuál es el problema?

—¡No! Si estoy muy contento, ¡de verdad!

Pero sigue sin convencerme y le miro alzando una ceja.

—Es que me tendré que mudar a Madrid. —su gesto es de preocupación.

—Piensa en la gran oportunidad que tienes delante. ¡No la puedes desaprovechar! —Le cojo la mano para transmitirle un poco de ánimo —. Además, Madrid no está tan lejos. Puente aéreo, AVE. En unas horas estarías de nuevo en casa.

Seguimos charlando un rato sobre los pros y los contras de su nueva situación. Al final tengo que dejarle para volver al trabajo.

—No dejes que el miedo te paralice, Hugo. A veces nos perdemos cosas en la vida por no atrevernos a dar el paso. Y si sale mal, al menos no digas que no lo intentaste.

Le doy un abrazo largo y sincero.

—Bueno, pero cenamos el sábado, ¿no? —me pregunta mientras sale y se detiene en medio de las puertas automáticas.

Dudo unos segundos. Pienso en la invitación que me hizo David. Pero rápidamente descarto esa opción. Esa merienda en su casa con Silvia, Raúl y Eva no me apetece lo más mínimo.

—¡Claro!, hablamos estos días para quedar.

***

Voy arrastrando el carrito de la compra por el pasillo de las frutas. Hago un repaso mental a la lista de la compra. Meto varias piezas en bolsas y las dejo en el carro. Me voy hacia el pasillo de los productos de limpieza cuando veo a Silvia al fondo del pasillo.

Aprovecho que no me ha visto y me hago la sueca, cambiando de dirección para esquivarla. Voy dando varios rodeos a un par de pasillos para no cruzarme más con ella. Pero finalmente chocamos de bruces delante de la nevera de congelados.

—Lucía, ¡tú por aquí!

Lo dice sin fingir lo más mínimo su mejor cara de asco.

Ni que me hubiera encontrado en un lugar insospechado, me digo. Será que verse en el supermercado no es de lo más común y sin glamur del mundo.

—¿Todo bien, Silvia?

Y es una pregunta completamente retórica. No me interesa lo más mínimo saber cómo se encuentra.

—Podría estar mejor, sinceramente — me dedica una mirada fría, cargada de rabia.

—Pues espero que no sea nada. Cuídate.

Muevo mi carrito en un ademán de irme de allí rápidamente. No sirvo para fingir, se me nota en la cara. Y está claro, que tampoco tengo que intentar caerle bien, dada la situación.

Me alejo unos metros sin añadir nada más, dando por finalizada la conversación.

—¡No te lo voy a permitir!, ¿sabes? Ahora, yo estoy con David. ¡Así que ten cuidado! —grita desde donde la había dejado.

Vuelvo sobre mis pasos para acercarme otra vez a ella. Escenitas a mí, no. Levanto la cabeza en actitud altiva.

—Espero que esto no sea una amenaza. No me conoces en absoluto si piensas que voy a entrar en este juego.

—Mírate, ¿en serio piensas que tienes alguna opción? —me dedica una sonrisa condescendiente.

—Mira… Eres preciosa. Eres un escándalo, en serio. Obviamente, cualquiera comparada contigo, saldría mal parada. Pero no vayas por ahí, Silvia —añado en voz baja—. Esto no es el patio del colegio y no tenemos doce años.

—Sabes que eres un polvo más, ¿no? A eso se dedica David, a follarse a unas y otras sin compromiso. ¿Te crees especial?

Se ríe de mí sin disimularlo.

Hace unos días esta conversación me hubiera hundido en la miseria. Pensando en el supuesto David que se acostó con Aída. En el David cabrón que él siempre me echa en cara que yo le decía que es. Pero hoy no. Y quizá está en lo cierto y al final solo soy otra más en la amplia colección de ligues de David. Pero no voy a dejar que su prepotencia me supere.

Cambio el peso de una pierna a otra y continúo hablando.

—No tengo porque justificarme sobre lo que haya o no haya entre David y yo. No te debo explicaciones, ni tú me las puedes exigir. Así que olvida ese tono de superioridad conmigo. Aclara tu situación con él antes de atacarme a mí. Si él quiere estar contigo, no seré yo quien ponga ningún impedimento.

Giro otra vez mi carrito para irme de allí. Me doy la vuelta a mirarla y veo que va a decirme algo, pero me volteo rápidamente. Sigo mi camino sin dejarla volver a hablar.

—Buenas tardes, Silvia.

Sin ni siquiera mirarla me alejo de ella.

***

Nada más salir del supermercado, estaba tan enfadada que no he podido irme a casa. Me he parado en casa de Diana para contarle lo sucedido con Silvia y he aprovechado para ayudarla a hacer la cena. Óscar se ha unido por videollamada mientras cenaba en casa con Carlos.

—Joder, ¡qué falsa la tía! Con lo maja que se pone con nosotros en el cole y contigo se transforma. En plan *Dr. Jekyll & Mr. Hyde* —me dice Diana mientras bebe de su vaso.

—Pues ya ves. ¡De película total!

—Que aprovechara que su hijo estaba con el móvil de su padre para quitárselo y cotillear, ya dice mucho de ella, ¿no creéis? —indica Matthew.

—Doña Perfección va a pasar a ser Doña Tóxica —exclama Óscar desde la pantalla.

—Bueno. Esperemos que esto se quede en la anécdota. Pero yo me andaría con cuidado a ver si te corta los frenos del coche, o alguna burrada de esas.

Diana lo dice poniendo cara de terror.

—¿Quién coño sabe cortar cables de frenos? —exclama Óscar.

—Ya sabemos que mi Diana tiene la mente frita de ver culebrones, no se lo tengáis en cuenta —Matthew se burla de ella.

—¡En fin! Ella misma. Yo no respondo a este tipo de provocaciones.

—Ya. Pero al menos un par de días estaremos sin quitarte ojo, no sea que te pase algo —dice Diana convencida.

Yo niego con la cabeza poniendo los ojos en blanco.

***

Acabo de colocar la compra en los armarios. He salido hace un rato de casa de Diana y ahora solo me apetece darme una ducha y meterme en la cama, estoy agotada.

Salgo de la ducha varios minutos después. Me he tomado más tiempo de lo normal, pero hoy necesitaba mimos extra y me he exfoliado, me he puesto mascarilla en el pelo y hasta me he entretenido en aplicar crema hidratante por todo el cuerpo. Lo básico, solo que, a mí, muchos días, no me da la vida para hacerlo.

Ya en pijama, voy apagando las luces encendidas que encuentro a mi paso para meterme en la cama, pero hace tan buena noche que decido fumarme un cigarro fuera antes de acostarme.

Cojo mi móvil, que reposa sobre el sofá y salgo a la terraza. Ya no hace el calor insoportable de hace unas semanas y la brisa leve que corre a estas horas refresca la piel.

Prendo el cigarro y con la primera bocanada de humo veo que tengo varias notificaciones. Desde hace unos días, cada noche hablo con David. Algo rápido, para saber cómo nos ha ido el día.

Abro *WhatsApp*. Tengo algunos mensajes sin leer.

¿Cómo estás?

Yo llego ahora mismo a casa, estoy muerto.

Yo también estoy muy cansada, ha sido un día bastante agotador.

Dudo un momento si contarle la escenita del supermercado, pero finalmente decido no hacerlo. No quiero parecer la damisela en apuros y que él tenga que mediar entre nosotras. No lo necesito. Si Silvia tiene que caer, ya caerá por su propio peso, no tengo dudas.

Veo que no lee mis mensajes. Imagino que se habrá dado una ducha al llegar.

Me meto en la cama y enciendo la tele en un intento por mantenerme despierta hasta que conteste, pero al final me debo quedar dormida ya que el sonido de su llamada entrante me sobresalta.

—¿Qué ha pasado, Lucía?

Yo, aún adormilada, no soy consciente de a qué se refiere.

—Con Silvia. En el súper. ¿La amenazaste?

Por su tono de voz veo que no lo pregunta muy convencido. Sigo sin entender nada, pero por lo que imagino Silvia debe haber invertido los roles a su favor en su versión de la historia.

—David, no sé qué te ha contado, pero…

Me incorporo poco a poco y me quedo sentada a los pies de la cama.

—Que la abordaste en el supermercado y le dijiste que se fuera de mi casa. Que estamos juntos y…

—¿Y tú la has creído? —le corto.

Mi voz suena varios tonos más aguda.

—No —ríe sincero—. Por eso quería saber cómo estás.

Río aliviada.

—Gracias, lo primero. Estoy bien. Aunque Diana dice que tenga cuidado por si me corta el cable de los frenos del coche.

—No creo que Silvia llegue a esos grados de psicosis.

—«*No creo*», no suena muy convincente —le digo con burla.

—Puedes estar tranquila, en serio. He hablado con ella. No volverá a molestarte.

Oigo cómo abre y cierra puertas.

—Al final sí que será mejor que no vengas el sábado, me temo.

—No pensaba ir, ya te lo dije.

—Está bien. Pero si la merienda no se alarga mucho podemos quedar después y nos vemos.

Emite una especie de suspiro de satisfacción al acabar la frase, así que imagino que acaba de tumbarse en la cama.

—No puedo. He quedado para cenar con Hugo.

Durante unos segundos no oigo ningún ruido al otro lado.

—David, ¿sigues ahí?

—Sí, perdona —añade serio—. Entonces que disfrutes de tu cena.

—¡David! —Me quejo con hastío—. Ya hemos hablado antes de Hugo. Es una cena de amigos, nada más. Yo no te digo nada porque vivas con una modelo de *Victoria Secret* perturbada, y eso es peor.

—¡Capulla! —suelta una pequeña risotada—. ¿Qué llevas puesto?

Cambia de tono radicalmente.

—¿Perdona?

Elevo tanto mis cejas que creo que pueden juntarse con el nacimiento de mi cuero cabelludo.

—Venga va… Juguemos un poco, así dormiremos a gusto —susurra con voz ronca.

—¡No! ¡No voy a hacer esto!

Me sale una risa nerviosa. Me alegra que no pueda verme en estos momentos ya que estoy completamente ruborizada. Empiezo a abanicarme con la mano. De repente, tengo mucho calor.

—Pues yo me estoy tocando ahora mismo. Es oír tu voz y empalmarme, es inevitable. —Hace una pausa—. Tócate. Dime cómo lo haces.

Su respiración es agitada.

—David, voy a colgar. ¡En serio!

Pero no lo hago, me gusta oír como inhala y exhala aire. Oírlo excitado me está excitando a mí también. Me tumbo poco a poco en la cama y de forma involuntaria empiezo a acariciarme el pecho por encima del camisón.

—Dime que estás haciendo —añade soltando aire por la boca.

Me olvido de todo y solo oigo la voz de David, su respiración. Puedo imaginarlo aquí conmigo. Él y yo, nadie más.

—Mis pechos —cojo aire—. Acaricio mis tetas.

—Estoy muy duro, ¿y tú? Dime que estás mojada.

Bajo la mano que tengo libre hasta mi sexo. Puedo notar la humedad al pasar un dedo por encima de mis pliegues.

—La mesilla —dice casi afónico en un gemido—. Coge el consolador de la mesilla y úsalo.

Le obedezco. Abro el cajón y saco mi dildo rosa. Aparto mi ropa interior y poco a poco introduzco el aparato en mi interior.

Un gemido por mi parte pone a David en aviso de que ya he comenzado.

—¡No pares! —susurra.

Nuestras respiraciones son cada vez más rápidas y agitadas. Nuestros gemidos nos van acompañando mientras nos damos placer a nosotros mismos.

—David, ¡me voy a correr! —le digo apretando los dientes.

—Y yo, ¡vamos, nena! Un poco más...

Puedo oír sus movimientos. Eso hace que me caliente aún más y con una última embestida con el aparato rosa me sobreviene un orgasmo.

Unos segundos después su gemido ronco me anuncia que él también ha llegado al clímax.

—Ha estado bien, ¿no?

Puedo visualizar en mi mente su cara en ese momento, con su media sonrisa.

—La verdad es que sí —añado tímida.

—Hubiera preferido mil veces estar ahí contigo, pero...

—*Barbie* Psiquiátrico —canturreo.

—No te pases así con ella.

Pero ríe mientras me lo dice.

—Ya, perdona. No deja de ser la madre de tu hijo. ¡Lo siento!

Pero no lo siento lo más mínimo, en realidad.

Bostezo sin poder evitarlo.

—Veo que alguien tiene sueño. Hablamos mañana, ¿vale?

—Claro. Hasta maña…

Cuelga la llamada antes de que acabe mi despedida. No esperaba un «*y yo más*» interminable, ni nada por el estilo. Pero tampoco que me dejara con la palabra en la boca.

Me levanto al baño.

Al volver cojo el teléfono para enchufar el cargador y veo un mensaje suyo de *WhatsApp*.

Perdona, te he colgado.
Pero es que ha entrado Marc sin llamar,
que ha tenido una pesadilla…
Explícale tú que hago yo aquí
en pelotas y sudando después de…
(emoticono con gota de sudor)

¡Nooooooooo! (emoticono llorando de risa)
Acostúmbrate a vivir con niños.
Intimidad cero.

¿Y ahora qué hacemos con esto?
(emoticono berenjena)

¿Videollamada?

En un segundo lo tengo en la pantalla.

—¿Segundo asalto? —Se muerde el labio.

Y yo me río como una tonta mientras cojo otra vez mi aparatito rosa.

Capítulo 22

—Óscar. Mira bien si queda alguna reserva por entrar en el sistema. Estamos casi al cien por

cien de ocupación el sábado y habrá que cerrar ventas —pero no hace ningún movimiento. Está sentado a medio metro de mí, pero alzo un poco más la voz.

—¡Óscar! ¿Estás?

—Sí, sí… Perdona. —Vuelve de donde estaba aún abstraído.

—¿Todo bien? Llevas todo el día en el limbo.

—No lo sé, la verdad. —Se centra en la pantalla de su ordenador.

—¿Es por Carlos?

—No. —Hace una pausa—. O sí —suspira.

Levanto las cejas intentando mantener mi expresión. Teno la sensación de que algo no va bien. Le miro interrogante pero no continúa hablando. Me siento en la silla de Diana que ya se ha marchado a casa.

Me mira, pero sin mirarme. En realidad, no me está viendo y noto su mirada perdida en algún punto de mi cara.

—Es que va muy rápido todo. Carlos va muy en serio, y yo no sé si estoy preparado para una relación seria ahora mismo. Me gusta mucho, ¿sabes? Pero... ¿Y si sale mal? —Añade bajando mucho la voz.

—¿Y si sale bien? —Me levanto y muevo mi silla hasta colocarla frente a la suya, para poder tomarle de las manos—. Cariño, no te pongas en lo peor. Si no sale, pues al menos habrás disfrutado todo el tiempo que haya durado. Pero no le des más vueltas y vive el momento.

—Consejos vendo, que para mí no tengo —ríe y me besa la mejilla.

—Doña Pajas Mentales —me señalo—. Ha aprendido que sufrimos más pensando en lo que se supone que puede pasar, que por lo que realmente pasa. Así que, si tú estás bien con él y te gusta, no te preocupes por nada más. Deja que todo fluya y ya se verá.

—¿Te has leído un libro de autoayuda y me lo acabas de cagar aquí mismo? —Me mira con una mueca de asco.

—¡A cagar te mandaría yo a ti un día de estos! Si no fuera porque te quiero.

Nos abrazamos. No sé si mis palabras han hecho algún efecto en él, pero al menos parece que se ha quedado más tranquilo después de nuestra charla.

***

La semana pasa y por fin es sábado.

La cena con Hugo se ha convertido en una cena a cuatro.

Después de la charla del otro día con Óscar, necesitaba verle a él y a Carlos en un ambiente más distendido, fuera del trabajo. Y Hugo accedió a que salieran esta noche con nosotros.

He salido tarde del hotel. Llego al restaurante en mi coche.

Los tres me esperan sentados en la barra tomando una cerveza, haciendo tiempo hasta que nos den asiento.

Me disculpo por mi retraso y seguimos hablando un poco de todo y nada.

Me fijo en Óscar y Carlos. Los veo muy bien. Cómodos y a gusto. Se miran con verdadera devoción y no pierden la ocasión de tocarse cada vez que pueden. Me quedo más tranquila al ver que solo ha sido un agobio pasajero.

Una camarera nos avisa que ya tenemos la mesa preparada.

A mitad de nuestra cena una llamada entrante me sorprende. Veo que es Raúl.

—Hola.

—Lucía, no te asustes. Estoy en el hospital. Es Lucas.

—¿Cómo qué hospital? —añado nerviosa—. ¿Qué ha pasado?

Mis tres acompañantes dejan de comer y me miran expectantes.

—No sabemos nada aún. Los niños estaban jugando en el jardín de casa de Silvia. Lucas se cayó de un muro y tuvo una mala caída. Se ha quedado inconsciente unos minutos y...

—Ahora mismo voy —lo corto poniéndome de pie de un salto.

—No será nada, Lucía. Le van a hacer unas pruebas. Te aviso con lo que sea…

—¡Que voy para allí, Raúl! —Le digo molesta.

Él claudica y yo cuelgo la llamada.

Miles de pensamientos negativos se agolpan en mi cabeza. La visión de mis hijos en el hospital es algo que me pone extremadamente alterada. Así que Hugo decide acompañarme conduciendo mi coche.

Se detiene en la puerta de urgencias para que yo salga y él pueda ir a aparcar.

—¿Quieres que entre o te espero en el coche? No quiero ser un estorbo.

Le digo que entre. Voy a necesitar apoyo. Imagino que solo estará Raúl y no es un gran conversador en momentos de tensión.

Entro al hospital y pregunto en la recepción dónde me tengo que dirigir.

Al entrar veo a Raúl deambulando por la pequeña sala de espera. Tocándose el pelo sin parar. Eva también está aquí. Sentada, acariciando su barriga. Alza sus pobladas cejas en señal de saludo.

—¡Lucía! —Raúl se me acerca rápidamente y me da un abrazo. Un apretón tenso por puro nerviosismo—. Aún no sabemos nada.

Miro a mi alrededor en busca de mi hija.

—¿Y Álex?

—Con Diana. Matt y ella se han quedado en casa de Silvia con el resto de los niños.

En ese momento entra Silvia con dos vasos. Pasa por mi lado sin mirarme. Le ofrece a Raúl, lo que parece ser una infusión. Se sienta al lado de Eva, y le entrega el otro vaso. Le tiende un brazo por encima en actitud fraternal y acaricia su hombro. Con la otra mano, le da unos golpes suaves en el muslo, al tiempo que murmulla «*tranquila*» varias veces. Yo alucino con la situación, pero no tengo la mente como para analizar las estupideces de Silvia.

—Lucía, ¡ya has llegado! —David entra en la pequeña sala de espera y me abraza.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de cuánto necesitaba un abrazo de verdad.

Me aferro a él conteniendo las ganas de llorar que me están provocando los nervios y él me corresponde apretándome con firmeza.

Con un dulce susurro me dice que todo va a ir bien.

Hugo llega en ese momento. Se queda parado en la puerta dudando si entrar al ver a tanta gente.

—¡Qué fuerte lo tuyo, chica!

Oigo de fondo a Silvia. Me giro confusa a mirarla.

—Tu hijo ingresado, que sabrá Dios cómo está. Y te presentas aquí, con tu novio, para acabar babeando encima de mi marido de esta manera.

Inhalo profundamente en un claro ejercicio de templar mi ira.

—¡Cállate, Silvia! —Le increpa David.

—¡Ah! Que igual él no lo sabe —señala a Hugo—. Pues siento ser yo quién te informe de que tu novia se folla a mi marido.

—¡Basta Silvia! —mi mirada es puro odio en ese momento—. ¡Ten un poco de respeto por la situación en la que estamos!

—Ten respeto tú. Porqué a mi marido te lo follas, ¿o eso no es verdad?

Voy a contestar con toda la rabia que se me está cociendo en la garganta, pero en ese momento llega el médico.

—¿Familia de Lucas Alonso?

Raúl y yo damos un paso al frente. El doctor nos dirige hasta una pequeña sala anexa.

—Bueno, el chico tiene la cabeza dura —ríe. Imagino que debe pensar que ha hecho un buen chiste—. Las pruebas han salido perfectas. Ahora está despierto y responde bien a los estímulos. Tiene una torsión de muñeca. Le hemos colocado una férula y administrado unos calmantes. En unos días tendrán que volver para una revisión. Pueden pasar a verle al box número tres. Voy a ir preparando los

papeles. Cuando esté todo listo, podrán llevárselo a casa.

Raúl y yo salimos disparados al box a ver a nuestro pequeño.

Con todo el cuidado que puedo, lo beso, lo abrazo y lo achucho hasta que el pobre se queja. Aunque con una sonrisa de alegría. Sé que él también habrá pasado miedo hasta que nos haya visto entrar.

***

Una vez que Raúl y Eva se llevan a Lucas a casa, llamo a Diana. La pongo al día del parte de lesiones y noto como ella también se queda más tranquila.

—Yo llevaré mañana a Álex a casa de Raúl. Ahora está arriba durmiendo en la habitación con María y Sara.

—¿Estás en tu casa? Pensaba que aún estarías en casa de David.

—¡No! Silvia llegó hace un rato y nos hemos ido volando. Vaya con la meriendita, *Bunny*… Pero ya te contaré, no necesitas más dramas hoy. Buenas noches, cariño.

Vuelvo a la sala de espera a buscar a Hugo. Me sorprendo al no ver a nadie.

Decido ir a fumar y llamarlo por teléfono. Sin Hugo, ni las llaves de mi coche, no puedo volver a casa.

Salgo a la calle con la mirada fija en la pantalla, buscando en los contactos.

—Te estaba esperando.

Lar voz de David me sorprende. Alarga el brazo y en la palma de su mano veo las llaves de mi coche. Su perfecta sonrisa. Sus ojos azules clavados en mí con su mirada cariñosa. Se me acerca con intención de abrazarme, pero yo me aparto.

—Definitivamente va a ser siempre así, un problema tras otro —digo cansada.

Él me mira confundido y se enciende un cigarro.

—Aclara la situación con Silvia, ¡por favor! Que me asaltara en el supermercado ya me parece una gilipollez comparada con la salida de tono de hoy.

Baja la mirada inhalando aire.

—No puedo seguir con esto. Con ella jodiendo a cada paso que demos. Nos lo merecemos, ¿recuerdas?

—Dame unos días. Ya te dije...

—Todos los que necesites —le corto—. Y cuando esté todo claro, llámame. Mientras tanto será mejor dejar las cosas aquí.

Cojo las llaves de mi coche de su mano y me alejo de él. No tengo ni idea de dónde ha aparcado Hugo el coche. Así que me siento en un banco a buscar mi móvil en el bolso, a ver si encuentro la aplicación para localizar el vehículo.

Veo como David se sube a un taxi. Y en ese momento empiezan a caer todas las lágrimas que llevaba horas reprimiendo. Lloro hasta que

me quedo seca.

Hasta que recobro las fuerzas para poder levantarme.

Capitulo 23

Fijo mi mirada en los troncos de los árboles. Observo los nudos en su madera. Me pregunto cuántos cientos de años tendrán.

Tienen las copas frondosas. Las hojas forman una paleta cromática de vivos ocres, cálidos marrones, incandescentes naranjas, rojos pasionales y brillantes dorados. Creando un aura melancólica y romántica.

Puedo notar el olor a tierra mojada si respiro profundo. Puedo oír el crujir de las hojas del suelo si camino sobre ellas.

Pero es todo producto de mi imaginación, mientras miro el fondo de pantalla de mi ordenador. Una bonita foto con mis hijos en la *Reserva Natural Beaver Brook* cerca de Boston. Y a pesar de que estamos a trece de octubre y hace un par de semanas que empezó el otoño, aquí seguimos con un calor de mil demonios. Y ni un árbol ha perdido aún ni una sola hoja.

Hoy hace cuatro semanas y tres días de la fría despedida con David en el hospital. Un mes en el que no he tenido ningún contacto con él.

Lo que pensaba que iban a ser unos días para aclarar la situación, está siendo ya demasiado tiempo de incertidumbre.

Incertidumbre acerca de David, y por ende de Silvia.

Hace dos semanas, coincidiendo que eran mis quince días de custodia, fui alguna tarde a buscar a mis hijos al colegio. Sin embargo, no me crucé nunca con ella.

—Sí viene. Pero ahora va con el transporte escolar —me había dicho Álex unos días atrás, cuando me pudo la curiosidad, y le pregunté si Marc aún continuaba yendo a clase.

Diana tampoco la ha visto. Ni Pedro, ni Ana.

El plazo de un mes que le puso David ya ha expirado hace días, así que al no volver a saber nada más de él, imagino que Doña Perfección no habrá encontrado un sitio donde vivir todavía.

Hay días que no puedo evitar la tentación de enviarle un mensaje a David, aunque solo sea para preguntar cómo está. Pero al final me arrepiento y lo dejo pasar. Cuanto más tiempo pasa, más fría está la situación. Y cuantos más días corren, valoro si realmente vale la pena seguir pensando en que tendremos una oportunidad.

Por lo demás, no hay mucha novedad.

Óscar y Carlos están cada día mejor. El agobio que tenía mi amigo semanas atrás se esfumó. Puede que mi charla sí que fuera de ayuda. Han dejado que fluya y la cosa promete.

Hugo ya está en Madrid. La propia cadena de televisión le buscó un piso de alquiler y él solo se tuvo que ocupar de llevar sus cosas. Hace

dos semanas que ya está instalado.

Quedamos para cenar el día siguiente al incidente de Lucas. Necesitaba contarle lo sucedido y disculparme por lo de Silvia. Aunque no fuera culpa mía.

—Yo haría caso a Diana. Esa mujer, fijo que te corta el cable de los frenos.

—Te voy a echar de menos, ¿sabes?

—¡Y yo, pequeña! Pero alguien me dijo que no hay que dejar que el miedo nos paralice y hay que intentarlo siempre.

—Parece sabia, esa persona.

—Y guapa, y lista… Tiene un montón de cosas que me encantan. Pero tiene un fallo.

—¿Cuál? —le dije alzando las cejas en una pequeña risita.

—Que no está enamorada de mí.

—¡Hugo! —soplé—. Tampoco lo nuestro sería un camino de rosas. Ahora me dejarías para irte a cumplir tu sueño.

—Si estuviera contigo, ya no tendría más sueños que cumplir.

***

Diana y yo vagamos por el centro comercial.

Mis hijos quieren comprarle algo a Inés, que finalmente ha sido el nombre elegido para el bebé de Raúl y Eva.

Hemos descartado ropa, ya que, según ellos, la ropa no entra en la categoría de regalo. Pero en la juguetería no nos ha ido mucho mejor. No entienden que un recién nacido no juega con nada y ellos solo quieren juguetes que les puedan ser de su propia utilidad.

Finalmente optamos por una mantita gimnasio y un móvil para la cuna de la pequeña.

Diana también ha querido tener un detalle y ella sí ha comprado ropa.

Nos sentamos a tomar algo, como es habitual, en el parque de bolas. Para entretener a los pequeños monstruitos.

—Es maja Eva, ¡en serio! Gracias a la fatídica merienda en casa de David pude conocerla un poco más.

—Sabes que no la he tratado mucho, pero siempre me ha parecido agradable.

—Pues aquella tarde la pobre no sabía dónde meterse. ¡Bueno, ni ella ni nadie! Ya sabes… Con los numeritos que montó Doña Perfección, sólo le faltó mear encima de David para que nos quedara claro que es de su propiedad. Fue bochornoso. Súper incómodo para todos, David el que más.

Rio expulsando aire por la nariz. «De su propiedad», pienso con amargura.

Miro unas mesas más atrás recordando que allí fue la primera vez que vimos a Silvia, cuando aún no sabíamos quién era.

La duda de si estarán juntos vuelve a asaltarme. Esa duda que me corroe desde hace semanas y a la que yo misma alimento. No dejo de montarme películas en mi cabeza sobre su nueva vida en común. O de un David saliendo por la noche y acabando en la cama de diferentes mujeres.

—Cariño, no lo sabes…

Como siempre, Diana acierta acerca de mis pensamientos. Estrecha la mano que tengo sobre la mesa con la suya y yo le devuelvo el gesto con una sonrisa. Pero cargada de tristeza.

***

Ya en casa, consigo que los niños se acuesten a su hora sin protestar. Limpio y recojo los cacharros de la cena y coloco en su sitio los mil juguetes que encuentro por el suelo.

Me tumbo en el sofá a leer, pero me es imposible concentrarme en la lectura.

Cojo el móvil y reviso mis redes sociales hasta que una foto llama mi atención. El texto que la acompaña es «Tardeo en la *city* con Aída y compañía». La ha subido Andrea, pero ella no sale en la imagen. Tomando algo en una terraza están Aída y Fer cogidos de la mano. A su lado Toni y Sergio con las que imagino que son sus respectivas parejas.

De pie, detrás de ellos, está Javi. Más alejado, sin posar en la foto, está David.

La amplío. La observo durante un largo periodo de tiempo, como una obsesa. David en traje, recién salido de trabajar. Con el mismo traje gris que llevaba el día que nos vimos por primera vez en la cafetería del hotel.

Siento una punzada de dolor en el pecho.

Salgo a la terraza a fumar. Necesito despejar la cabeza y las temperaturas a esta hora ya no son tan agradables como durante el día. Un escalofrío me eriza la piel por el frescor de la brisa.

Me quedo apoyada en la barandilla viendo como el camión de la basura hace su trabajo. Me fijo en una mujer que pasea a su perro. Es mi vecina Pepi, a la que le debe ir el riesgo, saliendo a la calle casi a medianoche a que la pequeña Luna haga sus necesidades.

A lo lejos una pareja anda por el paseo marítimo riendo y abrazándose. Pienso en David, en aquella noche de agosto. En nosotros paseando después de cenar. Cuando nos comimos a besos durante todo el camino. En la urgencia de llegar a casa.

Jodido David. Qué difícil es sacarnos de la mente lo que no sale del corazón.

Capítulo 24

—¿Y qué pretendes que haga yo allí?

—Pues dar largos paseos. Tener tiempo para pensar —dice Óscar mientras me enseña fotos en su móvil.

—Precisamente pensar es lo que menos necesito en estos momentos —añado.

—Mira… ¿Y Estambul?

Diana me enseña un anuncio de un viaje al Bósforo, emocionada.

En diez días empiezan mis dos semanas de vacaciones. Óscar quiere que me vaya a la casa que tienen sus padres en el Pirineo. Y pese a que me parece un verdadero planazo, la imagen de mí misma, sola, paseando por el Monte Perdido, no es lo más apropiado ahora mismo. Diana me busca viajes por internet.

—No voy a hacer nada. Me quedaré en casa y punto. Además, este año lo calculé fatal y justo me coinciden con las dos semanas que no tengo a los niños. Siempre me las cojo para poder coincidir una semana con ellos. Si alguien me las cambiara… —finjo cara de pena.

—¡No me hagas chantaje! Sabes que lo haría, si no tuviera ya el viaje a París reservado —se defiende Óscar.

—Carlos y tú, bajo la luna reflejada en el Sena… *La ville de l'amour…*

Diana empieza a canturrear «*La vie en rose*» en su francés inventado.

—¿Y un crucero de solteros? —exclama Óscar como si la idea fuera buenísima.

Diana y yo lo miramos horrorizadas.

—Hazme caso. ¿No has visto los tíos que hay en Turquía?

—Lo que te faltaba a ti, enganchada a culebrones turcos. —Ahora es Óscar el que pone cara de terror.

Al final no sacamos nada en claro.

Cada uno vuelve a su mesa y yo sigo enfrascada preparando varios informes que había dejado a medias.

Una notificación de *WhatsApp* suena en mi teléfono. No le presto atención y sigo trabajando. Dos pitidos más suenan de nuevo. Miro la pantalla sin desbloquear. Soy de las maniáticas que lee los mensajes desde la barra de notificaciones, antes de abrir la aplicación.

Hola, ¿cómo estás?

Por si te has imaginado algo raro, no

No estoy con ella. Necesito que lo sepas.

No he dejado de pensar en ti ni un solo día.

Decido dejar los mensajes sin contestar y sigo trabajando. Al menos David me ha aclarado que no están juntos. Y para mi mente lunática eso es de agradecer.

El resto del día lo encaro con otra actitud y bastante más serena que días atrás.

***

—Mami, ¿me escuchas?

Fijo la mirada en Álex y asiento con la cabeza, pero en realidad, no me he enterado de lo qué me ha contado. Empiezo a prestarle atención.

Los dos me cuentan sus anécdotas del día durante la cena.

Ya con ellos acostados decido que es el momento de contestar a David.

Buenas noches.

No he empezado a escribir la siguiente frase, que él ya se ha conectado y me está escribiendo.

Pensaba que quizá no me contestarías.

Aún estoy pensando qué contestar, si te soy sincera.

¿Podemos vernos?

Depende… ¿Aún está Silvia en tu casa?

Sí.

Entonces aún no es el momento de vernos.

Seguimos igual. En este mes no ha cambiado nada. Desde la noche del hospital no hemos conseguido avanzar. Me siento frustrada.

Solo dime si estás, si estarás cuando esto acabe.

¿Y por qué no acaba?

No quiero hablar por aquí. Veámonos. ¿Este fin de semana?

Tengo a los niños.

Que vengan, yo me llevaré a Marc. Por favor Lucía, te echo de menos. No me olvides.

¿Y tú?

Yo no te olvido.

Inhalo. Lleno mis pulmones de aire y una pizca de ilusión. No

entiendo su situación y por qué no se soluciona, pero al menos, sus palabras son un bálsamo de tranquilidad. Algo que necesitaba después de tantos días de ideas aterradoras paseando por mi mente.

¿Domingo por la mañana? Con niños.

Está bien.
Parque de la playa a las 11.00h.

***

Cuando a la mañana siguiente entro en mi despacho, veo un sobre en mi mesa con una nota de Diana. Un folio con publicidad de un circuito por Turquía. Lo estoy ojeando cuando Sophia entra a entregarme el correo.

—Lucía, yo querer hablar contigo.

Le hago un gesto con la cabeza y le indico con la mano que se siente. La noto nerviosa.

—Yo no saber cómo empezar. Yo estar aquí en hotel muy a gusto y querer a todos compañeros, pero…

—Pero... ¡Te va a ir genial, Sophia! Lo que más me duele es que yo no pueda igualar la oferta que te han hecho. ¡Es buenísima!

Mi mira ilusionada.

Hace unos días me llamaron pidiendo referencias sobre ella. Y al tratarse de un director, antiguo compañero mío, me acabó confesando todos los detalles de la oferta.

—¿Tú ya saber? —veo como sus ojos se empiezan a empañar.

—Sí. Y me da mucha pena que te vayas, ¡de verdad! Pero siempre que sea para mejorar voy a intentar ayudaros en todo lo que pueda.

Se levanta de la silla y corre detrás de mi mesa para abrazarme.

—Gracias, Lucía. Yo muy feliz de conocerte. Yo no tener familia aquí y tú ser como mi madre.

—¡No te pases! Hermana mayor, mejor.

Ríe secándose las lágrimas que al final no ha podido contener. Se nos marcha una recepcionista cojonuda. Pero sé que será la mejor subdirectora que han podido encontrar para ese puesto.

—Fiestón de despedida, ¿no? Hablaremos con Óscar y haremos algo a la altura.

—¡Claro! Yo aún estar un mes más aquí, y además tú ir vacaciones. Al volver, celebrar todos.

Sale de mi despacho. Me siento con una mezcla de alegría y pena, como me suele pasar en estos casos. Y más con Sophia, que es más amiga que compañera.

Miro el papel de mi mesa y veo que detrás de la información del circuito por diferentes lugares de Turquía, Diana me ha impreso un folio con fotos de varios de los protagonistas de las series que sigue. Lo miro con picardía. No veas con los turcos...

Hecho un vistazo al correo que me ha entregado Sophia. Facturas y correo comercial, como siempre.

Capítulo 25

Hace un día espléndido. Llegamos un poco antes de la hora acordada. Mis hijos corren en dirección al parque. Un barco de madera hundido en la arena es la atracción principal. Alrededor, columpios, toboganes y diferentes pasarelas.

Yo me siento en el murete del paseo marítimo a esperar.

No pasan más de un par de minutos cuando Marc llega corriendo y se dirige al encuentro de mis hijos. Miro a lo lejos y veo a David venir en mi dirección.

Lleva unos vaqueros azul claro bastante usados que le sientan de maravilla, una camiseta gris de manga larga arremangada, y unas *Converse* negras. Es impresionante. A medida que se acerca veo cómo va esbozando una sonrisa. Lástima que lleve puestas las gafas de sol y no pueda ver sus ojos.

Llega hasta donde estoy sentada. Carga con un bolso de playa de tamaño considerable. Lo deja apoyado en el murete. Me levanto sin saber muy bien qué hacer. David parece tenerlo más claro, y en cuanto tiene las manos libres me abraza.

Sonrío pegada a su pecho, inhalando su olor. Desearía que este abrazo no acabara nunca.

—No sabes cuanto necesitaba verte, tocarte…

—Y yo —miro hacia arriba con timidez cruzando nuestras miradas.

Se gira a ver qué hacen nuestros hijos, al ver que no reparan lo más mínimo en nosotros, me da un beso rápido en los labios.

Coge el bolso nuevamente y me toma de la mano. Entramos en la playa y nos colocamos a unos metros de donde están los niños. David despliega un pareo gigante y lo extiende en la arena.

Se sienta y veo que recoloca cosas en el interior del bolso. Me siento junto a él.

—He traído alguna cosa para picar. Ya sabes que los niños de aquí a nada querrán beber y comer algo.

«¡Mala madre!», me recrimino. Yo solo llevo una mísera botella de agua por si mis fieras tienen sed.

—Dime que llevas fiambreras con fruta cortada, frutos secos y unos *smoothies* y te nombro padre del año —le digo jocosa.

—¿Qué coño en un *smoothie*? Llevo patatas fritas, chuches y refrescos. Cerveza para nosotros.

—¡Oh! Me acabo de enamorar —pongo los ojos en blanco mientras río a modo de mofa.

Él me mira con su media sonrisa y sigue hurgando en el bolso hasta que saca un par de latas de cerveza de una mini nevera.

Me quito las deportivas y entierro mis pies en la arena. Los primeros minutos los pasamos hablando de cosas sin importancia, de los niños, del colegio…

David se quita las gafas de sol y se recoloca, sentándose con las piernas cruzadas, frente a mí.

—Silvia se irá de mi casa la semana que viene.

Agito los pies y me los refriego uno contra el otro para quitarme la arena e imito su movimiento, quedando cara a cara.

—Ha encontrado un piso cerca del colegio. Le dan las llaves el miércoles.

—¿Y Marc? ¿Cómo lo vais a hacer ahora?

Mira a su hijo y una dulce sonrisa de cariño se le dibuja en el rostro.

—Bueno… Ha llegado el momento de un cambio de prioridades. Y a Toni no le importa que yo trabaje menos quince días, si los otros quince, curro como un cabrón.

—¿Toni es tu jefe? —estoy realmente confundida ahora mismo.

—¡No! Es mi socio. El estudio es de los dos. Llevamos un tiempo estudiando las opciones y hemos llegado a un acuerdo de cómo nos repartiremos las tareas, las visitas…

Se frota los muslos con las palmas de sus manos y continúa.

—Silvia y yo nos estamos divorciando y, si todo sale bien, tendré custodia compartida. Estamos en ello con los abogados.

—¿En serio?

Lo miro ilusionada. Por fin ha llegado el momento de poder disfrutar de su hijo como tanto anhelaba.

—He sido un horror de padre y debería haber hecho esto mucho antes.

Se pasa la mano por el pelo con cierta amargura, yo me acerco más a él y le acaricio la rodilla.

—Bueno. Eran otras circunstancias. Ahora podrás recuperar el tiempo perdido. Y Silvia, ¿cómo está llevando todo esto?

—Se ha dado cuenta que no tiene sentido seguir forzando algo que está roto. Ella siempre ha sabido que yo no quería volver como pareja, pero se obcecó en intentarlo de una manera obsesiva. Tú fuiste el detonante cuando vio las fotos en mi teléfono. A partir de ahí todo este tiempo en casa lo hemos pasado discutiendo. Y Marc ya no es el niño pequeño que no se entera de nada, cómo cuando nos hemos juntado otras veces. Por él, tenemos la obligación de hacer las cosas bien.

Los niños llegan sudando como pollitos. David saca un par de toallas del bolso y se las tiende para que se sequen las caras. Ellos se sientan entre nosotros para hacer una pequeña parada y reponer fuerzas. Les abro las bolsas de patatas y las botellas de refrescos.

Estamos un buen rato los cinco allí sentados. Comiendo y riendo con las ocurrencias de los pequeños.

—¿Por qué nosotros nunca hacemos estos picnics en la playa, mami? Molan mucho —dice Lucas.

David mete la mano en el bolso y cual *Mary Poppins* saca unos pomperos que los tres miran ilusionados y no tardan ni dos segundos en levantarse y correr a soplar. Crean una ráfaga de pompas de jabón que crean destellos de arcoíris al sol. Yo estoy fascinada por lo bien preparado que lo tiene todo.

—¿Algo más en ese bolso mágico? —Pregunto chistosa.

Levanta las cejas y asiente como si acabara de recordar algo.

—Iba a darte ya el anillo. Pero como no he encontrado a una banda de mariachis para que acompañaran el momento, he decidido dejar la pedida para otro día.

—¡Gilipollas! —añado en una carcajada—. Llego a ver acercarse a una banda de mariachis y no me ves más el pelo.

Ríe con una amplia sonrisa mientras se frota el pecho, después me mira. Esa mirada tierna que nunca he conseguido descifrar y ahora podría definir como de promesas por cumplir.

—David —bajo la mirada ante la pregunta que ansío hacerle—. Todo este tiempo sin vernos… ¿Tú?... ¿Has…?

—Si tu duda es saber si ha habido alguien más, la respuesta es no.

Me libero de ese peso enorme que llevaba semanas cargando. Siempre pensé que este tiempo quizá hubiera habido algo con Silvia, pero tampoco podía descartar otras posibilidades.

—Lucía, ya te dije que nunca he sido infiel. He podido salir y acabar en diferentes camas cuando me ha apetecido. Pero desde que te conozco, no me apetece meterme en ninguna cama que no sea la tuya.

Veo cómo se dilatan sus pupilas, se tensa su mandíbula. Yo trago saliva y me muerdo el labio.

Marc salta sobre su padre en ese momento.

—¡Papá! ¿Podemos ir a comer paella todos juntos?

Padre e hijo me miran y yo asiento. El niño se va corriendo a avisar a mis hijos con los nuevos planes.

Recogemos todo y salimos hasta el paseo mientras los niños aprovechan los últimos minutos en el parque. Disimuladamente David me coge de la mano.

—Tenía miedo de que este momento no llegara. Que te cansaras de esperar y no quisieras volver a saber nada más de mí.

—¿Sabes? Nunca te lo he dicho, pero… Desde el primer momento que te vi sentí algo especial. Allí, en la cafetería del hotel, cuando te levantaste del taburete. El día que llegasteis todos.

Sonrío apretando mi labio inferior con mis dientes intentando disimular mi vergüenza.

—Pues yo tampoco te lo había dicho, pero… Cuando te vi con aquel vestidito negro también sentí cosas.

Se muerde el labio y me toca el culo vigilando que los niños no nos vean.

—¡Salido! —le aparto la mano mientras río.

—No, ahora en serio. Algo tienes, Lucía Herrera, que desde aquella jodida canción de *Bruno Mars* no consigo sacarte de mi cabeza.

Los niños llegan corriendo y salimos todos en dirección al restaurante. Tengo la extraña sensación de ir levitando por el camino.

***

La temperatura es ideal para poder comer sentados en la terraza exterior y disfrutar de las vistas sobre el pantalán del puerto. La velada ha sido muy agradable. Los niños han estado bastante calmados y hemos podido almorzar con tranquilidad.

La paella estaba de lujo. Los pequeños han comido hasta reventar, pero como era de esperar, aún han podido con el helado de postre.

—Sois novios, ¿verdad?

Marc nos observa a su padre y a mí esperando respuesta. Yo me quedo inmóvil con la taza de café en el aire. David casi se atraganta con el suyo.

—¡No! —le digo riendo.

Oímos como los tres pequeños empiezan a cuchichear.

«¿Ves cómo no?... Pues mi madre me lo dijo… Antes se han dado la mano… Si no se dan besos no son novios… Pues vaya eme…»

David y yo nos miramos intentando aguantar la risa.

—¿Os gustaría? —Los niños desvían la mirada a David—. ¿Que fuéramos novios?

Álex asiente emocionada, ya conozco las ganas que tiene mi hija de verme emparejada. Marc sube un hombro con una risilla dando su confirmación. Lucas se rasca la cabeza sin entender mucho de qué va el tema y arrugando su naricilla exclama:

—¡A mí me da igual!

David y yo reímos ante sus respuestas. Me mira con dulzura guiñándome un ojo y vuelve a mirar a los pequeños.

—¡Nunca se sabe, chicos!

Acaban sus helados y van a jugar a unos recreativos que hay a unos metros de la mesa.

—¿Y tú qué dices? ¿Te gustaría ser mi novia?

Una sonrisa estúpida se dibuja en mi cara.

—Hace poco le dije a alguien que dejara que todo fluya. Disfrutando de las cosas como vengan, sin darle vueltas. Viviendo el momento. Hagámoslo así. Sin etiquetas. Poco a poco.

Aprieta mi mano sobre la mesa y me mira fijamente.

—Fluyamos entonces.

Capítulo 26

A las puertas del colegio, Pedro nos explica cómo le fue el fin de semana. Ha empezado a quedar con la madre de un compañero de fútbol de Jaime. Después de cruzar alguna palabra a las salidas de la extraescolar y los sábados en los partidos, decidieron salir a cenar. Y al parecer la cosa está yendo bastante bien.

—Bueno. Sin presiones. Ya sabéis que, aunque yo hable mucho… Luego soy un cagado. Me ha costado mucho llegar hasta aquí.

Ana le abraza emocionada. Ella era la mejor amiga de Elisabeth, la mujer de Pedro. Elisabeth era una mujer extraordinaria a la que Diana y yo tuvimos la suerte de conocer en los dos primeros años de infantil de Álex y María. Desgraciadamente, un cáncer se la llevó poco después.

Como es habitual, los niños salen corriendo hasta llegar a nosotros.

Álex y María llegan bastante alteradas a causa de una invitación a un cumpleaños para este viernes. Cosa que ya sabíamos, porque esta misma mañana ya nos habían añadido al pertinente grupo de *WhatsApp*.

Aprovechando que hace buena tarde, nos quedamos un ratito más en la plaza para que los pequeños jueguen.

Ultimamos el tema del regalo a comprar y organizamos quién recoge y deja a los niños el viernes. Ana trabaja y Pedro no puede ir. Así que Diana tendrá que llevar a todos los niños y yo acudiré cuando pueda salir del hotel.

Después de veinte minutos llamo a los niños para irnos. Tengo que dejarlos en casa de mis padres y volver al trabajo.

Cinco minutos más tarde consigo meterlos en el coche.

De vuelta al hotel, voy cantando mientras conduzco. Entra una llamada desde un número que no tengo registrado. Descuelgo desde la pantalla del salpicadero.

—¡Hola, pequeña!

—¡Hugo! ¿Y este número?

—Es el de mi representante, me he dejado el mío en casa. Soy un desastre.

—¡Representante! Ya suenas como todo un famoso.

—Bueno, bueno —puedo imaginar cómo se ha ruborizado—. Oye, ¿ya sabes que vas a hacer la semana que viene?

—Todavía no.

—¿Qué te parecería venir unos días a Madrid?

—Pues no estaría mal, ¡la verdad! Podría ir de lunes a jueves, ¿te iría bien?

—A mí perfecto.

—Pues esta noche miro trenes y te digo lo que sea.

Me cuenta un poco como le va y colgamos varios minutos después. Me alegro al pensar que, al menos, ya no voy a pasar las dos semanas de vacaciones sin hacer nada. No me iré a ver turcos guapos, pero Madrid siempre es un buen plan.

***

Estoy preparando la cena. Los niños están metidos en la bañera desde hace casi una hora. Lo de siempre, primero me enfado para que entren y luego me enfado para que salgan.

Lloro como una magdalena mientras corto cebolla para hacer una tortilla de patatas. Casi no puedo ni abrir los ojos con los vapores de la jodida hortaliza.

Aprovecho que suena una notificación de mensaje en el móvil, lo miro para intentar aliviar el escozor.

Veo que David me ha enviado una foto. En ella aparecen varios documentos firmados. Abajo se lee el texto «*Ya soy un hombre oficialmente divorciado*». Estamos los dos en línea así que rápidamente entra una videollamada. Al verme los ojos como dos tomates David se sorprende.

—¡Joder! No pensaba que te iba a emocionar tanto la noticia.

—¡Imbécil! Estoy haciendo la cena.

Desvío la cámara del teléfono al montón de cebolla cortado en la tabla.

—Entonces, ¿no te alegra la noticia?

—¡Claro que me alegra! Me alegro muchísimo por ti. Has cerrado una etapa. ¿Y la custodia?

—De momento compartida de mutuo acuerdo. La semana que viene Marc se quedará ya quince días con su madre. Está deseando probar su nueva cama en el piso de Silvia.

—Te veo radiante —añado con cara de felicidad.

Sonríe rascándose la cabeza, completamente orgulloso de sí mismo.

—Sí, estoy pletórico con todo esto. El divorcio, la custodia… Tú. Todo fluye.

Me río como una lela. Con ese vértigo de saltar al vacío y la sensación de mariposas en el estómago.

—¡Mamá!

Un grito desde el baño me devuelve a la realidad.

—Tengo a los niños en la bañera. Voy a sacarlos, ¡ya deben parecer dos uvas pasas!

—Claro, no te preocupes. Luego hablamos.

—¡Vale! Hasta luego.

Voy a colgar, pero me quedo mirando la pantalla. Admirando a David con esa mirada de ilusión, que me encanta. Nos quedamos unos

segundos solo observándonos, sonriéndonos sin decir nada.

—Lucía —hace una pausa y cuando parece que va a decir algo niega con la cabeza mordiendo su labio inferior—. Nada, nada. ¡Hasta luego!

Salgo de la cocina secándome los ojos, pero ahora ya no sé si la humedad en ellos es solo por los vapores de la cebolla.

***

Los niños ya duermen. Aprovecho que tengo el Tablet a mi disposición para buscar un AVE a Madrid para el próximo lunes. Reservo ida y vuelta con una oferta de última hora, de las que no admiten modificaciones. Estoy mandando un mensaje a Hugo con los horarios, y justo una llamada de David suena en el teléfono.

—¡Hola, conejita! ¿Qué haces?

—Conejita —resoplo—. Pues me pillas mirando cositas de las vacaciones.

—No sabía qué tuvieras vacaciones.

—Sí. La semana que viene y la siguiente.

—¿Y qué estás mirando?

—De momento solo he cogido el AVE para pasar unos días en Madrid. ¡Ya sabes! Un poco de museos, un poco de compras...

—Y un mucho de Hugo —añade con voz aguda.

Y como siempre que sale el nombre de Hugo se produce un silencio por su parte. Exhalo aire por la nariz en señal de molestia.

—Ya, ya… Es tu amigo.

—Exacto, ¿acaso no confías en mí?

—Sí lo hago. Tengo plena confianza en ti. No es eso. Pero ni me lo habías comentado y podríamos haber planeado algo juntos.

—¡Hagámoslo! Voy a Madrid de lunes a jueves. Tenemos aún más de una semana para hacer algo. Lo de Madrid ha surgido hoy mismo. No te comenté nada porque, hasta ese momento, tenía la intención de quedarme en casa.

—No puedo cogerme vacaciones ahora mismo. Y menos con todo lo que le voy a hacer a Toni. Pero podría faltar los viernes y así alargar los fines de semana.

—De acuerdo. Entonces los dos fines de semana son nuestros. ¿Qué te gustaría hacer?

—Llevarte a mi casa, atarte a mi cama y no dejar de hacerte el amor tres días seguidos.

Río ante el plan, pero he de reconocer que me parece de lo más tentador.

—¡No! —exclamo nerviosa—. Para dos semanas que tengo, no me quiero quedar metida en tu casa. Por mucho que me atraiga la idea.

—¡Está bien! Yo me ocupo de todo.

Me muerdo el labio, ilusionada. Dos escapadas con David me

parecen el mejor plan del mundo.

—No tendrás la regla esos días, ¿no?

—No —río—. Puedes estar tranquilo por eso.

Lanza un suspiro de alivio y ríe.

—Ya te iré informando con los planes. Lo de ir a la ferretería déjamelo a mí.

Me quedo confusa con su última frase, hasta que creo por dónde van los tiros.

—Déjate de bridas y cuerdas, *Christian Grey*. ¿Tienes un cuarto de juegos en tu casa y no me he enterado? —Le digo jocosa.

—Lo máximo que tengo es la *Play Station* en el salón. Esa es toda mi diversión en casa.

Suelto una carcajada. Miro el reloj y veo que ya es tarde.

—Bueno. Es hora de ir a dormir.

—¿Y me vas a dejar así? Eres tú la que ha empezado a hablar de bridas y cuerdas. Yo he dicho lo de la ferretería para ir a comprar adaptadores de enchufe. Ahora tengo que bajar el calentón.

Me quedo muerta de la vergüenza. Lo de los adaptadores ni había pasado por mi mente. Solo un pequeño *«Ah»* sale de mi garganta como tímida respuesta.

Le oigo reírse expulsando aire de su nariz.

—¡Que no, tonta! Que lo mío también iba por ahí…

—¡Vete a la mierda! —Me río aliviada.

—Pero no me vas a dejar así…

Su voz suena juguetona. Yo me levanto y me dirijo a mi habitación.

—Veamos qué podemos hacer con ese calentón —susurro.

Y me tumbo en la cama con su sonrisa en mi oído.

Capítulo 27

Son casi las siete de la tarde y la cosa está muy tranquila. Así que puedo irme un poco antes de mi hora y pasar por la fiesta de cumpleaños del compañero de clase de Álex.

A partir de ahora ya estamos en temporada baja y el ritmo de trabajo es cómodo y tranquilo.

Salgo de mi despacho hablando por el móvil. Óscar me espera sentado en su mesa para acompañarme al cumpleaños. Carlos no sale hasta medianoche y hemos quedado en cenar fuera con Diana, Matt y los niños al salir de la fiesta.

—Será poco rato, ¿no? —Me dice horrorizado—. Estos parques de bolas son lugares infernales.

Se da cuenta que estoy al teléfono y me pide disculpas juntando las palmas de sus manos. Le lanzo una sonrisa negando con la cabeza y cuelgo.

—Era David, que también va para el cumple y se viene a cenar.

—¡Bueno, bueno!… Veo que alguien también está fluyendo.

Río subiendo los hombros.

—Así es Osquitar. A veces hay que dejar de darle vueltas tanto a las cosas y dejar que la vida te sorprenda…

***

Llegamos a la fiesta de cumpleaños pensando que ya quedarían cuatro gatos y esto está en pleno apogeo.

El ruido es ensordecedor. Entre los gritos de los niños y la música a todo trapo, es imposible mantener una conversación.

Óscar, Diana y yo estamos sentados en la zona donde han servido las meriendas, comiéndonos las sobras de los niños.

—¡Madre mía! Ni en mis años de fiestero, en los peores antros *bakaladeros*, había este ambientazo —añade Óscar pavorido—. Si veo a un niño moviendo la mandíbula salgo corriendo.

—¡Calla, gilipollas! —Le increpa Diana.

—Aquí el subidón es por sobredosis de azúcar, ¡no sufras! —añado.

Óscar se levanta y mira al fondo de la sala asustado.

—Voy al baño. Deseadme suerte.

Y nos hace el símbolo del *Sinsajo* de los *Juegos del Hambre*.

—Te acompaño. Me estoy meando como una señora mayor.

—Pues lo que eres, Diana. Lo que eres…

Diana le da una colleja y los dos salen en dirección al baño cogidos del brazo.

Echo un vistazo a la sala intentando encontrar a mis hijos, no los he visto desde que llegué. Me levanto y ando alrededor de la zona

infantil mirando por las redes que la rodean. Al final los veo subidos a lo más alto del castillo.

Al volver a mi sitio, me fijo en un grupo de padres celebrando otro cumpleaños dentro del bar. Allí, apoyado en la barra y hablando con una chica, me sorprende ver a David. Está arrebatador con un traje negro y camisa azul. Va sin americana ni corbata. Los dos primeros botones de la camisa desabrochados y las mangas arremangadas. Lo habitual en él cuando sale de trabajar.

Al ir acercándome a la entrada del bar veo como la chica le mira el culo sin ningún tipo de recato. Me detengo y me quedo espiando disimuladamente.

Ella es mona, no espectacular como Silvia, pero es una chica atractiva. Me acerco más a la red para poder ver entre uno de los rombos que dibuja la malla.

No contenta con mirarle el culo a David, veo como la chica se agacha y se sitúa a la altura de su trasero y empieza a tocarlo mientras ríe divertida.

Intento no volver a las andadas. A ver cosas donde no las hay, pero es que es la situación es un poco inverosímil.

De repente noto como algo me golpea la cara, como si me dieran un puñetazo con fuerza.

—¡Ostras! ¡Que le habéis dado a la madre de Álex con la bola!

Veo como cuatro compañeros de clase de mi hija me miran aterrorizados.

—¡Ay, la leche! —Añade uno de los pequeños con cara de pánico mientras me señala.

Noto el sabor férreo de la sangre en mi boca. Me toco el labio con mis dedos y veo cómo mis yemas se tiñen de rojo. Mi primer acto reflejo es pasarme la lengua por los dientes. Respiro con alivio al notar que todas las piezas siguen en su sitio.

Diana llega corriendo hasta mí. Intenta sacar un pañuelo de papel de su bolso, Óscar me mira sin poder contener la risa.

—¡*Bunny!* ¡Que te han partido el labio! —Exclama mi amiga.

—¡Coñe, nena! ¿Ves cómo esto es igual que en las discotecas en los dos mil? Es como si te hubieras metido en una bulla. Yo me voy ¡eh!

—Vamos al bar a pedir hielo.

—¡No! ¡*A bar no pogemos ig*!

No puedo vocalizar a causa de la creciente hinchazón.

Diana pasa olímpicamente de mis palabras y me arrastra hasta la barra. Entra chillando «*hielo, hielo*» como una loca. Todos se giran a mirarnos.

Yo me quedo mirando a David. Entonces veo que la chica atractiva se levanta, dejando un cepillo de ropa en la barra y entrando rápidamente dentro de la misma a por hielo.

David corre hacia mí visiblemente preocupado.

—Lucía, ¿qué te ha pasado?

—Bolasho ninio eshe.

Señalo a los pequeños que aún me miran con cara de pavor.

—¡Joder! Y yo pensando que tenía un mal día porque se me ha pegado un chicle en el culo.

«Imbécil», pienso regodeándome en mi dolor. Me han reventado el labio por estar espiando a David en actitudes poco decorosas, cuando en realidad la chica solo le estaba intentando quitar un jodido chicle del pantalón.

David se acerca a mí y me coge la cara con las dos manos para observar la herida. Como es inevitable mi cuerpo reacciona a su tacto. Coge el cubito de hielo y me lo acerca suavemente al labio. Clava sus ojos en los míos. Las pupilas dilatadas. Me quejo al notar el frío en mis labios, aunque otros labios empiezan a elevar su temperatura en ese mismo momento. Inmediatamente noto el alivio gélido en mi boca.

La chica de la barra nos interrumpe entregándonos unas gasas y una botella de agua.

—Ven. Entra a los baños de personal. Tendrías que hacer unas gárgaras.

David me coge de la mano y me acompaña hasta el baño, guiados por la chica. Ella nos abre y vuelve a su puesto.

—¿Qué estabas haciendo tan cerca de la zona de bolas?

Aclaro mi garganta varias veces hasta que el agua deja de salir de color rojizo.

—Te eshtaba eshpiando. No shabia que hashia esha shica tocagdote e culo.

Me mira sin saber qué hacer. Por una parte no puede aguantarse la risa oyéndome hablar, pero por otra veo como pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Lucía, Lucía… ¿Qué voy a hacer contigo?

—Shi no me goliera tato te diría que me besharas. ¿A qué pareshco la *Jolie*? —Pongo morritos, pero no creo que sea necesario acentuar más el abultamiento labial.

—Si no te doliera tanto, no ibas a salir de aquí en un buen rato, *Angelina*.

***

Cenamos en una pizzería del casco viejo. Aun estando casi a finales de octubre, hemos podido cenar en la terraza. Así los niños corren por la plaza sin molestar a nadie. De paso aprovechamos y nos tomamos una copa allí mismo, antes de volver a casa.

La conversación estrella de la cena, como no podía ser de otra manera, ha sido el nuevo tamaño de mi boca. Finalmente, quitando lo aparatoso de la sangre, el corte no era muy grande y pese a que

mantengo la hinchazón ya puedo hablar con normalidad.

—Oye, pues ya me jode que esto no se quede así— Y sigo haciendo morritos mostrándoles mi labio abultado— Todo eso que me ahorraría en ácido hialurónico.

Sigo haciendo el tonto, poniendo cara de pez, cuando David me agarra suavemente de la barbilla y me gira dándome un pico que me coge completamente fuera de juego.

Me quedo quieta y miro a Diana, que está sentada frente a mí. Me guiña el ojo conteniendo una risita.

David vuelve a su posición colocando su brazo por el respaldo de mi silla y me acaricia el hombro.

Del hilo musical de la terraza empiezan a sonar las notas de «*Me voy*» de *Julieta Venegas.* Óscar y Diana me miran con sorna, recordando el bochornoso momento en el que les contaba, cómo meses atrás, diseccioné la letra de la canción en busca del adiós de David.

—«*Porqué sé que me espera algo mejor, alguien que sepa darme amor. De ese que endulza la sal y hace que salga el sol*» —David canturrea en mi oído—. ¡Es la mejor frase de toda la canción!

«¡Jodido David! Me enviaste el vídeo cantando la parte equivocada», pienso.

Y sonrió notando las mariposas de mi estómago bailando al ritmo de la música.

Capítulo 28

El AVE ha salido puntual a las seis de la mañana. Voy disfrutando de las vistas mientras escucho música en los auriculares. Me he puesto una lista de reproducción de esas moñas, donde todo son canciones de amor y felicidad.

Hace un rato he hablado con David. Me ha pedido que le mande fotos y, sobre todo, que disfrute mucho estos días.

Tengo ganas de pasar estos días en Madrid y estar con Hugo, pero no puedo evitar sentirme emocionada por saber que a la vuelta tendremos nuestra primera escapada juntos. No ha querido decirme nada del viaje. Solo sé que ya lo tiene todo reservado y que el día de antes me dará instrucciones sobre qué meter en la maleta. No sabré cuál es el destino hasta que lleguemos al aeropuerto. Estoy de los nervios. Al ser solo una escapada de tres días imagino que no será un sitio lejano. Alguna capital europea o quizá un destino nacional.

Hugo me llama y yo vuelvo de mi viaje mental, nunca mejor dicho.

—¡Hola, pequeña! Al final no puedo ir a recogerte a las nueve, tenemos que empezar antes la grabación. Ahora me sabe mal que te hayas pegado el madrugón para nada.

—No te preocupes, cojo el metro, o un taxi… Ahora reviso cómo es mejor llegar a tu casa.

—Vale. Debajo de casa hay una tienda que se llama *El Badulake*. Le dejo las llaves a Samir, es amiguete.

Río imaginándome a Hugo haciendo coleguitas por el barrio.

—Vale *Homer*. Ya te avisaré cuando esté en tu casa.

Al llegar a la estación de Atocha decido coger un taxi. La opción de ir en metro, con mi enorme maletón, ha quedado descartada al ver que tenía que hacer dos transbordos.

El taxi me deja en la puerta de *El Badulake*. Samir, amablemente, me entrega las llaves de Hugo.

Me sorprendo al entrar. El piso es un estudio diminuto. Comedor, salón y cocina en la misma estancia y dos puertas que nacen de ella. Como imaginé a primera vista, una es el baño y la otra es el único dormitorio.

Mi primera reacción es mirar otra vez a la zona que ejerce de salón. No hay sofá, solo dos butacas y una pequeña mesa de centro. Empiezo a cuestionarme si no hubiera sido mejor buscar un hotel.

Una notificación de un mensaje de Hugo llega en ese momento.

Acabaré a las cinco.

Son poco más de las diez, así que decido aprovechar el día.

Ok, pues Shopping day.
Llámame cuando acabes.

***

Me siento como *Carrie Bradshaw* andando por la Gran Vía, cargada de bolsas. Salvando las distancias, porque mis compras son de varias franquicias de *Inditex* y *Primark*. Pero yo me siento inmensamente feliz.

He comido en el *VIPS* de Alcalá que, aunque para la mayoría de los mortales es de lo más mundano, a mí se me hace súper especial. Es lo que tiene ser de pueblo.

Quedo con Hugo en la parada de metro de Callao. Lo veo bajo las escaleras y me dedica una enorme sonrisa. Sube los escalones de dos en dos para alcanzarme.

—¡Pequeña, por fin estás aquí!

Nos fundimos en un largo abrazo.

—¿Y esto? —Desliza suavemente su dedo por el corte de mi labio.

—Un accidente. Sigo con la serie de catastróficas desdichas.

Río ante el recuerdo del bolazo.

—Pensaba que ya habían dejado de ser catastróficas.

—Sí. La verdad es que parece que las cosas ya empiezan a funcionar, pero estoy un poco asustada también. No es lo mismo empezar a salir con alguien a los veinte que a los cuarenta. Ahora ya tienes las ideas más claras. Cargas con más responsabilidades encima. Los niños… Da un poco de miedo empezar de nuevo.

—Cuando algo te hace feliz y al mismo tiempo te asusta es que es justo lo que necesitas.

En mi boca se dibuja una sonrisa de felicidad. Dejo las bolsas en el suelo y le estrecho nuevamente entre mis brazos.

—Gracias, Hugo. ¡De verdad! Siempre tienes la frase perfecta que necesito escuchar. Y agradezco que siempre me hayas ayudado con David, aun saliendo tú perjudicado.

—No se puede luchar contra el PUM —Se golpea el corazón como siempre que habla de ello—. Solo espero que el karma tenga en cuenta lo bien que lo he hecho contigo y me ponga delante a alguien, incluso que sea solo sea la mitad de buena que tú.

—Hugo, tú te mereces a alguien tres veces mejor que yo. No lo dudes nunca.

Cargamos las bolsas a medias y nos ponemos a pasear.

***

De Gran Vía, bajando por Montera, hasta la Puerta del Sol. Luego a la Plaza Mayor y callejeamos hasta llegar a Chueca, donde finalmente nos sentamos a cenar algo en una terraza.

—¡Me quiero arrancar los pies ahora mismo! Hacía mucho tiempo que no caminaba tanto.

Me descalzo y hago movimientos circulares con los tobillos para volver a sentir la circulación en mis doloridos dedos.

—Suerte que hoy no llevas esos taconazos con los que sueles ir.

Se mofa de mí y yo asiento aliviada al mover los pies.

—¿Mañana qué haces?

—Hasta la noche nada. Tengo actuación en un teatro en La Latina, pero durante el día soy todo tuyo. Había pensado en ir al Retiro a pasar la mañana.

—¡Oh! ¿Me vas a llevar en barquita? —Doy palmadas con mis manos.

Hugo hace una mueca de horror.

—Desde que estás enamorada te estás echando a perder, ¡te estás volviendo moñas!

Río ante su comentario, y me hace pensar sobre si es cierto lo de estar enamorada. Que David me gusta mucho es obvio, que hay mucha atracción, también. Pero, ¿enamorada?

—¿Ahora te das cuenta? —Hugo me mira sorprendido y empieza a cantar—. «*Yo siento en el pecho, el baile enloquecido del fuego, por David, David, David.... Me pongo el sombrero, para que no se escapen los sueños, por David, David, David...*».

Emito una sonora carcajada al oírle tararear una de mis canciones favoritas de *Sidonie* con el cambio de letra. Aunque al final empiezo a cantar a dúo con él, dándome igual que toda la gente sentada en la terraza nos mire extrañada.

—«*Lo mejor del sol, a puñados yo te lo doy. Y es que me salen rosas de la boca, cuando me preguntan por ti. Y las calles se vuelven playas, si tú las andas, todo es por ti*».

***

Paramos en otra terraza para tomar una copa antes de volver a casa.

Al llegar al pequeño estudio lanzo la pregunta que me lleva rondando la cabeza desde por la mañana.

—Oye. ¿Cómo vamos a dormir? No pensé que solo había una cama.

—Y no la hay.

Desliza una maneta, y de lo que yo pensaba que era un armario del salón, sale una pequeña cama abatible

—Yo duermo aquí y tú te quedas con la mía. Pero vamos, que si ya te habías mentalizado en que íbamos a dormir juntos.

—¡Imbécil! —Le golpeo en un brazo—. ¡Y ni hablar! Yo me quedo en esta y tú duermes en la grande.

Saca una almohada de un cajón.

—Tú misma, es bastante incómoda. Siempre puedes venir a la mía

si no estás a gusto. Podemos dormir juntos sin que pase nada. ¡Mira! —Me señala la parte interna de su brazo—. Como en la *mili*, me he pinchado bromuro. Aquí no hay nada que se levante.

—¡Eso es una leyenda urbana! ¡Y tú ni siquiera has hecho la *mili*! —Cojo la almohada que tiene en las manos y le doy un golpe en la cabeza—. Así que me quedo aquí, aunque mañana me levante doblada y parezca *Pozí*.

—Joder, ahora sí que no se levanta nada seguro. Vaya imagen acabo de tener en la mente, *Ama Rosa*…

Ya en la cama abro *WhatsApp* para ver la última conexión de David. Es de hace solo unos minutos. Hemos ido intercambiando mensajes durante todo el día. Le he ido enviando fotos y contándole lo qué iba haciendo. Empiezo a escribirle de nuevo.

Buenas noches.
Ya en la cama. (emoticono dormido)

¿En la única cama?

No. Había otra cama más, camuflada.
¡No sufras!

No sufro, confío en ti. Pero me quedo más
tranquilo, no te lo voy a negar.

¿Cómo lo llevas? Hoy es tu primera
noche solo sin Marc y Silvia.

Muy bien sin Silvia, peor sin Marc.
Pero al menos sé que estará aquí en
dos semanas.

Luego se pasan volando, ¡ya verás!

Por cierto, el jueves sería mejor que durmieras
en mi casa y así ya salimos juntos al aeropuerto por
la mañana.

Claro, ¿a qué hora es el vuelo?

6.15h. Madrugón del bueno, o noche larga...
No pienso dejarte dormir mucho, te aviso.

Lo estoy deseando.

Joder, ya estamos... (berenjena)

Pues hoy no puedo jugar.
(emoticono llorando)

Estos tres días se me van a hacer eternos.
¿No puedes volver antes?

No. Tendrás que hacer
un esfuerzo.

A este paso me van a canonizar.

Sí, Santo David Palau, mártir en castidad.
¡Anda! ¡Vamos a dormir!

Eres malvada. Me vengaré por esto.

Espero que hayas ido a por las bridas y las cuerdas, entonces.

¡Basta! ¡Me voy a dar una ducha fría! Buenas noches, conejita.

Buenas noches, caramelito.

¿Qué coño es eso de caramelito? ¡No me gusta!

Ni a mí lo de conejita, ¡te jodes!

Te adoro.

Yo también me adoro. Te entiendo perfectamente.

¡Capulla!, vete ya a dormir, ¡anda!

¡Si eres tú, que no me dejas!

Vale, tregua. Me despido yo, luego tú y dormimos.

¿Y la ducha?

Buenas noches, descansa.

¿No te duchas?

Me estás tocando los huevos.

Ya te gustaría…

Joder Lucía… Estoy pensando en cosas muy sucias ahora mismo.

Pues dúchate, y restriega bien la cabeza. Buenas noches (beso)

Me desconecto nada más darle a enviar con la sonrisa fija en la cara.

Capítulo 29

Pasamos la mañana del martes en el parque de El Retiro. Hace un día espléndido y el lugar está lleno de gente. Ya se empiezan a notar los efectos del otoño y los tonos anaranjados predominan en el paisaje.

La barca tenía muy poca estabilidad. Además, Hugo no paraba de moverse haciendo que la pequeña embarcación se tambaleara sin parar.

No he dejado de decirle que dejara de hacerlo, pero así solo he conseguido el efecto contrario. Tuve que optar por callarme y rezar para que la barca no acabara volcando.

Nos sentamos en el césped a comer unos helados que hemos comprado en un quiosco.

Me quedo embelesada mirando a una familia que tenemos a unos metros. Una pareja joven con un bebé, que imagino tendrá cerca de un año, por la manera en que intenta dar pasitos manteniendo el equilibrio.

—¿Qué se siente? —Hugo se tumba boca arriba apoyado en sus codos y fija su mirada en la familia—. Al tener un hijo.

—Bueno. Te diría lo típico de que es un amor tan grande como el que nunca habías sentido por nadie. Que es un regalo de la vida. Bla, bla, bla. Y es verdad. No es que todo el mundo lo diga sin sentido.

Imito su postura y me tumbo a su lado.

—No sé cómo lo siente un padre, pero para una madre es bestial. Desde el momento que sabes que estás embarazada, un instinto de protección nace en ti de una forma sobrehumana. Cuando después de sufrir durante el parto, por qué sufres... ¡Y mucho!, y te ponen a tu bebé en los brazos, eso es una sensación que no vas a olvidar mientras vivas. En ese momento, sabes que vas a querer a esa cosita más de lo que te quieres a ti mismo. Que vas a luchar por protegerle y cuidarle con todas tus fuerzas. Tu orden de prioridades se ve afectado, pero a ti ni te importa. Ahí empieza el reto más importante de tu vida, formar a niños en valores, en que sean buenas personas. A mí no me importa lo que ellos decidan estudiar o ser el día de mañana. O si se enamoran de chicos o chicas. Solo quiero que hagan lo que hagan, no tengan miedo, ni se sientan juzgados por lo que podamos pensar los demás. Que tengan confianza en sí mismos y sean valientes y justos. Si ellos consiguen ser adultos felices, este préstamo que me ha dado la vida, habrá valido la pena. Porque es así, los hijos son un préstamo que te dan a plazo limitado. Tú te irás y ellos seguirán aquí, ¡y espero que así sea y me vaya yo antes! Y a pesar de que me parte el alma pensar que en algún momento dejaré de estar aquí para ellos, espero que sepan

valorar, que, con aciertos y errores, todo lo que hago y haré, es únicamente por su bien. Que seguramente podría ser mejor madre de lo que soy, pero si para ellos he sido buena, ya puedo irme con total tranquilidad.

—¡Joder! —Hugo se incorpora y me mira.

Cambio el tono intenso por uno más relajado.

—Y gritas todo el tiempo, y te cabreas mucho… Y te das cuenta de que la paciencia es relativa. Hay días que aguantas carros y carretas y otros que te molesta el solo hecho de que respiren. Pero…

—*Amor vincit omnia* —añade Hugo acariciando el tatuaje que llevo en la parte interior del brazo con esa misma frase —. No sé si la vida me tiene programado ser padre, ¡ya voy un poco tarde para ello!

—Nunca se sabe. La vida no deja de recordarnos que cada día es una nueva oportunidad.

—Por suerte, la vida me ha dado sobrinos. Podré resarcirme con ellos, al menos. Y tú, ¿tendrías más hijos?

Niego con la cabeza con movimientos rápidos.

—¡En absoluto! Yo ya he contribuido en la superpoblación del mundo con dos habitantes más. Ahora hay que dejar paso a los que aún no habéis hecho nada.

—¡Oye! ¡Qué yo lo intento! —Sube las cejas en un movimiento sexy—. Intentarlo me encanta, más de una vez la misma noche, si puede ser. Pero luego no acaba la cosa de tirar para adelante.

—¿Y con quien intentas últimamente? —Entrecomillo la palabra intentas y lo miro curiosa.

—Pues no intento mucho en los últimos tiempos, si te soy sincero.

—¡Venga ya! He leído los comentarios que te dejan muchas chicas en *Instagram*. No será por falta de candidatas.

—¡Dejaste el listón alto, pequeña! —me acaricia la nariz.

—¡Pero si tú y yo ni siquiera lo hemos intentado! No sabes ni como soy intentándolo. Igual intento muy mal, ¿sabes?

—En mi imaginación eres muy buena *intentadora*, yo me quedo con eso.

Río mientras me pongo en pie y le doy la mano para ayudarle a levantarse.

—¡Anda, tira! No quiero pensar en las cosas que hayas podido imaginar.

Hugo se levanta y del impulso acaba empujándome hacia él, abrazándome.

—Pues disfrutabas mucho, te lo aseguro.

Me guiña un ojo divertido y me separo de él riendo.

***

Por la noche Hugo tiene un monólogo en un teatro junto a otros compañeros de la cadena de televisión. Yo estoy súper emocionada

por poder disfrutar de la velada entre bambalinas.

Veo su actuación desde un lateral del escenario. Como de costumbre, es todo un éxito y el público responde con risas y aplausos a sus palabras.

Al finalizar, decidimos ir a tomar algo con sus compañeros de actuación. Dos chicos y una chica, la cual ha hecho un monólogo sobre la menstruación realmente brillante.

Tomamos algo en un local cerca del teatro. No es un sitio muy amplio, pero tiene una gran pista central. Alrededor de ella hay pequeños semicírculos con mesitas y asientos en los que podemos estar sentados tranquilamente, como si fueran pequeños espacios reservados.

La mayor parte del tiempo hablan de gente que no conozco y de anécdotas que viven entre ellos, pero no me siento nada desplazada ya que Cárol, la monologuista, no deja de aclararme sobre qué o quién hablan en cada momento.

Después de un par de cervezas ha llegado mi momento de ir al baño, ella se levanta para acompañarme.

—¿En serio no podéis ir a mear solas? No lo entenderé nunca —añade Hugo.

—Pues ya han hecho varios monólogos sobre lo que es ir a mear a un baño de tías. No se queda nada corto ninguno —aclara Cárol.

Yo asiento con la cabeza recordando algún fragmento que he podido oír alguna vez.

Entramos en el baño, dónde como es normal, hay cola. Hay dos puertas y en ninguna de ellas funciona el pestillo. Así que mientras una hace pis, la otra se queda fuera vigilando para que nadie abra la puerta.

Al salir, Cárol me pide que la acompañe a la barra a tomar unos chupitos antes de volver a nuestra mesa.

—Oye. Disculpa por lo que te lo voy a preguntar pero, ¿entre Hugo y tú hay algo?

—Somos amigos, nada más —añado negando con la cabeza.

—Es que hemos quedado un par de veces, y cuando parece que la cosa va a ir a más, él no avanza. Hace una semana me dijo que estaba esperando a que viniera una amiga a pasar unos días, que imagino que serás tú. Y que no quería nada conmigo por si pasaba algo con esa amiga.

Me quedo bastante cortada. Siempre he sabido que Hugo siente algo por mí. Pero he intentado quitarle hierro al asunto y cada vez pensaba que exageraba dada su vis cómica.

De repente me siento fatal por estar aquí. Por parecer que quiero jugar con él, sabiendo que yo no siento lo mismo y creándole falsas esperanzas.

Al volver a la mesa seguimos hablando un largo rato, aunque yo empiezo a sentirme cada vez más incómoda. El remate es cuando uno de los otros chicos hace un comentario en el que da por hecho que Hugo y yo somos pareja.

Al salir del local, decidimos pasear un poco antes de coger un taxi. Al final Hugo me hace la pregunta que lleva horas esperando realizar.

—¿Qué te pasa Lucía? Estás muy seria. Llevas media noche un poco rara.

—Mira, Hugo. Creo que mañana voy a volver a casa.

Me mira confuso y se detiene llevándome a un banco donde sentarnos.

—Creo que no ha pasado el tiempo que necesitabas, y que yo esté aquí no ayuda. Yo lo último que quiero es hacerte daño. Pero creo que tampoco estoy gestionando bien todo esto. No me he puesto en tu lugar. Yo no soportaría estar todo el día con un amigo por el que realmente siento algo más, y hasta hoy no lo había visto de esa manera.

—¿Cárol te ha dicho algo?

Asiento mientras me enciendo un cigarro. Él me lo quita y le da una calada, yo enciendo otro para mí.

—Le dije que me gusta, y es verdad. Pero que esperáramos un poco. Quería ver si estos días había cambiado algo entre tú y yo. Si saltaba la chispa esa, que no hay manera de encenderla. Me siento como si estuviera esperando algo que nunca va a suceder. Pero, aunque nunca vayamos a estar juntos, me alegro de que estés aquí. No quiero que te vayas de mi vida.

Le estrecho las manos con ternura.

—No me voy a ir, Hugo. Solo tengo que cambiar la manera de quedarme. De hacer bien las cosas. De darte el espacio y el tiempo que necesitas para superar los sentimientos que tienes hacia mí. Intentando que acaben siendo solo los de dos buenos amigos. Pero si no lo conseguimos, no podré nunca molestarme por ello. Entenderé que quieras poner tierra de por medio. Debes dejarme ir, para que podamos volver.

—¡Joder, pequeña! No imaginé que fueras a dolerme tanto.

Se levanta a parar un taxi que viene en nuestra dirección, antes de entrar nos damos un largo abrazo, como el día del mirador. Cargado de pena, de sueños sin cumplir, de culpabilidad y de dolor por el amor no correspondido. Un abrazo que hoy sí, me sabe más a despedida que nunca.

Todo el viaje en taxi reprimo las ganas de llorar.

Ya en su casa, en mi angosta cama, al oír la respiración de Hugo dormido, caen todas las lágrimas contenidas.

Capítulo 30

El viaje de vuelta es un desastre. Como ya sabía, no pude cambiar el billete que tenía para mañana y comprar uno nuevo ha sido casi imposible. Al final he conseguido uno a media tarde, pero el tren se ha parado en un punto indeterminado a unos cuarenta minutos de mi estación de destino, y lleva más de hora y media detenido.

Llamo a David para avisarle que no sé cuándo voy a llegar. Nadie nos informa de la avería sufrida, ni por supuesto, nos aclaran sobre posibles soluciones. Había quedado en recogerme, pero le digo que mejor cogeré un taxi.

Al llegar a la estación está esperándome sentado en uno de los bancos de hierro situados frente a la puerta de llegadas.

Viene hacia mí y me estrecha entre sus brazos. Yo le aprieto con fuerza.

—¿Qué ha pasado? Si me dijiste que no pensabas volver antes.

Sigo aferrada a él, con firmeza.

—No fue buena idea ir.

Me observa preocupado y puedo notar por su mirada por dónde van sus pensamientos.

—No ha pasado nada con Hugo, no es eso. Hemos tomado la decisión de alejarnos. Debo darle tiempo y espacio y esperar que algún día podamos ser amigos. No conocía la magnitud de sus sentimientos hasta estos días. Y no quería hacerle más daño.

Me da un rápido beso en los labios.

—Si la amistad es sincera ni el tiempo ni la distancia lo impedirán. Verás como todo sale bien. Ahora ambos tenéis que pasar el duelo, cada uno a su manera.

Repito sus movimientos y le doy otro corto beso.

—Tenía ganas de verte.

—¡Y yo, conejita! Llevo tres días esperando este momento —confiesa con una tímida sonrisa.

E incluso estando en una estación concurrida de gente que viene y va, allí, mirándole a los ojos, no puedo evitar tener la sensación de que no hay nadie más que él y yo.

Al entrar en su coche, me fijo que hay un porta trajes colgado en la percha del asidero del asiento trasero. Además de una pequeña mochila sobre el asiento.

David mira de reojo como echo un vistazo a los dos objetos. Arranca el motor y emprendemos la marcha. Voy contándole anécdotas del viaje a Madrid, hasta que me fijo que toma un desvío en dirección contraria a casa.

—¿Dónde vamos? —pregunto curiosa.

—Pues he tenido que hacer cambio de planes con el retraso del tren, así que, primero a cenar. Y luego a dormir —pero me mira desde la parte superior de sus ojos bajando la cabeza en clara intención de que dormir, no es lo qué vamos a hacer—. ¡No vamos a casa! Y como tú ya llevas maleta he cogido algo para pasar la noche y el traje para mañana. Que sepas que te va a tocar madrugar. Tendré que dejarte en casa antes de irme al trabajo.

—¿Y has traído las bridas y las cuerdas? —lo miro de forma provocativa.

—No me calientes o tendré que parar el coche aquí mismo.

Pongo la mano en su muslo y él da un respingo. Coloca la lengua en sus dientes superiores y esboza una media sonrisa.

—No juegues mientras conduzco, Lucía. O te juro que paro el coche.

Subo un poco más la mano. Él lanza un bufido. Asciendo aún más hasta estrechar su paquete. Ríe mordiéndose el labio.

—¡Tú lo has querido!

Gira el coche hacia un pequeño mirador en la carretera y para el motor. Se desabrocha el cinturón y se gira a besarme. Sin preámbulos, lengua con lengua. Un beso húmedo, desesperado. Me quito el cinturón, mientras con mis pies empujo las deportivas para descalzarme.

Paso entre los asientos delanteros sentándome en el asiento de atrás. David sale por la puerta del conductor y entra por la trasera.

—Debe hacer veinte años que no follo en un coche. Ya no estoy para saltar asientos.

—¡Estás mayor!, no lo intentes disimular —me mofo.

Se abalanza sobre mí y seguimos besándonos.

—Pues entonces hoy te toca trabajar a ti, ¡como yo ya tengo una edad! —Se sienta y yo me pongo a horcajadas sobre él—. Te has puesto vestido porque sabías que esto iba a pasar, ¿no?

—¡Claro! —Río—. Cuando me he vestido esta mañana me he dicho: Lucía, hoy ponte algo que sea cómodo para follar en un coche.

Le desabrocho el pantalón y me elevo, dejando que él se mueva para bajar un poco el vaquero y la ropa interior. Su miembro queda al descubierto saliendo de su slip como un resorte.

Lo acaricio suavemente con mi mano, arriba y abajo y me deleito mirando su cara de placer.

Lamo su cuello, empiezo a desabrocharle los botones de su camiseta.

—Abre esa mochila.

Arqueo una ceja con mirada ardiente. Subo su camiseta sacándosela por la cabeza.

—¿Cuerdas y bridas?
—No, conejita. Ahí llevo condones.
—¡Pues qué pena, caramelito!
Desabrocho el cinturón de tela de mi vestido, lo paso por sus muñecas y hago un nudo. El sobrante lo paso por el asidero sobre la ventanilla, tenso la tela dejando sus brazos en alto y vuelvo a hacer un nudo para que no pueda moverlos.
—¿No vas a dejar que te toque? —su mirada es abrasadora.
Hago pequeños chasquidos con la lengua a modo de negación. Abro la mochila y busco los preservativos. Se lo coloco lentamente, mientras mi lengua juega entre su boca. Él acerca su cara para seguir el juego, mientras yo me voy apartando y acercando, marcando el ritmo. Sus gemidos me dejan claro que está realmente excitado.
—¡No puedo más! ¡Quiero estar dentro de ti!
De un solo movimiento dejo que entre en mi interior. Subo y bajo mi cadera de forma lenta, decadente.
Me siento poderosa llevando las riendas. Me ponen muy caliente su cara de excitación y sus gemidos.
—Más fuerte, nena. Así no te gusta.
—¡Shhh!
Sigo sin acelerar, moviéndome pausadamente, para conseguir rozar mis partes sensibles.
Hace un calor abrasador, los cristales se han empañado y estamos empapados en sudor. Sigo unos minutos más de quietud hasta que empiezo a subir la intensidad de mis movimientos.
David está al límite. Con las manos inmovilizadas solo puede usar la lengua y chupa y lame todo lo que está a su alcance. Sigo moviéndome hasta que empiezan a fallarme las fuerzas.
—Me voy a… —Sus palabras entre un gemido ahogado hacen que yo también llegue al clímax.
—¡Correr!
Al unísono, nuestras palabras y nuestros orgasmos.
—Desátame. Necesito abrazarte.
Deshago los nudos de sus muñecas dejándole los brazos libres. Entonces me estrecha entre ellos, apretándome a su pecho.

***

Entre la avería del tren y nuestra parada inesperada, no encontramos abierto ningún sitio donde cenar. Así que compramos algo preparado en una gasolinera para comer al llegar al destino.
Gira por un camino de tierra y entramos en lo que parece ser un camping.
—¿Vamos a dormir aquí? —mi voz suena un poco asustada.
—Sí. Le he pedido a Diana una de las tiendas de campaña que usasteis en la fiesta de pijamas.

Intento mantener la compostura. No es que me parezca mal una acampada, pero después de dos noches durmiendo en la pequeña cama de casa de Hugo, necesitaba algo más confortable donde pasar la noche.

Conduce por varias de las calles del asentamiento hasta que detiene el coche. Sale del vehículo mientras yo cojo la bolsa con la cena de mis pies.

—¿Qué te parece? —pregunta con entusiasmo.

Al salir solo veo unas parcelas vacías. Lo miro reticente pero me fijo en que él no está mirando en la misma dirección, así que me giro y entonces me quedo maravillada.

Delante de mis ojos veo una arboleda con preciosas cabañas de madera sobre los árboles.

David saca todas las cosas del coche mientras yo sigo embobada mirando las casitas iluminadas que se asientan entre los troncos. Le sigo cuando empieza a andar hacia una de ellas. Subimos una estrecha escalera de caracol hasta llegar a la terraza donde está la puerta de entrada.

—La llave está en mi bolsillo.

Lleva las manos ocupadas, hace un movimiento con su cadera para indicarme que coja la llave.

—Tú lo que quieres es que te meta mano.

—¡Eso siempre! —Guiña un ojo—. Pero ahora quiero cenar, tengo tanta hambre que me comería un elefante.

Dejo las bolsas en la pequeña mesa de madera que hay en la terraza. Abro la puerta y me quedo en el alféizar admirando las vistas del interior.

Una habitación con una cama *king size,* con dosel y telas de tul cayendo hasta el suelo. Un pequeño sofá de color rojizo. Al fondo un jacuzzi. La estancia desprende calidez en todas sus formas.

—Esto pesa, ¡eh!

Río y paso al interior dejando entrar a David, que deja los bultos que iba cargando encima del sofá. Vuelve a mí y me mira de esa manera tan bonita, tan reconfortante. Me lanzo a sus brazos.

—¡Me encanta! ¡Es preciosa! ¿Ya habías estado aquí?

—No. Hace tiempo que vi estas cabañas por internet, pero no tenía con quién venir.

—Me alegro de ser yo, tu primera vez —dejo un suave beso en sus labios.

—Tú estás siendo mi primera vez en muchas cosas, Lucía.

Me coge levantándome en el aire y yo enrosco mis piernas alrededor de su cintura. Nos besamos con desesperación, con ansía. Abre las cortinas del dosel de la cama y me coloca lentamente sobre ella.

—¿No tenías tanta hambre? —le digo picara.
—De ti, conejita. Solo tengo hambre de ti.

Capítulo 31

Acabo de hablar con Diana, para ir poniéndola al día con los últimos acontecimientos.

He aprovechado para sacar las cosas de la maleta de Madrid y prepararla nuevamente para el fin de semana.

Hace un rato, David me ha mandado un mensaje con una captura de pantalla de la aplicación de *El Tiempo,* pero ha tachado la ubicación. Así que lo único que sé es que necesitaré ropa de abrigo.

Al despedirnos esta mañana en mi portal no he conseguido arrancarle ni una sola información sobre dónde vamos a pasar estos días.

Mientras doblo unos jerséis y los hago un churrete para meterlos en la maleta, mi mente vuelve una y otra vez a los recuerdos de la pasada noche.

De cómo hicimos el amor en la cama al llegar a la cabaña. Después del calentón del coche, aquello fue completamente diferente. Más cálido, más tierno. Recuerdo su manera de acariciarme, de mirarme. Y mi cabeza vuela a futuros imaginarios.

Decido dejar la maleta para después e ir a prepararme algo de comer, a ver si consigo alejar a mi mente de las películas que me empiezo a montar.

A media tarde, al salir de la ducha, veo que David me ha mandado varios mensajes por *WhatsApp*. Al abrir la aplicación veo que son de hace diez minutos.

Salgo del trabajo en media hora y te
recojo para ir a mi casa.
Tengo agujetas, no me puedo ni mover hoy.

Río volviendo a recordar lo de ayer y notando el escozor en ciertas partes de mi cuerpo que hoy también están dolientes. Contesto a sus mensajes.

Ya te dije que estás mayor.
Los de la recepción del camping seguro que
se han pensado que eras mi Sugardaddy
cuando nos han visto irnos esta mañana.
(emoticono llorando de risa)

Al momento está en línea.

Coche, cama, sofá, jacuzzi.

No quedó sitio donde no lo hiciéramos.
¿Eso lo aguanta un Sugardaddy?

Pastillita azul y todo solucionado.

¡Ja, ja! Ya veo que tengo una novia que
se piensa que tiene veinte años.

¿Novia? Leo «*novia*». Las mariposas de mi estómago están ahora en vuelo libre, pero una sensación de vértigo me invade de inmediato.

Dijimos sin etiquetas, ¿recuerdas?

Veo como en la pantalla pone escribiendo. Se detiene. Escribiendo. Vuelve a parar. Así hasta un minuto. Finalmente llega un mensaje.

Me meto ahora en el coche, luego nos vemos.

Se desconecta de inmediato.

***

Al entrar en casa de David vuelvo a sentirme igual de impresionada que la primera vez, meses atrás. El único cambio, es que a diferencia de la vez anterior, ahora sí hay juguetes y se ve claramente que allí vive un niño.

Toco una gran caja de plástico llena de muñecos y miro a David con una sonrisa de ilusión. Está sentado en el sofá observándome.

—Ahora sí que se nota que hay un niño en casa, ¿eh? —añade con cara de felicidad.

Asiento y me tumbo a su lado apoyando mi cabeza en sus muslos. Empieza a acariciarme el cuero cabelludo, un cosquilleo recorre todo mi cuerpo. Vemos un rato la televisión hasta que decidimos preparar algo de cena.

No me deja hacer nada, así que me quedo apoyada en la encimera. Estoy fascinada con la destreza de David en los fogones.

—¡Vaya! Pensaba que no eras cocinillas —digo sorprendida mientras él me mira confuso—. El día que comimos aquí preparaste una lasaña congelada.

—Bueno. Iba a estar cuatro días fuera de casa, esa semana no había comprado y fui gastando lo que tenía en la nevera. ¿Tu nevera siempre está llena?

—El limón seco y la lata de anchoas caducada te pueden confirmar que no. Que se pasan muchos días solos allí dentro.

Huele de maravilla. Me coloco a su espalda intentando sacar la cabeza por encima de su hombro para echarle un vistazo a la sartén. Se mueve para no dejarme ver y yo intento hacerle cosquillas en la zona de las costillas. Se gira riendo.

—Es solomillo al cava, ¡cansina! Puedes hacer una ensalada y así

dejas de molestarme.

—¡Oye! ¡No sabía que tuvieras tan mal genio! —exclamo fingiendo enfado.

—Ni yo que tú eres tan porculera.

Abro la boca haciéndome la falsa ofendida. Se acerca a mí con media sonrisa y me coge de la cintura.

—Y por eso me gustas tanto.

Me besa el cuello. Me coge en volandas y me sienta sobre la encimera. Empezamos a besarnos, sin prisa, saboreando nuestras bocas. Cuando la intensidad empieza a ser más elevada me separo, pero sin muchas ganas.

—Cuidado, *Ferran Adrià*, que se te quema el solomillo.

***

El despertador ha sonado demasiado pronto, o al menos esa es la sensación que me ha dado cuando he oído el horrible zumbido del teléfono de David. Apenas hacía un par de horas que nos habíamos dormido. Como era de esperar, el solomillo se quemó por dedicarnos a otros temas. Temas que hemos ido practicando hasta muy tarde.

Entro al aeropuerto con la boca del estómago cerrada y una enorme acumulación de nervios, como cuando de niña salía de excursión con el cole. Estoy a escasos minutos de conocer cuál va a ser el destino final.

Al acercarnos a los mostradores a hacer la facturación, leo todas las pantallas, a ver cuáles pueden ser las opciones de nuestro viaje. David va unos pasos delante de mí. Se para y espera a que le alcance.

—¿Preparada?

Me coge la mano y nos dirigimos a nuestro mostrador. Hay dos opciones. Dos puestos a los que nos podemos acercar. Uno es para ir a Praga, otro a Budapest. Me quedo alucinada pensando en cualquiera de los dos.

David me pasa el brazo por el hombro y me acerca a él.

—¿Cuál prefieres?

— La verdad, me da igual. No conozco ninguna de las dos ciudades y ambas me parecen igual de impresionantes.

Lo digo sin apartar la vista de las dos pantallas, desviando mi mirada de una a otra, ilusionada.

—Pero entre las dos, ¿con cuál te quedas? A ver si he hecho una buena elección.

—¡Mmm!… Quizá Budapest, por el rollito romántico del Danubio.

Esboza una sonrisa de satisfacción y se acerca al mostrador de Budapest tomándome de la mano.

***

Aprovecho el vuelo para dormir un par de horas.

Al despertar veo a David trabajando desde su Tablet. Le acaricio la

mano que tiene sobre el apoyabrazos.

—Si te iba mal por cuestiones laborales me lo podías haber dicho. Nos hubiéramos quedado en casa.

—No. Solo estoy aprovechando este rato para hacer un par de cosas. Al aterrizar no habrá más trabajo hasta la vuelta. Estos días son solo para nosotros. Va a ser la primera vez que estemos juntos tanto tiempo, ¿sabes? Me da un poco de miedo.

—¿Por qué? ¿Temes que vea algo de ti que me asuste? ¿O a la inversa?

—No, no es eso. Pero, no sé —me mira con timidez.

—¿Temes tirarte un pedo y que quiera salir corriendo?

Ríe nervioso mirando alrededor por si alguien me ha oído. Yo imito su gesto y veo como una mujer mayor sentada en nuestra fila, al otro lado del pasillo, contiene una sonrisa. Al ver que la hemos pillado, mira a David con ternura.

—¡Guapo! Cuando uno está empezando una relación, hasta los pedos del otro le parecen bonitos.

—¿Ves? —le doy un pequeño codazo a David—. Y yo que sufría por si entras al baño después de que yo vaya a cagar. Si en el fondo es súper romántico.

Le guiño un ojo a la mujer, mientras David mueve la cabeza poniendo los ojos en blanco. Ella ríe de forma franca.

—Di que sí, cariño. Sentido del humor y confianza. Eso es lo básico —añade la señora.

El resto del vuelo lo paso mirando guías y mapas sobre la ciudad en la que vamos a pasar estos días.

***

A la salida del aeropuerto tomamos un taxi para que nos lleve al hotel. El taxista nos explica, en un inglés que me resulta casi indescifrable, lugares qué visitar a parte de los típicos para turistas. Además de restaurantes y bares dónde tomar una copa.

Al llegar al hotel me quedo maravillada. Está situado a orillas del Danubio, junto al puente de las Cadenas.

Una vez en la habitación, lo primero que hago es ir corriendo a deslizar las cortinas. A ver si hemos tenido suerte de tener un dormitorio con vistas exteriores. Se me corta la respiración cuando descubro que por los grandes ventanales tenemos una panorámica preciosa de El Castillo de Buda y las orillas del río. David se me acerca abrazándome desde atrás.

—Me aseguré de que la habitación fuera con vistas.

Me besa dulcemente el cuello, me giro a besarle en los labios y le abrazo con fuerza.

—A mí también me da un poco de miedo, la verdad —confieso avergonzada. Él me mira confuso.

—Pensaba que eso ya lo habíamos aclarado en el avión. —Ríe y con un movimiento de cabeza mira al baño.

Sonrío apretándolo con firmeza, apoyando mi cabeza en el hueco de su cuello.

—No a estar estos días aquí contigo, sino a estar contigo en general.

Intenta moverse para mirarme, pero yo hago fuerza intentando mantener la misma postura. Sin contacto visual.

—¿Esto viene por el mensaje en el que dije que eras mi novia?

—No… Sí… No sé.

Me coge la cara entre sus manos y me eleva la cabeza para que le mire.

—Me gustó. Lo de novia. Pero me da pavor esto de volver a estar con alguien. De acoplarme a las rutinas y horarios de otra persona que no sean mis hijos. Me he acostumbrado a estar sola y valorar mi independencia.

—Lucía. Te prometo que no haremos planes de futuro más allá de estos dos días. Así lo quieres, que vayamos fluyendo y así lo intento hacer. Siento que al decir aquello te haya asustado. Es probable que tú no le quieras poner nombre. Pero a mí no me importa reconocer que estamos juntos y empezando algo, que ya veremos por dónde nos lleva.

—Pero también te asusta, lo dijiste en el avión.

—Claro que me asusta. ¡Joder! Estoy completamente acojonado. Estoy sintiendo cosas que hacía tiempo que no sentía. En realidad, no sé ni si las había sentido alguna vez. Pero no voy a dejar que el miedo me frene.

Me coge de las manos y nos sentamos en el sofá debajo de los ventanales. Yo no dejo de mirarme las manos en un acto nervioso.

—Mira, no sé qué va a pasar. Esto puede durar un fin de semana, un mes, un año, o quizá toda la vida. Nadie lo sabe. Solo sé que no quiero perder la oportunidad de conocerte, de pasar tiempo contigo. De saber todo de ti, ahora que estoy empezando a…

—Enamorarme de ti.

Lo digo subiendo la mirada lentamente para verle los ojos. De una parte como confesión y por otra por acabar su frase, con miedo a saber si esas iban a ser sus palabras.

Clava sus azules ojos en los míos y de una amplia sonrisa puedo ver su perfecta dentadura.

—Te dije que quedaba una regla más, ¿recuerdas?

—La inquebrantable —añado recordando sus palabras.

—Casi inquebrantable. Pues eso era. No enamorarse. Y por supuesto, es otra más de mis reglas que ya has roto. Así que quiero seguir descubriendo qué más eres capaz de lograr conmigo, Lucía. De

momento tenemos una ciudad por recorrer.



Capítulo 32

Me despierto con las primeras luces del alba. Siempre me pasa en los hoteles. No sé dormir sin persianas y en cuanto empieza la claridad del día, ya se me abren los ojos. Me levanto de la cama y me coloco rápidamente entre la ventana y el *foscurit* para que David no se despierte con el resplandor que entra al mover las cortinas.

Me quedo asombrada con las vistas. En cómo los primeros rayos de sol se reflejan en el río. Cómo brilla el color azul de la cúpula del Castillo de Buda.

Ayer estuvimos viendo los monumentos más cercanos al hotel, sin tomar transporte público, solo los que nos quedaban cerca para ir a pie. Andamos muchísimo. Cenamos algo en un restaurante precioso con música en vivo y con una comida exquisita.

Llegamos derrotados a nuestra habitación, por cansancio y por la falta de sueño de la noche anterior. Así que nos dormimos nada más caer en la cama.

Salgo de detrás de las cortinas y veo a David tumbado en la cama. Despierto, apoyado sobre su brazo flexionado.

—Buenos días, conejita.

—Buenos días, caramelito.

Me tumbo boca arriba en la cama y me tapo con el edredón.

—Me ha cogido frío.

Busco sus pies con los míos.

—Ven aquí. Te daré calor.

Se acerca y me rodea con sus brazos y sus piernas. Puedo notar su erección en mi muslo.

—Ya veo que estás caliente.

—Contigo siempre estoy a punto de ebullición, ya lo sabes.

—Tenemos una hora hasta que abra el desayuno —añado juguetona acariciando el tatuaje de su pecho.

Se levanta y busca algo en su maleta. Vuelve a la cama mostrándome un cinturón de piel negro.

—No son bridas y cuerdas pero puede servir.

Levanto las cejas y estiro mis brazos juntando las manos.

Pasa el cinturón por entre mis muñecas cerrando la hebilla, mira detrás de mí y veo que pone cara de enfado.

—¡Puto cabezal liso! ¿A ver dónde ato yo esto ahora?

Río dándole un beso en los labios.

—¡Vaya amo de mierda estás tú hecho! —estiro los brazos hacia atrás—. Tú imagínate que me has atado y punto.

Suavemente desliza mi ropa interior. Desde los pies va subiendo

poco a poco, besando delicadamente mis piernas. Se detiene en mi monte de venus.

El frío que sentía minutos atrás se ha desvanecido por completo. Me arqueo de placer solo imaginándome lo que va a suceder. Abro mis piernas. En un impulso pienso en mover mis brazos para empujar su cabeza hacia el centro de mi sexo, pero prefiero seguir el juego y mantenerlos estirados. Subo mi cadera en su lugar como invitación.

David obedece mis deseos y se coloca entre mis piernas. Como siempre, su lengua hace que me estremezca. Introduce un dedo en mi interior y yo me retuerzo de satisfacción. Sigue unos minutos hasta que le pido que pare.

—No me quiero correr así, quiero correrme contigo dentro —susurro

—Yo quiero que te corras de las dos formas.

—No… Sube.

Me mira confuso pero acaba cediendo. Se levanta de la cama y vuelve a buscar algo en su maleta. Vuelve intentando abrir un preservativo.

—David, yo sé que estoy sana y tomo la píldora.

—¿Estás segura? Yo estoy limpio, pero no me importa si tú…

—Estoy segura.

Tira el paquetito del preservativo a la maleta detrás de él y se tumba sobre mí.

Me coge los brazos y desabrocha el cinturón de mis muñecas.

—Otra vez será. Ahora quiero que me acaricies, que me abraces… Lo que quieras. Pero tócame, como haces siempre.

Me acomodo bajo su cuerpo para facilitar su entrada. De un golpe entra en mi interior haciéndome gemir.

Tal y como me ha pedido le toco, le acaricio la espalda, el culo. Subo las manos por su cuello, doy suaves tirones a su pelo cada vez que siento que la embestida va a acercarme al paraíso.

No cambiamos la postura. Me mantengo debajo todo el tiempo, apretada a él con mis piernas enroscadas en su cintura. Cuando David sube la intensidad de sus movimientos creo que estoy al límite. Me corro antes qué él. Me arqueo destensando mi cuerpo ante la oleada de placer que me invade.

Él sigue varios empujes más y un largo gemido me anuncia que también ha llegado al clímax.

—Ha sido increíble sentirte —Me besa dulcemente el cuello.

***

Pasamos el día entre tranvías, recorriendo la ciudad. Visitando las dos partes de la urbe.

Me siento sorprendentemente cómoda. Los miedos a pasar tantas horas juntos desaparecen poco a poco, mientras vamos de un lado a

otro.

Podemos hablar de todo, discutir sobre asuntos que vemos de diferente manera, confesar temas que nos duelen…

En un día aprendemos mucho el uno del otro.

Descubro a un David apasionado por la vida. A un hombre que no tiene miedo a equivocarse y sí a no intentarlo. Que ha superado sus fantasmas, después de estar un año hundido tras su divorcio y la muerte de su madre. Me estremezco frente a un David que llora delante de mí, recordando sus malos momentos. Un hombre generoso, leal y de fuertes valores como la familia y la amistad. Un ave fénix que resurgió de sus cenizas para no perder ni un segundo en lamentaciones y aprovechar los minutos al máximo.

Él conoce a la Lucía que pocas veces muestro. La que moría de dolor por no tener a sus hijos cada día cerca. La que no vio venir la traición de su marido. La que es feliz en una esquinita sin que nadie note su presencia. La que se cree autosuficiente y no quiere la ayuda de nadie. La que presume de querer estar sola, pero a su vez necesita creer que el amor es la fuerza que mueve el mundo y todos necesitamos amar y ser amados.

***

Tenemos reserva para cenar en un barco restaurante que navega por el Danubio ofreciendo unas preciosas vistas de la ciudad iluminada.

Cenamos mientras disfrutamos de las bonitas imágenes que vemos por las ventanas de la pequeña nave. Descubriendo más cosas el uno del otro.

—A veces hay que saber lo que los demás han vivido. Conocer qué les ha dolido en el pasado, para así aprender a quererlos bien en el futuro.

—Que profundo te pones. ¿Esa frase es tuya?

—No, la leí en un sobre de azúcar —ríe.

—Y con lo que has conocido hoy de mí, ¿has sacado algo en claro?

—Muchas cosas. Me ha sorprendido ver que eres muy orgullosa. Lo pasaste mal con el divorcio y no te permitiste estar triste. Según tú, para que tus hijos no te vieran mal. Cuando, en verdad, lo hiciste para que nadie viera que puedes ser vulnerable y que, como a cualquier persona, le duele una traición. Crees que eres débil y que los demás te juzgarán si te muestras así. Por si alguien lo usa en tu contra. Pero en realidad eres fuerte y luchas por lo tuyo como una leona. Te cuesta pedir ayuda. No te gusta que te regalen nada y quieres conseguir tus éxitos por tu propio esfuerzo. Por ello crees que no necesitas a nadie, cuando en realidad eres más romántica de lo que crees.

Pongo los ojos en blanco pero una risilla se me escapa sin poder remediarlo.

—¿Ves? Vas de dura, pero en realidad, eres la persona más cariñosa y generosa que he conocido jamás. Eres la que odia ser el centro de atención y siempre quiere pasar desapercibida, pero no eres consciente de que eres todo lo contrario. Que, desde tu esquinita, irradias tanta luz, que haces que tanto tú como todos los que estén a tú lado brillen. Sacas lo mejor de los demás y ni siquiera eres consciente que tienes ese don.

—Joder.

Lo digo flojito. No me salen las palabras. La descripción de David es perfecta. Soy esa que no deja que nadie vea que puede estar mal. Esa que siempre finge que puede con todo. Esa a la que le cuesta decir que ha llegado al límite y necesita ayuda.

—Sí, señorita Lucía. Es usted un poco complicada pero a mí me encantan los retos.

Coloco mi mano sobre la suya y él la mueve entrelazando nuestros dedos.

—Y a mí me encanta que seas todo lo contrario. Que no tengas problemas en mostrarte vulnerable y que reconozcas que hay cosas que te asustan, pero intentas superarlas. Que seas apasionado y te dejes llevar por tus impulsos sin pensar en las consecuencias. Que la familia y la amistad sean importantes para ti. Que seas leal, desinteresado. Que luches por tus sueños. Que tú sí seas el que brilla en el centro y le guste que le miren, pero no dejas que tu resplandor apague el brillo de los demás.

Se levanta de su silla situada frente a mí para sentarse a mi lado.

—Creo que este viaje está mereciendo mucho la pena.

Nos besamos suavemente en los labios. Con los ojos cerrados, soñando en todo lo que el futuro nos pueda ofrecer.

***

El domingo pasamos la mañana haciendo las últimas compras. Suvenires para los amigos y familia y regalos varios para los niños. Paseamos por las calles cogidos de la mano. Besándonos en cada rincón.

Comemos algo en el aeropuerto antes de embarcar.

Durante el vuelo, David vuelve a conectarse con la realidad y aprovecha para trabajar. Yo voy leyendo en mi Tablet.

Voy al baño. Al volver, me encuentro a la señora que tenía al lado durante el vuelo de ida, sentada en mi asiento, hablando con David.

—¡Bonita! —me saluda cariñosa—. Ya me ha dicho tu novio que os ha ido bien el viaje.

David me mira haciendo una mueca al oírse mencionado como novio.

—Tiene razón mi novio. Nos ha ido estupendamente —añado con cara de tonta.

—Pues me alegro por vosotros. Hacéis una pareja preciosa.

Me coge del brazo para levantarse y se dirige hasta la parte delantera del avión, despidiéndose de nosotros haciendo movimientos al aire con sus huesudos dedos.

Al atravesar la puerta de salida del aeropuerto me sorprendo al ver a Óscar y Carlos esperándonos. El capullo ha venido con un cartel en el que se lee «*Sra. Conejita y Sr. Caramelito*». Corro hasta él e intento arrancárselo de las manos.

—¡Te dije que no le iba a hacer gracia! —añade David riendo al acercarse a él para saludarse.

—¿Sabías que iban a venir a buscarnos? —Le miro confundida.

David intenta no reírse mientras me mira subiendo los hombros fingiendo que él no tiene nada que ver.

—David llamó a Óscar para pedírselo. Y ahora vamos todos a cenar a casa de Diana —me confiesa Carlos.

Yo miro a David sin poder contener una sonrisa de alegría.

Óscar me abraza y caminamos cogidos hasta llegar a su coche. Carlos y David van unos metros por delante.

—¿Cómo ha ido la pasión húngara estos días? —me empuja con su hombro.

—No era turca, ¿la pasión?

—¡Nena! Con ese hombre se despierta la pasión húngara, turca y estepeña… ¡Mira que culito tiene!

—¡Eh! ¡No le mires el culo a mi novio! —Le doy un codazo.

Me mira con los ojos muy abiertos y llevando su mano a su boca abierta de par en par.

—¡Olé! Esto es fluir y lo demás son tonterías…

Llegamos al coche. David y yo nos sentamos en los asientos traseros. Cada vez que me coge la mano o se acerca a mí, Óscar me pone caras por el retrovisor.

Al llegar a casa de Diana, ella ya ha preparado una mesa preciosa sin falta de detalles. Entramos en la cocina y me encuentro a mi amiga peleándose con unos aperitivos, así que me pongo a ayudarla. Matthew está fuera en el jardín preparando la barbacoa.

Óscar saca una cerveza de la nevera y se la tiende a David.

—¡Tú fuera! A ver cómo va el fuego.

—¡Vamos, tío! Que aquí empieza el salseo —añade Carlos haciéndole un gesto a David para que le acompañe al jardín.

Una vez nos quedamos los tres solos, se colocan los dos frente a mí, con mirada expectante. Yo me hago la loca y me cojo una cerveza de la nevera. Óscar cuchichea al oído de Diana.

—Bueno, ¿qué? —Exclama mi amiga—. Nos vas a poner al día o hay que esperar a que nos lleguen las invitaciones de la boda, novia.

—Novio, novia. ¿Qué significa eso en realidad?, son solo palabras

—espeto mientras doy un trago al botellín.

—Ya... Sí. Pero te recuerdo que eras tú la que tenía urticaria al oírlas.

—Bueno. Ahora las tolero un poco mejor.

—Enchochada perdida, te lo digo yo —Óscar le da unos golpecitos en el brazo a Diana.

—Pues sí, mira. Lo reconozco. Vengo completamente enamorada, ¿qué le vamos a hacer?

—¡Pues brindar por ello, *Bunny*!

Y chocamos nuestras bebidas mientras nos damos un abrazo.

Capítulo 33

Mi siguiente semana de vacaciones transcurre tranquila.

Acabo de llegar a casa, después de comer con Óscar y Diana. Habíamos quedado para organizar la fiesta de despedida de Sophia de la próxima semana. Óscar se marchará a París de lunes a jueves y quería adelantar cosas antes.

Hoy ya es jueves. Me siento en el sofá sintiéndome culpable, ya que debería haber dedicado estos días a limpiar a fondo la casa, ordenar algún armario o hacer algo productivo. Pero en lugar de ello, solo me he pasado los días leyendo y viendo alguna serie que tenía atrasada.

David se ha quedado a dormir todas las noches desde que volvimos el domingo de Budapest.

Aún con miedo a estar corriendo demasiado, no puedo evitar querer pasar todo el tiempo que puedo con él.

Me encanta cuando llega a mi casa por la noche, cenamos comentando como nos ha ido el día, vemos un rato la televisión abrazados en el sofá, y dormimos juntos.

El placer de lo cotidiano. Que, para una persona de rutinas como yo, es algo que me aporta completa felicidad.

Habíamos pensado en varios planes para el fin de semana, pero por un problema, David tiene que trabajar el sábado. Así que, finalmente, no haremos nada que conlleve viajar.

Leyendo en el sofá debo quedarme dormida. Un suave beso de David, que acaba de llegar de trabajar, me despierta de mi sueño.

—¡Vamos, *Bella Durmiente!*, ¡Qué son casi las ocho! ¡Vaya horas para echarse una siestecita!

Me estiro intentando desentumecer mi cuerpo. Cuando consigo abrir los ojos, la imagen de David con la camisa abierta y el botón del pantalón de su traje desabrochado es un deleite para mis sentidos. Me muerdo el labio golosa.

—Me ducho y preparo algo de cena.

Veo cómo se dirige al baño.

—La cena ya está hecha. Empecemos por la ducha.

Me levanto del sofá y sigo sus pasos desabrochándome la bata.

***

Mientras cenamos, le cuento las disparatadas ideas de Óscar para la fiesta de Sophia. Una llamada a su teléfono nos interrumpe. Mira la pantalla con recelo. No es un número de sus contactos. Descuelga.

—Hola, David. Sabes quién soy, ¿no?

Pongo cara de asombro. Reconozco esa voz chillona y molesta incluso sin poner el auricular en manos libres. ¿Qué querrá?

—¿Aída? —contesta arrugando el cejo en clara mueca de incomprensión.

Me mira confuso. Se levanta y sale a hablar a la terraza.

Vuelve a la mesa unos minutos más tarde.

—Mira por donde ya tenemos plan para el sábado por la noche. La semana que viene es el cumpleaños de Fer y Aída le está preparando una fiesta sorpresa.

Recuerdo la foto que vi hace semanas en el perfil de Andrea, en la que Aída estaba con el grupo de amigos de David.

—¿Aída sale mucho con vosotros?

—Yo habré coincidido con ella no más de seis o siete veces. Tampoco es que salgamos mucho todos juntos. ¿Te supone un problema estar con ella?

—Ninguno. ¡Aída me la trae al pairo! Solo lo preguntaba porque quizá ella conozca más a las demás chicas y…

—¿Lucía teme no hacer amigas?

—¡No, gilipollas! —Le golpeo suavemente con la servilleta en la cara—. Pero me da corte no conocer a nadie.

—A ellos los conoces, y ellas saben de sobra quién eres. Te vieron todas en la boda de Javi y créeme, están deseando conocerte.

Río recordando aquel día. Hace solo un par de meses pero me parece que fue hace una eternidad. David parece saber en qué estoy pensando.

—Quién nos lo iba a decir, ¿no? —Vuelvo de mis pensamientos y le miro—. Después de aquel desastre de noche y ahora estamos aquí.

—Lucía, ¿va a ser siempre así? — pongo voz grabe e imito el tono enfadado con el que me lo dijo la primera vez, en la fiesta de pijamas de los niños —. ¿Recuerdas? Era una confusión detrás de otra. Pero como dicen… No se puede luchar contra el destino.

—No creo en el destino. Me niego a creer que mi vida ya está escrita. Pero sí creo en las casualidades. Y si la casualidad te cruza varias veces con una persona es por algo. Lo de encontrarnos en la boda sí me pareció una coincidencia. Pero cuando me presenté en casa de Diana, el día de la fiesta de pijamas, y me abriste la puerta, entendí que la vida tenía claras intenciones contigo y conmigo. Pese a que, en ese momento, parecía que todo estaba en nuestra contra.

Sonrío como una imbécil. Me levanto de mi silla y me siento en sus piernas, abrazándolo.

—Siempre serás mi más bonita casualidad, Lucía. Aunque aún desconozco las consecuencias de hacia dónde nos llevará todo esto.

—¡Qué más da! Me gustas como para asumir las consecuencias.

Aparta un mechón de mi pelo colocándolo detrás de mi oreja. Su tierna mirada me estremece.

—No me digas esas cosas, que me enamoro.

—¿Acaso no lo estás ya, caramelito? —le pregunto fingiendo asombro.

—Completamente, conejita... Completamente.

***

El viernes por la mañana me acerco al hotel. Tengo que reincorporarme el lunes pero vengo a ponerme un poco al día. Óscar me va informando de las novedades. Me siento en mi ordenador para contestar algunos correos. Además, aprovecho y busco hotel para el sábado.

Saldremos por la capital, ya que todos viven allí. Cuando David sale con sus amigos suele quedarse a dormir en casa de Toni. Pero yendo los dos, me sabe mal abusar y prefiero que durmamos fuera.

Reservo un hotel que queda cerca del local que ha alquilado Aída para la fiesta.

Antes de irme a casa voy a tomar un café a la cafetería.

Carlos es el encargado de preparar mi bebida.

—Perdona, Lucía. ¿Puedo preguntarte una cosa?

Asiento con la cabeza.

—Tú conoces muy bien a Óscar y necesito ayuda. En el viaje a París quiero pedirle que vivamos juntos. Sé que es muy pronto. Pero ya sabes que se le acaba el contrato de alquiler de su piso y tiene que buscarse dónde vivir. Había pensado hacerlo de alguna manera especial. Tenemos cena reservada en el *Moulin Rouge*, quizá allí puedan hacerme el favor durante el espectáculo.

—¡Uf!... ¡Quita, quita! ¡No lo hagas! Con Óscar no funcionan esas cosas. Mejor busca la manera de decirlo como si lo acabaras de pensar en ese momento. Si se lo pides de manera casual seguro que no le entra un agobio de tres pares de huevos, como le pasará si le montas una escena en plan Hollywood. Deja que salga el tema y dile que puede irse contigo unos días hasta que encuentre algo. Es mucho menos romántico pero más efectivo, créeme.

Me mira completamente decepcionado.

—Después de dejarlo con Pablo lo pasó muy mal, le ha costado llegar hasta aquí. Es normal que tenga miedo y no quiera correr. Pero está muy feliz contigo. Óscar está muy emocionado con este viaje, para él ir a París juntos ya es algo súper especial. Lo que tenéis que hacer es disfrutar mucho y desconectar de todo esos días.

—Sí, supongo que tienes razón. A Óscar le van las grandes movidas, pero las que no van con él.

—Exacto. Él es el perejil en todas las salsas, pero en las salsas que cocinan otros.

***

He comido en casa de mis padres. Mi madre lleva mucho tiempo con la mosca detrás de la oreja y que me fuera de viaje con un amigo

misterioso la ha tenido en vilo durante días.

A mis treinta y nueve años, no puedo dejar de sentir vergüenza hablando de estos temas con mi madre. Y aunque sé que jamás me va a juzgar ni a opinar sin meterse donde no la llaman, necesito contarle lo que estoy sintiendo con David. Una madre es una madre y mi parte infantil necesita su consejo. Como siempre, sus palabras son como un bálsamo para mí.

—¡Hija, que complicada eres! Te gusta, te trata bien y lo pasáis bien juntos. ¿No sé qué más quieres? ¡La vida es muy corta para estar siempre dudando de todo, cielo! Ya te casaste una vez y no salió bien. Ya has aprendido que las cosas a veces no son para siempre, pero ¿y qué? De aquello nacieron tus hijos. Así que piensa, que aún del peor dolor siempre acaba saliendo algo positivo.

Con las palabras de mi madre resonando en mi cabeza y en mi corazón, salgo de su casa con las energías a tope y la promesa de llevar a David a comer un domingo la paella de mi padre.

Una vez ya en casa decido dedicarme la tarde. Me embadurno en mil cremas y mascarillas, pelo y cuerpo. Unas horas completamente auto contemplativas en las que conecto conmigo misma intentando aniquilar las dudas y miedos de mi cabeza.

Cuando David llega a casa estoy preparando la cena. Se me acerca por detrás y me besa el cuello.

—¿Huele a pizza? —asiento al tiempo que me giro a besarle—. Me ducho y te ayudo, conejita.

—Claro, amor.

Me mira sorprendido pero una sonrisa se dibuja en su boca dejando al descubierto sus dientes alineados.

—¿Ya no soy caramelito?

—No. Ya eres amor. ¿Tampoco te gusta?

Me abraza contra su pecho.

—Me encanta, cariño.

Me aprieto más contra él. Sigamos apartando dudas y miedos.

Cenamos sentados en el sofá, con la pizza colocada en la pequeña mesa de centro. Le enseño el hotel que he reservado para mañana.

Me explica que por la tarde ha ido a buscar el regalo de Fer. Regalo específicamente encargado por Aída, la que insistió encarecidamente en ir personalmente con él a buscarlo.

En el último momento se apuntó Toni y ella cambió los planes diciendo que tenía que hacer otras gestiones.

—Un poco raro todo… Pero bueno. Imagino que quiere que todo salga bien. Parece ser que está organizando una gran fiesta.

—No lo niego, pero eso no quita que sea odiosa.

Ya me la imagino mañana, yendo de primera dama. Intentando ser ella más protagonista que Fer.

Capítulo 34

Dejamos el equipaje en el hotel y nos cambiamos de ropa. Aída ha alquilado un local donde se hará la cena y la fiesta. Catering, disc jockey… De todo, con todo lujo de detalles, ¡cómo no!

Desconozco el grado de etiqueta del evento. Viniendo de ella, será como una ceremonia de los *Óscar*. Aun temiendo no estar a la altura de la ocasión, decido ponerme un vestido fucsia de coctel, unos *stilettos* del mismo color y un bolso de mano dorado.

David lleva unos chinos negros con camisa azul y americana beige. Lo miro como hipnotizada mientras se da los últimos toques de perfume delante del espejo.

Llegamos al local. En la puerta están Toni y Javi fumando, acompañados de un señor mayor, el cual da un efusivo abrazo a David cuando nos acercamos a ellos.

—¡David! ¡Cuánto tiempo sin verte! Vaya embolado nos tiene aquí liado la nuera, ha montado un despliegue para el cumpleaños del niño que ni en las fiestas de los futbolistas. Me da hasta cosa entrar.

—¡Venga, Floren!, si luego eres el que lo da todo. Cuando empiezas con los chistes ya no hay quien te pare.

Ya entiendo de dónde le sale a Fer la vena chistosa.

Saludo a los chicos y David me presenta al padre de Fer. Una chica sale en ese momento con cara de agobio y se abraza a Toni. La recuerdo del día de la boda. Es la chica que llevaba el vestido color turquesa que acompañaba a David al salir de baño y que me hizo morir de celos.

—¡Dios mío, es insufrible! Ahora le está pidiendo a Julia que se vaya a cambiar de ropa porque ha venido vestida del mismo color que ella.

—Lucía. Ella es Rocío, mi mujer.

Toni la coge de la cintura y ella me dedica una sonrisa franca acercándose a abrazarme.

—Que ganas teníamos de conocerte, Lucía. ¡Ven! Vamos dentro que te presento al resto.

Entro al local cogida de la mano de Rocío. Hay una mesa larga repleta de aperitivos. A la derecha hay una barra con un par de camareros preparando bebidas. El techo está lleno de globos. Las paredes están repletas de fotos de Aída y Fer. Y muchas de Aída sola. Demasiadas.

—¡Ahí, ahí! ¡Egocentrismo en estado puro! —Dice Rocío con los ojos en blanco.

Corriendo a nosotras llega Julia, la mujer de Javi. Es a la única que

puedo reconocer del día de la boda. Mira a Rocío con clara cara de enfado.

—¡Su puta madre se va a cambiar de ropa!

Entonces repara en mi presencia.

—¡Lucía! —Me da dos besos—. Que ilusión conocerte. Y perdona, pero es que he tenido un problemita con tu amiga.

Voy a aclarar mi grado de amistad con Aída cuando Rocío se me adelanta.

—¡Es verdad! Discúlpanos. Vas a pensar que somos unas zorras, aquí metiéndonos con ella —gira la cabeza hacia la salida del baño—. ¡Patri ven! Mira, ¡es Lucía!

Deduzco enseguida que es la mujer de Sergio. Si él está trabajado en el gimnasio como *Thor*, esta chica es toda una *Elsa Pataky*.

—¡Por fin nos conocemos! Soy Patricia, la mujer de Sergio.

Me tranquiliza ver que ellas también van arregladas, pero sin parecer que van a recibir una estatuilla.

—¡Luci, cariño!

Esa voz de pito forzada hace que me gire con cara de incredulidad ante tal efusividad para conmigo.

Y allí está ella, con un vestidazo de noche digno de alfombra roja. Haciéndonos indignos a todos los demás.

—¡Aída! —Añado cortante y bastante desconcertada.

—Chicas, ¿ya os habéis presentado? Ella es Luci, mi amiga del pueblo.

«*¿Luci? ¿Amiga del pueblo?*», alucino. Se acerca a mí con una sonrisa enorme en la cara y me da algo parecido a un abrazo que hace que me tense entera. Su actitud es indescifrable para mí en este momento.

—Llamadme Lucía, no Luci, ¡por favor! —consigo decir entre tanto aturdimiento.

—¡Pues ellas son Juls, Pat y Ro!

Las tres ponen sendas caras de asco ante el *cuqui* nombre que les ha puesto Aída. Me miran con cara de circunstancias y salen corriendo donde está el padre de Fer con más gente, que imagino son su esposa y el resto de hijos y nietos.

Aprovecho el momento de soledad con Aída y me acerco a ella, cambiando el peso de mi cuerpo de un pie a otro, bastante alucinada. Voy a hablar cuando me percato en su expresión.

Si normalmente me mira con superioridad y repulsión, hoy es mucho más exagerada su mirada.

—¿Súper *amiguis* tú y yo? —pregunto con total incredulidad.

—Esta noche no puede fallar nada. Lo tenía todo planeado. Y te confieso que, que tú estés aquí, lo estropea todo. No pensaba que lo de David contigo fuera algo en serio. Pero bueno, fijamos cordialidad,

amiga. Ya queda poco —ríe con inquina.

Da dos pasos girándose para irse sin dejarme contestar. Pero estoy tan alucinada que tampoco sabría qué contestarle.

Se gira de repente.

—Por cierto, ese vestido no es para nada apropiado. Es vulgar y barato, como tú. Aún no entiendo qué ha visto David en ti.

—¿Esta es tu idea de cordialidad?

Aída vuelve sobre sus pasos y se acerca a mi pecho, soy una cabeza y media más alta que ella. Pero eso no hace que me tenga ningún respeto.

—¡Esta noche voy a acabar contigo! Tú, que te crees tan perfecta. Tan educada y políticamente correcta. Todos siempre tan encantados contigo… —Se alisa el flequillo con la mano, y entonces su expresión se vuelve airada—. ¡Me repugnas! Y me repugna pensar que estás con un hombre como David, mucho mejor que tú. Que no le llegas ni a la suela de los zapatos. ¡Mosquita muerta de mierda! Me jodiste los planes, pero no pienso dejar que esto se quede así. Pienso recuperar a David. Es conmigo con quien tendría que haber acabado la noche del Sunset. Ya estoy harta de Fer y sus chistes sin gracia.

Se aleja rápidamente, móvil en mano, en dirección a la puerta, dando órdenes de que nos escondamos para darle la sorpresa a Fer.

Estoy entre aturdida, alucinada y cabreada a partes iguales. ¿La zorra ha sido capaz de liarse con Fer y montar toda esta película solo por David?

Busco con la mirada a David, que está hablando con Julia y Rocío y me pide que me acerque a ellos, para escondernos detrás de unas cortinas todos juntos.

Voy a explicarle lo ocurrido cuando las luces se apagan. Unos segundos después oímos el ruido de la puerta y vuelven a encenderse las luces. Todos salimos de nuestros escondites al grito de «*¡Sorpresa!*».

La cara de Fer es una mezcla de emoción e incredulidad. Mira a Aída y le dedica una mirada de amor tan sincera que no puedo dejar de sentir una profunda pena por él. Y asco por ella.

Fer saluda al resto de invitados alucinado y embargado de felicidad. Besos, abrazos… Aída delante de él en todo momento, dirigiendo sus movimientos.

David, Toni, Sergio, Javi y yo estamos delante de la barra. Intento llevarme a David lejos de los chicos para contarle lo sucedido pero Patricia llega corriendo seguida de Julia y Rocío.

—¡Gabinete de crisis, chicos! Esto es muy serio.

Patricia me coge del brazo y los demás hacen un círculo en torno a nosotras. Mira a su alrededor como vigilando que nadie se acerque.

—Estaba grabando la decoración y lo he oído todo, ¡lo siento! David nos acababa de aclarar que no sois amigas, precisamente.

Coloca su móvil donde todos puedan verlo y un vídeo de mi última conversación con Aída se reproduce en la pantalla.

—¿Esa zorra está usando a Fer por joderla a ella y recuperarte? —añade Rocío confundida mirándome a mí y luego a David.

—¿Cómo que recuperarme? ¡Si yo nunca he estado con ella! —exclama David asombrado.

—¡Pobrecito, Fer! ¡Con lo enamorado que está!

A los cuatro amigos se les ha cambiado la cara. Son el reflejo de la rabia. Espetan al aire varios insultos.

Conozco a Aída, así que trazo un plan en mi mente.

—Esta quiere show… ¡Pues tengamos show!

Todos se acercan y acordamos las directrices a seguir.

Que empiece la función.

Capítulo 35

Van a servir la cena. Cada uno busca la tarjeta con su nombre en la mesa alargada.

En un extremo está la familia, Fer y Aida están colocados en torno a la mitad de la mesa, después de ellos, los amigos. Todos encuentran sus tarjetas. Javi, Toni y Sergio están juntos con sus respectivas parejas. David está al lado de Aída, pero yo no estoy al lado de David. Me paseo por toda la mesa en busca de mi tarjeta, sin encontrarla. De repente oigo a uno de los niños, en una pequeña mesa aledaña, en la que ya están todos sentados.

—¿Quién es Lucía? —comenta un pequeño rubio al resto de niños mientras lee la tarjeta de su asiento contiguo. El resto de pequeños le miran subiendo los hombros.

Al ser la única que aún sigue en pie, uno de los camareros me pregunta por mi asiento. Le explico la confusión, siendo consciente que Aída lo ha hecho intencionadamente. Amablemente se dispone a hacerme un sitio en la mesa grande. Pero mi querida amiga viene corriendo a nuestro encuentro.

—¡Uy! No sé qué habrá podido pasar, ¡qué error más tonto! Pero vamos, Luci. Ahora no nos vas a hacer movernos a todos. ¡Mira! —señala la mesa grande—. Ya están todos colocados y estamos ya muy justos. Cena aquí, que solo será un ratito. Usted haga que le sirvan el menú principal y no el infantil y todo arreglado.

El camarero vuelve a mirarme en busca de mi aceptación. Yo claudico y le digo que no pasa nada. No contaba con no estar en la misma mesa que el resto, pero casi que me alegro. David me mira desde su asiento y asiente lentamente con la cabeza. Yo tomo asiento.

—Buenas noches, pequeños. Soy una espía infiltrada de vuestros padres y voy a cenar aquí para asegurarme que os lo coméis todo, ¿vale?

Los niños me miran con recelo, pero en cuanto les hablo, con mucho conocimiento, del último videojuego del momento, rompo todas las barreras.

La cena transcurre como esperaba. Desde mi asiento veo como Aída pasa olímpicamente de Fer y solo habla con David, quien está muy interesado en todo lo que ella le explica. Mientras, ella solo hace que dedicarme miradas de autosuficiencia y asco, como de costumbre.

Las chicas me van dedicando vistazos de hastío y hacen comentarios grotescos sobre mí, con los que todos ríen sin disimulo. David incluido. Un no parar de cuchicheos entre ellos, incluyendo a Aída.

Llega el momento del pastel y tras él, las mesas desaparecen para dar paso al baile. Dejo por fin a mis pequeños compañeros de cena, prometiéndoles jugar un rato con ellos después.

Veo como David y los chicos se llevan a Fer a la puerta, a fumar.

Me acerco a la barra donde Aída habla con las chicas. Patricia me dedica una mirada reprobatoria de arriba a abajo y le susurra algo a Aída, que me mira y se ríe con claro desdén.

Rocío y Julia se unen a ellas reproduciendo la misma mirada sobre mí. Cogen sus copas y las cuatro se alejan dirigiéndose al centro de la sala entre risas.

Unos minutos más tarde, los chicos entran nuevamente. Fer se dirige a hablar con sus padres y hermanos.

David se une a las chicas y toma la mano de Aída, girándola sobre sus pies, empezando así a bailar. Suena una canción lenta y los dos se mueven al ritmo de la música. Él la acerca más a su cuerpo y ella no opone ninguna resistencia.

Acaba la canción y Aída sigue en los brazos de David, se gira a mirarme con clara expresión de triunfo mientras yo mantengo la cara de aguantar el llanto que finjo desde la cena. Me aproximo a ellos. Cojo a David de un brazo que le quito de la cintura de Aída.

—¿Podemos hablar?

—¿Tiene que ser ahora? Estoy ocupado, ¿no lo ves?

Su tono denota tanta indiferencia hacia mí que Aída ríe orgullosa.

—¡Luci, cariño! Los niños están allí. Igual ellos sí quieren jugar contigo un ratito —añade Patricia haciendo que todos rían su gracia.

—¡Claro! O igual en el hotel estás mejor que aquí —dice Julia.

—¡Que te pires! —corean los chicos a la vez.

Los miro apesadumbrada. Cojo aire e intento contestar, pero en su lugar me alejo de allí. Aída parece un pavo, con el pecho hinchado por su propia arrogancia. David la acerca más a él y siguen con sus bailes mientras el resto baila junto a ellos y los vitorea.

Me acerco a la barra, cerca de donde Fer habla con su padre y sus dos hermanos. Solo consigo oír frases sueltas.

—¡Hijo! No te estoy entendiendo… Yo ya estoy mayor para estas cosas… ¿Ese no es tu amigo?… Ya verás, tu madre…

—Tu amigo David necesita que le partan la cara.

—Pues tu novia está muy contenta ahí bailando.

—No… Dejadme a mí… Un momento más.

Aída y David siguen bailando muy unidos. Fer se aleja de su familia dirigiéndose a la pista de baile. Al llegar coge a David del brazo apartándolo de Aída. Ella le da un manotazo volviendo a colocar la mano de David en su cintura.

Me acerco también a ellos. Fer me mira rabioso.

—¿Te puedes creer lo de estos dos? Llevan tonteando toda la

noche, ¡y en nuestra puta cara! ¡Yo alucino! —Y se marcha hacia el otro extremo del local.

—¡Es verdad! Si queríais que esto pasara podíais haberlo hecho en otro momento, ¡no aquí delante de todos para avergonzarnos a Fer y a mí!—añado mirando a los dos que ni siquiera se han dignado en parar de bailar.

—¡Pues vete! Ya te lo hemos dicho. Aún no sabemos qué pintas hoy aquí —Patri me lanza una mirada cargada de cólera.

—¡Sí, bonita! —Añade Julia—. Nadie quería que vinieras.

—Lucía, haznos un favor y no nos jodas la noche —añade Javi.

—¿Y Fer? ¿Veis normal lo que le estáis haciendo?

—Fer ya es mayorcito. No será el primero o la primera que se encoña, ¿verdad, David? —le dice Sergio guiñándole un ojo.

—¡Ya ves! —añade David con una risotada fijando su fría mirada en mí—. Siempre está la tonta a la que le echas tres polvos y ya está viendo anillos.

Los chicos emiten una sonora carcajada. Muy neandertal toda la situación.

David sigue mirándome con gesto de aborrecimiento. Se acerca aún más a Aída y sigue hablando.

—Ya hablaré yo con Fer. Si no lo entiende, ¡que se joda!

Aída ya no está henchida de arrogancia, está a punto de explotar. Ella, tan protagonista de todo, siempre queriendo ser el centro de atención, por fin es la reina del cotarro. Todos están a su favor, los chicos la defienden, las chicas son su *cuquipandi*. Se lleva al chico y a sus amigos. Está pletórica y no puede disimular tanta felicidad en estos momentos.

—¡Sois todos unos hijos de puta!

Seco una lágrima de mi mejilla y me voy corriendo al baño.

Espero mirándome en el espejo mientras me retoco el maquillaje tranquilamente. Me sorprendo de mis dotes de actuación desde la cena y lo fácil que me ha resultado incluso llorar. Toqueteo mi móvil hasta que consigo verme en la pantalla, me retoco el labial.

Tal y como imaginaba, no pasa ni cinco minutos y Aída entra en el aseo. Dejo el móvil apoyado entre el mármol y la pared, un poco camuflado.

Se coloca detrás de mí y habla a mi espalda, mirando nuestros reflejos en el espejo.

—Creo que sí va a ser buena idea hacer caso a la tonta de Julia e irte al hotel. ¡Ya te habrás dado cuenta de que aquí sobras!

No cambio de postura, sigo hablando con ella mirándola a través del espejo.

—Ya veo. Ya tienes a David y a vuestra *cuquipandi* de palmeros detrás.

—La *cutrepandi,* dirás. Ya que no son más que una panda de gilipollas. Créeme sí te digo que te hago un favor por no juntarte con esa chusma —ríe con inquina, lo está gozando—. Y me encanta ver que no te soportan. Llevan toda la noche criticándote. Me das pena, ¿sabes? Tú, que vas siempre de buena y mira.

—¿En serio crees que tu plan va a salir bien?

—No va mal. De momento la que lleva toda la noche con David soy yo.

—¿Y has pensado en Fer todo este tiempo? Llevas meses utilizándolo. ¿Cómo has sido capaz?

—¿Ese inútil? Me la pela. ¿De verdad crees que yo podría estar con alguien como Fer? Él es solo un peón en toda esta partida.

—Un peón a sacrificar para que la reina acabe con el rey, ¿no?

—Claro, querida. Como tú. Como todos los demás… Peones a los que sacrificar para poder ganar el juego. ¿Acaso tú te crees reina? ¿O cualquiera de esas pánfilas?

—Y su familia. ¿Has pensado en ellos?

—¿Ese atajo de pueblerinos? Al igual que Fer, me la traen todos al pairo. Mírame. ¿Crees que alguien como yo, con mi vida en redes sociales, puede presumir de alguien como ellos? Yo no soy como ellos, ni como tú, ni como toda esa gente que me sigue como gilipollas. Esos pobres infelices que están fascinados por mí. Que se creen todo lo que les cuento. Imagínate ahora cuando me vean con David —Ríe de satisfacción—. Por fin alguien a mi altura. Alguien que realmente me merezco.

Cojo mi móvil de donde estaba apoyado. Me dirijo a la puerta. Al ir a abrir me giro hacia ella con una amplia sonrisa de satisfacción.

—¡Jaque a la reina!

Salgo del baño a la espera de encontrarme con quien me aguarda fuera.

Capítulo 36

Las luces están encendidas. El disc jockey está recogiendo su equipo, el camarero de la barra está limpiando con otro de sus compañeros.

Al salir del baño únicamente Fer y David están en el local. Me coloco entre ellos esperando a que Aída salga del aseo.

Cuando sale nos mira confundida. Mira hacia un lado y otro sin entender nada. David pasa su brazo por encima de mi hombro y yo lo agarro de la cintura. Fer intenta no llorar de rabia contenida y solo hace que sorberse los mocos que empiezan a deslizarse incómodamente por su nariz.

La cara de Aída es indescifrable.

Fer da un paso al frente colocándose delante de ella.

—Se han ido todos. Y es una pena, porque me hubiera gustado que oyeran todo lo que tengo que decirte.

—¿Qué está pasando? —Su cara se ha transformado en la clara representación del pánico.

Fer coge su móvil y realiza varias operaciones en él. De golpe, en la gran pantalla de la sala aparecemos Aída y yo, reproduciéndose toda la conversación que hemos tenido en el baño.

Aída cambia de color. Primero blanco, que da paso a un rojo airado. Me mira con furor.

—¡Hija de puta! ¿Me has grabado?

Da unos pasos al frente y Fer la frena.

—Pues agradece que Lucía es la más sensata y gracias a ella, de momento, solo yo tengo acceso a este vídeo. Los demás estarían encantados de compartirlo públicamente. Que todos vean la clase de arpía que eres.

—¿Me la habéis estado jugando toda la noche? —Clava su mirada en David con semblante atónito. Este ríe echando el aire por su nariz.

—¿Pensabas que conociendo tus intenciones no iban a hacer nada? Son mis amigos, ¿sabes? ¡Pero tú qué coño vas a saber! No tienes ni idea de lo que es la amistad, ni la lealtad. A ti solo te importas tú misma, sin mirar a quien te llevas por delante para conseguir lo que quieres. Llevas tres meses engañándome y encima montas todo esto solo para intentar ligarte a otro. ¿Y con mi familia aquí? No tienes vergüenza. Tienes un problema, ¿sabes?

No contesta. Aída no puede decir nada. Las lágrimas empiezan a caerle por las mejillas. Por un momento siento pena por ella y me siento culpable. Hasta que recuerdo lo falsa que es.

—Os vais a arrepentir todos de esto. Nadie me trata así.

—Así, ¿cómo? —La corta Fer—. ¿Cómo tú tratas a los demás?

Aída vuelve al color rojo. Se mueve a un lado esquivando a Fer y se coloca frente a mí.

—Zorra, malparida. No sabes lo qué has hecho.

—¡No lo sabes tú! —Exclama Fer—. Y ahora tienes dos opciones. Dejar el tema aquí y seguir con tu vida, o usaré ese vídeo para que tus seguidores vean la clase de persona que eres. Que todas esas marcas con las que trabajas vean que estás mal de la cabeza. Que eres una psicópata de manual.

—¡No te atreverás!

—No me tientes. Ahora mismo es lo que más me apetece hacer. Así que decidimos dejarlo aquí, fingiendo que nada de esto ha pasado y no volver a vernos jamás. O haré lo imposible hasta que destruya todo lo que has conseguido. Y sabes que por mi trabajo me resultaría fácil.

—Lo dejamos aquí. —Baja la mirada en lo que parece una muestra de abatimiento.

—Y esto no va solo conmigo. Si sigues jodiendo a cualquiera de ellos —Fer nos señala a David y a mí—. Publicaré el vídeo.

—Claro…Tú ganas.

Desvía su mirada de Fer a mí, así que no tengo muy claro a quién se refiere como ganador.

Fer, David y yo nos vamos de allí dejando a Aída y a su ego herido en la sala ya recogida y sin nadie más en ella.

***

El resto del grupo nos espera en casa de Toni. Al llegar al salón todos nos miran expectantes.

—Ya está —aclara Fer—. ¡Aída es historia!

Los cinco amigos se abrazan. Al mirarlos me empiezan a brotar lágrimas a borbotones por la tensión acumulada. Las chicas vienen a consolarme.

—Lo siento mucho. A lo mejor en algún momento nos hemos pasado, pero nada de lo que dijimos era en serio —dice Patricia con cara de culpa.

—Es cierto, solo seguíamos el juego. ¿No te habrás enfadado? —pregunta Javi.

—No. —Me seco las lágrimas con la mano—. Es solo que… ¡Uf!, tengo que descargar el estrés. Y que me sabe mal.

—¿Por Aída? —Exclama Rocío con cara de asombro.

Asiento con la cabeza.

—No me enorgullece lo que le he hecho —confieso.

—¡Pues a mí, sí! Alguien tenía que ponerla en su sitio —Fer se me acerca dándome un suave apretón en el antebrazo— Así que deja los remordimientos a un lado. Yo te estoy agradecido por todo.

—¿Y tu familia? ¿Qué han dicho? —Añade Julia.

—No se han enterado mucho, ¡la verdad! Yo ya sabía todo desde

antes de la cena, cuando ellos me lo dijeron en la calle. En el baile, mi padre y mis hermanos no entendían que yo no hiciera nada viendo a Aída bailar con David, ahí con bien de refrote.

Los demás hacen comentarios jocosos y David finge un escalofrío y cara de repulsión.

—Mi hermano mayor te hubiera partido la cara. —Mira a David y le sonríe—. Les conté que Aída y yo habíamos roto hace un par de días, porqué descubrí que me había engañado con otro. Hoy se supone que cenábamos con mis padres, yo no sabía lo de la fiesta sorpresa. Por eso se han creído que decidimos fingir unos días más, para luego aclararlo todo. Y para que salieras con la cara indemne les dije que yo te había pedido que tontearas con Aída, a ver si era verdad eso de que era capaz de engañarme.

—Pues eso les habrá quedado claro —añade Toni.

—No les gustaba mucho ya de antes, sinceramente… —Fer mira a su alrededor.

—Por cierto, Fer, ¿de qué trabajas? —pregunto intrigada después de que él lo mencionara antes.

—Soy responsable de marketing digital. Así que, igual te subo a los cielos que te bajo a los infiernos, con un solo clic —añade con fingida chulería. Mira a su alrededor y pone cara de pena. —Nada, ¡que vuelvo a ser el único que no folla!

Todos reímos.

***

La velada es tranquila y agradable. Todos tomando algo en casa de Toni, repartidos por las sillas y sofás del salón y sin nombrar más a Aída y lo ocurrido esta noche.

Aprovechan para contar batallitas de hace años, en las que David siempre sale mal parado y puedo reírme de él.

Uno de los momentos en los que salgo a fumar a la terraza Rocío me acompaña.

—Conozco a David desde hace más de veinte años. De hecho él y Toni son amigos gracias a mí. Al principio no se soportaban, dos chulitos en la misma clase… —Una sonrisa se asoma entre sus labios ante los recuerdos—. Y tengo que admitir que veo a David súper feliz, cómo hacía años que no lo veía. Cuando habla de ti se le ilumina la cara.

David sale en ese momento y yo no puedo evitar poner una sonrisa tonta al verlo.

—Y veo que es mutuo —susurra Roció riendo mientras vuelve al salón.

David se acerca sentándose sobre mis piernas.

—¿Otra que te cuenta alguna historia bochornosa mía?

—No. Me ha dicho que te ve feliz.

Ríe y me besa los labios.
—Tremendamente feliz, conejita. ¡No te imaginas el horror de noche que he pasado con Aída! Solo podía pensar en las ganas que tengo de estar contigo. De llegar al hotel y hacerte el amor hasta mañana.
—¿Eso es lo único que te interesa de mí? —Cambio la posición y me siento encima de él—. ¿Solo me quieres para follar?
—Solo te quiero, así, en general.
Me quedo petrificada. Para nada esperaba esa declaración. No sé qué contestar. Él parece entender mi expresión.
—Tranquila, no espero que me digas lo mismo. Sé que tenemos diferentes tiempos. Pero necesitaba que lo supieras.
Le abrazo fuertemente, un abrazo largo y cargado con las palabras que aún no puedo expresar.

***

Llegamos a la habitación con urgencia. Comiéndonos a besos desde el ascensor. Desabrochándonos la ropa por el largo pasillo.
Me deshago de mi vestido nada más cerrar la puerta. Llevo un conjunto de ropa interior nuevo especial para la ocasión. Veo por su cara que mi elección ha sido la correcta.
—Muy bonito, pero es una lástima que no te vaya a durar nada puesto.
Se abalanza sobre mí y caemos los dos en la cama. Tal y como acaba de predecir, mi ropa interior desaparece casi al instante. Me desabrocha el sujetador con una mano, lanzándolo al aire. Empieza a jugar con mis pechos.
Levanta la vista y me mira divertido.
—No tengo nada con que atarte.
—¡Uff! Ya basta de *Christian Grey*, está tremendamente sobrevalorado. Y es un tóxico total, no lo soporto.
—No vas a ser mi sumisa, ¿entonces?
—No, pero voy a hacer que mueras de placer y tú lo vas a hacer conmigo, como lo hacemos siempre. En igualdad de condiciones.
—Empiezo yo.
Desliza mi escueto tanga hasta dejarlo a los pies de la cama. Se lanza a jugar con su cabeza entre mis piernas. Me estremezco arqueándome de goce. Durante unos minutos mueve su lengua entre mis pliegues de manera excelente, justo en el punto y con la presión exacta. Después introduce un par de dedos en mi interior. Tengo que coger la almohada y ponerla en mi cara para ahogar mis gemidos. Tras varios movimientos me dejo llevar por un orgasmo demoledor.
Pasan unos minutos hasta que logro recomponerme. Me coloco sobre él.
—Me toca.

Bajo su ropa interior y sale disparada su erección. La miro golosa. Cojo su miembro con la mano y lo introduzco en mi boca. Escupiendo saliva. Lamiendo desde el borde a la punta, humedeciendo todo el recorrido.

Sus gemidos me ponen a cien. Voy lamiendo sin parar acompañándome de una mano, mientras que bajo la otra mano a mi sexo, tocándome allí donde aún noto la hinchazón del orgasmo anterior. Hasta que otro orgasmo me eriza el vello de la piel.

David me contempla extasiado hasta que no puede más y se coloca encima. Con un fuerte movimiento entra en mí. Lanzo un quejido mordiéndole el hombro.

—¿Te he hecho daño?

Niego con la cabeza.

Sus embestidas son fuertes. Está fuera de sí, completamente excitado. Su fuerza hace que me encienda aún más. Yo acompaso el movimiento de mis caderas para que entre en mí aún más profundo. Coloco mis piernas en sus hombros. Grito. Grita. No podemos soportar tanto placer. Hasta que un tercer orgasmo llega recorriéndome todo el cuerpo y tras unas embestidas más, David cae exhausto sobre mí.

—¡Dios! Nos van a llamar de recepción por escandalosos —exclamo tapándome la cara con las manos—. ¿Pero qué ha sido esto?

—El mejor polvo de nuestras vidas, cariño.

—No lo dudo, pero… —Hago aspavientos con las manos fingiendo que no ha sido para tanto.

—¿Entonces no te ha gustado? —Me mira jocoso.

—¡Muchísimo! Ha sido brutal. No pretendo herir tu ego —río guiñándole un ojo al tiempo que lo abrazo—. Pero tú, al igual que yo, hemos tenido polvazos muy buenos antes de este. Odio siempre, cuando en las pelis la protagonista conoce al chico perfecto, ese con el que descubre las bondades del sexo como si no hubiera sentido un orgasmo en su vida. Éste ha sido la hostia, y espero muchos más así.

—Si aprendida de casa ya venías. Lo comprobé el día de la ducha. Me engañaste con lo de mojigata. ¿Ahora a quién reclamo?

—Se te ha pasado el plazo de reclamación, amor. Ahora ya te tienes que quedar conmigo.

—Pues me parece la mejor opción del mundo, cariño.

Capítulo 37

Adiós vacaciones. Vuelta a la rutina. Vuelta a mi ritual. Posponer la alarma, dormir nueve minutos más y empezar con las tareas y carreras antes de salir al trabajo.

Ayer, al salir del hotel de la capital, pasé todo el día con David recorriendo la ciudad. A última hora de la tarde, al volver al pueblo, cada uno se fue a su casa. A los dos nos tocaba recoger a nuestros hijos.

Tras estar más de una semana juntos, ahora tengo un poco de recelo. A ver cómo se nos dan los quince días con niños sin vernos a diario.

Mientras cenaba con Álex y Lucas, les dejé caer la opción de hacer algo el siguiente domingo con David y Marc. Ellos encantados, obviamente.

—Pero entonces, ¿el padre de Marc y tú sois novios?

La carita de interrogación de Álex era para comérsela.

—No sé, mi vida. Nos estamos conociendo y parece que la cosa va bien.

Por alguna razón, días atrás no me costó referirme a David como mi novio, pero delante de mis hijos no me atreví a describirlo como tal.

Después de pasar los primeros cinco minutos en el hotel ya me parece como si nunca hubiera tenido vacaciones. Parece que ayer mismo estaba aquí, todo sigue igual y la rutina me absorbe por completo.

Óscar está en París desde ayer hasta el jueves. Yo estoy con Diana releyendo, por enésima vez, un mail que me envió antes de irse. En el cual nos deja enumeradas varias tareas pendientes para la fiesta de Sophia de este sábado.

—Pero entonces, invitamos a tu amiga Aída, ¿Luci?

Diana lleva toda la mañana alucinada con la historia del cumple de Fer.

—¡Calla, calla! ¡No la nombres más! Ya llevas dos, a la tercera seguro que se aparece, como *Bitelchus*.

—Nunca podría imaginar a Aída con ese traje de rayas tan poco favorecedor.

—¡Shhh! Otra vez. Si se aparece, te la comes tú.

Alguien golpea la puerta de mi despacho. Andrea asoma la cabeza entre el marco.

—¡Uf! Casi —susurra Diana mientras se levanta para salir de mi despacho.

—¡Pasa Andrea, siéntate!

—¡Mi amor! Lo primero, ¿qué tal las vacaciones? —Pregunta con su dulce acento. Yo sonrío asintiendo con la cabeza—. ¡Qué bien! Ya me contaron que andas con el guapo de la despedida aquella del verano. Que están saliendo ustedes dos.

—Lo sabes por Aída, imagino.

Me maldigo mentalmente por decir su nombre, al final se me aparece seguro.

Andrea asiente, baja la mirada como si tuviera miedo de hablar, pero por fin arranca.

—Me ha contado lo que pasó en la fiesta de Fer.

—¿Pero la versión real o la versión Aída?

Ya puedo imaginar la adulteración de la historia que estará haciendo.

—Ella no salía del todo bien parada, así que imagino que un poco de ambas.

—Que no te sepa mal, pero… ¿A qué has venido exactamente? ¿A que yo te cuente mi versión? ¿A saber si hemos hecho algo con el vídeo?

—A disculparme. Ustedes no se llevan bien y yo siempre he querido que ella viniera cuando quedamos todos.

—Andrea, ¡por favor! No tienes que disculparte por eso. Somos todos mayorcitos como para saber estar con gente que no nos cae bien. Al menos, por mi parte, sabes que nunca le había dicho nada y eso que ella me ha buscado hasta hacerme perder la paciencia. Y siempre he intentado ser educada y no decirle lo que realmente pienso. Tú no eres responsable de ella, si no hace amigos, que se haga un lavado de conciencia.

—¡Ya! A veces es un poco especial—añade en un susurro.

«A veces», pienso.

—Pensaba decirle que viniera a la fiesta de despedida de Sophia, ella conoce a muchos compañeros y le gustará venir. No tiene muchos amigos. Aunque quizá después de lo ocurrido seguro que te molesta.

—Me molesta —La corto—. Pero nos conoce a todos y a Sophia imagino que le hará ilusión que venga. En realidad su problema parece ser que siempre he sido yo. Solo te pido que hables con Aída para que no monte ninguna escenita de las suyas. Que haga cómo si no me conociera de nada.

Ella asiente y me da un apretón de manos.

Diana y Óscar me matarán por esto, estoy convencida.

***

Al salir de trabajar voy a buscar a los niños al parque de la playa, Diana se los ha llevado aprovechando que hace buen tiempo.

Al llegar me sorprende ver a David sentado en un banco con Diana,

Pedro y Ana. Se levanta y se acerca a mí para darme un beso. Tras unos segundos de duda por mi parte, que él también nota, soy yo la que me acerco dejando un corto beso en sus labios.

—Perdona. Me cuesta asimilar esto cuando están los niños —le confieso en voz baja.

Me giro y veo a mis tres amigos sentados en el banco disimulando sonrisitas. David me pasa el brazo por la cintura.

Charlamos un rato hasta que conseguimos que los niños nos hagan caso y salgan de la arena.

Nos despedimos de Marc y David frente a mi coche. Antes de que estos se vayan, termino de ajustar las correas de la silla de Lucas cuando Álex me sorprende.

—Mami, ¿pueden venir a cenar a casa? No solo vais a quedar vosotros solos. Tendremos que ir haciendo cosas todos juntos, ¿no?

David me mira conteniendo la risa. Yo me quedo blanca como el papel. Miro a mi hija, con su manita en la cintura y sacando la cadera en actitud chulesca, pero con una risita en la cara.

—Si ellos quieren —claudico.

—Queremos. ¿Verdad, papá?

Marc tira de la manga de la americana de David, que asiente con una amplia sonrisa y nos dirigimos todos a casa.

Preparamos algo de cena entre los dos mientras los niños juegan en el salón. De vez en cuando alguno se asoma y oímos frases sueltas sobre las informaciones que se van dando.

—Mi padre le ha tocado el culo…. Se han dado un beso… ¿Tendremos que vivir juntos?... Pues mi casa es más grande que este piso… ¿En tu casa habría una habitación para cada uno?... Yo no pienso dejaros mis videojuegos… Estaría guay, ¿no?

David y yo escuchamos callados y riendo de incredulidad.

—¿Ves? Tú estás sufriendo y ellos ya están planeando cómo repartirse las habitaciones.

—Que fácil se ve todo con la mentalidad de un niño —Pongo los ojos en blanco.

—Lo triste es que nosotros al crecer perdemos esa forma de pensar, y nos complicamos la vida. Cuando, en realidad, todo es siempre mucho más simple de lo que imaginamos. Somos nosotros los que tenemos que aprender de ellos.

—Ahora en serio, ¿me estás diciendo que te gustaría que viviéramos todos juntos? —Lo miro alucinada.

—¿Me estás diciendo que aceptarías?, conejita.

De repente su seriedad me intimida.

—Es muy pronto para hablar de esto —añado en tono seco.

—Pronto, tarde… Quién sabe cuándo es el momento adecuado para hacer las cosas. Solo sé que no me importaría. Con eso me vale.

—Me coge de la cintura y me acerca a él—. Pero, cariño, como ya nos conocemos... No se me agobie, señorita Lucía. Yo siempre voy según los tiempos que tú vas marcando. Dejemos esta conversación en el aire y ya la retomaremos cuando te sientas cómoda.

Más tarde, sola en mi cama pienso en esa posibilidad. Me visualizo llegando a casa de David después del trabajo. Preparando los dos la cena mientras los niños juegan en el salón. Viendo alguna peli tumbados los cinco en los grandes sofás y comiendo palomitas. Los dos viviendo juntos las dos semanas que los niños no están.

Cuando estoy a punto de cagar purpurina decido parar de imaginarme esa vida de película alemana de sobremesa y ponerme a dormir.

***

Tu eres ahora la puta psicópata.
Después de lo de la semana pasada, coges y
dejas que Aída venga a la fiesta. (emoticono furioso)

Con este bonito mensaje me despierto el martes por la mañana. Como era de esperar, a Óscar no le ha gustado la idea de que Aída acuda a la fiesta de Sophia. Diana, que tampoco se lo tomó mucho mejor, acabó cediendo y prometió matarla a la mínima salida de tono.

Está avisada. Y podemos pasar
perfectamente de su existencia.

Me quedo un rato en línea pero al ver que no contesta, sigo con mi café con leche mientras acabo de pagar la compra online del regalo de mi padre. Bendito envío en veinticuatro horas. Mañana es su cumpleaños y los niños y yo iremos a su casa a cenar para celebrarlo. Empiezan a sonar varias notificaciones de Óscar.

Paso mil de esa zorra.
¡¡Alucina con lo que tengo que contarte!!
¡Ya no me quedo a vivir debajo de un puente!, os
recuerdo que ni Diana ni tú, me ofrecisteis
ni un triste sofá donde mudarme cuando se
me acabe el contrato de alquiler.
ME VOY A VIVIR CON CARLOS (corazones)
Va a ser la leche, que fuerte…

Otro que está a punto de cagar purpurina. Me hago la sorprendida al contestarle.

¡Pero qué me estás contando!
Me alegro un montón por vosotros.

Y no me seas falso, que te ofrecí el sofacito de la terraza, capullín…
(guiño)

Capítulo 38

El miércoles salgo un poco antes del trabajo. Entro en un pequeño supermercado que hay junto al hotel, donde compro unas botellas de vino para la cena. Al salir me extraña ver a David esperándome, apoyado en mi coche. Habíamos quedado en no vernos hoy, al tener la cena en casa de mis padres.

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte.

—¿Pero recuerdas que te dije que hoy es el cumpleaños de mi padre?, que tengo una cena en su casa. Tomamos algo antes si quieres.

—Claro, tengo el coche ahí. Quedamos en el *Sunset*.

Fuera de temporada, sin la terraza de verano operativa, el *Sunset* es un bar tranquilo donde tomar algo.

Sentada en la silla me acuerdo de aquella noche de agosto, cuando aún no nos conocíamos. David llega del baño y se sienta a mi lado. Parece leer mis pensamientos.

—No veas el trabajo de investigación que hice aquella tarde. La que nos conocimos. Oí como Carlos hablaba con otros compañeros sobre que iban a cenar y a tomar unas copas, y lo freí a preguntas para saber disimuladamente si tú ibas a estar también.

Lo miro curiosa y asombrada.

—Bueno, no te voy a mentir. ¡No disimulé nada! Le pregunté directamente por ti, si ibas a salir, si estabas soltera… Le hice un buen interrogatorio al pobre.

—Veo que tengo que hablar seriamente con mis empleados sobre la protección de datos. Por cierto, ¿dónde está Marc?

—En casa de tus padres. Cenamos allí, ¿no te lo había dicho ya? —finge confusión.

Lo miro con las cuencas de los ojos desorbitadas. Él esboza una media sonrisa.

—Al ir a buscar a Marc esta tarde al cole, Álex vino a saludarme y me presentó a tus padres que, por casualidad, los esperaban justo a mi lado.

Mis ojos deben estar a punto de salir de su sitio.

—¡Tu madre sabía de mi existencia! Es todo un halago viniendo de ti. —Ríe—. «*Así que tú eres el David de mi hija*», me ha dicho. Y me han invitado a cenar. Yo, como es de bien nacido ser agradecido, he aceptado.

Me cago en mi madre, pero lo más literalmente que puedo en este momento.

—¡Cómo disfrutas con todo esto! —resoplo.

Me muerdo el labio haciéndome la enojada, pero en fondo se me escapa una pequeña sonrisa.

—Tú me dijiste que dejáramos que la cosa fluyera. Y yo fluyo y me dejo llevar. Si tu madre me invita no voy a ser maleducado, ¿no? En algún momento los tendría que conocer, ¿qué más da hoy que otro día?

—Fluye, fluye… *Be water, my friend…* Vamos ya o llegaremos tarde, ¡anda tira!

***

Mis hijos están como locos. Han sacado todos los juguetes que mi madre siempre tiene perfectamente ordenados, para enseñárselos a Marc. Lo llevan de un lado a otro del salón y el pobre no sabe a quién de los dos hacer caso.

Yo ayudo a mi madre a poner la mesa mientras David charla con mi padre en el sofá, a pesar de los gritos de los niños.

—¡No me dijiste que era tan guapo! —confiesa mi madre al tiempo que coloca unas copas—. Mucho hombre ese…

—¿Para mí? —la corto.

—¡Tú eres tonta, hija mía! Pues no me refería a eso. ¿Acaso lo piensas tú?

—No, pero como lo decías así… —Río y le lanzo una servilleta a la cara—. ¡Hombre, seamos sinceras! En una escala comparativa de belleza, me supera unos cuantos peldaños.

—¡Sí! ¡Diez pisos más arriba está! Anda que… ¡Más lela y no naces! Debiste darte un golpe de pequeña y yo no lo recuerdo… Avísales que se vayan sentando que ya pongo la cena.

Cuando me acerco al sofá, los dos hombres hablan de fútbol. Odio esta previsibilidad masculina, pero me alegro de que al menos mi padre tenga con quién hablar de deportes en las comidas familiares.

Nos sentamos en la mesa y cenamos con tranquilidad. Mis padres someten a David a un pequeño tercer grado y él contesta encantado a todas sus preguntas. Trabajo, familia, relaciones… Se le ve completamente cómodo con la situación y poco a poco hace que yo me relaje también.

—Yaya, ¿sabes que nos iremos a vivir a casa de David y podremos tener una habitación cada uno? —Lucas suelta la bomba y yo lo miro perpleja.

—Lucas, cariño. ¿De dónde sacas eso? Nunca hemos hablado de cambiarnos de casa —contesto histérica.

—Pues porque los novios viven juntos.

Y con esa lógica infantil tan aplastante me quedo sin un argumento solido que añadir en ese momento.

—Pues seguro que os lo pasaréis bien viviendo todos juntos —añade mi padre con su habitual impasibilidad mientras corta su filete.

Él, que es un hombre parco en palabras, solo ha tenido que decir esa frase para dejar clara su aceptación.

Yo dejo mis nervios aparcados por un momento y disfruto de la cena.

Después del pastel decido que es hora de irnos a casa, mañana es día de colegio y no quiero que los niños trasnochen demasiado. Lloriquean largo rato hasta que mi madre decide que se queden a dormir. Como la litera tiene una cama nido, Marc se queda también y mañana mis padres los llevarán al cole a los tres.

David y yo nos despedimos de mis padres desde la calle. Me acompaña hasta mi coche y se acomoda en el asiento del copiloto.

—¿Cómo va el agobio? —Toma mi mano entre la suya.

—No estoy agobiada, la verdad. Ha ido muy bien. A mis padres les has encantado, así que no tengo motivos para estresarme. Quizá esté yendo todo un poco rápido, pero es lo que tú decías. Todo fluye y simplemente hay que dejarse llevar.

—Vamos a dormir a mi casa.

—No llevo ropa para maña...

—Ve a buscarte algo. Yo te espero allí —me corta.

—Está bien.

Me besa y sale del vehículo jugando con las llaves de su coche, lanzándoselas de una mano a otra.

***

No he tardado nada en preparar una pequeña mochila con la muda de mañana y un neceser con productos de aseo y maquillaje. Como tengo tantas cosas por duplicado, decido hacer ese neceser con productos que uso menos para dejarlos en casa de David, además de un traje y algo más de ropa. Si alguna otra noche decido quedarme a dormir, al menos podré tener algo que ponerme al día siguiente.

De los días que David estuvo en casa aún conservo en mi armario un pijama, un traje y varias camisas, además de ropa interior. También varios objetos de aseo. Así que pienso que es normal que yo haga lo mismo en su casa.

Una vez ya estamos en su habitación, le pregunto dónde puedo dejar mis cosas para guardarlas allí. Una amplia sonrisa nace en sus labios y enseguida me hace sitio en su enorme vestidor. Siguiendo con la tónica de la noche, decido bromear sobre la idea de vivir juntos.

—Aquí vamos a tener un problema. ¿Dónde se supone que tendré que guardar toda mi ropa si ya lo tienes todo lleno?

—¡Lo tengo todo pensado! Arriba en el desván, que ahora solo tiene trastos, nos saldría una habitación abuhardillada cojonuda. Dormitorio, baño y vestidor, todo más grande que aquí. En esta habitación, se tiran los tabiques, y sería un cuarto de juegos ideal para los niños. Luego podrá ser cuarto de estudios, de aquí a unos años. El

baño se lo dejamos y así quedarán dos baños en esta planta, que seguro que el día de mañana Álex quiere un baño solo para ella. ¡Mira! —Me lleva de la mano hasta el pasillo. Está completamente emocionado—. Como sabes, esta es la habitación de Marc, él dice que de aquí no se mueve, así que ésta y esa serán las de Álex y Lucas, ya decidirán ellos la que quieren.

Me arrastra por la escalera tan rápido que tengo que bajar los escalones de dos en dos.

—He pensado hacer un cerramiento en una parte del porche y poner un pequeño gimnasio. Podrás dejar ahí las pesas, esterillas y demás cosas que tienes en tu terraza.

—¡Frena, frena, frena! —Exclamo alucinada.

—Perdona… —Se pasa las manos por la cara—. Es verdad. Ni siquiera me has dicho que quieras vivir aquí.

—Sinceramente, no me desagrada para nada la idea. Pero ahora pensemos con la cabeza. —Ahora soy yo quien toma su mano y lo llevo hasta el sofá—. Aún me queda casi un año de alquiler, si me fuera antes perdería la fianza y no me viene bien perderla, ¡la verdad! Además hay que hablar de dinero. Esta es tu casa, así que tendré que pagar por vivir aquí, dividiremos la hipoteca. Y si hay que hacer toda esa reforma, yo también tengo que colaborar en los gastos. Si esta va a ser nuestra casa, no voy a estar aquí de prestado.

—Lucía y su mente racional. —Me acaricia la cara.

—Asquerosamente racional, te recuerdo.

—Has dicho nuestra casa, me acabo de empalmar —acaricia mi muslo.

—¡Oh! ¡Si eres el summum del romanticismo! ¡Como no te voy a querer!

No me doy cuenta de lo que he dicho hasta que veo cómo me mira. Rápidamente lo miro poniendo un ojo en blanco negando con la cabeza.

—¡Lo has dicho! ¡Lo he oído perfectamente! No me digas que no, que lo has dicho…

Se abalanza sobre mí y me besa la cara una y otra vez.

Se levanta y se dirige escaleras arriba mientras canturrea *The Beatles*.

—*She loves you. Yeah, yeah, yeah. She loves you. Yeah, yeah, yeah. And with a love like that, you know you should be glad.*

—Eres todo un melómano.

Me levanto y sigo sus pasos.

***

El viernes está siendo un día de locos. Óscar ha llegado esta mañana al hotel con las pilas a tope después de sus vacaciones. Pero está como un maníaco controlando todos los preparativos de la fiesta

de mañana.

Según él, no hemos hecho nada de lo que nos dejó encargado. Según nosotras, ya está todo hecho. Por lo visto, tenemos un problema de concepción del significado de sus palabras.

Nos abronca una vez tras otra hasta que colma nuestra paciencia.

—Óscar, ¿qué coño te pasa? Estás insoportable y no es por la fiesta —espeta Diana.

—¡Sí, chico! ¡Relájate, que se te está yendo la olla!

—Quizá tenéis razón y estoy un poco tenso.

—¿Es por la mudanza? —Susurro con miedo a que me grite dado su alterado estado.

—¡Joder, sí!… Que me voy a vivir con él, ¿os lo creéis?

—¡Y ella con David! Podéis aprovechar la mudanza y hacéis un dos por uno —apuntilla Diana muy convencida de su genial idea.

—Él se va la semana que viene. Yo no sé ni si lo haré.

—¿Y no te acojona? ¿Si decidieras hacerlo? —Óscar se sienta frente a la silla de mi mesa, al lado de Diana.

—Mucho. Además, yo me iría con dos niños. Eso acojona aún más. No es solo una decisión que me afecte a mí, sino a toda la familia. Y me cuesta decidirme. Estoy intentando vencer mis miedos y dejarme llevar por el corazón y no por la cabeza. Pero…

Óscar se levanta y hace un círculo en el calendario de pared de mi despacho.

—Hoy es trece de noviembre. ¿Sabéis qué día era hace tres meses?

—Pues trece de agosto —Diana lo dice mostrando las palmas de las manos en claro signo de obviedad.

—Muy bien, Diana. El día que *Barrio Sésamo* enseñó los meses estuviste muy atenta. ¿Que qué pasó ese día?

Las dos lo miramos expectantes.

—Fue el día que David llegó al hotel, la noche que os conocisteis y la primera noche que pasé con Carlos. Y mira que cosas, ninguno de los dos tuvo ese día una noche loca. Y aquí estamos… A un paso de una nueva etapa.

Se me eriza el vello de todo el cuerpo.

—Solo tres meses. Me ha parecido mucho más —confieso.

—Es que sois tan *drama queens* los dos, y lo vivís todo con tanta intensidad, que un día normal a vosotros os computa el doble —añade Diana.

—No nos hables tú de intensidad, ¡bonita! —Le lanzo un boli a la cabeza.

—Ya —hace un puchero—. ¡Vaya tres patas para un banco somos!

—¿Pues sabéis qué? —me levanto de la silla— ¡Qué vamos a tener esa noche loca! Pero en versión *friendly*. Este mismo sábado, en la fiesta de Sophia. Vamos a pillar un pedo de esos que hacen historia.

Tenemos mucho que celebrar.

Los abrazo desde atrás y les doy besos en las mejillas.

—Hay algo más que celebrar —susurra Diana nerviosa—. Pero yo el pedo lo dejo para unos meses más adelante. Unos siete y pico. Con lactancia alguno más.

Óscar y yo la miramos ilusionados.

—¿Otro mini *yanqui*? —le pregunta Óscar y ella asiente con los ojos húmedos.

—¡Joder, Diana!

No puedo parar de dar saltitos de emoción hasta que me lanzo a sus brazos. Los tres nos abrazamos y saltamos juntos.

—¿Sabéis que os quiero una *jartá?* —nos dice Óscar.

—Yo os quiero como la trucha al mero —Diana se suma.

—¿No es como la trucha al trucho? —la mira confusa.

—No. Yo os quiero como la trucha al mero, porque sois tan cansinos, que me tenéis hasta el plumero.

Reímos hasta llorar.

—Yo no tengo vena poética. Os quiero con toda el alma y punto —les digo secándome las lágrimas.

—¿Final o seguido? —pregunta Óscar.

—Seguido. Siempre seguido.

Capítulo 39

Mis padres se han vuelto a quedar con los tres niños para que David y yo podamos salir hoy.

La fiesta de Sophia es en un pequeño restaurante del puerto. Nos han cerrado el local solo para nosotros. Primero cenaremos y como tiene una sala anexa con karaoke, será perfecto para las copas de después.

Sophia viene un poco engañada, piensa que a cenar solo vamos Óscar y Carlos, Diana y Matthew que la traen en un rato, David y yo. Y aunque David y Matt no sean compañeros de trabajo, están invitados como consortes de las *party planners*.

Pero en realidad más de la mitad de los compañeros ya están aquí esperando a su llegada. El resto se irá incorporando a medida que acaben sus turnos.

Aída finalmente declinó la invitación. Andrea nos dijo que tenía un evento muy importante con una de las marcas con las que colabora. Recuerdo cómo Diana y Óscar saltaban de alegría cuando Andrea salió de mi despacho tras contárnoslo.

Óscar y yo estamos poniendo mucho empeño en cumplir nuestra promesa de la gran noche y ya vamos por el tercer vermut antes de la cena.

—¡A vosotros dos, os vamos a tener que llevar hoy a rastras! —nos dice Carlos.

—Esa es la idea, cariño. A cuatro patas hoy, ¿verdad Lucía? —Óscar me guiña un ojo.

—¿He oído cuatro patas? —David levanta las cejas—. ¡Pónganle dos vermuts más a la morena! —Hace ver que llama al camarero.

—¡Cerdo! —le increpo riendo.

Diana me hace una llamada para avisar que están a punto de llegar con Sophia. Informo al resto y nos colocamos en fila, delante de la entrada, para que nos vea nada más acceder al local.

Todos, móvil en mano, listos para grabar su reacción. Sophia no nos decepciona.

Abre la boca y se lleva las manos a la cara.

—¡Cabrones todos! Yo engañada. Estar todos aquí…

Poco a poco las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas.

—Yo feliz, yo querer mucho a todos y echar de menos.

Diana y Matt se me acercan.

—Sophia seguro que se os adelanta en la noche de borrachera. Ya viene fina filipina.

Sophia, que viene detrás de ellos, oye la frase de Diana.

—¡Yo, cosaca afrodisíaca! —nos aclara—. Filipina *niet*.

—Di que sí, rubia. ¡Tú, la puta diosa de la noche! —Óscar la abraza al tiempo que la levanta y gira sobre sí mismo.

Cuando la deja en el suelo es mi turno. Nos damos un largo abrazo y alguna lágrima se me escapa. Se me va a hacer raro no verla más en la recepción.

—Te voy a echar de menos. ¿Lo sabes?

—Yo saber. Y tener mucha ilusión con trabajo nuevo, pero también miedo. Yo quedar sin vosotros. ¿Qué pasar si no ir bien?

—No creo que pase eso. ¡Y no te quedas sin nosotros! Ahora no nos veremos cada día, pero seguimos siendo tus amigos y nos vas a tener aquí siempre que nos necesites.

—Tú ser buena, Lucía. Y yo feliz por ser tu amiga. Y feliz por ver tú buena compañía—señala a David con la cabeza—. Yo aún recordar cuando tú buscar noche loca.

—Ya ves. Hasta dónde hemos llegado desde aquello. ¿Cuántas noches locas has tenido tú desde verano?

Mueve los ojos hacia su izquierda intentando hacer memoria.

—Vale, vale. No me lo digas. ¡Ya veo que seguro que tienes que contar mucho!

Algunos de sus compañeros de recepción llegan en ese momento, llevándose a Sophia de mi lado.

Cenamos muy bien, y bebemos mucho. Óscar, que está sentado a mi lado, sólo hace que decirme «*Chinchín*» cada dos minutos para dar largos tragos y nuestras copas no dejan de vaciarse y llenarse. Pierdo la cuenta de las veces que lloramos de risa contando tonterías.

Cuando antes del postre decido levantarme para ir al baño con Diana, me doy cuenta de mi incipiente estado de embriaguez.

Mojo un poco mi nuca antes de volver a la mesa.

—¡Uf! Empiezo a ir pedo, amiga.

—¡Qué envidia me dais cabrones! —Me increpa.

Óscar entra a nuestro baño en ese momento gritando.

—Madre del amor hermoso, ¿no sabía que teníais gemelas? ¿O es qué os movéis mucho?

—¡Doble no! ¡Cómo sigas así, tú hoy acabas viendo quíntuple!

—¡Ay! Dianita. Que el Señor escuche tus palabras —Óscar alza las manos al techo.

—¡Arderéis en el infierno por esto! ¡Mala gente! ¡Que poca solidaridad con una preñada!

Me acerco a Óscar mirándole fijamente a la cara.

—¡Ostia tío!... ¡Si no tienes ojos hoy!

Los achinados ojos de mi amigo ahora son solo dos rayitas en su rostro.

Al llegar a mi asiento veo dos tartas de fondant sobre la mesa. Una

con forma fálica y otra con la forma de dos pechos enormes de mujer.

Antes de cortarlas todos corren a hacerse fotos, haciendo ver que chupan una u otra, según las preferencias de cada uno.

—¿Y esto? —miro extrañada a Óscar—. Ni que fuera una despedida de soltera.

Óscar se levanta y golpea su copa con una cucharilla consiguiendo que todos callen y le miren.

—Bueno, voy a ser el encargado del discurso. Sophia, te vamos a echar mucho de menos, eso ya lo sabes. Todo este tiempo que hemos compartido contigo ha sido increíble. Yo quiero agradecerte tu amabilidad, tu profesionalidad y que siempre, pasara lo que pasara, tuvieras una sonrisa para todos. Nos alegrabas los días y… —Empieza a temblarle la voz—. Bueno, que te va a ir genial en el nuevo curro y que tal y como te prometí… ¡Hoy te vas a comer una buena polla!

Óscar señala la tarta y Sophia corre a morderla destrozando medio postre.

—¡Yo quiero el huevo derecho! —exclama Diana.

Sebas se lanza a la tarta de los pechos llevándose un pezón de un mordisco enorme.

Nos quedamos todos alucinados ante tal reacción y toda la mesa empieza a lanzar vítores y comentarios guarros a Sebas, que hace el signo de la victoria con la boca llena de chocolate.

Justo cuando el resto empieza a jugar lanzando trozos de tarta de un lado al otro de la mesa, veo como David sale a fumar. Decido seguirle.

El frescor de la noche de noviembre hace que disminuya levemente el mareo que llevo desde hace rato.

—Te aburres, ¿no?

Pienso que quizá se sienta desplazado.

—Para nada —me coge de la cintura y me besa—. Estoy viendo a una Lucía muy graciosa hoy. Te queda bien quitarte el palo del culo de vez en cuando.

—Ja, ja —me burlo—. Pues esto es exclusivo para la cena de Navidad y un par de noches más al año. Tengo una imagen que mantener, ¿sabes? El resto del tiempo disfruto con mi palo metido por el culo.

Intento poner cara seria pero dudo que el nivel de alcohol en sangre me lo permita.

—¿Dejamos de hablar de culos?, por favor. —Baja sus manos de mi cintura a mi trasero y empieza a besarme el cuello—. Este vestido me pone muy cerdo.

Me separo sin muchas ganas. Doy un par de pasos hacia la puerta y me giro antes de abrir.

—Aguante Sr. Palau, que cuando llegue a casa, no se librará usted

de mí.

El karaoke ya está listo y algunos atrevidos ya se han lanzado a cantar.

Óscar corre emocionado hasta mí, con el libro de canciones en las manos.

—¡Oh no! No pienso cantar —digo asustada.

—¡Pues tú y yo tenemos que cantar *las Grecas*! —Óscar hace pucheros a Diana—. ¡Venga va! ¡Si tú eres la reina del karaoke!

—Sí. Pero en casa. Con la consola —exclama orgullosa—. Aquí no suena igual. El juego de la *Play* lleva *Auto tune*, ¿sabes?

Miran el libro hasta que eligen su canción.

Sentados en la mesa vemos a Carlos en el escenario. Empiezan los acordes de *Ciencia Ficción* de *Leiva*. Doy un gritito dando a conocer que me encanta esa canción.

David conoce la letra y empieza a cantarla en mi oído.

—Pero que cool estás hoy has venido tan radiante… Yo te miro destrozado… Me llevaste por delante y me da igual…Pero ahí estoy dejándome llevar.

—Para, ¡por favor! Que a mí me pasa con esta canción lo que te pasa a ti con mi vestido, que me pone muy cerda.

Pero no me hace ni caso.

—Eres de ciencia ficción, tienes las piernas gigantes, que se dejan ver por dentro de un vestido de volantes. Yo las miro desarmado. Ya lo sé, no es elegante, y me da igual…

Me levanto de mi silla acalorada y me acerco a Óscar y Diana que bailan delante del pequeño escenario.

Carlos acaba y es el turno de Sophia y dos chicas de cocina. Empiezan a sonar los acordes de *Ateo* de *C. Tangana y Nathy Peluso.* Óscar y yo somos los protagonistas absolutos cuando empezamos a bailar. Entre las clases de bachata del pasado invierno y la inhibición del alcohol, hacemos un espectáculo digno de premio.

Finalizamos entre aplausos. David se acerca a mí mordiéndose el labio.

—¿Sabes bailar? Creo que no voy a poder esperar a llegar a casa. ¿Qué tal si me acompañas al baño?

De repente la voz del encargado del local llamando a Óscar y Diana para su actuación, son mi coartada perfecta para alejarme de él.

Mis amigos suben al pequeño escenario y empieza su canción. En el estribillo lo dan todo y el resto los acompañamos a pleno pulmón.

—¿Qué pasará?, ¿qué misterio habrá? Puede ser mi gran noche. Y al despertar ya mi vida sabrá algo que no conoce. Lai-rai-rai-rai, la-la-la-ra-la-lai, rai-ra-la-ra-la-la-ra…

La fiesta acaba sobre las tres. A Sophia se la llevaron hace rato. Temíamos que acabara inconsciente, dada su elevada ingesta de

alcohol.

En la puerta aún queda alguien intentando decidir dónde continuar la noche.

Nuestro pequeño grupo estamos despidiéndonos aún dentro del local.

Yo estoy intentando encontrar mi chaqueta, pero por un momento me detengo y miro a mi alrededor.

Matt y Diana esperan junto a la puerta abrazados, hablándose al oído, con cara de embelesados. Óscar y Carlos, sentados uno sobre el otro, ríen mientras miran las fotos que han ido haciendo esta noche en el móvil. Un sentimiento de felicidad me invade.

David se me acerca con mi chaqueta en la mano. Rodeo su cuello con mis brazos y le susurro al oído que le quiero. Nos besamos dejando que nuestras lenguas se busquen y jueguen entre ellas.

—¿Va a ser siempre así?, caramelito.

—Estoy convencido, conejita. Y tenemos toda una vida por delante para averiguarlo.

Epílogo

Oigo gritar a Diana desde la otra habitación. El bebé hoy solo quiere teta y no hay manera de separarlo de ella.

El resto de niños corretean por casa con la excitación a mil por hora. Ya sabemos que los niños y las grandes ocasiones son sinónimo de nervios a tope.

—¡Matthew, ven a hora mismo y llévate a Matty o no llegamos, que aún ni me he vestido!

Él obedece y se lleva al pequeño, que al separarse de su madre ha vuelto a llorar a unos dos mil decibelios. Yo, que estoy lista hace rato, acabo de maquillarla y me pongo con su pelo.

—Ponte el vestido primero, que si no, no sirve de nada que te peine.

—¡Mamá! Lucas dice que van a venir payasos, ¿no será verdad? —Álex entra indignada en la habitación.

—No cariño. No hay payasos. Pero después del banquete habrá algún tipo de animación para que estéis entretenidos.

—¡Buah! —resopla mientras sale.

—¡Dios! Con diez años ya está en plena preadolescencia—me quejo. —Hace dos años lo más de lo más, era una fiesta de pijamas con tiendas de campaña en el jardín o un parque de bolas. Y ahora, nada le parece bien. ¿Dónde está mi niña?

—Pues como María. ¿Y Adri? Ese con catorce vive en su cuarto y casi no le vemos ni el pelo. Que pereza me dan estos años que nos esperan.

Entramos al salón ya arregladas y listas para salir. Matthew espera deambulando de un lado a otro.

—Estás espectacular, *Bunny* —añade sincero. — Y bonita casa os ha quedado.

***

La ceremonia ha sido preciosa. La comida, espectacular. Y en unos minutos podremos disfrutar del primer baile.

Oigo revuelo al fondo del salón. Mi hija viene corriendo emocionada.

—¡Es un famoso, lo he visto en la tele!

Vuelvo a mirar en dirección al alboroto. Él se acerca hacia mí con recelo. Sonrío y él imita mi gesto destensando su rostro. Nos damos dos besos en las mejillas.

—¡Pequeña! —lo dice en un susurro, con timidez.

—¡Hugo!

Dudamos unos segundos, pero finalmente nos fundimos en un

fuerte abrazo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dos años?

Asiento con la cabeza.

—Te ha ido bien, ¿eh? Ahora tu abuela ya no te debe confundir con *Arévalo*.

—No. Ahora me llama *José Coronado*.

Ríe y me fijo en las pequeñas arrugas que ahora se le marcan alrededor de los ojos. Está diferente, con el pelo corto y la barba afeitada. Pero sigue siendo el hombre atractivo que ha sido siempre.

Miro por detrás de su hombro y veo a Cárol y un carrito de bebé. Ella me saluda con la mano esbozando una amplia sonrisa. Vuelvo a mirar a Hugo y él sonríe orgulloso.

—Ya lo sabía. Siempre pregunto a Carlos por ti —confieso.

—Yo también lo hago —mira a su derecha y alza una ceja—. ¡Joder! ¡El cabrón sigue siendo guapo!

Miro en la misma dirección y veo a David. Sonrío como una tonta viéndolo charlar con Matt. Imponentemente sexy con su traje tres piezas.

—¿Te limpio las babitas? —se mofa.

—¡Calla, capullo!

Suena la música indicando que empieza el baile nupcial.

Óscar y Carlos, nerviosos, empiezan a bailar *My endless love*. Diana se coloca a mi lado y me entrega un pañuelo de papel cuando mis lágrimas empiezan a deslizarse por mi cara.

—Están radiantes, ¿verdad? Son los novios más guapos que he visto nunca.

Asiento y las dos lloramos abrazadas. Sophia se acerca en ese momento y se une a nuestra alegría. Llevaba un rato deambulando por la fiesta en busca de presa. Hay cosas que nunca cambian.

Óscar viene hacia mí y me arrastra hasta el centro de la pista, donde empezamos a mecernos al ritmo de la música.

—Por cierto, ¡felicidades!

—A mí, ¿por qué? —Le miro confusa.

—Hoy es trece de agosto, es tu especie de aniversario con David. Dos años juntos, casi uno ya viviendo con él. Que sepas que he comprado un ramo solo para dártelo.

—¡De eso nada! No me veréis a mí de blanco, os lo aseguro.

—¿No pensáis casaros?

—No lo hemos ni siquiera hablado, pero no es algo que me preocupe. Ya me conoces, me encantan las bodas, ¡pero las de los demás!

—Pues David, con traje de novio, tiene que estar impresionante.

—Eso no te lo niego —me ruborizo con mis propios pensamientos.

La madre de Óscar viene a bailar con su hijo y yo los dejo, no sin

antes darle un gran abrazo a mi amigo.

Unos brazos me rodean por detrás y una sensual voz me canta al oído.

—*Oh, and love, I'll be that fool for you. I'm sure you know I don't mind. And yes, you'll be the only one. 'Cause no one can deny this love I have inside. And I'll give it all to you.*

Me giro, quedando cara a cara con David y cantamos a dúo.

—*My love, my love, my love… My endless love…*

La canción acaba pero los dos seguimos abrazados un largo rato más.

—Gracias, conejita.

—¿Por qué?

—Por aparecer en mi vida.

Nos besamos lentamente.

—Vamos a durar. ¿Sabes cómo lo sé? Porque aún despierto cada mañana y lo primero que quiero hacer es ver tu rostro.

—¡Oh! Me encanta. Pero me gustó más cuando lo dijo *Gerard Butler* en *Posdata: Te quiero* —le golpeo el pecho riendo.

—Me pides ver esas cursiladas y se me pegan las tonterías. Es raro que aún no hayamos visto *Titanic*.

—Ni lo haremos. ¡La odio! *Di Caprio* cabía perfectamente en la tabla.

—Entonces, te prometo que si hacemos un viaje en barco y naufragamos, te dejaré un hueco en mi tabla.

—Gracias, caramelito. Pero por si acaso, dejaremos los cruceros para otra vida.

—Me parece genial, porqué sé que en todas mis vidas estaría contigo.

Agradecimientos

A mi madre. Por ser mi persona favorita del mundo.

A mi familia. Por estar siempre ahí y embarcarse conmigo en cada nueva aventura.

A mis hijos. Por ser mi motor y los que consiguen que la vida se vea de todos los colores del arcoiris.

A mi media costilla. Por aguantarme incluso cuando ni yo misma me aguanto.

A mis amigos y compañeros de fatigas laborales.
Aunque ninguno de vosotros sea un personaje en concreto, todos tienen un poquito de cada uno.

Y sobre todo, gracias a ti, que has elegido leer esta historia.
Gracias a ti, esta locura que es escribir, cobra sentido.

No olvides seguirme para dejarme tu opiniñon y no perderte nada.
INSTAGRAM @cristina_gram_